

josé maría arguedas

relatos completos



se

«Los primeros en romper el círculo vicioso que giraba la literatura peruana son César Vallejo, en poesía, y José María Arguedas, en la narrativa». Sin duda, Mario Vargas Llosa tiene razón: Arguedas (1911-1969) configura un hito fundamental en el desarrollo de la literatura peruana. De hecho, su obra abre las puertas a la modernidad, concluyendo magistralmente las experiencias del movimiento indigenista e inaugurando una etapa posterior, caracterizada por una amplia diversidad temática y por una indagación permanente en el plano lingüístico. A la tarea estrictamente literaria cabe agregar su vastísima labor de antropólogo y folklorista.



José María Arguedas

Relatos completos

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *Relatos completos*
José María Arguedas, 1934-1972
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Arte de cubierta: Estuardo Nuñez Carvallo

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2





2 aniversario

más libros, más libros

edición conmemorativa



José María Arguedas, entre sapos y halcones

Es arriesgado aceptar a pie juntillas las interpretaciones que hace un autor de su propia obra, ya que ésta, por su cercanía —ese contexto que el escritor difícilmente distingue del texto—, puede resultar para él más enigmática que para sus lectores. Tomar al pie de la letra lo que José María Arguedas decía sobre lo que escribió ha llevado a muchos —a mí mismo, en una época— a pensar que el mérito de sus libros está en haber mostrado más verazmente la realidad india que otros escritores. Es decir, en el documentalismo de su ficción.

En varias ocasiones Arguedas afirmó que su vocación había surgido por la necesidad que sintió de rectificar la imagen que presentaba del indio la literatura peruana de su tiempo. Se lo oí decir en una entrevista que le hice en 1955^[1]; dos años más tarde, en la revista *Américas*, volvió a asegurar que el estímulo para sus primeros relatos fue haber

descubierto, al entrar a la Universidad, que «la novela, el cuento y la poesía mostraban un indio sustancialmente distinto del verdadero y no sólo al indio sino todo el universo humano y geográfico de los Andes»^[2]. Y ocho años después, en el Primer Encuentro de Narradores, lo repitió de manera categórica: «Yo comencé a escribir cuando leí las primeras narraciones sobre los indios; los describían de una forma tan falsa escritores a quienes yo respeto, de quienes he recibido lecciones, como López Albújar, como Ventura García Calderón. López Albújar conocía a los indios desde su despacho de juez en asuntos penales, y el señor Ventura García Calderón no sé cómo había oído hablar de ellos... En esos relatos estaba tan desfigurado el indio y tan meloso y tonto el paisaje o tan extraño que dije: “No, yo lo tengo que escribir tal cual es, porque yo lo he gozado, yo lo he sufrido”, y escribí esos primeros relatos que se publicaron en el pequeño libro que se llama *Agua*»^[3].

Sin embargo, junto al deseo de dar un testimonio fiel de la realidad andina, había en los orígenes de su vocación, más decisiva, más secreta, una razón personal. Esa infancia atormentada y exaltada que tuvo, su orfandad precoz, los maltratos de la madrastra y el hermanastro, las orgías que éste le obligó a presenciar y que sin duda lacraron su vida

sexual, su condición de hombre a medio camino de dos culturas, la necesidad de exorcizar de su memoria amarguras, nostalgias, odios, debieron ser tan determinantes como aquella razón social en su destino de escritor. Afortunadamente ocurrió así. Gracias a esos factores que él, en una ocasión, lúcidamente llamó «individuales y perturbadores»^[4] fue José María Arguedas, además de un testigo sutil del mundo de los Andes, un genuino creador.

Mostrar la verdad andina, enmendar a los escritores que habían desfigurado al indio son declaraciones de buena intención. Otra cosa son las obras que fraguaron, en un proceso del que Arguedas sólo podía ser parcialmente consciente, sus sentimientos solidarios, su imaginación y ese sustrato de experiencias trastornadoras que se formó sobre todo en sus años de infancia. Lo cierto es que, partiendo de un conocimiento más directo y descarnado de la sierra, Arguedas no desfiguró menos la realidad objetiva de los Andes. Su obra, en la medida en que es literatura, constituye una negación radical del mundo que la inspira: una hermosa mentira. Simplemente, en su caso, como era mejor escritor que López Albújar o García Calderón, su visión de ese mundo, su mentira, fue más persuasiva y se impuso como verdad artística. Los cuentos de Arguedas no son «veraces» en el sentido

que dan a esta palabra quienes creen que el valor de la literatura se mide por su aptitud para reproducir lo real, para repetir lo existente, quienes piensan, como decía Stendhal, que la novela es un «espejo». La literatura expresa una verdad que no es histórica, ni sociológica, ni etnológica, que no se determina por su semejanza con un modelo preexistente. Es una escurridiza verdad hecha de mentiras: modificaciones profundas de la realidad, desacatos subjetivos ante el mundo, correcciones de lo real que fingen ser su representación. Discreta hecatombe, contrabando audaz, una ficción lograda destruye la realidad real y la suplanta por otra cuyos elementos han sido nombrados, ordenados y movidos de tal modo que traicionan esencialmente lo que pretenden recrear. No se trata de una operación caprichosa: el desordenador verbal rehace, corrige, desobedece lo existente a partir de experiencias claves que estimulan su vocación y alimentan su trabajo. El mundo forjado así, de palabra y fantasía, es literatura cuando en él lo añadido a la vida prevalece sobre lo tomado de ella. Ese elemento nuevo, la *originalidad* de un escritor, resume, curiosamente, con implacable fidelidad, su más íntima historia. Si en ella otros hombres se reconocen, la admiten como suya, leen en ella sus propias vidas, la mentira literaria, como tocada por una varita mágica, pasa a ser verdad,

realidad viva, mito y símbolo en los que el hombre ha transfigurado sus heridas y sus deseos.

Esta reconstitución sediciosa de la vida en una ficción, a imagen y semejanza de una historia personal —en la que, desde luego, se refleja la historia a secas— es lo que intentaré describir en los cuentos y relatos que escribió Arguedas^[5]. Los primeros aparecieron en diarios y revistas de Lima en 1934 y los últimos en 1967, dos años antes de su muerte. Fueron concebidos, pues, con intervalos, prácticamente a lo largo de toda su vida, y algunos de ellos —«Diamantes y pedernales», «La agonía de Rasu-Ñiti», «El sueño del pongo», «Warmá Kuyay», «El forastero»— son, junto con *Los ríos profundos*, lo mejor que escribió.

I. LA VIOLENCIA

La más acusada característica de la sociedad que estos cuentos describen es la violencia, una crueldad que, encubierta o impúdica, comparece en todas las manifestaciones de la vida. Se trata de una sociedad andina —sólo «El cargador», «Orovilca», «El forastero» y el trunco «El puente de hierro» no suceden en la sierra peruana, pero también en ellos se halla ésta presente como referencia—, feudal, en

la que un puñado de «mistis» —gamonales, comerciantes— de cultura medianamente occidentalizada, ejerce una explotación múltiple sobre la masa india, de habla y tradición quechuas. Esta masa se divide en comuneros independientes, como los de Utej-pampa, y comuneros adscritos a tierras patronales en calidad de tributarios, o concertados, pastores, mayordomos, sirvientes, etc. Existe una delgada capa de mestizos, tan insignificante que no sirve de lazo de unión ni siquiera de amortiguador entre indios y mistis. Éstos viven incomunicados, odiándose y desconociéndose, y sus únicas relaciones resultan del abuso y la expoliación que los unos infligen a los otros. La injusticia de que es víctima el indio está documentada a lo largo de los relatos, que, desde este punto de vista, pueden ser leídos como un catálogo de iniquidades. El misti se apodera arbitrariamente de las tierras de las comunidades, haciéndolas cercar y luego llamando a la autoridad política y al juez para que convaliden el despojo (como don Ciprián); monopoliza el agua y concede a los campesinos raciones avaras de modo que sus tierras se agostan (como don Braulio); se adueña de vacas, caballos, chanchos y demás animales de los indios con el pretexto de que han invadido sus heredades (como don Ciprián Palomino); viola

impunemente a las indias (como don Froilán) y se hace justicia por su mano, sin rendir cuenta a nadie y de acuerdo a su código moral racista y machista (como don Silvestre). El misti, aunque habla quechua —para dar órdenes—, menosprecia a los indios, considera «asquerosas» sus costumbres (así califican los principales de San Juan al ayla), y, para castigarlos por faltas cometidas, o por simple maldad, es capaz de flagelarlos o martirizarlos, como el patrón de «El sueño del pongo» que obliga a su sirviente a imitar a perros y vizcachas y lo expone a la mofa de los otros indios.

Sus lugartenientes, en estos vandalismos, son el gobierno y el cura. Aquél le envía soldados para que escarmienten a balazos a los indóciles, como a los chaviñas en «Agua» por insubordinarse contra don Pedro, o para llevar a cabo la leva de reclutas, operación en la que —se ve en «Doña Caytana»— los indios son cazados y arreados igual que animales. Sin embargo, algo positivo resulta de esta experiencia en la que el campesino es desarraigado, rapado, uniformado y enviado al cuartel. Una constante de la realidad ficticia es que los rebeldes sean casi siempre ex reclutas que han vuelto a sus pueblos, como el Victo Pusa de «Los comuneros de Utej-pampa», como Pantacha y el varayok' de los tinkis en «Agua» y como Pascual Pumayauri en «Los

escoleros». Incluso en «Runa Yupay», relato de encargo, escrito en 1939, aparece este personaje: Crispín Garayar, indio licenciado, tranquiliza a sus hermanos que desconfían y los exhorta a colaborar con el Censo; y quienes recaban las informaciones son los «movilizables» Teodoro Garayar, Lucas Mayhua y Felipe Delgado. En cuanto al cura, su función no parece ser otra que la de predicar la resignación ante la injusticia, o, como se dice en «Los escoleros», ir «de puerta en puerta, avisando a todos los comuneros para que se engallinen ante el principal».

Si la denuncia de estas iniquidades hubiera sido el logro mayor de Arguedas, es probable que sus relatos no hubieran sobrevivido a las narraciones de sus contemporáneos, donde tales horrores se referían incansablemente. Lo innovador en su caso no estuvo en estos temas ni en el sentimiento de indignación que impregna sus cuentos. Éste es el aspecto convencional de ellos, algo que era moda en la literatura de su época. Su originalidad consistió en que, al tiempo que parecía «describir» la sierra, realizaba una superchería audaz: *inventaba* una sierra propia. En 1950 diría que, para escribir con autenticidad sobre el indio, debió efectuar «sutiles desordenamientos» en el castellano^[6]. Los desordenamientos más atrevidos los llevó a cabo en

las cosas y las personas antes que en las palabras.

Observada de cerca, se descubre que la pintura de la injusticia en sus relatos no es precisamente realista. El principal, por sus excesos, suele deshumanizarse, asumir las características abstractas de ejecutante de una fuerza malvada e impersonal que se manifiesta por su intermedio. El don Rufino de «K'ellk'atay-pampa» es un depredador irredento: «todo» cae bajo el plomo de su carabina —carneros, llamas, caballos cerriles, vacas, vicuñas—, salvo las ágiles parionas, que siempre alzan el vuelo a tiempo. El don Silvestre de «El vengativo» es un psicópata sádico que goza con su rabia, un hombre al que el odio da tanto placer como el amor. Y el don Aparicio de «Diamantes y pedernales» perpetra crueldades vertiginosas, como despedazar contra las baldosas a su dócil arpista y cortar en vivo una lonja de carne a su potro. Los mistis de «Hijo Solo», don Adalberto y don Ángel, dos hermanos «caínes», están enfrentados en una guerra sin cuartel, maldición autodestructiva más que lucha de intereses, en la que rivalizan en vesanias, como arrasar cosechas, aniquilar animales, torturar a sus respectivos peones. Depredador, psicópata, caín, el misti es también el corruptor, el que cancela la inocencia: el don Guadalupe de «Amor mundo» lleva en las noches a un niño a contemplar cómo estupra a las señoras del pueblo.

Estas últimas historias se basan, le dijo Arguedas a Sara Castro Klarén, en «experiencias traumáticas que sólo he relatado después de cuarenta años de meditar en cómo tratarlas»^[7]. El hermanastro del que, en los últimos años de su vida, Arguedas habló con tanta libertad, como rompiendo un tabú, no sólo lo sometió a ese género de espectáculos. Su llegada a la casa de San Juan de Lucanas, donde José María vivía con la madastra —pues el padre, juez, pasaba la mayor parte del tiempo en Puquio—, procedente de Lima, trastornó la posición del niño en el hogar. El hijo de sangre desplazó al entenado, quien se vio disminuido a la condición de sirviente. ¿Fue el hermanastro tan cruel con Arguedas como éste lo recordaba? No tiene mucho interés averiguarlo. Lo importante es que, en la memoria y en los sentimientos del futuro escritor, este personaje de su infancia se convirtió en el responsable primero de sus desgracias y —¿por extensión?— de las ajenas:

«Llegó e inmediatamente se convirtió en personaje central del pueblo. Desde el primer momento yo le caí mal porque este sujeto era de facciones indígenas y yo de muchacho tenía el pelo un poco castaño y era blanco en comparación con él. En la sierra, el blanco es superior, o había sido. Él era un sujeto de aspecto desagradable. Por lo menos, causaba cierto temor porque tenía una expresión de

engreído, de esos que hacen lo que les da la gana. Yo le cogí temor. Con la presencia de este hombre me metí más que antes a la cocina. Aquí ya la cosa estaba clara. Yo fui relegado a la cocina e incluso, cuando mi padre no estaba, quedaba obligado a hacer algunas labores domésticas; a cuidar a los becerros, a traerle el caballo, como mozo. No era una labor que yo la sintiera como humillante. Por lo menos hasta que él no me hizo sentirlo, yo no lo sentí.

»Yo estaba completamente feliz. Yo lo que sentía cuando llegó este hombre era que la madrastra no trataba mal a los indios pero que este hombre impuso un cambio. Era un criminal, de esos clásicos. Trataba muy mal a los indios, y esto sí me dolía mucho y lo llegué a odiar como lo odiaban todos los indios»^[8].

Esto último es verdad, no cabe duda. El misti de los relatos está diseñado a menudo a partir del odio que brotó en esa infancia lastimada, un odio tan poderoso que pudo durar cuarenta años. Los rasgos demoniacos del misti de los cuentos de Arguedas deben menos, seguramente, a los modelos vivos de gamonales que conoció en sus años serranos, que a ese «demonio» de su niñez, a los sentimientos de amargura y rencor, de desquite, que le inspiraba ese personaje que le arrebató la inocencia, lo maltrató e hizo de él —hijo de misti— un pongo^[9].

Por lo demás, es muy posible que ese «temor»

que el niño sentía por el verdugo de su infancia — sensación de impotencia total que confiere al adulto un halo todopoderoso, que lo acoraza de invulnerabilidad— se haya proyectado en la realidad ficticia, como elemento universal y objetivo, característico de las relaciones entre indios y principales. Estas relaciones parecen a veces mágico-religiosas más que económico-sociales. Es verdad que el poder de los mistis es grande —tienen armas, los soldados vienen a socorrerlos, los curas los ayudan predicando la sumisión—, pero la mayor parte del tiempo vemos que el temor y el servilismo de la masa son desproporcionados respecto de la fuerza del principal. Éste, hombre solo o rodeado de un reducido número de adictos, podría ser derrotado por la marea india. No ocurre así porque ejerce sobre ella una suerte de hechizo. Su presencia impone silencio y propaga el miedo. Sus órdenes, aunque sean bestiales, se acatan sin replicar y sus desmanes se aceptan como fatalidades. Cuando el patrón parte por unos días parece romperse un encantamiento y hay una explosión de júbilo, pues (sucede cuando sale de viaje el don Ciprián de «Los escoleros») «hasta el día era más claro y el pueblo mismo parecía menos pobre». Ser maligno, encarnación de un destino sombrío, esa figura odiada y respetada parece existir por decisión de una

divinidad implacable ante cuyos designios el indio no tiene otra alternativa que la resignación o la rebeldía estéril, condenada (como la de Pantacha o la de los chaviñas) al fracaso, es decir a la muerte.

La violencia que impera en la realidad ficticia está magnificada, además, por el hecho de que quien relata y protagoniza las historias, la víctima o el testigo de la crueldad, es casi siempre un niño, o una persona indefensa y marginal, el ser más vulnerable, el menos preparado para defenderse. Una constante es el huérfano, hijo de misti, que por razones oscuras es criado como sirviente. Este personaje —el niño Ernesto y Juancha de «Agua», el niño Santiago de «Amor mundo», el niño anónimo de «Doña Caytana»—, con ligeras variantes y distintos nombres reaparece obsesivamente en la realidad ficticia, y la desubicación, la tristeza, el miedo, la soledad y los arrebatos de exaltación que son sus rasgos contagian su contorno, se convierten a menudo en cualidades del hombre, de la vida. Arguedas ha proyectado en ese personaje recurrente el niño que fue (o que, de lejos, creyó o quiso ser) en esa época «tremenda» en que nacieron la mayoría de sus temas, esa infancia que —como escribió en el Segundo Diario de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*— se prolongó «encarnizadamente hasta la vejez». Cuando este personaje no aparece, ocupa su lugar alguien tan

desamparado como él: seres recogidos, como el huérfano Singu y el perrito vagabundo de «Hijo Solo», el humilde hombrecillo de «El sueño del pongo» a quien por su poquedad alguien llama «huérfano de huérfanos», madres que pierden a su hijo y enloquecen como doña Caytana o como la vaca Ene que cada mañana va a lamer el cuero del becerrito Pringo, o parias solitarios que son (o la gente las cree) pobres de espíritu, como el Upa Mariano de «Diamantes y pedernales», o fantasmas sin cara y sin nombre que deambulan enfermos de nostalgia por una ciudad desconocida como el antihéroe de «El forastero».

Estos marginales son, en la realidad ficticia, el centro del mundo, el eje en torno al cual nacen las historias. Testigos privilegiados de la violencia congénita a la vida, sus más lastimosas pruebas, son, también, almas lúcidas respecto de esa condición trágica, que se acongojan por su suerte. La compasión por el débil, por el indefenso, por la víctima que reina en esta sociedad disimula —y a veces la exhibe sin tapujos— una tendencia a la autocompasión, e, incluso, un latente masoquismo: el hombre se complace en sufrir para apiadarse de su sufrimiento. El arpista de «Diamantes y pedernales» se sienta un día a llorar en el poyo de la casa del patrón. Lloro por las moscas, por una arañita de cuerpo grande y

patas cortas. «Y era —dice el narrador— que el mundo le hacía llorar, el mundo entero, la esplendente morada, amante del hombre, de su criatura». Este desbordamiento de un ser que padece y se contempla padecer y llora por el padecimiento propio y universal es otra constante de la realidad ficticia. A veces, como en este caso, es actitud de un personaje, pero, en la mayoría de los relatos, es la actitud del narrador, lo que explica en qué seres se encarna o a quienes acompaña de cerca, la clase de historias que cuenta y las reacciones que trata de provocar en los lectores. Violenta y emotiva, de un sentimentalismo a flor de piel y de una sensibilidad tan aguzada, en la realidad ficticia hay, se diría, una irreprimible vocación por experimentar el sufrimiento para poder compadecerlo.

La crueldad, por lo demás, no depende exclusivamente de la explotación de mistis sobre indios, no resulta sólo de la estructura socio-económica o de los prejuicios de los blancos. Con la misma ferocidad que entre los hombres, hace estragos entre los animales. Vacas, becerros, vicuñas, perros, pájaros, insectos, nadie está a salvo de esa fuerza dañina que, a través de agentes varios, irrumpe contra todo y contra todos como para acabar con lo existente. Del martirio de los animales no sólo es responsable el misti; también el mestizo y el indio

suelen descargar contra esos seres indefensos sus frustraciones y su cólera. Un motivo que pasa de relato a relato, estableciendo un denominador común, es la imagen de seres desbarrancados por culpa de la maldad o del azar. Así como en uno de los textos más antiguos, «El vengativo», vemos a la amante infiel de don Silvestre «caer al barranco y rodar al fondo de la quebrada», veremos luego (en «El barranco»), atropellado por la mula nazqueña de don Garayar, al becerrito Pringo rodar al abismo, rebotando entre los peñascos. En «La muerte de los Arango» será el sacristán don Jáuregui quien despeñe al caballo tordillo de un principal como conjuro contra la peste, y en «Hijo Solo», uno de los «caínes», don Adalberto, desbarranca veinte vacas de su hermano.

La maldad del hombre contra el animal alcanza extremos asombrosos. En la comarca devastada por la guerra de los «caínes» han desaparecido los perros, pues don Adalberto y don Ángel los han matado a todos «a balazos, con venenos o ahorcándolos en los árboles». En «Warma Kuyay», el indio Kutu se venga de su patrón empuñando el zurriago y rajando el lomo a los becerros más finos y delicados. El mestizo don Antonio, chofer del cuento de ese nombre, ciego de rabia porque se le ha muerto un novillo, se ceba contra su cadáver: le punza los ojos y trata de incrustarle una rama en el ano. He

citado el caso de don Aparicio, que rebana a su potro preferido, Halcón, para alimentar a un cernícalo. Pero no sólo los adultos son propensos a esta forma de crueldad; también los niños, como se sabe en «El horno viejo», donde Santiago recuerda que Jonás — sin duda otro chiquillo— «atraviesa grillos con una espina, por parejas, y les amarra un yugo de trigo, para que aren»^[10].

«Yo he sentido, desde pequeño, cierta aversión a la sensualidad», le confesó José María Arguedas a Tomás Gustavo Escajadillo^[11]. Si no lo hubiera dicho, de todos modos lo sabríamos, por el cariz del mundo que creó, un mundo espartano y frugal, donde los únicos placeres celebrados son espirituales, como el goce de la naturaleza —ríos, árboles, plantas, cerros, pájaros— o la embriaguez con la música, pero en el que la menor concesión a los apetitos del cuerpo está presentada con repugnancia, como síntoma de deshumanización y envilecimiento. (Beber, por ejemplo, animaliza y enloquece, como le ocurre a don Braulio).

El sexo, sobre todo, reviste en la realidad ficticia formas temibles. Es descrito (en verdad, inventado) con la sobrecogedora y enfermiza naturaleza que tiene en la literatura puritana. Quizá éste sea uno de los elementos más desrealizadores de la realidad ficticia, el que le da una de las connotaciones más

independientes de la realidad real. Hacer el amor no es jamás en el mundo de estos relatos una fiesta en la que una pareja encuentra una forma de plenitud, una acción que enriquece y completa a la mujer y al hombre, sino un impulso gobernado por oscuras fuerzas a las que es difícil desobedecer y que precipitan al hombre, cada vez que cede a ellas, en un pozo de inmundicia física y moral. (Esto es visible, sobre todo, en la última novela de Arguedas, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, donde el sexo sólo aparece en manifestaciones abyectas y repelentes). Las palabras que inevitablemente designan a la vida sexual son «sucio» y «suciedad». Por lo pronto, en muchos relatos esta experiencia ha sido suprimida, la vida reorganizada aboliendo en ella el amor corporal. Pero cuando éste aparece, al principio de manera discreta, y luego, en 1967, en los cuatro relatos de *Amor mundo*, como una fuerza beligerante, descubrimos que, tal vez más que en ningún otro orden de las relaciones humanas — incluido el económico— la violencia del mundo se hace presente con tanta brutalidad como en el sexual. No hay sexo sin crueldad; el cuerpo sólo es capaz de poseer eróticamente a otro cuerpo causando o recibiendo dolor, y esto afea esencialmente la cópula. Hombres o animales, al copular, perpetran una acción bestial, como se ve en «El horno viejo», donde al

niño Santiago le produce idéntico escándalo el enlace del caballero y de doña Gabriela y la fornicación del burro y de la yegua. Ambas escenas, por lo demás, para que no quepa ninguna duda, están hermanadas en la narración, descritas una a continuación de la otra, como dos caras de un mismo horror. Ocurre que en la realidad ficticia, como dice don Antonio, chofer-filósofo del sexo; «En eso de juntarse con la mujer, el hombre no es hijo de Dios, más hijo de Dios son los animales...».

La forma más simple del ejercicio de la crueldad que es el acto sexual es el abuso que perpetran los patrones con las indias, como don Froilán con Justina, o con mujeres más humildes, como don Aparicio con la ocoambina y sus abundantes queridas, objetos que son usados y abandonados a discreción. Pero hay formas más refinadas y complejas, en las que el sadismo y el exhibicionismo integran la relación erótica. El misti de «El horno viejo», a quien el narrador designa con el apelativo solemne de «el caballero», no se contenta con seducir a la mujer de su tío, doña Gabriela; además, la obliga a someterse a su deseo, en su propio hogar, a pocos pasos de donde duermen sus hijos, y a la vista de un niño que ha llevado para que sea testigo de su hazaña. El caballero hace el amor entre los rezos confundidos de su víctima y de la criatura. Y,

en otra ocasión, ordena a sus validos, en el curso de una orgía, que tumben a la mujer de un ganadero, doña Gudelia, y le abran las piernas para violarla en público. Y añade: «Mejor si se queja, Faustino. Más gusto al gusto».

Se trata de una sociedad a la que conviene como anillo al dedo la etiqueta de «chovinista fálica», un mundo donde, como explica con crudeza el chofer Antonio a Santiago: «Con su voluntad, sin su voluntad, por el mandato de Dios, la mujer es para el goce del macho». Sí, la mujer es en el dominio del sexo una víctima, sea india, mestiza o blanca, alguien que es ultrajado por el ardor del varón, ese ser que, cuando ama, como «el caballero» se convierte en un animal que «babea y goglotea palabras sucias». Por eso, al oír que el guitarrista Ambrosio asegura que también la mujer goza, Santiago piensa, asqueado: «Ambrosio animal, Ambrosio chanco que persigue a chanchas, que hace chorrear suciedad a las chanchas, montándolas. Ambrosio Anticristo». Sin embargo, una vez contaminada por la peste del sexo, la mujer, por esa proclividad masoquista de la realidad ficticia que comparten hombres y mujeres, se aficiona a él y, como Irma la ocobambina, se desvive por seguir siendo esclava de quien la degradó. El caso más patético es, sin duda, el de la infeliz Marcelina, esa lavandera gorda y velluda, violada alguna vez por

unos soldados que, al parecer, le contagiaron una enfermedad, y que se ha convertido en una especie de ninfómana. Ella inicia al niño Santiago en el comercio carnal y su manera de tentarlo es «orinando para él». El olor de su sexo hechiza a Santiago, que, pese al asco y al remordimiento, vuelve siempre a la huerta, en su busca, como tiranizado por una maldición.

No resulta difícil averiguar el origen de esta visión escandalizada y torcida del sexo (que, en última instancia, es de raíz cristiana) pues el propio Arguedas lo mostró, al revelar que las escenas exhibicionistas que observa Santiago en «El horno viejo» son autobiográficas. Para ese niño, cuyo aprendizaje de la vida sexual consistió en experiencias que casi medio siglo después seguía llamando «traumáticas» y recreando en ficciones — lo que significa que nunca las superó del todo— es comprensible que el sexo fuera siempre algo perverso. En la realidad ficticia el sexo se ha convertido, objetiva, universalmente, en manifestación predilecta y devastadora de la violencia del mundo.

Como consecuencia, la mujer en ese mundo está escindida en figuras antagónicas. Una de ellas es la mujer de carne y hueso —Marcelina, doña Gaudencia, doña Gabriela, Irma—, víctima,

herramienta y transmisora de la infección sexual, que, por ello, es vista con una mezcla de piedad y repugnancia. Otra, la mujer abstracta y asexuada, ideal, de los sueños y de las fantasías —como Justina, Adelaida o Hercilia—, cuyo modelo es la Madre, la Virgen de la mitología cristiana, ser «puro», a salvo de ese flagelo de la vida. Esta mujer «celestial» es la que tiene presente Santiago cuando piensa: «La mujer es más que el cielo, llora como el cielo, como el cielo alumbra... No sirve para la tierra ella».

II. LA CEREMONIA

Sin embargo, es verdad que el sexo durante «El ayla», esa fiesta en que las parejas de solteros hacen el amor entre cantos y danzas, no tiene caracteres negativos. ¿Por qué ocurre así? Porque en este caso hacer el amor no es un acto individual sino social, una representación comunitaria que se lleva a cabo según una tradición y respetando un programa. Éste es un hecho importante, pues otro componente básico y permanente de la realidad ficticia, al igual que la violencia, es la ceremonia. La vida, al mismo tiempo que crueldad, sufrimiento, explotación, es rito, espectáculo, canto, danza.

Todos los actos importantes para la colectividad o la persona están acompañados de un ritual en el que son ingredientes centrales la música y el aire libre. Las historias ocurren en la plaza pública o en el campo más que bajo techo, quizá no tanto porque el mundo ficticio es rural y campesino en la mayoría de los relatos, como porque esos lugares —la plaza, la campiña— constituyen el decorado cabal, el escenario mejor para esas representaciones (en el sentido más teatral de la palabra) de que se compone la vida.

Muchas de las interesantes teorías de Mijaíl Bajtín sobre la cultura popular y el carnaval —si se segrega de ellas el elemento humorístico, inexistente en Arguedas— encuentran confirmación en estos relatos. La sociedad de blancos y de indios, en la realidad ficticia, no está dividida sólo por razones económicas —explotadores y explotados— o culturales —castellano y quechua— sino también porque aquéllos suelen aparecer como individuos aislados —aunque, como hemos visto, se trate en la práctica de un solo misti que cruza los relatos con distintos nombres— y éstos, en cambio, son casi siempre colectividades que se mueven y actúan coralmente, a veces como conjuntos armónicos, a veces como conjuntos disímiles, pero en todo caso como suma de individuos que comparten conductas,

tradiciones, oficios y atuendos, que tienen una personalidad común.

Éste fue el elemento más novedoso que introdujo en la literatura peruana el primer libro de Arguedas, *Agua*, en 1935: un mundo donde se borran los individuos y los reemplazan como personajes los conjuntos humanos. Ahora bien, en esos tres relatos y en los que escribiría después, esto será sobre todo constante del mundo de los indios; entre los mistis prevalecerán las figuras individuales. Pero la sociedad india no es uniforme. En su seno hay diferencias y ellas corresponden a colectividades, generalmente constituidas por el lugar donde viven y el trabajo que realizan sus miembros. Arguedas ha dado a cada uno de estos grupos, muchas veces, psicologías propias. Así, en «Agua», los sanjuanés son cobardes y sumisos, los tinkis bravíos y huraños y los comuneros de Utej-pampa indios «listos» a los que hasta el patrón respeta.

Estos personajes colectivos pueden ser también de otro orden, aglutinarse, por ejemplo, en razón de la edad. El mundo de los niños —se ve en «Los escolares», «El barranco» y «Orovilca»— es una ciudadela divorciada del mundo adulto y entre ambos existe la desconfianza e incluso hostilidad que vemos (en «Los escolares») entre lukanas y a'kolas. ¿Y las mujeres y los hombres no viven también en universos

distintos y distantes? En este caso, además, como entre mistis e indios, hay entre las dos colectividades una relación de dominio: la mujer es víctima del hombre así como el campesino lo es del patrón.

Si uno analiza de cerca la realidad ficticia, advierte que toda ella, de manera transversal y vertical, está organizada de este modo, en unidades colectivas y a menudo enemigas unas de otras. El mundo ficticio es una colectividad formada por colectividades antes que por individuos, una sociedad cuyas partes son, a su vez, sociedades (indios, mistis, «mak'tillos», adultos, «dansaks'», músicos, «varayoks'», escolares, sirvientas, etc.). La mejor manera de comprobarlo es consultando la memoria: lo que más dura en el lector de estos relatos son esas presencias numerosas que evolucionan y actúan de manera sincronizada —los mak'tillos emotivos, los mistis crueles, las sirvientas maternas— en tanto que los individuos se disuelven y confunden con ellas.

Es sobre todo *el movimiento* —la manera como comparecen o se apartan, como pasan ante el lector — lo que acentúa el relieve de las unidades colectivas de la sociedad ficticia. La acción de casi todos los relatos se compone de continuos desplazamientos, de desfiles de grupos sociales. Estos movimientos colectivos, por su color, por el

dinamismo que imprimen a la narración, porque gracias a ellos la realidad ficticia se reviste de esa cualidad ceremonial, son, quizá, el aspecto más destacado del *elemento añadido*, ese factor al cual debe el mundo literario de Arguedas ser original y no un mero «documento» sobre los Andes.

Hay relatos en los que, de principio a fin, este movimiento de conjunto hace de la historia la descripción de un espectáculo, de una fiesta (a veces trágica), como «Agua», «Los escoleros» y «El aylla». En «Warma Kuyay», la narración se abre con un coro de voces y entre los parlamentos y cantos hay brevísimas apuntes impersonales sobre el escenario («Noche de luna en la quebrada de Viseca»), lo que da al texto el semblante de un libreto dramático. En los cuentos posteriores de Arguedas, a medida que la apariencia de «realismo» se va desvaneciendo y el elemento imaginario —lo mágico, lo fantástico— se presenta con menos disimulo, la ceremonia (que es siempre invención) es más importante y frecuente. Habrá relatos, como «La agonía de Rasu-Ñiti», que consisten en referir un rito, la última representación que ofrece ante un auditorio privilegiado (su familia, sus músicos y su discípulo) un célebre dansak'. Y en todas las historias, la fiesta es una actividad que trasciende la mera diversión, un culto que se cumple obedeciendo un mandato antiguo,

oscuro, religioso, irrenunciable, y en el que, como el misti don Juan de «La muerte de los Arango», un hombre puede dilapidar sus ganancias de tres años. Las devastaciones simétricas de los «caínes» de «Hijo Solo» y que sirven de telón de fondo a la anécdota, rodean a ésta de un ambiente apocalíptico, de tragedia épica. En «Diamantes y pedernales» la historia está subliminalmente teatralizada por desfiles que puntúan la acción: el recorrido de los indios por la ciudad cargados de flores de las cumbres para Adelaida, el entierro de don Mariano, la cabalgata de don Aparicio y sus mayordomos con sus potros aperados de lujo para impresionar a la forastera, etc.^[12] Y hasta en las idas y venidas de «El forastero» por ese infierno que es para él Guatemala, se advierte que *el movimiento* no es, en la realidad ficticia, el andar normal, funcional, expeditivo, que desplaza al ser humano de uno a otro lugar, sino el caminar ensayado, preciso, artificial, de quien —en el escenario de un teatro, ante el altar de una iglesia, en una plaza de desfile— actúa, oficia, danza o marcha.

Junto con el movimiento, es decisivo para la naturaleza ceremonial de la realidad ficticia la importancia principalísima que tiene en ella la música. Violenta y ritualizada, la vida en este mundo es igualmente lírica. También en esto es posible

rastrear un «demonio» de infancia del autor que se ha proyectado universalmente en sus ficciones. La música fue siempre necesaria para Arguedas, que tenía fino oído y sensibilidad de melómano. Escribió muchos estudios valiosos dedicados a bailes y cantos de los Andes, y, según confesó, esta pasión fue precoz y absorbente: «Pasé mi niñez siguiendo a bailarines y músicos de esas danzas, siguiéndolos noches de noches, imitándolos, hasta que gané el mote de “sonso” que mi propio padre y mi hermano me lo aplicaban con todo convencimiento»^[13].

Lo cierto es que la música, el canto, el baile son en la realidad ficticia medios de expresión tan importantes como la palabra, y, en determinados casos, más que ella. Están asociados a las principales actividades de la comunidad, desde la siembra y la cosecha o la herranza del ganado, hasta las procesiones, misas y demás ceremonias religiosas, así como a los grandes hechos de la vida: nacimientos, bodas, bautizos, sepelios. Pero también los pequeños entusiasmos o las menudas tristezas individuales se expresan cantando y bailando. Los ejemplos pueden multiplicarse. Los escoleros expresan su alegría de una mañana de domingo zapateando la danza de la hierra. Tres niños bailan en torno de la vaca Gringacha para mostrarle que la quieren. Los pastorcitos de «K'ellk'atay-pampa»

saludan la aparición del sol bailándole y cantándole un ayarachi. El Upa don Mariano acostumbra, a solas en su cuarto, bailar delante de su cernícalo Jovín. Y una de las maneras de hacer la corte es ofreciendo serenatas al pie del balcón, como los mistis en «Don Antonio».

Cantar, tocar el arpa, el violín o la flauta, expresan desde luego contentamiento, afecto, duelo. Pero son, ante todo, elementos del rito, maneras de comunicarse con el auki (espíritu de la montaña), con los ríos, con las pampas, con el tayta Inti o con Dios. Mediante el canto y la danza se conjuran calamidades y se atraen bonanzas y dádivas de la naturaleza y del más allá. Irma la ocoambina, para evitar que don Aparicio la abandone, le prepara una emboscada que consiste en cantar para él y hacerle oír, en el nido de sus amores, las milagrosas melodías del arpa de don Mariano. Porque la música y el canto también están vinculados al amor, al que en ciertos casos purifican. El sexo —esa fea manifestación de la violencia— se dulcifica cuando tiene lugar durante el ayla, la celebración de la limpieza de los acueductos por la comunidad. Solteros y solteras, bailando cogidos de las manos y cantando sin cesar, forman una serpiente que cruza el pueblo y escala las faldas del cerro, donde, entre canción y canción, se aman. Es la única vez que el sexo no aparece en la realidad ficticia

como algo innoble y vil; la razón es que en este caso no es fin sino medio, acción ceremonial o, más exactamente, religiosa.

El músico, y, tal vez más que él, el dansak', son personajes imbuidos de una función sacerdotal y sagrada, que llegan más allá que los otros hombres en la comunicación con el espíritu que alienta en el fondo de las cosas. Uno de los mejores relatos de Arguedas, «La agonía de Rasu-Ñiti», es prolijo en la descripción de este aspecto de la realidad ficticia. Los dansak', explica, albergan espíritus: de una montaña, de un precipicio, de una cueva, de la cascada de un río, de un pájaro y aun de un insecto. Es decir, toda la naturaleza está animada, todas las cosas son envolturas de espíritus, la materia tiene un alma. Y esta alma se hace visible a través de personas misteriosamente designadas, como el arpista don Mariano o el Gran Untu, «padre de todos los danzantes de Lucanas», o el Pachakchaki y Rumisonk'o, o Rasu-Ñiti y su discípulo Atok' sayku. En este mundo, en el que el cura cristiano aparece siempre como ser obtuso y cómplice de la injusticia, los danzantes y músicos en cambio son reverenciados y queridos. Ellos son los verdaderos sacerdotes, intermediarios con el otro mundo, portavoces y testigos de las fuerzas mágicas de la tierra.

III. LA NATURALEZA ANIMADA

¿Estamos todavía en un mundo «realista», en una realidad verificable? ¿O, más bien, en un universo en el que, de acuerdo a las concepciones animistas, los seres naturales comparten con los hombres los atributos de la espiritualidad y la sapiencia? Porque, en la realidad ficticia, la música, una de las formas más elevadas de la vida, es también expresión de lo sagrado natural, de esa vida lúcida y secreta que late en el seno de la naturaleza. Hacer música, por eso, es una operación mágica a través de la cual se aprehende y comunica el alma de la vida material. En «Diamantes y pedernales», los veinte arpistas de la capital de la provincia, la noche del 23 de junio descienden por los cauces de riachuelos que van a aumentar el río principal. Allí, bajo las cataratas de los torrentes, reciben un mensaje: «¡Sólo esa noche el agua crea melodías nuevas al caer sobre la roca y rodando en su lustroso cauce! Cada maestro arpista tiene su pak'cha (salto de agua) secreta. Se echa, de pecho, escondido bajo los penachos de las sacuaras; algunos se cuelgan de los troncos de molle, sobre el abismo en que el torrente se precipita y llora. Al día siguiente, y durante todas las fiestas del año, cada arpista toca melodías nunca oídas, directamente al

corazón; el río les dicta música nueva».

No existen, pues, fronteras entre lo humano y la naturaleza: ésta se halla interiormente animada y la música que ella dicta a los arpistas en esa fantástica ceremonia nocturna, la víspera de San Juan, es la voz de su espíritu.

Como los ríos y las cascadas, los cerros de la realidad ficticia tienen un ánima que dialoga con los hombres, a quienes aconseja, protege y limpia espiritualmente. Las montañas lucen nombre propio: Santa Bárbara, Jatun Cruz, Chitulla, Kanrara, Ak'chi, Osk'onta, Chawala, Koropuna, Santa Brígida, Aukimana, Arayá. En «La huerta», cada vez que el niño Santiago hace el amor con la lavandera borracha, trepa luego al cerro tutelar, al que, con humildad, pide que lo absuelva: «Tú no más eres como yo quiero que todo sea en el alma mía, así como estás, padre Arayá, en este rato. Del color del ayrampo purito». El cura del pueblo no entiende al padre Arayá; no niega que tenga una vida interior, pero, según él, se trata de una vida maléfica: «¡Este cerro que tiene culebras grandes en su interior, que dicen que tiene toros que echan fuego por su boca!». Los indios, por su parte, respetan y adoran a esas montañas donde (en «El ayla») suben ceremonialmente a celebrar la limpieza de los acueductos degollando un carnero y una llama y

donde el auki mayor va a transmitir las quejas y súplicas de los comuneros. *Auki* es el nombre de los sacerdotes indios; pero también se llama así al espíritu de las montañas, que, materializado en forma de cóndor, puede tomar posesión de un *dansak'*, guiarlo en vida, y, en el momento oportuno, anunciarle que va a morir, como le ocurre a Pedro Huancayre. Los niños llaman «tayta» (señor) a las montañas y (en «Agua») comparan sus voces y sus cóleras y discuten sobre cuál es más poderosa. Ellos están convencidos, como los indios sanjuanés, que también hay rivalidades y desafíos entre los cerros, y que, por ejemplo, el tayta Chitulla y el tayta Kanrara, «en las noches oscuras, bajan hasta la ribera del Viseca y se hondean allí, de orilla a orilla». Y hasta ocurre que las montañas sean propietarias de tierras que, como el tayta Ak'chi de «Los escoleros», recorren de noche, con un cuero de cóndor sobre la cabeza y con chamarra, ojotas y pantalón de vicuña. Muchos arrieros y viajeros han visto a ese auki alto y silencioso al que «los riachuelos juntan sus orillas para dejarle pasar».

También las rocas y los pedruscos participan de la animación profunda de las cosas y tienen actividad e historia, lo mismo que el hombre. En las afueras de Ak'ola está sentada una piedra que se llama Jatunrumi y a la que en ciertas ocasiones se oye

cantar. Ese canto es el de los mak'tillos (niños) que las piedras se tragan «enteritos» cuando sienten hambre y que, prisioneros en el corazón de la materia, entonan nostálgicas melodías recordando la tierra, sus pueblos, sus familias.

Como los seres humanos, los árboles de la realidad ficticia pueden tener sexo. La maestra de «La muerte de los Arango» afirma que el eucalipto de cabellera redonda, ramosa y tupida de la plaza del pueblo «es hembra». Éste es un buen ejemplo del sistema de desrealización (de mitificación literaria) de la naturaleza que lleva a cabo Arguedas, y recuerda lo que sucede, en el Tercer Diario de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, con el pino de Arequipa. En la bellísima descripción del cuento, el eucalipto va perdiendo materialidad, espiritualizándose. Los niños creen que de sus ramas «caen lágrimas» cuando el árbol escucha el canto funerario de los indios que traen a sus muertos — abatidos por la peste— a reposar unos momentos a su sombra, como ante un altar, y el eucalipto cobra para ellos un significado fascinante. No es el único árbol animado de los cuentos; quizá lo sean todos, pues ¿acaso el protagonista recurrente —el niño misti que hace vida de indio— no habla en «La huerta» con un sauce llorón y en «El ayla» con un árbol de espino? En otras ocasiones lo hace con el sol y con piedras.

Si la vecindad entre el orden natural y el humano es tan estrecha, si la materia inorgánica y las plantas son interlocutores del hombre, la comunión entre éste y los animales puede ser absoluta. Hay historias, como «El barranco» e «Hijo Solo», en las que la humanización del mundo animal es tan extrema que una vaca y un perro comparten, respectivamente, con personas la función de protagonistas. Se trata de seres con emociones humanas, e, incluso —como la Ene—, dotados de una capacidad de ternura hacia sus crías más intensa que la de muchos padres con sus hijos. En los animales, los hombres encuentran compañeros comprensivos y atentos a quienes contar sus penas, como hacen con las vicuñas y las torcazas los pastores de «Los escoleros», y entre un hombre y un animal puede brotar una fraternidad cálida, como entre el cernícalo y don Mariano, la vaca Gringa y los escoleros o el pequeño Singu y el perrito que recoge. Éstos son animales concretos y tangibles. Pero en la realidad ficticia hay otros, cuya existencia está respaldada por la fe y la imaginación, como esa corvina dorada de cola ramosa y aletas ágiles que boga por los arenales de Ica, entre el mar y las lagunas, con una muchacha en el lomo. Algunos animales reales, por lo demás, tienen propiedades imaginarias, como este pez fantástico. Así, los «chaschas» (perros) poseen una mirada especial que

les permite ver las ánimas y («Los escoleros») «cuando el alma anda en lejos, ladran; pero si está en el mismo pueblo aúllan de tristes». Si a un chascha lo sacan de la querencia, su alma permanece en ella y él, por eso —como el Kaisercha de don Ciprián— al oscurecer ladra, llamándola.

La contrapartida de la humanización de los animales es el contagio de lo humano por la zoología. Esto acontece en los cuentos de Arguedas a un nivel formal, como recurso estilístico, pero de manera tan constante, a lo largo de los relatos, que esos símiles a que recurre sin tregua el narrador, utilizando a perros, cóndores, chanchos, gallos, novillos, padrillos, pájaros, sapos, etc., como puntos de referencia para precisar las conductas, los sentimientos y las apariencias de los personajes, que, en el ánimo del lector, el acercamiento metafórico acaba por establecer un efectivo parentesco, una relación de familia en la que hombres y animales resultan ontológicamente semejantes: dos manifestaciones de la vida, indiferenciables desde el punto de vista de la emoción, de la moral y del conocimiento.

Este mundo violento y ceremonioso, musical y encantado, de montañas que lavan los pecados y dibujan los arabescos de los danzantes, de árboles sensitivos y vacas sentimentales, de hombres lobos

de corazón de piedra, no es una crónica de la realidad peruana. Está erigido, sí, a partir de vivencias profundas, dolorosas, del país. Pero, con ayuda de la imaginación y de los condicionamientos del idioma, debido a la alquimia inevitable que realizan esas pasiones, frustraciones, ambiciones y rencores que intervienen en la tarea creadora, cuando un escritor —como lo hacía Arguedas— escribe con todo su ser, vertiendo en esa empresa lo mejor y lo peor de sí mismo, esa realidad que fue materia prima ha sido transformada en algo sustancialmente distinto del modelo. Esta infidelidad prueba que Arguedas fue un escritor original, alguien que dio al mundo algo que no existía antes de él, y, también, el carácter genuino de su narrativa, esa mentira persuasiva en la que otros hombres —de aquí o de otras geografías, de nuestro tiempo o del porvenir— reconocerán, en las caras cobrizas y las voces chillonas de los muchachos escolares, en la ternura de esas sirvientas serranas, en esos comuneros hieráticos, en esa fama espiritual y esa orografía mágica, un mito donde ha quedado perennizada, una vez más, la protesta de un hombre contra la insuficiencia de la vida.

MARIO VARGAS LLOSA

Lima, agosto 1977

Agua (1935)

Agua

*A los comuneros y «lacayos» de la hacienda
Viseca con quienes temblé de frío en los
regadíos nocturnos y bailé en carnavales,
borracho de alegría, al compás de la tinya y
de la flauta.*

A los comuneros de los cuatro ayllus^[] de
Puquio: K'ayau, Pichk'achuri, Chaupi y
K'ollana. A los comuneros de San Juan,
Ak'ola, Utek', Andamarca, Sondondo,
Aucará, Chaviña y Larcay.*

Cuando yo y Pantaleoncha llegamos a la plaza, los corredores estaban todavía desiertos, todas las puertas cerradas, las esquinas de don Eustaquio y don Ramón sin gente. El pueblo silencioso, rodeado de cerros inmensos, en esa hora fría de la mañana, parecía triste.

—San Juan se está muriendo —dijo el cornetero—. La plaza es corazón para el pueblo. Mira no más

nuestra plaza, es peor que puna.

—Pero tu corneta va a llamar gente.

—¡Mentira! Eso no es gente; en Lucanas sí hay gente, más que hormigas.

Nos dirigimos como todos los domingos al corredor de la cárcel.

El varayok^[*] había puesto ya la mesa para el repartidor del agua. Esa mesa amarilla era todo lo que existía en la plaza abandonada en medio del corredor, solita, daba la idea de que los saqueadores de San Juan la habían dejado allí por inservible y pesada.

Los pilares que sostenían el techo de las casas estaban unos apuntalados con troncos, otros torcidos y próximos a caerse; sólo los pilares de piedra blanca permanecían rectos y enteros. Los poyos de los corredores, desmoronados por todas partes, derrumbados por trechos, con el blanqueo casi completamente borrado, daban pena.

—Agua, niño Ernesto. No hay pues agua. San Juan se va a morir porque don Braulio hace dar agua a unos y a otros los odia.

Pero don Braulio, dice, ha hecho común el agua quitándole a don Sergio, a doña Elisa, a don Pedro.

—Mentira, niño, ahora todo el mes es de don Braulio, los repartidores son asustadizos, le tiemblan a don Braulio. Don Braulio es como zorro y como

perro.

Llegamos a la puerta de la cárcel y nos sentamos en un extremo del corredor.

El sol débil de la mañana reverberaba en la calamina del caserío de Ventanilla, mina de plata abandonada hacía muchos años. En medio del cerro, en la cabecera de una larga lengua de pedregal blanco, el caserío de Ventanilla mostraba su puerta negra, hueca, abierta para siempre. Gran mina antes, ahora servía de casa de cita a los cholos enamorados. En los días calurosos, las vacas entraban a las habitaciones y dormían bajo su sombra. Por las noches, roncaban allí los chanchos cerriles.

Pantacha miró un rato el pedregal blanco de Ventanilla.

—Antes, cuando había minas, sanjuanés eran ricos. Ahora chacras no alcanzan para la gente.

—Chacra hay, Pantacha, agua falta. Pero mejor haz llorar a tu corneta para que venga gente.

El cholo se llevó el cuerno a la boca y empezó a tocar una tonada de la hierra.

En el silencio de la mañana la voz de la corneta sonó fuerte y alegre, se esparció por encima del pueblecito y lo animó. A medida que Pantacha tocaba, San Juan me parecía cada vez más un verdadero pueblo: esperaba que de un momento a otro aparecieran mak'tillos, pasñas^[*] y comuneros

por las cuatro esquinas de la plaza.

Alegremente el sol llegó al tejado de las casitas del pueblo. Las copas altas de los sauces y de los eucaliptos se animaron; el blanqueo de la torre y de la fachada de la iglesia reflejaron hacia la plaza una luz fuerte y hermosa.

El cielo azul hasta enternecer, las pocas nubes blancas que reposaban casi pegadas al filo de los cerros; los bosques grises de k'erus y k'antus^[*] que se tendían sobre los falderíos, el silencio de todas partes, la cara triste de Pantaleoncha, produjeron en mi ánimo una de esas penas dulces que frecuentemente se sienten bajo el cielo de la sierra.

—Otra tonada, Pantacha; para su San Juan.

—Pobre llak'ta (pueblo).

Como todos los domingos, al oír la tocata del cholo, la gente empezó a llegar a la plaza. Primero vinieron los escolares (escolares): Vitucha, José, Bernaco, Froilán, Ramoncha... Entraban por las esquinas, algunos por la puerta del coso. Al vernos en el corredor se lanzaban a carrera.

—¡Pantacha, mak'ta Pantacha!

—¡Niño Ernesto!

Todos nos rodearon; de sus caritas rebosaba la alegría; al oír tocar a Pantacha se regocijaban; en todos ellos se notaba el deseo de bailar la hierra.

La tonada del cornetero nos recordaba las fiestas

grandes del año; la cosecha de maíz en las pampas de Utek' y de Yanas; el escarbe de papas en Tile, Papachacra, K'ollpapampa. La hierra de las vacas en las punas. Me parecía estar viendo el corral repleto de ganado; vacas allk'as, pillkas, moras; toros gritones y peleadores; vaquillas recién adornadas con sus crespones rojos en la frente y cintas en las orejas y en el lomo; parecía oír el griterío del ganado, los ajos roncós de los marcadores.

—¡Hierra! ¡Hierra!

Salté a la plaza, atacado de repente por la alegría.

—¡Mak'tillos, zapateo, mak'tillos!

—¡Yaque! ¡Yaque![*]

Todos los escolares empezamos a bailar en tropa. Estábamos llenos de alegría pura, placentera, como ese sol hermoso que brillaba desde un cielo despejado.

Los pantalones rotos de muchos escolares se sacudían como espantapájaros. Ramoncha, Froilán, cojeaban.

Pantaleón se entusiasmó al vernos bailar en su delante; poco a poco su corneta fue sonando con más aire, con más regocijo; al mismo tiempo el polvo que levantábamos del suelo aumentaba. A nuestra alegría ya no le bastó el baile, varios empezaron a cantar:

*... Kanrara, Kanrara,
cerro grande y cruel,
cerro negro y molesto;
te tenemos miedo,
Kanrara, Kanrara.*

—Eso no. Toca «Utek' pampa», Pantacha.

Pedí ese canto porque le tenía cariño a la pampa de Utek', donde los k'erk'ales y la caña de maíz son más dulces que en ningún otro sitio.

*Utek' pampa,
Utek' pampita:
tus perdices son de ojos amorosos,
tus calandrias engañadoras cantan al robar,
tus torcazas me enamoran,
Utek' pampa,
Utek' pampita.*

La corneta de Pantaleoncha y nuestro canto reunieron a la gente de San Juan. Todos los indios del pueblo nos rodearon. Algunos empezaron a repetir el huayno en voz baja. Muchas mujeres levantaron la voz y formaron un coro. Al poco rato, la plaza de San Juan estuvo de fiesta.

En las caras sucias y flacas de los comuneros se encendió la alegría, sus ojos amarillos chispearon de contento.

—¡Si hubiera traguito!

—Verdad. Cañazo no más falta.

Pantacha cambió de tonada; terminó de golpe «Utek'pampa» y empezó a tocar el huayno de la cosecha.

—¡Cosecha! ¡Cosecha!

Taytakuna, mamakuna^[]:
los picaflores reverberan en el aire,
los toros están peleando en la pampa,
las palomas dicen: ¡tinyay tinyay!
porque hay alegría en sus pechitos.
Taytakuna, mamakuna.*

—Sanjuankuna: están haciendo rabiar a Taytacha Dios con el baile. Cuando la tierra está seca, no hay baile. Hay que rezar a patrón San Juan para que mande lluvia.

El tayta Vilkas resonó desde el extremo del corredor: acababa de llegar a la plaza y la alegría de los comuneros le dio cólera.

El tayta Vilkas era un indio viejo, amiguero de los mistis^[*] principales. Vivía con su mujer en una cueva grande, a dos leguas del pueblo. Don Braulio, el rico de San Juan, dueño de la cueva, le daba terrenitos para que sembrara papas y maíz.

A don Vilkas le respetaban casi todos los comuneros. En los repartos de agua, en la distribución de cargos para las fiestas, siempre hablaba don Vilkas. Su cara era seria, su voz medio

ronca, y miraba con cierta autoridad en los ojos.

Los escoleros se asustaron al oír la voz de don Vilkas; como avergonzados se reunieron junto a los pilares blancos y se quedaron callados. Los comuneros subieron al corredor; se sentaron en hilera sobre los poyos, sin decir nada. Casi todas las mujeres se fueron a los otros corredores, para conversar allí, lejos de don Vilkas. Pantaleoncha puso su corneta sobre el empedrado.

—Don Vilkas es enemigo de nosotros. Mírale no más su cara; como de misti es, molesto.

—Verdad, Pantacha. Don Vilkas no es cariñoso con los mak'tillos; su cara es como de toro peleador; así serio es.

Yo y el cornetero seguimos sentados en el filo del corredor. Ramoncha, Teófanes, Froilán, Jacinto y Bernaco conversaban en voz baja, agachados junto al primer pilar del corredor; de rato en rato nos miraban.

—Seguro de don Vilkas están hablando.

—Seguro.

Los comuneros charlaban en voz baja, como si tuvieran miedo de fastidiar a alguien. El viejo apoyó su hombro en la puerta de la escuela y se puso a mirar el cerro del frente.

El cielo se hizo más claro, las pocas nubes se elevaban al centro del espacio e iban poniéndose

cada vez más blancas.

—A ver, rejonero —ordenó don Vilkas.

—Yo estoy de rejón, tayta —contestó Felischa.

—Corre donde don Córdova, pídele el rejón y mata a los chanchitos mostrencos. Hoy es domingo.

—Está bien, tayta.

Felischa tiró las puntas de su poncho sobre el hombro y se fue en busca del rejón.

—Si hay chancho de principal, mata no más —gritó Pantacha cuando el rejonero ya iba por el centro de la plaza.

—¡Yaque!

Volteamos la cara para mirar a don Vilkas: estaba rabioso.

—¡Qué dices, tayta! —le habló Pantacha.

—¡Principal es respeto, mak'ta cornetero!

—Pero chancho de principal también orina en las calles y en la puerta de la iglesia.

Después de esto le dimos la espalda al viejo de Ork'otuna.

Pantacha levantó su corneta y empezó a tocar una tonada de las punas. De vez en cuando no más Pantacha se acordaba de sus tonadas de Wanakupampa. Por las noches en su choza, hacía llorar en su corneta la música de los comuneros que viven en las altas llanuras. En el silencio de la oscuridad esas tonadas llegaban a los oídos, como

los vientos fríos que corretean en los pajonales; las mujercitas paraban de conversar y escuchaban calladas la música de las punas.

—Parece que estamos en nuestra estancia de K'oñani —decía también la mujer de don Braulio.

Ahora, en la plaza del pueblo, desde el corredor lleno de gente, la corneta sonaba de otro modo: junto a la alegría del cielo, la música de las punas no entristecía, parecía más bien música de forastero.

—Pantacha toca bien puna estilo —dijo don Vilkas.

—Es pues nacido en Wanaku. Los wanakupampas tocan su corneta en las mañanas y atardeciendo, para animar a las ovejas y a las llamas.

—Los wanakus son buenos comuneros.

Pantacha tocó largo rato.

Después puso el cuerno sobre sus rodillas y recorrió con la mirada las faldas de las montañas que rodean a San Juan. Ya no había pasto en los cerros; sólo los arbustos secos, pardos y sin hojas, daban a los falderíos cierto aire de vegetación y de monte.

—Así blanco está la chacrita de los pobres de Tile, de Saño y de todas partes. La rabia de don Braulio es causante, taytacha^[*] no hace nada, niño Ernesto.

—Verdad. El maíz de don Braulio, de don Antonio, de doña Juana está gordo, verdecito está,

hasta barro hay en su suelo. ¿Y de los comuneros? Seco, agachadito, umpu (endeble); casi no se mueve ya ni con el viento.

—¿Don Braulio es ladrón, niño!

—¿Don Braulio?

—Más todavía que el atok' (zorro).

Se hizo rabioso el hablar de Pantaleón.

Algunos escoleros que estaban cerca oyeron nuestra conversación. Bernaco se vino junto a nosotros.

—¿Don Braulio es ladrón, Pantacha? —preguntó, medio asustado.

Ramoncha, el chistoso, se paró frente al cornetero mostrándonos su barriga de tambor.

—¿Robando le han encontrado? —preguntó.

Los dos estaban miedosos; disimuladamente le miraban al viejo Vilkas.

—¿Dónde hace plata don Braulio? De los comuneros pues les saca, se roba el agua; se lleva de frente, de hombre, los animales de los «endios». Don Braulio es hambriento como galgo.

Bernaco se sentó a mi lado y me dijo al oído:

—Este Pantacha ha regresado molesto de la costa. Dice todos los principales son ladrones.

—Seguro es cierto, Bernaco. Pantacha sabe.

Al ver a Bankucha y Bernaco sentados junto al cornetero, todos los mak'tillos se reunieron poco a

poco en nuestro sitio.

Pantacha nos miró uno a uno; en sus ojos alumbraba el cariño.

—¡Mak'tillos! ¡Mak'tillos!

Levantó su corneta y comenzó a tocar el huayno que cantaban los sanjuanés en el escarabe de la acequia grande de K'ocha.

En los ojos de los cholillos se notaba el enternecimiento que sentían por Pantaleón; le miraban como a hermano grande, como al dueño del corazón de todos los escolares del pueblo.

—Por Pantaleoncha yo me haría destripar con el barroso de doña Juana. ¿Y tú, niño Ernesto?

—Tú eres maula, Ramón; tú llorarías no más como becerro encorralado.

—¡Jajayllas![*]

Al ver la risa en su cara de sapo panzudo, todos los escolares, olvidándose del viejo, llenamos el corredor a carcajadas.

Ramoncha daba vueltas, sobre un talón, agarrándose su barriga de hombre viejo.

—¡Ramoncha! ¡Wiksa!

Sólo el viejo no se reía; su cara seguía agestada, como si en el corredor apestase un perro muerto.

Los comuneros de Tinki se anunciaron desde la

cumbre del tayta Kanrara. Parados sobre una piedra que miraba al pueblo desde el abra, gritaron los tinkis imitando el relincho del potro.

—¡Tinkikuna! ¡Tinkikuna!

Corearon los escolares. Todos los indios se levantaron del poyo y se acercaron al filo del corredor para hacerse ver con los tinkis.

—Tinki es bien común —dijo Pantaleón.

Sopló el cuerno con todas sus fuerzas para que oyeran los comuneros, desde el Kanrara.

—Hasta Puquio habrá llegado eso —dijo Ramoncha, haciéndose el asustadizo.

—Seguro hasta Nazca se habrá oído. —Y me reí.

Los tinkis saltaron de la piedra al camino y empezaron a bajar el cerro al galope. Por ratos, se paraban sobre las piedras más grandes y le gritaban al pueblo. Las quebradas de Viseca y Ak'ola contestaban desde lejos el relincho de los comuneros.

—Viseca grita más fuerte.

—¡Claro pues! Viseca es quebrada padre; el tayta Chitulla es su patrón; de Ak'ola es Kanrara no más.

—¿Kanrara? Tayta Kanrara le gana a Chitulla, más rabioso es.

—Verdad. Punta es su cabeza, como rejón de don Córdova.

—¿Y Chitulla? A su barriga seguro entran cuatro Kanraras.

Los indios miraban a uno y otro cerro, los comparaban, serios, como si estuvieran viendo a dos hombres.

Las dos montañas están una frente a otra, separadas por el río Viseca. El riachuelo Ak'ola quiebra al Kanrara por un costado, por el otro se levanta casi de repente después de una lomada larga y baja. Mirado de lejos, el tayta Kanrara tiene una expresión molesta.

—Al río Viseca le resondra para que no cante fuerte —dicen los comuneros de San Juan.

Chitulla es un cerro ancho y elevado, sus faldas suaves están cubiertas de tayaes y espinos; a distancia se le ve negro, como una hinchazón de la cordillera. Su aspecto no es imponente, parece más bien tranquilo.

Los indios sanjuanés dicen que los dos cerros son rivales y que, en las noches oscuras, bajan hasta la ribera del Viseca y se hondean ahí, de orilla a orilla.

Los tinkis entraron por la esquina de la iglesia. Venían solos, sin sus mujeres. Avanzaron por el medio de la plaza, hacia el corredor de la escuela. Eran como cien; todos vestidos de cordellate azul, sus sombreros blancos y grandes y sus ojotas lanudas, se movían acompasadamente.

—¡Tinkis, de verdad comuneros! —dijo el cornetero.

Don Vilkas despreciaba a los tinkis; al verlos en la plaza, levantó su cabeza, jactancioso, pero los siguió con la mirada hasta que llegaron al corredor; les tenía miedo, porque eran unidos y porque su varayok', cabo licenciado, no respetaba mucho a los mistis.

Don Wallpa, varayok' de los tinkis, subió primero las gradas.

—Buenos días, taytakuna, mamakuna —saludó.

Se acercó a don Vilkas y le dio la mano; después vino donde el cornetero, los dos se abrazaron.

—¡Don Wallpa, taytay!

—¡Mak'ta Pantacha!

—De tiempo has regresado de la costa.

—Seis meses, tayta.

Los otros tinkis hicieron lo mismo que don Wallpa, saludaron a todos, le dieron la mano a don Vilkas y abrazaron a Pantaleón.

Al poco rato los escolares y el músico nos vimos rodeados de los tinkis. Yo miré una a una las caras de los comuneros: todos eran feos, sus ojos eran amarillosos, su piel sucia y quemada por el frío, el cabello largo y sudoso; casi todos estaban rotos, sus lok'os (sombberos) dejaban ver los pelos de la coronilla y las ojotas de la mayoría estaban huecas

por la planta, sólo el correaje y los ribetes eran lanudos. Pero tenían mejor expresión que los sanjuanés, no parecían muy abatidos, conversaban en voz alta con Pantaleón y se reían.

Los escolares se fueron, uno por uno, de nuestro grupo; varios se subieron a los pilares blancos; otros empezaron a jugar en la plaza. En medio de los tinkis más que nunca me gustó la plaza, la torrecita blanca, el eucalipto grande del pueblo. Sentí que mi cariño por los comuneros se adentraba más en mi vida, me parecía que yo también era tinki, que tenía corazón de comunero, que había vivido siempre en la puna, sobre las pampas de ischu^[*].

—Bernaco, ¿te gustaría ser tinki?

—¡Claro! Tinki es hombre.

Pantaleón también parecía satisfecho conversando con los tinkis, sus ojos estaban alegres. Primero habló de Nazca; de los carros, de las tiendas, y después de los patrones, abusivos como en todas partes.

—¿No ves? De otro modo ha regresado el Pantacha, está rabioso para los platudos —me dijo a la oreja el dansak' (bailarín) Bernaco.

—¿Acaso? En la costa también, el agua se agarran los principales no más, al último ya riegan, junto con los que tienen dos, tres chacritas; como de caridad le dan un poquito, y sus terrenos están con

sed de año en año. Pero principales de Nazca son más platudos; uno solo puede comprar a San Juan con todos sus maizales, sus alfalfares y su ganado. Casi gringos no más son todos, carajeros, como a taytacha de iglesia se hacen respetar con sus peones.

—Verdad. Así son nazcas —dijo el varayok' Wallpa.

—Como en todas partes en Nazca también los principales abusan de los jornaleros —siguió Pantaleoncha—. Se roban de hombre el trabajo de los comuneros que van de los pueblos: San Juan, Chipau, Santiago, Wallawa. Seis, ocho meses, le amarran en las haciendas, le retienen sus jornales; temblando con terciana le meten en los cañaverales, a los algodonaes. Después le tiran dos, tres soles a la cara, como gran cosa. ¿Acaso? Ni para remedio alcanza la plata que dan los principales. De regreso, en Galeras-pampa, en Tullutaka, en todo el camino se derrama la gente; como criaturitas, tiritando, se mueren los andamarkas, los chillek'es, los sondondinos. Ahí no más se quedan, con un montón de piedra sobre la barriga. ¿Qué dicen sanjuankunas?

—¡Carago! ¡Mistis son como tigre!

—¡Comuneros son para morir como perro!

Sanjuanes y tinkis se malograron. Rabiosos, se miraban uno a otros, como preguntándose. Los ojos de Pantacha tenían el mirar con que en el wak'tay^[*]

hacían asustar a todos los indios badulaques de San Juan; brillaban de otra manera.

Todos los comuneros se reunieron junto a la puerta de la cárcel para oír a Pantaleoncha; eran como doscientos. Don Vilkas y don Inocencio conversaban en otro lado; el viejo se hacía el disimulado; pero estaba allí para oír; y contárselo después todo al principal.

El cornetero subió al poyo del corredor; les miró en los ojos a todos los comuneros, estaban como asustados.

—Pero comunkuna somos tanto, tanto; principales dos, tres no más hay. En otra parte, dicen, comuneros se han alzado; de afuera a dentro, como a gatos no más, los han apretado a los platudos. ¿Qué dicen, comunkuna?

Los sanjuanes se pusieron asustadizos, los tinkis también. Pantacha hablaba de alzamiento, ellos tenían miedo a eso, acordándose de los chaviñas. Los chaviñas botaron ocho leguas de cercos que don Pedro mandó hacer en tierras de la comunidad; lo corretearon a don Pedro para matarlo. Poco después vinieron soldados a Chaviña y abalearon a los comuneros con sus viejos y sus criaturas; algunos que se fueron a las alturas no más se escaparon. Eran como mujer los sanjuanes, le temían al alzamiento.

Nunca en la plaza de San Juan, un comunero

había hablado contra los principales. Los domingos se reunían en el corredor de la cárcel, pedían agua lloriqueando y después se regresaban; si no conseguían turno, se iban con todo el amargo en el corazón, pensando que sus maizalitos se secarían de una vez en esa semana. Pero este domingo Pantacha gimoteaba fuerte contra los mistis, delante de don Vilkas resondraba a los principales.

—¡Principales para robar no más son, para reunir plata, haciendo llorar a gente grande como a criaturitas! ¡Vamos matar a principales, como a puma ladrón!

Al principio don Vilkas disimuló, junto con don Inocencio; pero al último, oyendo a Pantacha hablar de los mistis sanjuanés, se vino apurando donde los comuneros, miró rabioso al cornetero y grito con voz de perro grande:

—¡Pantacha! ¡Silencio! ¡Principal es respeto!

Su hablar rabioso asustó a los sanjuanés. Pero el mak'ta levantó más la cabeza.

—¡Taytay, como novillo viejo eres, ya no sirves!

Don Vilkas empezó a empujar a los indios para llegar hasta donde estaba el Pantacha.

—¡Carago, allk'o! (perro) —gritó.

Don Inocencio le rogó, jalándole el poncho:

—Dejay, don Vilkas; Pantacha es hablador no más.

—Te voy a faltar, tayta —le gritó el cornetero.

Al oír la amenaza de Pantaleón, don Inocencio sujetó al viejo.

—No enrabies don Vilkas, ¡por gusto!

Oyendo la bulla, algunos comuneros y las mujeres que estaban en los otros corredores, se vinieron junto a la puerta de la cárcel, para ver la pelea.

Hombres y mujeres hablaban fuerte.

—¡Viejo es respeto! —decía la mayor parte de las mujercitas.

—¿Manchu? Don Vilkas es abusivo. ¿Acaso? «Endio» no más es, igual a sanjuanés —gritó, desafiando, don Wallpa, varayok' de Tinki, viejo como don Vilkas.

—¡Wallpa! ¡Maula Wallpa!

Don Vilkas se paró, desafiante, mirando de frente al varayok' de Tinki.

—Si quieres, solo a solo, como toros en la plaza —habló don Wallpa.

—Anda, tayta, cajéalo en la barriga —le dijeron los tinkis a su autoridad.

Don Wallpa se quitó el poncho, lo tiró sobre sus comuneros y saltó a la plaza. Se cuadró allí como toro padrillo.

—¡Yaque, don Vilkas!

Le llamó con la mano.

Pero las mujercitas sujetaron al viejo. Si no, el

varayok' le hubiera hecho gritar como a gallo cabestro.

Pantacha se rió fuerte, mirando a don Vilkas.

—¡Jajayllas!

Se puso el cuerno a la boca y tocó el huayno chistoso de los wanakupampas:

*Akakllo de los pedregales,
bullero pajarito de las peñas;
no me engañes, akakllo.
Akakllo pretencioso,
misti ingeniero, te dicen.
¡Jajayllas akakllo!,
muéstrame tu barreno
¡jajayllas Akakllo!,
muéstrame tus papeles.*

El viejo Vilkas se enrabió de veras, botó a las mujeres que le atajaban y salió a la plaza; pero no fue a pelear con don Wallpa, ni resonó a Pantacha, siguió de frente, hacia la esquina de don Eustaquio. Casi del centro de la plaza volteó la cabeza para mirar a los comuneros, y gritó:

—¡Verás con don Braulio!

—¡Jajayllas novillo! —le contestó el varayok'.

El viejo llegó casi corriendo a la esquina de don Eustaquio, y torció después a la calle de don Braulio, principal de San Juan.

Don Wallpa subió otra vez al corredor.

—¡Maula! Para lamer a don Braulio no más sirve —habló el varayok’.

Pero los sanjuanes ya estaban miedosos; se separaron de los tinkis y se fueron con don Inocencio a otro corredor.

—¡Sanjuanes son como don Vilkas!, ¡maulas! —le dije al dansak’ Bernaco.

—Con las balitas que don Braulio echa por las noches en las esquinas, están amujerados.

—Vamos a ver qué dice el sacristán.

Disimulando, nos acercamos al corredor de los sanjuanes. El sacristán estaba asustado, a cada rato miraba la esquina de don Eustaquio.

Los sanjuanes conversaban, miedosos; como queriendo ocultarse unos tras de otros, se juntaban alrededor del sacristán Inocencio, pidiendo consejo.

—¡Sanjuankuna! —habló don Inocencio—. Don Braulio tiene harta plata, todos los cerros, las pampas, son de él. Si entra nuestra vaquita en su potrero, la seca de hambre en su corral; a nosotros también nos latiguea, si quiere. Vamos defender más bien a don Braulio. Pantacha es cornetero no más, no vale.

—¡Sigoro!

—No sirve contra don Braulio.

Los sanjuanes eran como gallo forastero, como vizcacha de la puna; cuando el principal gritaba,

cuando ajeaba fuerte y reventaba su balita en la plaza, los sanjuanes no habían, por todas partes escapaban como chanchos cerriles.

Los comuneros estaban separados ahora en dos bandos: los sanjuanes con don Inocencio y los tinkis con Pantaleón y don Wallpa. Los sanjuanes eran más.

Los tinkis hablaban en la puerta de la cárcel, formando grupo.

—Vamos a contarle a Pantacha lo que ha dicho don Inocencio —dije.

—Vamos.

Nos encaminamos con Bernaco hacia el corredor de la cárcel.

Cuando estuvimos atravesando la esquina, salió a la plaza, por la puerta del coso, don Pascual, repartidor de semana.

—¡Don Pascual! —gritó Bernaco.

—¡Don Pascual!

Todos los indios hablaron alto el nombre del repartidor.

Pantacha le hizo seña con la corneta a don Pascual. El semanero se fue derecho al corredor de los tinkis.

Los sanjuanes corrieron otra vez hacia el corredor de la cárcel, para hablar con el semanero; dejaron solo al sacristán.

Los comuneros de todo el distrito se apretaron

rodeando a don Pascual.

—¡Sanjuankuna, ayalaykuna, tinkikuna! —Oí la voz de Panteleoncha—; don Pascual va a dar k'ocha^[*] agua a necesitados. Seguro don Braulio rabia; pero don Pascual es primero. ¿Qué dicen?

De un rato, Pascual subió al poyo.

—Con músico Pantacha hemos entendido. Esta semana k'ocha agua va a llevar don Anto, la viuda Juana, don Jesús, don Patricio... don Braulio seguro carajea. Pero una vez siquiera, pobre va agarrar agua una semana. Principales tienen plata, pobre necesita más sus palitos, sus maizalitos... Tayta Inti (sol) le hace correr a la lluvia; k'ocha agua no más y hay para regar: k'ocha va a llenar esta vez para comuneros.

El hablar de don Pascual no era rabioso como el de Pantacha; parecía más bien humilde, rogaba para que los comuneros se levantasen contra don Braulio.

—¡Está bien, don Pascual!

—¡Está bien!

Contestaron primero los tinkis.

—Don Pascual, reparte según tu conciencia.

Don Sak'sa, de Ayalay, habló primero por los sanjuanes.

—¡Según tu conciencia, tayta!

—¡Según tu conciencia!

—Don Braulio abusa de comuneros. Comunidad vamos hacernos respetar. ¡Para «endios» va a ser

k'ocha agua!

Los sanjuanes no se asustaban con el hablar de don Pascual; le miraban tranquilos, parecían carneros mirando a su dueño.

—¡No hay miedo, sanjuankuna! —gritó el mak'ta Pantacha—. A mujer no más le asusta el revólver de don Braulio.

—Seguro don Braulio carajea. ¿Acaso? Vamos esperar; aquí en su delante voy a dar agua a comuneros.

Los mak'tas se miraron, consultándose. Recién entendían por qué Pantacha, don Wallpa, don Pascual, se levantaban contra el principal, contra don Vilkas y don Inocencio.

—Verdad, compadre; en nuestro pueblo, dos, tres mistis no más hay; nosotros, tantos, tantos... Ellos igual a comuneros gentes son, con ojos, bocas, barriga, ¡k'ocha agua para comuneros!

—¿Acaso? Mama-allpa (madre tierra) bota agua, igual para todos.

Los sanjuanes también se hicieron los decididos. De tres en tres, de cuatro en cuatro, se juntaron los comuneros. Pantacha y don Pascual, uno a uno les hablaban, para hacer respetar al repartidor.

La comunidad de San Juan estaba para pelear con el principal del pueblo, Braulio Félix.

Los domingos en la mañana los mistis iban a buscar a don Braulio en su casa. Le esperaban en el patio, dos, tres horas, hasta que el principal se levantaba. Junto a una pared había varios troncos viejos de eucalipto; sentados sobre esos palos se soleaban los mistis mientras don Braulio acababa de dormir. El principal no tenía hora para levantarse; a veces salía de su cuarto a las siete, otras veces a las nueve y a las diez también; por eso los mistis se iban a visitarle según su alma; unos eran más pegajosos, más sucios, y tempranito estaban ya en el patio para hacerse ver por los sirvientes de don Braulio; otros, de miedo no más iban, para que el principal no les tomase a mal; llegaban más tarde, cuando el sol ya estaba alto; otros calculaban la hora en que don Braulio iba a salir para convidar el trago a los sanjuanes, por borrachos no más cortejaban al principal.

Los domingos, don Braulio se desayunaba con aguardiente en la tienda de don Heraclio: la tiendecita de don Heraclio está en la misma calle del principal. Como loco don Braulio hacía tomar cañazo a uno y a otro, se reía de los mistis sanjuanes, les hacía emborrachar y les mandaba cantar huaynos sucios. Hasta media calle salía don Braulio, riéndose a gritos:

—¡Buena, don Cayetano! ¡Don Federico, buena!

Los mistis borrachos se sacaban el pantalón; se peleaban; golpeaban por gusto sus cabezas sobre el mostrador.

Al mediodía, don Braulio iba al corredor de la cárcel para la repartición del agua: los mistis le seguían. De vez en vez, el principal se mareaba mucho y no se acordaba del reparto. Entonces don Inocencio, sacristán de la iglesia, hacía tocar la campana a las dos o tres de la tarde; al oír la campana, don Braulio, según su humor, se quedaba callado, o si no, saltaba a la calle y echando ajos iba al corredor de la cárcel. Fusteaba a cualquiera, encerraba en la cárcel a dos o tres comuneros y reventaba a tiros en el corredor. Todos los mistis y los indios escapaban de la plaza; los borrachos se arrastraban a los rincones. El corredor quedaba en silencio; don Braulio hacía retumbar la plaza con su risa y después se iba a dormir. Don Braulio era como dueño de San Juan.

Seguro este domingo el principal estaba mareado, y por eso no venía. Don Vilkas, don Inocencio, de miedo se habrían quedado en la puerta de la tienda, esperando la voluntad del principal.

Ya era tarde. El tayta Inti quemaba al mundo. Las piedras de la mina Ventanilla brillaban como

espejitos; las lomas, los falderíos, las quebradas se achicharraban con el calor. Parecía que el sol estaba quemando el corazón de los cerros; que estaba secando para siempre los ojos de la tierra. A ratos se morían los k'erk'ales y las retamas de los montes, se agachaban humildes los grandes molles y los sauces cabezones de las acequias. Los pajaritos del cementerio^[*] se callaron, los comuneros también, de tanto hablar, se quedaron dormidos. Pantacha, Pascual, don Wallpa, veían, serios, el camino a Puquio, que culebreaba sobre el lomo del cerro de Ventanilla.

El tayta Inti quería, seguro, la muerte de la tierra, miraba de frente, con todas sus fuerzas. Su rabia hacía arder al mundo y hacía llorar a los hombres.

El blanqueo de la torre y de la iglesia reventaba en luz blanca. La plaza era como horno, y en su centro, el eucalipto grande del pueblo aguantaba el calor sin moverse, sin hacer bulla. No había ya ni aire; parado estaba todo, aplastado, amarillo.

El cielo se reía desde lo alto, azul como el ojo de las niñas, parecía gozoso mirando los falderíos terrosos, la cabeza pelada de las montañas, la arena de los riachuelos reseca. Su alegría chocaba con nuestros ojos, llegaba a nuestro adentro como risa de enemigo.

—¡Tayta Inti, ya no sirves! —habló don Sak'sa,

de Ayalay. En todo el corredor se oyó su voz de viejo, triste, cansada por el Inti rabioso.

—¡Ayarachicha! ¡Ayarachi![*]

Pantacha se paró en el canto del corredor, mirando ojo a ojo al Inti tayta; y sopló bien fuerte la corneta de los wanakupampas. Ahora sí, la tonada entraba en el ánimo de los comuneros, como si fuera el hablar de sus sufrimientos. Desde la plaza caldeada, en esa quebrada ardiendo, el ayarachi subía al cielo, se iba lejos, lamiendo los k'erk'ales y los montes resecos, llevándose a todas partes el amargo de los comuneros malogrados por el Inti rabioso y por el principal maldecido.

—Pantaleón ruega a Taytacha Dios para que le resondre al Inti.

De repente, don Braulio entró a la plaza. Los mistis sanjuanés venían en tropa, junto al principal.

Vicenticha, hijo del sacristán, corrió a la torre, para tocar la campana grande. Comuneros y mujeres se pararon en todos los corredores. Como si hubiera entrado un toro bravo a la plaza, de todas partes, la gente corrió a la puerta de la cárcel; parecían hambrientos.

—¡Sanjuankuna, pobrecitos! —habló don Sak'sa.

Don Wallpa, Pascual, Pantacha, se reunieron.

—Rato se ha esperado don Vilkas, sentado como perro en la puerta de don Heraclio.

—Don Inocencio también.

—Principal cuando toma, no hace caso.

Los tinkis se juntaron alrededor de don Wallpa; los sanjuanés, callados, sin llamarse, se entroparon en otro lado.

—No hay confianza; comuneros no van parar bien —dijo Pantacha, mirando a la gente separarse en dos bandos.

—¡Comunkuna! —gritó—, ¡k'ocha agua para «endios»!

Voltearon la cabeza los sanjuanés para mirar al mak'ta; no había hombría en sus ojos; como carnero triste eran todos; los tinkis tampoco parecían muy seguros.

—Don Pascual, firme vas a parar contra el principal; seguro carajea.

—¿Acaso?, como tayta Kanrara voy a parar: don Anto, don Jesús, don Patricio, don Roso...

La campana del pueblo sonó fuerte. Ahora la plaza parecía de fiesta. Bulla en todas partes, sol blanco, cielo limpio, campana; sólo el ánimo no era para alegría, los comuneros miraban la tropa de los mistis, recelando.

Don Pascual, Wallpa y Pantaleón se pararon a un costado de la mesa, mirando la esquina de don Eustaquio; los sanjuanés en el lado de la cárcel, sus mujeres tras de ellos y los tinkis junto a la puerta de

la escuela; los escoleros trepados en los pilares de piedra blanca.

Don Braulio ya estaba chispo; venía pateando las piedrecitas del suelo; su pañuelo del cuello con el nudo junto al cogote; y el sombrero puesto a la pedrada. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la hebilla de su cinturón brillaba; a un lado se veía la funda del revólver. Rojo, como pavo nazqueño, venía apurado, para despachar pronto. Los otros principales, seguro estaban borrachos; don Cayetano Rosas andaba tambaleándose.

En medio de la plaza, junto al eucalipto, don Cayetano gritó:

—¡Que viva don Braulio!

—¡Que viva! —le contestaron todos; don Braulio también.

Al último, ocultándose, venían don Inocencio, sacristán del pueblo, y don Vilkas.

Junto a mi pilar estaba el dansak' Bernaco.

—Estoy asustadizo, capaz hay pelea, niño Ernesto —dijo.

—Seguro hay pelea, Bernaco; Pascual y Pantacha están molestos.

—Pero Pantacha está valiente.

—Mírale a don Braulio. Seguro hay pelea. Capaz don Braulio ha traído su revolvercito.

—¡No digas, niño Ernesto! Don Braulio revolvea

no más, es como loco.

Don Braulio subió las gradas del corredor.

—¡Buenos días, tayta! —saludaron todos los comuneros al principal del pueblo.

—Buenos días —contestó don Braulio. Derecho se fue junto a la mesa; se paró con la espalda a la pared; los mistis y don Vilkas y don Inocencio, se arrimaron a su lado.

Los indios miraban a don Braulio; unos asustadizos, con ojos brillantes, otros tranquilos, algunos rabiando. Pantacha se acomodó bien la correa que sujetaba el cuerno sobre su espalda; en su cara había como fiebre.

Don Braulio parecía chanco pensativo; miraba el suelo con las manos atrás; curvo, me mostraba su cogote rojo, lleno de pelos rubios.

¡Don Braulio me hacía saltar el corazón de pura rabia!

Silencio se hizo en toda la plaza. El eucalipto del centro de la plaza parecía sudar y miraba humilde al cielo.

—¡Semanero Pascual, k'allary! (comienza) —ordenó el principal.

Don Pascual saltó sobre la mesa; desde lo alto miró al cornetero, a don Wallpa, a don Sak'sa, y después a los comuneros.

—¡K'allary!

—Lunes para don Enrique, don Heracleo; martes para don Anto, viuda Juana, don Patricio; miércoles para don Pedro, don Roso, don José, don Pablo; jueves para...

Como si le hubieran latigueado en la espalda se enderezó el principal; sus cejas se levantaron parecido a la cresta de los gallos peleadores; y desde adentro de sus ojos apuntaba la rabia.

—Viernes para don Sak'sa, don Waman...

—¡Pascualcha, silencio! —gritó don Braulio.

Los comuneros de don Sak'sa se asustaron, movieron sus cabezas, se acomodaron para correr ahí mismo; los tinkis más bien pararon firmes.

—¡Don Braulio, k'ocha agua es para necesitados!

—¡No hay dueño para agua! —gritó Pantacha.

—¡Comunkuna es primero! —habló don Wallpa.

El principal sacó su arma.

—¡Fuera, carajo, fuera!

Los sanjuanes se empujaban atrás, se caían del corredor a la plaza. Las mujeres corrieron primero arrastrando sus rebozos.

Dos, tres balas sonaron en el corredor. Los principales, don Inocencio, don Vilkas, se entroparon con don Braulio. Los sanjuanes se escaparon por todas partes; no volteaban siquiera, corrían como perseguidos por los toros bravos de K'oñani; las mujeres chillaban en la plaza; los escolares saltaron

de los pilares; los de Ayalay se atracaban en la puerta del coso, querían entrar de cuatro en cuatro, de ocho en ocho. Pantacha gritaba como el diablo.

—¡Kutirimuychic mak'takuna! (¡Volved, hombres, volved!).

En vano: los comuneros se perdían en las esquinas, en las puertas. Algunos tinkis no más quedaron en el corredor, serios, tiesos, como los pilares de piedra blanca.

Don Antonio también había traído su revólver, seguro le prestó don Braulio; estiró su brazo el alcalde y le echó dos tiros más al aire. Los últimos sanjuanés que sacaban su cabeza por las esquinas se ocultaron.

Don Pascual se bajó callado de la mesa al suelo.

Principales y comuneros se miraron ojo a ojo, separados por la mesa. Don Braulio parecía de verdad loco; sus ojos miraban de otra manera, derechos a Pantacha; venenosos eran, entraban hasta el corazón y lo ensuciaban. Tras el principal los mistis y don Vilkas esperaban temblando.

—¡Carajo! ¡Sua! (ladrón) —gritó el mak'ta—. Mata no más, en mi pecho, en mi cabeza.

Levantó alto su corneta. Como el sol de mediodía su mirar quemaba, rajaba los ojos. Brincó sobre el misti maldecido... don Braulio soltó una bala y el mak'ta cornetero cayó de barriga sobre la piedra.

—¡A la cárcel!

Como baldeados con sangre, don Pascual, don Wallpa y los tinkis, cerraron los ojos. Se acobardaron; ya no valían, ya no servían, se malograron de repente; se ahumildaron, como gallo forastero, como novillo chusco; ahí no más se quedaron, mirando el suelo.

—¡A la cárcel, wanakus! —mandó don Braulio con hablar de asesino.

Don Vilkas abrió la puerta de la cárcel —era carcelero—; como chascha (perro pequeño), temblando. Don Wallpa entró primero; Pascual parecía viuda en desgracia, mirando el suelo, humilde, derecho se fue tras el varayok’.

—Los demás carneros, a sus punas. ¡Fuera!

Se escaparon los tinkis; ganándose unos a otros, recelosos todavía, volteaban la cabeza de rato en rato.

En la plaza se hizo silencio; nadie había. En un rato se acabaron la bulla, las rabias, los comuneros; se acabó Pantacha, el mak’ta de corazón, el mak’ta valiente. Los mistis también se callaron mirando a Pantaleón, tumbado en el suelo, como padrillo rejoneado. Don Vilkas y don Inocencio, parados en la puerta de la cárcel tenían miedo, no podían ir a ver la sangre del músico.

—Ciérrenlo en la cárcel hasta la noche —mandó

don Braulio.

No podían, don Inocencio, don Vilkas.

—Indios ¡arrástrenlo!

Por gusto mandaba, como a fantasma le temían.

—¡Nu taytay, nu taytay!

Le rogaban con hablar de criaturitas.

—Usted, don Cayetano.

—¡Claro! Yo sí.

El viejo borracho se acercó al cornetero; de una pierna empezó a jalarle.

—¡Caray! En la cabeza había sido.

Viendo arrastrar al Pantacha, me enrabié hasta el alma.

—¡Wikuñero allk'o! (perro cazador de vicuñas)
—le grité a don Braulio.

Salté al corredor. Hombre me creía, verdadero hombre, igual a Pantacha. El alma del auki Kanrara me entró seguro al cuerpo; no aguantaba lo grande de mi rabia. Querían reventarse mi pecho, mis venas, mis ojos.

Don Braulio, don Cayetano, don Antonio... me miraron no más; sus ojos como vidrio redonditos, no se movían.

—¡Suakuna! (ladrones) —les grité.

Levanté del suelo la corneta de Pantacha, y como wikullo^[*] la tiré sobre la cabeza del principal. Ahí mismo le chorreó la sangre de la frente, hasta llegar

al suelo. ¡Buena mano de mak'tillo!

Los principales acorralaron a su papacito, para atenderlo.

—Tayta, muérete; ¡perro eres, para morder a comuneros no más sirves! —le dije.

—¡Balas, carajo, más balas!

En vano gritaba; el fierro de la corneta le mordió en la frente, y su sangre corría, negra, como de culebra.

—¡Don Antonio; mátelo!

Rogaba por gusto, su hablar ya no era de hombre; su sangre le acobardaba, como a las mujeres.

—¡Taytacha, acábale de una vez, para morder no más sirve!

Miré la fachada blanca de la iglesia.

¡Jajayllas! Taytacha Dios no había. Mentira es: Taytacha Dios no hay.

Don Antonio me hizo seña con el pie para que escapara. Me quería el alcalde, porque era amiguero de sus hijos.

—Mátelo, don Antonio —rogó don Braulio otra vez.

La voz del principal me gustaba ahora; me hubiera quedado; su gritar me quitaba la rabia, me alegraba, la risa quería reventar en mi boca.

—¡Muérete, taytay, allk'o!

Pero don Antonio pateó en el empedrado y

después me apuntó con su revólver. Se enfrió mi corazón en el miedo; salté del corredor a la plaza; tras de mí sonó la bala de don Antonio.

—¡Taytay, Antonio!

El aire abaleó seguro el alcalde, para disimular.

Los comuneros de Utek'pampa son mejores que los sanjuanes y los tinkis de la puna. Indios lisos y propietarios, les hacían correr a don Braulio. Cuando traía soldados de Puquio no más, el principal se hacía el hombre en Utek', atropellaba a los comuneros y hacía matar los animales de la pampa, para escarmiento.

Sólo en la plaza de San Juan era valiente don Braulio, pero llegando a Utek' se acababa su rabia y parecía buen principal.

Por eso, cuando escapé de la plaza, me acordé de los mak'tas utek'.

Los sanjuanes se habían asegurado en sus casas, chanchos no más encontré en las calles. Las puertas, como en media noche, estaban cerradas.

No paré hasta llegar al morro de Santa Bárbara: de donde se ven la pampa y el pueblito de Utek'.

Bien abajo, junto al río Viseca, Utek'pampa se tendía, como si fuera una grada en medio del cerro Santa Bárbara.

Nunca la pampa de Utek' es triste; lejos del cielo vive: aunque haya neblina negra, aunque el aguacero haga bulla sobre la tierra, Utek' pampa es alegre.

Cuando los maizales están verdes todavía, el viento juega con los sembríos; mirada desde lejos, la pampa despierta cariño en el corazón de los forasteros. Cuando el maíz está para cosecharse, todos los comuneros hacen chozas en la cabecera de sus chacras. Las tuyas^[*], los loros y las torcazas ladronas vuelan por bandadas en todo el campo; pasan silbando por encima de los maizales, mostrando sus pechitos amarillos, blancos, verdes; a veces cantan desde los mollales que crecen junto a los cercos. Desde los caminos lejanos, Utek' pampa se ve llena de humo, como si todo fuera pueblo. Después de la cosecha, la pampa se llena de animales grandes: toros, caballos, burros. Los padrillos gritan todo el día, desafiándose de lejos; los potros enamorados relinchan y se hacen oír en toda la pampa. ¡Utek' pampa: indios, mistis, forasteros o no, todos se consuelan, cuando la divisan desde lo alto de las obras, desde los caminos!

—¡Utek' pampa mama!

Igual que los comuneros de Tinki llamé a la pampa; como potrillo, relinché desde el morro de Santa Bárbara; fuerte grité, para hacerme oír con los mak'tas utek'. ¡Pero mentira! Viendo lo alegre de la

pampa, de los caminos que bajan y suben del pueblito, más todavía creció el amargo en mi corazón. Ya no había Pantacha, ya no había don Pascual, ni Wallpa; don Braulio no más ya era; con su cabeza rota se pararía otra vez, para ajear, patear y escupir en la cara de los comuneros, emborrachándose con lo que robaba de todos los pueblos.

Solito, en ese morro seco, esa tarde, lloré por los comuneros, por sus chacritas quemadas con el sol, por sus animalitos hambrientos. Las lágrimas taparon mis ojos; el cielo limpio, la pampa, los cerros azulejos, temblaban; el Inti, más grande, más grande... quemaba al mundo. Me caí, y como en la iglesia, arrodillado sobre las yerbas secas, mirando al tayta Chitulla, le rogué:

—Tayta: ¡que se mueran los principales de todas partes!

Y corrí después, cuesta abajo, a entroparme con los comuneros propietarios de Utek' pampa.

Los escoleros

El wikullo es el juego vespertino de los escoleros^[*] de Ak'ola. Bankucha era el escolero campeón en wikullo. Gordinflón, con aire de hombre grande, serio y bien aprovechado en leer, Bankucha era el «Mak'ta» en la escuela; nosotros a su lado éramos mak'tillos no más, y él nos mandaba.

Cuando barríamos en faena la escuela, cuando hacíamos el chiquero para el chanco de la maestra, cuando amansábamos burros maltones en el coso del pueblo, y cuando arreglábamos el camino para que viniera al distrito el subprefecto de la provincia, Bankucha nos dirigía.

En el trabajo del camino, que era trabajo de hombres, los escoleros obedecíamos callados al mak'ta, diciendo en nuestro adentro que ya éramos faeneros, peones ak'olas, mak'tas barreteros; que Bankucha era nuestro capataz, el mayordomo. Nos limpiábamos el sudor con prosa; descansábamos por ratos, poniéndonos las manos a la cintura, como faeneros de verdad; mientras, Bankucha, parado a la

cabeza de la cuadrilla, nos miraba con su cara seria, igual que don Jesús, mayordomo de don Ciprián, principal del pueblo. A veces, nos reíamos fuerte mirando al Banku; pero él no, se creía capataz de veras, nos resontraba con voz gruesa y nos hacía callar; sabía mandar el wikullero. Y los escoleros le queríamos, porque todo lo que hacíamos bajo sus órdenes salía bien, porque odiaba y pateaba a los abusivos, y porque tenía unos ojos bien grandes y amistosos. Cuando faltaba a la escuela, hasta los más chicos le extrañaban y decían entristecidos:

—¡Dónde estarás, Bankuchallaya!

Un sábado por la tarde, yo y Bankucha nos paramos en una esquina de la plaza para oír el griterío de los chiwacos^[*] que cantaban en los duraznales del cementerio. No había casi gente en el pueblo; todos los comuneros estaban en el trabajo y la mayor parte de los escoleros vivían en los pueblecitos cercanos, en las estancias, y se iban los sábados, tempranito.

La tarde estaba húmeda y nublada.

—Bankucha, de poco ya te voy a ganar en wikullo.

—Eres maula, Juancha.

—Ahora, badulaque, vamos a probar en Wallpamayu.

Ak'ola está entre dos riachuelos: Pukamayu y Wallpamayu; los dos llegan hasta la explanada del pueblo, dando saltos desde la cumbre de la cordillera y siguen despeñándose hasta llegar al fondo del río grande, del verdadero río que corre por la base de las montañas. Wallpamayu, en miles de años de trabajo, ha roto la tierra, y corre encajonado en un barranco perpendicular y profundo. A la orilla del barranco los ak'olas plantaron espinos, para defender a los animales y a los muchachos. De trecho en trecho, varias plantas de maguey estiran sus brazos sobre el barranco. Pero desde años antes, los escoleros hicieron varios huecos en el muro de espinos, para pasar a la orilla del barranco y tirar los wikullos al río.

El wikullo lo hacíamos de las hojas del maguey; eran unos cuadriláteros con mangos, en forma de palmeta. Cada wikullero llevaba amarrado al chumpi o al cinturón un cuchillo hecho de fleje, para cortar el maguey. Bankucha tenía un puñal de verdad con forro de cuero; se lo regaló don Fermín, un borrachito, amigo de los muchachos.

—Bankucha, vamos a pelear a iguales. Tú sabes hacer wikullo mejor que yo; si eres legal haz para los dos.

No me contestó el escolero. Se acercó a un maguey, arrancó una hoja larga y cortó seis

estupendos wikullos.

—Uno para cada —dijo.

Tomó la delantera y entró, agachándose, por uno de los huecos del cerco de espinos. Detrás del cerco había un espacio como de tres metros.

El río estaba fangoso, arrastraba ramas de molle y retama, se revolvía entre las grandes piedras y salpicaba muy alto.

—¡Wallpamayu: algún día te voy a atravesar con mi wikullo, frente a frente! —dijo Bankucha, y miró la otra orilla del barranco.

—¡Mentira, Wallpamayucha, yo te voy a cruzar antes que el badulaque Banku!

Levanté mi wikullo, me agaché, encorvando el brazo, hice una flexión rápida, me estiré como un arco, con todas mis fuerzas, y arrojé el wikullo. Recto, de plano, se lanzó silbando, y fue a caer de filo sobre el barranco del frente, a veinte metros del río.

—¿Kunanri, Kunanri? (¿Y ahora?). ¡Jajayllas!

Salté a la orilla del precipicio, cerrando el puño; me pareció que ya no podía haber querido en mi vida nada más que eso. ¡Qué alegría! Me daban deseos de patearle al Banku, de pura alegría.

—¡He tocado el frente, mak'ta! —le grité.

Banku se asustó un poco, me miró receloso, como resentido.

—¡Espera, wiksa (barriga), wiksacha!

Se escupió las manos y levantó su wikullo del suelo. Sabía como nadie; abrió las piernas, se agachó, levantó un poco la cabeza; en lo hondo de sus ojos había rabia. De repente, saltó, y su brazo se estiró como un zurriago bien tirado. El wikullo se perdió en el aire, voló recto; pero en medio del barranco se ladeó, se lanzó oblicuo hacia abajo y se desplazó sobre una piedra.

—¡Malhaya viento!

Probó con otro wikullo. Ya no era tiempo, el viento empezó a soplar fuerte, y se llevó el wikullo, lejos, en la misma dirección de la quebrada. Por primera vez vi al Banku en apuros. Cortaba wikullo de cuatro en cuatro, de seis en seis, me amenazaba antes de tirar cada uno.

—¡Ahora sí! ¡Eres huahua^[*] para mí, Juancha!

Sudaba, cambiaba de posturas, se daba viada de distintas maneras. ¡Y nada! El viento estaba contra él; tiraba al suelo todos sus wikullos y los despedazaba. Me dio pena.

—Deja, Banku. Yo por casualidad no más he atravesado el barranco, pero tú eres mak'ta, mayordomo, capataz de escolares. Mañana, seguro, cuando el aire esté parado, vas a tirar hasta la cabeza del barranco. De verdad, Banku.

El mak'ta me agarró del brazo, señaló con la otra

mano el sitio donde cayó mi wikullo.

—Juancha, desde tiempo has estado alcanzándome, eres buen mak'ta. Si mañana o pasado no te igualo, vas a ser primer wikullero en Ak'ola.

—Bueno, Banku. Pero tú eres capataz, siempre.

Oscurecía. Los trigales jugaban con el viento del anochecer; la neblina se había subido muy arriba y cubría el cielo en todo el horizonte; el mundo parecía envuelto en un paño ceniciento, terso y monótono. Los grandes cerros dormitaban en la lejanía.

Por todos los caminos, los comuneros empezaron a llegar al pueblo; unos tras de sus burros cargados de leña, otros arreando una tropita de ovejas; muchos acompañados por sus vecinos de chacra; sus perros entraban al pueblo a carrera, persiguiéndose, dando saltos de regocijo.

—Juancha, de ocho años más, nosotros también vamos a venir como los comuneros, con nuestras mujeres por detrás y el chascha^[*] por delante.

—Claro, Banku, nosotros somos buenos ak'olas.

Salimos al camino grande que baja a la pampa de Tullo, a la pampa madre de los ak'olas, donde el maíz crece hasta el tamaño de dos hombres.

—Le miraremos un rato más al tayta Ak'chi — dijo Banku.

El tayta Ak'chi es un cerro que levanta su cabeza a dos leguas de Ak'ola; diez leguas, quizá veinte

leguas mira el tayta Ak'chi; todo lo que él domina es de su pertenencia, según los comuneros ak'olas. En la noche, dicen, se levanta a recorrer sus tierras, con un cuero de cóndor sobre la cabeza, con chamarra, ojotas y pantalón de vicuña. Muchos arrieros y viajeros cuentan que lo han visto; alto es, dicen, y silencioso; anda con pasos largos, y los riachuelos juntan sus orillas para dejarle pasar. Pero todo eso es mentira. Los pastales, las chacras que mira el tayta Ak'chi, y el tayta también, son pertenencia de don Ciprián, principal del pueblo. Don Ciprián sí, anda de verdad en las noches por las pampas del distrito; anda con su mayordomo, don Jesús y dos o tres peones más; el principal y el mayordomo carabina al hombro y revólver con forro en la cintura; los peones con buenos zurriagos; y así arrean todo el ganado que encuentran en los pastales; a látigos los llevan hasta el corral del patrón y allí los encierran, hasta que mueran de hambre, o los dueños paguen los «daños», a don Ciprián de quince, diez soles de reintegro, según su voluntad.

—Tayta Ak'chi es respeto, Juancha.

Sus ojos miraban al cerro con esa luz enternecedora que tenía siempre; pero ahora su mirar era más serio y humilde.

—¿Le quieres al Ak'chi, Banku?

—El tayta Ak'chi es patrón de Ak'ola, cuida a

los comuneros, a las vacas, a los becerritos, a todos los animales: todos somos hijos de tayta Ak'chi.

—¡Mentira! Nadie es padre de los comuneros; nadie, solos como la paja de las punas son. ¿El corazón de quién llora cuando a los comuneros nos desuella don Ciprián con sus mayordomos, con sus capataces?

—Deja, Bankucha; el tayta Ak'chi es upa, no oye; sonso es como el lorito de las quebradas. Vamos a alcanzar más bien a Teófanés; con la Gringa está subiendo por el camino.

Se molestó el escolero, pero no le hice caso, y corrí por el callejón a darle alcance a Teófanés. Banku, al poco rato, me siguió saltando por encima de los romazales.

En la repartición del camino encontramos a Teófanés. Agarrándose del rabo de la Gringa se hacía arrastrar para no cansarse.

—¡Gringa!

Salté al cuello de la vaca madre y la abracé con fuerza. Banku llegó después, levantó la cabeza de la Gringa por la quijada y se la puso al hombro.

—¡Ya, ya carago! —gritó Teófanés.

La vaca se paró en el camino, resopló fuerte, y empezó a lamerse la nariz; su olor a leche fresca nos enternecía más.

La Gringa era la mejor vaca del pueblo; el padre

de Teófanés, que fue arriero, se la trajo, tiernecita, de la costa; y como tenía algunas chacritas de alfalfa y maíz creció bien cuidadita y gorda; se hizo grande y cuando tuvo su hijo, daba una arroba de leche al día. El padre de Teófanés murió, cuando la Gringa estaba preñada; la viuda no tenía ahora más animales que esa vaca. La llamaron Gringa porque era blanca entera y un poco legañosa; la queríamos los escolares porque íbamos a jugar todos los días a la casa de Teófanés, donde no había nadie que nos resonrase. La viuda era buena y adoraba a Teófanés; y cada vez, por las mañanas, muchos escolares forasteros tomaban la leche de la Gringa, y también porque era muy mansa, y en su boca de labios abultados, en sus ojos legañosos y azules, en sus orejas pequeñas, encontrábamos una expresión de bondad que nos desleía el corazón, ¡Gringacha! Lo que es yo la quería como a una madre de verdad.

—Dejen a la Gringa, me ha jalado toda la cuesta y está de mal humor, se ha cansado bien —dijo Teófanés.

—¡Maula ak'ola! ¿No tienes alma para subir cuesta con tus pies?

—¿Acaso cuesta el wikullo?

Soltamos a la Gringa para hablar mejor con el escolarero.

—Oye, Teófanés, la Gringa está engordando.

—Es que ahora está comiendo en Pak'cha; allí la alfalfa es más dulce.

—Cierto, la tierra en Pak'cha es de otro modo, no le iguala ninguna tierra de Ak'ola.

La Gringa empezó a subir paso a paso la cuesta; hacía un gran esfuerzo con las patas traseras para caminar: su ubre llena se mecía y la arrastraba. Caminamos los tres largo trecho, casi sin conversar; íbamos al pie de la Gringa. Los payk'ales y sunchus que crecían sobre los muros del callejón se mecían con el viento y hacían bulla. Bandadas de palomas y toda clase de aves pasaban velozmente volando muy bajo; se iban a dormir en los bosques del río grande y en los kishuares de Wallpamayu. El cielo estaba completamente negro, por el lado del tayta Ak'chi, y daba miedo.

—¿Sabes, Banku? Don Ciprián ha ido cuatro veces ya a mi casa para que la viuda le venda nuestra Gringa; mi mamá no ha querido y don Ciprián se ha molestado fuerte. «A buenas o a malas», ha dicho, y se ha ido ajeando a su casa. Don Jesús también ha visitado de noche a la viuda y le ha estado rogando por la vaca; dice es vergüenza para el patrón que nosotros tengamos el mejor animal del pueblo.

—¿Y tú qué dices, Teófanos?

—¡Ja caraya! La Gringa es de mí, de Teofacha. A mí tiene que matar primero don Ciprián para llevarse

a la Gringa.

—A mí también, hermano. Nunca estará la Gringa en el corral del principal.

—¡«Endios» respetan su palabra, Bankucha! — habló Teófanés.

Ya estábamos frente al muro de espinos, cerca del pueblo. No hablaba ninguno. En nuestro corazón, de repente, creció la pena; todos mirábamos, callados, a la Gringa. Es que don Ciprián era malo, tenía alma de Satanás y ahora le estaba dando vueltas a la Gringa; y la miraba hambriento, con sus ojos verdes, verdes sucios, como los charcos podridos.

—Mejor no te acuerdes, Teofacha. Vamos a danzar aquí para la Gringa. En su delante vamos a danzar, como el mak'ta Untu de Puquio.

—¡Yaque!

—¡Yaque!

Hicimos parar a la Gringa, y empezamos a bailar sobre la pampita de romazales. Me sentía ágil, retozón, diestro en el baile indio. Silbábamos la danza del Untu, padre de todos los danzantes de Lucanas; levantábamos en alto la mano derecha, como si lleváramos las tijeras de acero. Y zapateamos, olvidándonos de todo, como tres pichiuchas^[*] alegres.

La Gringa nos miraba curiosa, con sus ojos tranquilos.

Empezaba una noche de aguacero cuando nos separamos los tres mak'tillos. Las nubes bajaban poco a poco hasta colocarse a la verdadera altura, desde donde sueltan el granizo primero y después la lluvia. El cielo negro, ya casi sin luz, asustaba; en el filo de los cerros lejanos ya empezaba el aguacero, como un tul blanquizo; el viento silbaba, como siempre, antes de la lluvia.

Las calles estaban sin gente y sin animales; los verracos mostrencos y los perros estarían en sus casas y en la cocina de sus dueños. Gran cantidad de hojas verdes, paja y basura, revoloteaba en el aire; el viento veloz, viento de lluvia, las revolvía y arrastraba hacia el río grande.

Tenía frío y pena.

—Don Ciprián va a matar seguro a la Gringa, su alma de diablo se ha encaprichado. Yo, Teofacha, Banku; mak'tillos no más somos; como hormiga negra somos para el patrón, chiquitos, de dos zurriagos ya no hay mak'tillos. Los comuneros son maulas; tantos son, pero le tiemblan al principal; yo no le tiemblo; Teofacha y Banku son valientes, pero falta fuerza, falta tamaño. Don Ciprián es solo no más; en los pueblos grandes sí hay muchos principales, muchos platudos; don Ciprián en Ak'ola es único principal

pero no hay hombre para él; por gusto, por ser maulas le temen. ¿Acaso no tiene cuello como don Lucas, como don Kokchi? Cuchillo seguro le entra, wikullo seguro le rompe la cabeza. ¡Juancha, Bankucha; cuesta abajo, desde la cumbre de Piedra Alta, en el camino al río grande! ¡Como sanki^[*] arrojado sobre una roca se pegaría en los retamales el seso de don Ciprián, sobre los troncos de molle! ¡Con wikullo de piedra! ¡Jajayllas! ¡Cipriancha, yo no te respeto, yo soy wikullero, hijo de abogado, misti perdido!

Empezó a llover.

Nunca había estado así, entusiasta, hablador, animoso; como candela había en mi adentro; quería dar saltos; mi corazón se sofocaba, como de potro cansado.

—¡Espérate!

Levanté una piedra del suelo.

—Éste es wikullo.

Miré la pared de una casa sin techo; hacía muchos años que esa pared nueva esperaba que le pusieran tejado. A dos metros del suelo, el albañil había hecho poner, por capricho, una piedra casi redonda; los escoleros le pintaron ojos, nariz y boca; y desde entonces la piedra se llama uma (cabeza).

—¡Uma de don Ciprián!

Me agaché, como en el barranco de Wallpamayu, agarré la piedra por una punta, encogí mi brazo, lo

templé bien, y tiré después. La piedra se despedazó en un filo de la uma, mordiéndole el extremo de la frente.

—¿Y ahora, carago?

Estaba rabioso, como nunca; mi cuerpo se había calentado y sudaba, mi brazo wikullero temblaba un poco.

—¡Juancha es hombre, don Ciprián! Bankucha y Teófanes atraviesan de lado a lado el barranco de Wallpamayu. ¡Wikulleros ak'olas, como a sanki verde te podemos rajar la cabeza!

Como alocado le hablé a la piedra, a una uma; le amenacé furioso. Pero me cansé al poco rato, y seguí mi camino andando despacio, desganado. Una tibia ternura creció de repente en mi corazón, y enseguida sentí deseos de llorar.

—¡Gringacha, no hay cuidado! Yo, Bankucha y Teófanes somos wikulleros; en nuestro corazón hay hombre grande ya. ¡Confía no más, Gringacha!

Me reí despacito; estaba contento de mí, de Teófanes, de Banku, del wikullo de piedra.

Media cuadra caminé callado, tropezando con las piedras y la bosta fresca. Cuando llegué a la esquina me paré de golpe.

—¡Ja caraya!

Mi pecho estaba húmedo con mis lágrimas.

—No importa, por la Gringa es; estoy llorando

por la Gringa.

El aguacero empezó a bailar sobre la tierra, me golpeaba sobre las orejas y en la espalda.

Cuando llegué a la puerta de la casa de don Ciprián, me pareció que un rato antes había peleado con alguien, y que estaba triste porque no había sabido patearle como un buen wikullero; estaba descorazonado y miedoso.

El patio se había llenado de agua, pasé el pozo saltando por las piedras planas que servían de puente a la cocina. En la sala, don Ciprián comía junto con su mayordomo y su mujer; en el corredor, varios jornaleros conversaban. Entré a la cocina sacudiendo el agua de mis ojotas. Facundacha me miró asustada.

—Juancha, don Ciprián está molesto, dice vas a ir.

Rodeando el fogón, los concertados de don Ciprián: José Delgado, Tomás y Antonio Quispe, Juan Wallpa, Francisco Rondón, se calentaban cerca del fuego. Doña Cayetana, la cocinera, servía arroz en una fuente.

—Juancha —dijo don Tomás—, cuidado no más anda; don Ciprián está con mal de rabia.

Sobre la mesa grande de la sala ardía una cera de iglesia, restos del mayordomaje de don Ciprián; en la cabecera, el patrón se atracaba con un pedazo de carne; a su lado, doña Josefa estaba medio dormida,

y frente a ella, don Jesús miraba el mantel, como si tuviera vergüenza. La sala estaba casi oscura; las bancas negras, altas, labradas, puestas en hilera de extremo a extremo, parecían el luto de la sala.

—¿Dónde has estado desde las cinco?

Los ojos verdes de don Ciprián se pusieron turbios; así era cuando le atacaba la rabia; y entonces parecían color ceniza. Esta noche su mirar era peor que otras veces; caían de frente sobre mis ojos, como la luz opaca de los faroles de cuero que usan los indios andamarkas.

—¡Contesta, mocoso!

—Con Teófanes y Bankucha he jugado a la entrada del pueblo.

—¡Juancha! Otra vez te voy a hacer tirar látigo. Ya no hay doctor ahora, si eres ocioso te haré trabajar a golpes. ¿Sabes? Tu padre me ha hecho perder el pleito con la comunidad de K'ocha, yo le di treinta libras, tienes que pagar eso con tu trabajo.

—Bueno, don Ciprián.

—No andes con Teofacha, ese cholito dicen me amenaza; mañana, pasado, cualquier día, su vaca tiene que caer en mis potreros. O si no, convéncele para que me venda la Gringa, hasta un terno completo te puedo mandar hacer; en vez de tres, cuatro días irás a la escuela.

—¡Qué te va a vender la Gringa, don Ciprián!

Como a su madre la quiere el Teofacha.

—Este muchacho está con la viuda, don Ciprián; con un poquito de leche lo compran —dijo el mayordomo.

—¡Bueno! Nunca más vas a andar con Teofacha; si te veo, te haré latiguar. Puedes irte.

En los ojos de doña Josefa había compasión y cariño para mí.

—Anda, Juancha, no te asustes —dijo.

La oscuridad del patio me golpeó en los ojos; el aguacero estaba ya por terminar: del tejado goteaba agua a pocos.

—¡No hay más, Banku! ¡Wikullo de piedra en el camino al río grande!

Fuerte hablé en lo negro del patio; me paré un rato para escuchar mi conciencia; seguro tendría valor para tumbarle a don Ciprián.

Cuando cesó la lluvia empezó el ladrido de los perros. En las esquinas de la plaza los chaschas ladraban, dos, tres horas, por puro gusto; estiraban sus hociquitos hacia el cielo negro y gritaban enloquecidos, a veces peleaban por tropas y se mordían. Kaisercha no más, el perro del patrón, era serio; su cabeza grande, sus ojos chiquitos, su boca de labios caídos, su tamaño —era casi como un

becerro— ponían recelosos a los comuneros. ¿Por qué no ladraba Kaisercha? Andaba con la cabeza casi gacha, con el rabo caído, sin mirar a nadie, bien serio; a los otros perritos del pueblo no les hacía caso y de vez en vez no más enamoraba. Los chaschas eran muy distintos; callejeaban todo el día, con las orejitas paradas, el rabo alto y enroscado, andaban alegres y jactanciosos en todo el pueblo. A veces, como de milagro, Kaisercha salía al atardecer hasta la esquina de la plaza, se sentaba junto con ellos; los comuneros se detenían un rato para oírle. La voz de Kaisercha retumbaba en la plaza, llegaba hasta la quebrada, sonaba bien extraña, dominando el griterío de los chaschas; el ladrar de Kaisercha era corto, grueso, casi como voz de toro, y ahí mismo se notaba que era de perro extranjero.

—Cómo serán esos pueblos, don Rikra —hablaban los comuneros—, por su perro no más podemos pensar. Sus casas, dice, son de fierro y hay gente peor que hormiga.

—Pero, dice, son malos, se comen entre ellos; de hambre también dice, se mueren en las calles.

—¿Dónde será eso, don Rikra?

Así, oyendo al Kaisercha, pensábamos en los pueblos lejanos, adonde cada año iba don Ciprián llevando vacas y carneros; y regresaba de dos, de tres meses, trayendo realitos y soles nuevos,

brillantes, como la arena del río grande.

—Como sonsos ladran los chaschas sin tener por qué —dijo José Delgado.

—¿Acaso? Los chaschas «miran»; cuando el alma anda en lejos, ladran; pero si está en el mismo pueblo aúllan de tristes.

—Don Francisco, ¿el Kaisercha «mirará»?

—No. Kaisercha es upa, el ánimo de estos pueblos no puede ver; por eso es silencioso siempre; anda enfermo. Seguro alma de Kaisercha se ha quedado en «extranguero», por eso al oscurecer llora por su alma, le llama con voz gruesa. ¡Pobre Kaisercha! Su ánimo estará dónde todavía; a veinte, a treinta, a cien días de Ak'ola; nunca ya seguro va encontrar a su alma.

Doña Cayetana tenía corazón dulce; en su hablar había siempre cariño; quería al gato, al Kaisercha, a las gallinas, y más que a todos, a los escolares de otras partes, a esos que se iban los sábados por las mañanitas. Me gustaba el hablar de doña Cayetana, en su voz estaba siempre la tristeza, una tierna tristeza que consolaba mi vida de huérfano, de forastero sin padre ni madre.

—Doña Cayetana, capaz vas a llorarte por el chascha grande también; más bien voy a irme.

José Delgado se paró para despedirse, los otros concertados también se levantaron.

—Hasta mañana, mamaya.

—Hasta temprano, mak'takuna.

Se fueron los cuatro, hablando del corazón cariñoso de doña Cayetana.

En la oscuridad de la cocina, los carbones rojos del fogón se apagaban a ratos, cubiertos por la ceniza; el viento y un poco de claridad, entraban por la ventana, que se abría cerca del techo, en el mojinete.

Los chaschas se callaron, el viento también paró un poco; el negro duro de la noche lo redondeó todo, y de pronto se apagó la bulla.

Nosotros, los mak'tillos, nunca pasamos mala noche si hay aunque sea un cuero de chivo para tenderlo de cama; el sueño nos quiere.

—¡Juancha, Juancha!

Me llamaba doña Cayetana, pero el sueño me trababa la lengua.

—Juancha; don Ciprián está con mala rabia para ti; mañana tempranito anda con tu segadora al cerco de Jatunrumi y carga alfalfa para los becerros, a las seis ya vas a estar aquí. ¡Juancha!

—Bueno, mamaya, no hay cuidado.

—¡Forasterito! ¡Mística!

Ya el montón de alfalfa que había cortado era grande

cuando en el lomo del Jatun Cruz apareció el primer resplandor del sol; se extendió casi hasta la mitad del cielo y lo iluminó con su luz brillante y alegre. La salida del sol en un cielo limpio siempre me hacía saltar de contento. Dejé mi segadora y me senté sobre la carga de alfalfa para esperar al tayta Inti. Las pocas nubes, que reposaban en ese lado del cielo, se pusieron muy blancas y risueñas; el cielo claro se encendió; las cabezas de los cerros lejanos se azularon con un azul de humo; y de repente, sobre el filo del Jatun Cruz brotó un rayo blanco.

—¡Inti! ¡K' oñi Inticha! (tibio sol).

Toda la quebrada se iluminó; los campos se hicieron más verdes, los falderíos y las pampas se animaron; y enfrente, a un lado del Jatun Cruz, el respetado tayta Ak'chi levantó su cumbre puntiaguda, grande, sin nubes que le taparan por ningún lado; como si fuera el verdadero dueño de todas las tierras.

Tranquilo y resuelto hice mi carga. Tiré el tercio de alfalfa sobre mi espalda y me eché a andar. Al pasar junto a Jatunrumi vi la huella del camino por donde Banku y algunos escoleros más subían hasta la cima de la piedra.

Jatunrumi es la piedra más grande de Ak'ola, está sentada a la orilla del camino que va a las punas, clavada en la ladera. Por el lado del camino no se le

ve tan alta, pero mirada desde el potrero que lleva su nombre, por la parte baja de la ladera, parece un cerro, da vueltas la cabeza cuando se le contempla largo rato. Subir hasta la cabeza de Jantunrumi era proeza de los escolares mayores y más valientes.

—Esta mañana te voy a subir hasta la punta, Jatunrumi —le hablé.

Confiado y valiente estaba yo esa mañana. Si don Ciprián hubiera pasado a caballo por el camino, seguro le hubiera abierto la calavera con un wikullo de piedra. El calor del sol de la mañana, la altivez del tayta Ak'chi, la alegría de los potrereros y los montes, el volar orgulloso de los gavilanes y los killinchos (cernícalos), me enardecían la sangre; y me volví atrevido.

Tiré mi carga al suelo, salté sobre el cerco del potrero y de ahí empecé a trepar la piedra. Mis dedos se agarraban con maña de las rajaduras, de las puntas que habían en la roca; mis pies se afianzaban fácilmente en las aristas. ¡Ni Banku, ni nadie, subía con esa maestría! En un ratito me vi en la misma cabeza de Jatunrumi. Un viento fuerte y silbador me empujaba de la cara hacia atrás, pero me planté tieso en la cumbre, miré todas las tierras de Ak'ola, de canto. El pueblito aplastado en la quebrada, humilde y pobre, daba pena contemplándolo desde Jatunrumi. Estuve buen rato pensando, oyendo al viento,

mirando satisfecho los sembríos verdes. Pero ya el sol se puso alto y desde el pueblo empezó a llegar el griterío de las vacas que iban en busca de sus becerros. Sentí otra vez el desaliento, la pena de antes, y el odio que le tenía a don Ciprián se despertó con más fuerza en mi pecho.

¡Malhaya vida!

¿Bajar? ¡Nunca! Jatunrumi me quería para él, seguro porque era huérfano; quería hacerme quedar para siempre en su cumbre. Como el gorrión que ha caído en la trampa, daba vueltas en la cumbre de la piedra sin encontrar camino. Me echaba de barriga y quería colgarme, pero sentía miedo y me retractaba. Probé a bajarme por todos lados, y apenas avanzaba un poco sentía espanto, mirando el camino como desde la cumbre de un barranco; empezaba a marearme otra vez y regresaba, regresaba siempre.

Y recordé las historias que contaban los comuneros sobre los cerros, las piedras grandes, los ríos y las lagunas.

—De tiempo en tiempo, dice, sienten hambre y se llevan a un mak'tillo; se lo comen enterito y lo guardan en su adentro. A veces, los mak'tillos presos recuerdan la tierra, sus pueblos, sus madres y cantan tristes. ¿No le has oído tú cantar a Jatunrumi? El corazón de cualquiera llora si en las noches negras, cuando ha pasado la lluvia, por ejemplo, canta

Jatunrumi con voz triste y delgadita. Pero no es la voz de Jatunrumi, es la voz de los pobres mak'tillos que se ha llevado. Cada cien años no más pasa eso. ¿Cuántos años ya tendrá Jatunrumi?

Pero don Ciprián y don Fermín, que habían estado tantas veces en el «extranguero», se burlaban de esos cuentos.

¿Y ahora? Me desesperé. De verdad, Jatunrumi no quería soltarme. Me pareció que de un rato a otro iba a abrirse una boca negra y grande en la cabeza de Jatunrumi y que me iba a tragar. Grité con todas mis fuerzas: las lágrimas saltaron de mis ojos.

—¡Auxilio, comunkuna, mak'takuna!

Me tumbé sobre la piedra y lloré, arañando la roca dura. Cerré los ojos. Y rogué con voz de becerrito abandonado.

—Jatunrumi tayta: yo no soy para ti, hijo de blanco abugau; ¡soy mak'tillo falsificado! ¡Mírame bien, Jatunrumi, mi cabello es como el pelo de las mazorcas, mi ojo es azul; no soy como para ti, Jatunrumi tayta!

En eso me hizo saltar el llamar ronco de don Jesús.

—¡Eh, Juancha, Juancha!

Me serené ahí mismo, viendo a don Jesús. Estaba en su caballo moro, sin saco; a alcanzarme no más venía, seguro. Estaba rabioso, su cara malograda por

la viruela daba miedo cuando estaba enrabiado. Pero sentí agradecimiento por él.

—¡Taytay, me has librado! Jatunrumi quería comerme —le grité desde arriba.

Se bajó del caballo, saltó el cerco del potrero; de allí subió hasta la mitad de la piedra, porque era fácil, y me tiró su cabestro. Amarré la soga en una punta de la piedra y me solté, agarrándome del cabestro. Caí sobre don Jesús. El mayordomo me levantó de la cintura y casi me botó al suelo.

—¡Carago! ¡Mejor te mataría!

Me tiró sobre un graderío de la piedra. Como un gato me bajé hasta el cerco; salté al camino y corrí para cargar mi tercio de alfalfa. Cuando levanté la carga la acomodé bien en mi espalda, de mis manos salía bastante sangre; el cabestro me había desollado a su gusto. Sin mirar atrás corrí por el camino; las piedrecillas del suelo se metían bajo mis ojotas, como nunca, y me arañaban; tropezaba a cada rato y del dedo gordo de mi pie se hizo sangre.

—¡Pero de Jatunrumi me ha salvado!

Gritaba casi y me aventaba cuesta abajo, sin acordarme del mayordomo.

Cuando ya estaba cerca del pueblo oí el galopar del moro; un rato después sentí un latigazo en mi cuello.

—¡Carago, muchacho! ¡Maldito 'e mierda!

Casi me atropelló el caballo. Don Jesús hizo fuerza para sujetarlo y regresó de nuevo con el látigo en alto. Para librarme salté al cerco del camino y me tiré al otro lado.

—¡Mi cabestro, carago, se ha quedado en la piedra! ¡Anda, sal, cojudo! Si no, me bajo y te mato en el sitio.

Sus ojos chiquitos, de chanco cebado, se afilaban para mirarme, ardían en su cara como dos chispas.

—¿Sales o no sales?

—¡Taytay! ¿Cómo pues? ¡No me pegues! ¡Mi mano está con sangre, mi pie también! ¿Qué más ya quieres?

Le enseñé mis manos.

—¡Bueno! ¡Sal y anda delante!

Levanté mi alfalfa sobre el cerco e hice rodar la carga al camino. Después subí yo.

—¡Para desfogar mi rabia uno te voy a dar!

En mi espalda hizo reventar su látigo, como si yo fuera perro o becerro mañoso. Me tumbé de cara y me eché sobre la alfalfa. Sentí un tibio dentro de mi pecho; me pareció que mi corazón se acababa poco a poco y que se iba a dormir para siempre.

Don Jesús se quedó callado un rato. Después se bajó del caballo y se agachó para mirarme la cara. Seguro en mi oreja estaba la sangre que había salido

de mis manos. Me tocó la cabeza con su mano gruesa de zurriaguero, de arreador de vacas.

—¡Juancha! ¡Malhaya rabia, carago!

Me levantó hasta su pecho. Sus ojillos estaban casi llorosos.

—¡Carago, rabia! ¡Juancha, pierdóname! ¡Como perro soy cuando enrabio!

Me dejó otra vez en el suelo; levantó el tercio de alfalfa, lo puso delante de la montura; saltó sobre el potro y se fue a galope.

Yo estaba bien malogrado. Me dolían el cuello, la espalda, el pie y las manos.

—¡Malhaya vida!

El sol brillaba con fuerza en el cielo limpio; su luz blanca me calentaba el cuerpo con cariño, se tendía sobre la quebrada, y sobre los cerros lejanos parecía azuleja. Los cernícalos peleaban alegres en el aire; los pichiuchas gritoneaban sobre los montoncitos de taya y sunchu. Todo el mundo parecía contento. En la cabecera de Ak'ola, el agua de Jatunk'ocha, de la cual tomaba el pueblo, se arrojaba cantando sobre la roca negra.

Me senté a la orilla del camino.

—Ak'ola es bonito.

El fresco de la mañana, la alegría de la quebrada madre, me consolaban de nuevo.

Algún día en Ak'ola se morirá el principal y los

comuneros vivirán tranquilos, arando sus chacras, cantando y bailando en las cosechas, sin llorar nunca por culpa de los mayordomos, de los capataces. Querrán libremente a sus animales, con todo el corazón, como Teofacha quiere a su Gringa. Ya nadie hará reventar tiros y matará de lejos a las vaquitas hambrientas; porque todas las quebradas y las pampas que mira el tayta Ak'chi serán de los comuneros. Yo también me quedaré con los «endios», porque mi cariño es para ellos; seré buen mak'ta ak'ola. ¡Ja caraya!

Estuve pensando largo rato en la felicidad de los comuneros de todas partes.

—Los indios son buenos. Se ayudan entre ellos y se quieren. Todos miran con ojos dulces a los animales de todos; se alegran cuando en las chacritas de los comuneros se mecen, verdecitos y fuertes, los trigales y los maizales. ¿Por culpa de quién hay peleas y bullas en Ak'ola? Por causa de don Ciprián no más. Al principal le gusta que peleen los ak'olas con los lukanas, los lukanas con los utek' y con los andamarkas. Compra a los mestizos de los pueblos con dos o tres vaquitas y con aguardiente, para que emperren a los comuneros. Principal es malo, más que Satanás; la plata no más busca; por la plata no más tiene carabina, revólver, zurriagos, mayordomos, concertados; por eso no más va al «extranguero». Por

la plata mata, hace llorar a los viejitos de todos los pueblos; se emperra; mira como demonio, ensucia sus ojos con la mala rabia; llora también por la plata no más. ¿Dónde, dónde estará el alma de los principales?

Y desde lejos le apadrinan; desde lejos vienen soldados para respeto de los principales. Allá, seguro, hay como un padre de todos los patrones y seguro es más grande; seguro tiene rabia y odio no más en su cabeza, en su pecho, en su alma; y don Ciprián también es mayordomo no más de él... ¡Malhaya vida!

No los había visto. Don Ciprián y don Jesús pasaron a carrera el puente de Wallpamayu, montando cada uno sus mejores aguilillos. El overo del patrón empezó a subir la cuesta a galope y el moro le seguía levantando la cabeza, arqueando el cuello.

—A la chacra estarán yendo —pensé.

Me oculté tras un monte de k'antu. Al poco rato los dos caballos pasaron.

Cuando ya no se oía el ruido de los herrajes, salí al camino y me fui derecho al pueblo.

Estaba como enfermo, tenía pena.

Yo no era un mak'tillo despreocupado y alegre como el Banku. Hijo de misti, la cabeza me dolía a veces, y pensaba siempre en mi destino, en los

comuneros, en mi padre que había muerto no sabía dónde; en los abusos de don Ciprián; y los odiaba más que Teofacha, más que todos los escolares y los ak'olas.

Doña Cayetana me frotó las manos con unto, mientras sus dulces ojos lloraban.

—¡Animal, bien animal es don Jesús!

—¡Ja caraya! Yo soy hombrecito de verdad, doña Cayetana; eso no me duele; más bien he escapado de Jatunrumi. Don Jesús, aunque perro, me ha librado.

Pero la doña no se convencía; sus lágrimas chorreaban sobre su monillo, como si yo me hubiera muerto. De su cajón de retazos sacó un pedazo de tocuyo nuevo y empezó a vendarme la mano. En ese momento llegó a la cocina doña Josefa. La patrona se asustó viendo mis heridas y me llevó a su cuarto para curarme.

El cuarto de la patrona estaba a continuación de la sala; tenía una sola puerta, era oscura. La ventana que se abría al coso de don Ciprián era chica y alta, apenas alumbraba un poco. El catre en que dormían los principales parecía una casa, tenía techo en forma de cúpula y una corona en la punta; era bien alta y ancha. En un rincón del dormitorio tenía doña Josefa una vitrina donde guardaba sus remedios.

—Sabe Dios cómo te habrán herido; bueno, eso no importa —dijo doña Josefa.

Con un algodón echó yodo a mis heridas. El ardor me hizo saltar lágrimas. Después me envolvió las manos con un trapo suave.

—Don Ciprián se ha ido a las punas con el mayordomo; de cuatro días van a regresar —me dijo.

—¿Cierto, señoray?

—¿Te alegras?

—Don Ciprián tiene mala voluntad para mí, mamaya.

—La verdad es la verdad, Juan.

—A ti sí te quiero, mamita.

—Esta noche vamos a cantar con guitarra en el corredor.

—¡No hay herida, mamay! ¡No hay herida! ¡Alegría no más hay en mi pecho, en mi mano también!

Casi grité en el cuarto de la patrona. Quería bailar; como si toda mi vida hubiera estado en jaula y de repente fuera libre. Quería echarme a correr gritando, abriendo los brazos, como los patitos del río grande.

—Sentado tienes que estar todo el día, por tu herida.

—¡No, mamaya!

Escapé a la carrera del cuarto; de un salto pasé

las gradas del corredor y me di una vuelta en el patio. El sol reía sobre la tierra blanca de las paredes.

Doña Josefa salió al corredor y me miró seria. Un poco avergonzado, subí las gradas y me senté en el poyo.

—Aquí el almuerzo, aquí la comida, mamacha — le dije.

La casa estaba vacía a esa hora. Los concertados venían muy temprano por su coca, y se iban enseguida a las chacras. Doña Cayetana y Facundacha eran las únicas que se quedaban para servir a la patrona.

Así era siempre cuando don Ciprián se iba a las punas; nunca avisaba un día ni dos antes. En la víspera, el mayordomo ocultaba las carabinas en el camino, y por la mañana ensillaba los mejores caballos. Antes de montar don Ciprián le decía a su mujer el lugar donde iba, y listo.

Esos días en que el patrón recorría las punas eran los mejores en la casa. Los ojos de los concertados, de doña Cayetana, de Facundacha, de toda la gente, hasta de doña Josefa, se aclaraban. Un aire de contento aparecía en la cara de todos; andaban en la casa con más seguridad, como dueños verdaderos de su alma. Por las noches había fuego, griterío y

música, hasta charango se tocaba. Muchas veces se reunían algunas pasñas y mak'tas del pueblo, y bailaban delante de la señora, rebosando alegría y libertad.

De dos, de tres días, el tropel de los animales en la calle, los ajos roncós y el zurriago de don Jesús, anunciaban el regreso del patrón. Un velito turbio aparecía en la mirada de la gente, sus caras se atontaban de repente, sus pies se ponían pesados; en lo hondo de su corazón temblaba algo, y un temor frío correteaba en la sangre. Parecía que todos habían perdido su alma.

Al día siguiente empezaban a llegar comuneros de todos los pueblos cercanos y de las alturas; con las caras llorosas, humildes, entraban al patio. Don Ciprián los esperaba, parado en el corredor.

—¡Taytay! —decían—. Mi animalito dice lo has traído.

—¡Tu animalito! ¿Mis pastales son de ti? Las cabras, caballos y vacas de todos ustedes han acabado mis pastales. Una libra. O yo te daré veinte soles de reintegro. Y asunto arreglado.

Don Ciprián no cejaba nunca; se reía del lloriqueo de todo el mundo y siempre salía con su gusto. Los comuneros recibían casi siempre los veinte soles y después se iban agachados, limpiándose las lágrimas con el poncho. Cada vez

que veía llorar a esos hombres grandes, me asustaba del corazón de don Ciprián: «No debe ser igual al de nosotros, decía. Más grande y duro. Grande, pero redondo; pesado, como de un novillo viejo».

¿Y por qué cobraba una libra, dos libras, don Ciprián? Porque los animales de esos comuneros comieron unos cuantos días la paja seca de una puna indivisa y sin cuidanza, sin cercos. Y ni siquiera se sabía dónde empezaban las punas del patrón y dónde las de las comunidades. Don Ciprián decía no más: «Hasta aquí es de mí». Y todo animal que encontrara dentro del terreno que señalaba con el dedo, se lo llevaba de «daño».

Cada año morían reses en el corral de don Ciprián. Los comuneros, no todos le respetaban igual; por aquí por allá, había uno que otro indio valeroso que se paraba de hombre y le contestaba fuerte al principal; no pagaba el daño. Pero el patrón casi no le molestaba; tranquilo hacía morir de hambre al animal; después lo hacía arrastrar hasta la puerta del dueño. Pero cada animal muerto en su corral agrandaba el odio que le tenían los ak'olas, los lukanas y toda la gente del distrito. A veces, muy de tarde en tarde, don Ciprián no encontraba peones; todos los ak'olas se convenían y se negaban a ir a trabajar para el principal. Entonces el patrón rabiaba, se ponía como loco, correteaba a caballo por todas

partes, reventando tiros, matando chanchitos mostrencos, perros y hasta vacas. Los comuneros se dejaban ganar con el miedo y se ahumildaban; uno tras otro se sometían.

¡Por eso es mentira lo que dicen los ak'olas sobre el tayta Ak'chi! El ork'o^[*] grande es sordo; está sentado como un sonso sobre los otros cerros; levanta alto la cabeza, mira «prosista» a todas partes, y en las tardes se tapa con nubes negras y espesas, para dormir tranquilo. Por las mañanas el tayta Inti le descubre y los cóndores dan vueltas lentamente alrededor de su cumbre. Una vez al año, en febrero, no se deja ver; las nubes de aguacero se cuelgan de todo su cuerpo y el tayta descansa envuelto en una negra noche. Viendo eso, los ak'olas también se equivocan; dicen que conversa con el Taytacha Dios y recibe de «Él» las órdenes para todo el año. ¡Mentira! El Ak'chi es nada en Ak'ola, Taytacha también es nada en Ak'ola. En vano el ork'o se molesta, en vano tiene aire de tayta, de «señor»; nada hace en esas tierras; para el paradero de las nubes no más sirve. El taytacha San José, patrón de Ak'ola, tampoco es dueño del distrito: en vano el 6 de agosto, los comuneros le sacan en hombros por todas las calles; por gusto en la víspera de su día hacen reventar camaretas desde Suchuk'rumi; en vano le ruegan con voz de criaturas. Él también es sordo

como el tayta Ak'chi; es amiguero, más bien, del verdadero patrón, don Ciprián Palomino; porque en su fiesta el principal le besa en la mano, y no como los ak'olas en una punta de la capa; a veces hasta se ríe en su delante y echa ajos roncós con confianza. ¡Don Ciprián, sí! Don Ciprián es rey en Ak'ola, rey malo, con un corazón grande y duro, como de novillo viejo. Don Ciprián se lleva las reses de cualquiera; de él es el agua de todas las acequias, de todas las lagunas, de todos los riachuelos; de la cárcel. El tayta cura también es concertado de don Ciprián; porque va de puerta en puerta, avisando a todos los comuneros que se engallinen ante el principal. Don Ciprián hace reventar su zurriago en la cabeza de cualquier ak'ola; no sabe entristecerse nunca y en el hondo de sus ojos arde siempre una luz verde, como el tornasol que prende en los ojos de las ovejitas muertas. Cuando ven la plata no más sus ojos brillan y se enloquecen.

Todo el día estuve en el corredor, sentado sobre un cuero de llama. El día fue bueno; el sol brilló hasta muy tarde, y no hizo viento. Ya casi al anochecer se elevaron nubes de todas partes y taparon el cielo, pero no pudo llover.

—No —decía—. Esto no es para aguaceros; se

va a derretir sin lluvia no más.

Y así fue.

Al oscurecer llegaron los concertados y los peones. Cuando supieron que don Ciprián se había ido a las punas, se reunieron alegremente en el patio y empezaron a conversar como si estuvieran en su casa.

—Los trigales están bonitos; el año es bueno, don Tomás.

—Seguro. Ya podrás ahora tapar la barriga a tus seis hijos.

—Seguro. Dice le has palabreado a la Emilacha, de don Mayta; a ver si el año bueno te hace alcanzar para ella más.

—Como alcahuete eres, don Tomás. Oliendo, oliendo no más paras.

Los dos ak'olas se agarraron pico a pico; sin rabiarse de veras, tranquilos, se insultaban para hacer reír a los demás.

—Huahua eres, don Tomás. ¿No han visto ustedes a los pollitos? Tienen el trasero inflado, como botija igual que don Tomás.

—Espera un ratito, don José. ¿No le han visto la cara al gato cuando está orinando? ¡Ja caraya! Bien serio, como un cura en oración se pone; pero causa risa el pobrecito. ¿Mírenle la cara, a ver, don José?

Don Tomás vencía siempre, tenía fama en Ak'ola,

era el campeón del insulto. Los domingos, en los repartos de agua, don Tomás era principal en la tarde. Antes de empezar el reparto los comuneros le rodeaban. El corredor de la cárcel se llenaba de gente. Uno se atrevía a desafiarle:

—Ya, don Tomás, si quieres conmigo.

—Pobrecito. No hay para mí en Ak'ola. No le han visto...

Los escoleros nos subíamos a los pilares del corredor para ver la cara que ponía al insultar y para oír mejor. Dos, tres horas se reían los ak'olas; dos, tres horas, mientras don Ciprián llegaba y mandaba al reparto.

—Este don Tomás es la alegría de los ak'olas —decían los comuneros.

José Delgado era discípulo de don Tomás. Los dos trabajaban de concertados en la casa de don Ciprián.

La pelea terminó cuando doña Cayetana hizo llamar a los peones para la cena. Ya en ese momento José Delgado no hablaba; sentado sobre un tronco de molle que servía de estaca para amarrar caballos, oía los insultos de don Tomás, con la boca abierta, sin reírse, aprendiendo. Los otros mak'tas llenaban la casa a carcajadas; algunos hasta pateaban el suelo y sus risas crecían a cada rato. Para eso estaba lejos el patrón. Nunca se hubieran reído así delante del

principal.

En la noche, el cielo se despejó un poco y las estrellas alumbraron alegres el pueblito.

Toda la gente de la casa se reunió en el corredor. Junto a la sala se sentó doña Josefa, en su sillón grande; en el que servía el 6 de enero para hacer el trono de Herodes. A un lado y a otro, sobre el poyo, algunos concertados que se quedaron para conversar con la patrona. Doña Cayetana, Facundacha y las pasñas Margacha y Demetria, que vinieron a la casa por encargo de la señora, se sentaron juntas.

Sobre una silla bajita pusieron una lámpara.

Casi no nos veíamos la cara; el corredor estaba semioscuro y el silencio de la calle entraba hasta la casa. Desde el fondo de la noche, las estrellas pestañeaban, sus lucecitas se quedaban ahí, pegadas en el cielo negro sin alumbrar nada.

—Margacha. Voy a tocar «Wikuñitay», con Juancha vas a cantar.

Doña Josefa templó su guitarra y empezó a tocar «Wikuñitay».

Sobre las pampas frías, junto al ischu, silbador, recibiendo el agua y la nieve de los temporales, las vicuñitas gritan, mirando tristemente a los viajeros que pasan por el camino. Los indios tienen corazón para este animalito, le quieren, en sus ojos turbios prende una ternura muy dulce cuando se le quedan

mirando, allá, sobre los cerros blancos de la puna,
mientras ellas gritan con su voz triste y delgada:

Wikuñitay, wikuñita.

¿Por qué tomas el agua amarga de los puquiales?

¿Por qué no bebes mi sangre dulce,

la sal caliente de mis lágrimas?

Wikuñitay, wikuñita.

Wikuñitay, wikuñita.

No llores tanto, porque mi corazón duele;

eres como yo no más, sin padre ni madre, sin hogar;

pero tú siquiera tienes tu nieve blanca, tu manantial amargo.

Ellos se quejan a la wikuñita; a la torcaza, al árbol, al río, le cuentan sus penas. Desde mak'tillos aprendemos a querer a los animales, a los luceros del cielo, al agua de los ríos.

Wikuñitay, wikuñita:

llévame con tu tropa, correremos llorando sobre el ischu,

lloraremos hasta que muera el corazón, hasta que mueran

nuestros ojos;

te seguiré con mis pies, al fangal, al río o a los montes de

k'eñwa.

Wikuñitay, wikuñita.

—No hay como tú, nadie, cantando tristes. Las tonadas de puna te gustan, como si hubieras nacido en Wanakupampa.

—Tonada de puna es triste, mamacha, igual a mí.

—Pero ahora no estamos para llamar a la puna;

más bien, mamita, cantaremos un kachaspari sanjuanino.

—¡Eso es!

—Bueno. Margacha y Crisu que bailen.

Doña Josefa tocó «Lorito», el huayno alegre de la quebrada. Doña Josefa era guitarrista de verdad.

Los dos waynas (jóvenes) empezaron a bailar al estilo sanjuanino: el hombre con el pañuelo en alto, dando vueltas como gallo enamorado alrededor de la pasña; Margacha zapateaba en el mismo sitio, balanceando el cuerpo, coqueteando con Crisucha.

—¡Ya, Juancha! El «Lorito».

*Lorito de quebrada, bullicioso,
lorito, amigo de los solteros.
Sílbale, sílbale fuerte,
despiértala, que ya es muy tarde;
grítale, grítale, que ya es muy tarde.*

Doña Josefa rasgaba fuerte la guitarra; los concertados y las otras mujeres palmeaban, y le daban ánimo a la pareja. Sin necesidad de aguardiente y sin chicha, doña Josefa sabía alegrarnos, sabía hacernos bailar. Los comuneros no eran disimulados para ella, no eran callados y sonsos como delante del principal; su verdadero corazón, le mostraban a ella, su verdadero corazón sencillo, tierno y amoroso. ¿Acaso el Crisucha que bailaba esa

noche con tanta prosa, levantando airoso la cabeza y dando vueltas a Margacha como un gallo fino a sus gallinas, era igual al otro Crisucha, a ese que saludaba humilde al patrón, encorvándose, pegándose a la pared como una chascha frente al Kaisercha?

—¡Don Ciprián es como Satanás! —le dije rabiando a mi alma—. ¡Su mirar no más engallina a los comuneros!

Esa noche, la bulla de los mak'tas y de las pasñas alegres no me gustó como otras veces; pensaba mucho en don Ciprián; se había clavado muy adentro en mi vida; por cualquier cosa le recordaba y la rabia hacía saltar mi corazón. En vez de retozar en el corredor como una vizcacha alegre, me salí a la calle como quien va a orinar.

Yo, pues, no era mak'tillo de verdad, bailarín, con el alma tranquila; no, yo era mak'tillo falsificado, hijo de abogado; por eso pensaba más que los otros escoleros; a veces me enfermaba de tanto hablar con mi alma, pero de don Ciprián hablaba más. Otras veces sentía como una luz fuerte en mis ojos.

—¿Y por qué los comuneros no le degüellan en la plaza, delante de todo el pueblo?

Y me alegraba hasta volverme sonso.

—¡Eso sí! —gritaba—. ¡Como a toro mostrenco, con el cuchillo grande de don Kokchi!

Esa noche miré hasta las punas. Las estrellas alumbraban un poco a los cerros lejanos; Osk'onta, Ak'chi, Chitulla, parecían durmiendo tranquilos en el silencio.

—¡Estará rajando el lomo de las pobres vaquitas que han entrado de daño en sus pastales! A una que otra las tumbará de un balazo. Mañana, pasado, llegará aquí, haciendo sonar sus espuelas, mirando enojado con sus ojos verdosos. Después llorarán los viejecitos de Wanakupampa, de Lukanas, de Santiago. ¡Malhaya vida! ¿Por qué los comuneros ak'olas, puquios, andamarkas, lukanas, chillek'es no odiarán a los principales, como yo y Teofacha a don Ciprián? ¡Como a sapo le reventaríamos la panza a pedradas!

Daba vueltas frente al zaguán del principal; la rabia me calentó la cabeza y como un gato jugueteón, daba vueltas, buscando mi sombra.

Hasta el primer canto del gallo, doña Josefa nos hizo bailar en el corredor. Todos los estilos de huayno cantamos con la guitarra: estilo Puquio, Huamanga, Oyolo, Andamarca, Abancay. Al último doña Josefa cantó su huayno:

*No quieras, hija mía, a hombres de paso,
a esos viajeros que llegan de pueblos extraños.
Cuando tu corazón esté lleno de ternura,
cuando en tu pecho haya crecido el amor;
esos hombres extraños darán media vuelta y te dejarán.
Más bien ama al árbol del camino,*

*a la piedra que estira su sombra sobre la tierra.
Cuando el sol arda sobre tu cabeza,
cuando la lluvia bañe tu espalda,
el árbol te ha de dar su sombra dulce,
la piedra un lugar seco para tu cuerpo.*

Don Ciprián trajo a doña Josefa desde Chalhuanca; allá fue de viajero, como hombre de paso, y ahora era su señor, como su patrón, porque a ella también la ajeaba y golpeaba. Doña Josefa era humilde, tenía corazón de india, corazón dulce y cariñoso. Era desgraciada con su marido; pero vino a Ak'ola para nuestro bien. Ella nos comprendía, y lloraba a veces por todos nosotros, comenzando por su becerrito Juancha. Por eso los ak'olas le decían mamacha, y no eran disimulados y mudos para ella.

—Mamacha, no cantes eso —le dijimos todos. Destempló rápidamente todas las cuerdas de su guitarra y se bajó de la silla.

—Ya ha cantado el gallo.

Los concertados y las pasñas se despidieron de doña Josefa, estrechándole la mano con respeto.

—Que duermas bien, mamita, sueñate con el cielo —dijo doña Cayetana.

Yo me guardé para el último.

Cuando nos quedamos solos me acerqué a mi patrona y casi en secreto le dije al oído:

—¡Mamita! ¿Por qué será tan perro don Ciprián?

Le odio, mamay, porque te pega en tu cara de mamacha, porque quiere llevarse a la Gringa hasta el extranjero, porque es perro y sucio.

En los ojos de la mamacha prendió una honda tristeza, todo el amargo de su vida se apretó en sus ojos.

—¡Pero los indios te quieren, mamita! Comuneros saben que tu corazón es bueno. Para nosotros eres, no para don Ciprián.

—Yo soy para necesitados, Juancha. ¡Mamacha Candelaria que me bendiga!

La tristeza de sus ojos se apagó de repente cuando se acordó de la Virgen, y una humildad de chascha se reflejó en su cara.

—¡Mamacha Candelaria!

Los gallos cantaron otra vez. La abracé a mi patrona y me fui a dormir. Casi ya no tenía rabia, ni pena; doña Josefa me contagió su humildad y me dormí bien, como buen mak'tillo.

—Don Ciprián se ha ido a las punas.

—Don Ciprián ha ido de «viague».

Los ak'olas hablaban con alegría de la ausencia del principal; sólo algunos que tenían animales en los pastales de la puna estaban tristes; pero eran pocos. Ak'ola casi no tiene punas; las estancias de don

Ciprián pertenecen a Lukanas, el pueblo más próximo al distrito de Ak'ola. Don Ciprián se apoderó por la fuerza de las tierras comunales de Lukanas, les hizo poner cercos y después trajo al juez y el subprefecto de la provincia; las dos autoridades le dieron papeles y desde ese momento don Ciprián fue dueño verdadero de Lukanas y Ak'ola. Pero el patrón vivía en Ak'ola porque el pueblecito está en quebrada y es caliente, Lukanas es puna y allí hace frío. Por eso, cuando don Ciprián iba a recorrer las punas, traía animales de lukaninos, de los wanakupampas y de otras comunidades; de vez en vez caía una vaca de los ak'olas.

Hablando francamente, los ak'olas no se llevaban bien con los lukaninos; todos los años se quitaban el agua, porque los terrenos de los dos pueblos se riegan con el agua de Jatunk'ocha, una laguna grande que pertenece por igual a los dos pueblos. De los siete días de la semana, el yaku punchau^[*] jueves era para los ak'olas, el miércoles del cura y los demás días para el principal, don Ciprián Palomino. El patrón les daba voluntariamente uno o dos días a los demás mistis de los dos pueblos. Pero los lukanas, apoyados por don Ciprián, querían tapan la laguna desde las tres de la tarde del jueves, y por eso eran las peleas. Desde tiempos antes las dos comunidades se tenían mala voluntad. En carnavales y en la

«escaramuza», lukaninos y ak'olas peleaban, como en juego, hondeándose con manzanas y desafiándose a látigos; pero en verdad, se golpeaban con rabia y todos los años morían uno o dos por bando. Nosotros, los escolares, también jugábamos a veces imitando a los dos pueblos: nos dividíamos en dos partidos, ak'olas y lukanas, y peleábamos a pedradas y látigos; muchos salían con la cabeza rota y sangrando. En wikullo hacíamos lo mismo; yo era lukana y Bankucha ak'ola.

No había, pues, mucho peligro para los ak'olas cuando el patrón iba a recorrer las punas; al contrario, andaban alegres, libres, animosos; hasta el día era más claro y el pueblo mismo parecía menos pobre.

Pero nosotros los escolares aprovechábamos mejor el viaje del principal; nos hacíamos dueños de la plaza y del coso del pueblo. Nos reuníamos al atardecer en el corredor de la cárcel. Bankucha organizaba algún juego y gritábamos a nuestro gusto, sin temor a nada, como mak'tas libres. Nos reíamos fuerte, llenábamos el cielo con nuestra alegría.

Esto no se podía hacer cuando don Ciprián estaba en el pueblo. Entonces jugábamos callados, como sonsos, escogíamos los juegos más humildes: la troya, el lek'les, el ak'tok; todos, juegos de tinka (boliches); porque si gritábamos muy fuerte, don

Ciprián salía a la puerta de su tienda que da a la plaza, echaba cuatro ajos con su voz de toro, y todos los mak'tillos escapaban por las esquinas; la plaza quedaba en silencio, vacía, muerta como el alma del patrón.

Llegó el domingo y don Ciprián no regresaba de las punas.

Bankucha gritó desde el corredor de la cárcel:

—¡Mak'tillukuna: kuchi mansay! (Amansar chanchos).

Los escoleros ak'olas saltaron de todas partes y corrieron hacia la puerta de la cárcel.

—Dos, tres, cinco, diez —Bankucha silbó fuerte con la uña entre los dientes. Por las cuatro esquinas aparecieron los mak'tillos, corriendo con las manos en alto.

—¡Kuchi mansay!

—¡Bankucha! ¡Mayordomo!

Bankucha contó las cabezas.

—Veintinueve. Completo. A ver: cinco, con Juancha por chanco de doña Felipa; tres con Teofacha a la Amargura; tres a Bolívar; cuatro a Wanupata... Yo con tres en el coso. ¡Yaque!

Todas las comisiones volaron con el capataz a la cabeza.

La plaza estaba alegre; en las cuatro esquinas y en la puerta de las tiendas, conversaban separadamente comuneros y mistis.

El cielo estaba limpio y el sol alumbraba, como riéndose de verdad. El pueblo y el campo verde parecían más anchos, más contentos que otras veces. Nosotros, los escoleros ak'olas, corríamos por las calles buscando chanchos mostrencos, con la cara al sol, libres, felices, porque el Dios de Ak'ola estaba lejos. Los otros mistis eran nada, calatos, rotos, sólo cuando estaban borrachos y al lado de don Ciprián se hacían los hombres y abusaban.

Los comuneros nos veían pasar y se reían a boca llena.

El chanco rubio de doña Felipa era el padre, el patrón de todos los kuchis ak'olinos; por su tamaño parecía un burro maltón; tenía una trompa larga, casi puntiaguda; orejas anchas como hojas de calabaza; y cuando corría, esas orejas sonaban igual que matracas; pero era flaco y chúcaro, cabizbajo y traicionero. El kuchi de doña Felipa era para el mayordomo de los escoleros: Banku Pusa.

Doña Felipa era la vieja temible de Ak'ola; vivía solita en un caserón antiguo, frente a un pampón que en tiempo de lluvias se llenaba de agua y formaba laguna. Era beata y tenía para su uso una llave de la iglesia. Decían que todas las noches iba a la iglesia a

hacer rezar a las almas. Muchas veces, al amanecer, cuando todo estaba oscuro todavía, yo la encontraba saliendo de la iglesia, toda agachada, envuelta en su pañolón verde y caminando despacito. Los escoleros le teníamos miedo; era muy seria, rabiosa, odiaba a los chiquillos y tenía unos bigotes muy negros y largos. Por eso en comisión por su chancho fui yo con cuatro ayudantes.

—Hay que ser mak'ta para llevar chancho de doña Felipa.

El chiquero del kuchi estaba frente al caserón de doña Felipa; la puerta tenía doble pared, era alta; pero entre los cinco botamos las piedras y limpiamos la salida en un rato. Cuando vio la puerta franca, el kuchi agachó la cabeza y pensó un momento; después, dio un salto y escapó a la pampa. Corrimos tras de él, látigo en mano, y lo enderezamos hacia la plaza. El kuchi grande corría tan fuerte como una potranca, era liviano porque estaba flaco; sus orejas sonaban como las matracas de Viernes Santo.

—¡Kuchi! ¡Kuchi! —gritábamos, locos de alegría.

Retozaba el bandido; él también estaba alegre, tiraba hasta lo alto las patas traseras y latigüeaba el aire con el rabo.

—¡Ahora te voy a ver, kuchi, cuando Bankucha te monte! —le decíamos los mak'tillos.

Entramos galopando a la plaza. Cuando vieron al kuchi rubio de doña Felipa, los escolares se palmearon.

—¡Viva Juancha! ¡Viva el kuchi de doña Felipa!

Había muchos comuneros en la plaza, parados en las esquinas, en el rollo^[*] y en las puertas, miraban sonrientes los preparativos del kuchimansay. Varios principales, con el gobernador y el alcalde, tomaban cañazo en la tiendecita de doña Segunda; hablaban casi gritando y parecía que iban a pelear.

Trabajamos un poco para encerrar al kuchi de doña Felipa. Cuando entró al coso, los otros chanchitos se arremolinaron y se juntaron en un rincón; le tenían miedo al kuchi grande, pero éste corrió y se entropó con los chanchos negros; parecía el padre de todos ellos.

Banku, capataz de los escolares, se fue derecho sobre el chancho grande; nosotros hicimos corral con nuestros cuerpos alrededor de la tropa de chanchos. Los kuchis rozaban la pared con sus trompas y gruñían.

—¡Cuidado, mak'ta! —le gritamos.

¡Era valiente! Saltó como un puma sobre las orejas del kuchi grande.

—¡Yaque!

El chancho pasó como un toro bravo, rompiendo el cerco que hicimos agarrándonos de las manos.

Pero el mayordomo de los escolares ak'olas era de raza, tenía el corazón de los comuneros wanakupampas, indios lisos y bandoleros. El kuchi barría el suelo con el cuerpo del Banku; pero el mak'ta, de repente, puso una pierna sobre el lomo filudo del cerdón, se enderezó después y cruzó las piernas sobre la barriga del kuchi, y gritó:

—¡Abra, carago!

Froilán tiró la puerta del coso y el chanco saltó a la plaza; todos los escolares le seguimos.

El kuchi grande de Ak'ola galopó desaforado hacia la esquina por donde había entrado a la plaza; sacudía al mak'tillo Banku como a una enjalma.

—¡Que viva el Banku! ¡Viva el kuchi de doña Felipa!

Los mak'tillos palmeábamos enloquecidos. Teofacha se lanzó a la carrera tras el chanco y nosotros le seguimos en tropa gritando:

—¡Que viva Banku!

Todos los comuneros de Ak'ola llenaron la plaza, riendo a carcajadas.

Ya casi al llegar a la esquina, el cerdón se tumbó, cansado; Banku rodó por encima de la cabeza del chanco y cayó de pecho al suelo; pero se paró ahí mismo; levantó el brazo derecho y empezó a danzar silbando la tonada del tayta Untu.

—¡Que viva Banku, capataz de ak'olas!

—¡Que viva!

Abrimos cancha y el mak'tillo se animó de verdad; bailó como un maestro danzante; los indios corrieron a nuestra tropita y todos juntos formamos una tropa grande de comuneros.

—¡Buena, mak'tillo! —decían los comuneros.

—¡Carago! ¡El muchacho va a resultar! —dijo don Kokchi.

Bankucha sudaba, pero a ratos se animaba más, daba vueltas como un trompo, sus pies casi no tocaban ya el suelo. ¡Era un dansak' padre!

Todos los comuneros se callaron; sus ojos miraban complacidos y amorosos a ese mak'tillo que era hijo de la comunidad de Ak'ola y sabía danzar igual que los maestros de Puquio y Andamarca. Pero en ese silencio sonó fuerte y clara la voz borrachosa de don Simón Suárez, alcalde de Ak'ola.

—¡Indios! ¡Carajo!

Los comuneros se revolvieron medio asustados.

—¡Borracho está el misti maldecido! —gritó el Teofacha.

Don Simón quiso venir hacia nosotros, pero bajó mal las gradas de la tienda, se cayó de cabeza y se rompió el hocico en la piedra. Todos los comuneros se rieron.

Pero con don Ciprián no hubieran podido; él hubiera reventado su balita en la plaza, y los

comuneros se hubieran engallinado. Don Ciprián tenía alma de diablo, y le temían los ak'olas. Sólo Teofacha, yo y el Banku estábamos juramentados. No había principales para nosotros, todos eran mistis maldecidos.

A medianoche tocaron con piedra la puerta del zaguán.

—¡Juancha! ¡Juancha!

Me levanté de un salto.

—¡Juancha! ¡Juancha!

Oí bien claro la voz mandona de don Ciprián.

Corrí saltando sobre las piedras blancas del patio y llegué al zaguán; en ese momento doña Josefa prendió la luz en su dormitorio. Levanté el cerrojo y abrí la puerta. Una mancha blanca tropezó con mis ojos.

Don Jesús hizo reventar su zurriago y echó un ajo indio. Primero entró al patio un burro, después, el bulto blanco, grande y largo; era una vaca. Sentí miedo.

—Hoy día, por estar ausente don Ciprián, Teofacha no ha ido por su Gringa... Pero es mentira. De chacra ajena don Ciprián no va a sacar vaca de nadie.

Los caballos entraron al patio roncando, y

golpeando fuerte sus herrajes sobre la piedra. Don Ciprián saltó de su caballo; no tenía espuelas, ni don Jesús tampoco. Don Ciprián corrió él mismo a la puerta del corral, y la abrió. Don Jesús arreó apurado los dos animales. El patrón regresó rápidamente; subió de un salto los tres escalones que hay entre el corredor y el patio. Doña Josefa salió en ese momento al corredor.

—¿Cómo te ha ido, Ciprián?

—Bien, hija. Pero no traigas luz, no hay necesidad. Jesús: desensilla las bestias, y que Juancha las arree hasta el canto del pueblo; que las enderece a la pampa, que no se vayan al camino de la puna.

El patrón y su mujer entraron a la sala.

Yo me acerqué al mayordomo.

—¿Qué tal pues, Juancha? Seguro has jugado estos días. ¿No?

—Un poco, don Jesús.

El mayordomo empezó a desensillar las bestias.

—Poco «daño» han traído ahora de las punas, don Jesús.

—Lo que has visto no más. Quítale la montura a mi mula.

Las bestias estaban sudorosas y cansadas. «Parece que han subido cuesta». Y me asusté peor que antes. De la puna se viene de bajada y los

animales nunca sudan mucho.

El lomo de la mula estaba húmedo.

Don Jesús tiró las monturas y las bridas sobre el corredor.

—¡Ya, Juancha!

Le dio un latigazo en el lomo al overo de don Ciprián, el caballo zafó a la calle y el moro le siguió. Yo salí después.

Corrí tras de las dos bestias, a carrera abierta. El overo sonaba fuerte las narices, y galopaba con gran alegría. ¿Qué le importaba yo a él? Ni sabía que le seguía, que debía ganarle el camino y espantarlo hacia el callejón que va a la pampa. Corrían como endemoniados. Yo no los veía bien porque todo estaba oscuro, pero sentía los golpes de sus herrajes sobre el suelo.

No pude alcanzarlos. Cada vez, el tropel de las dos bestias se sentía más lejos.

—¡Ahora se van a ir arriba! ¡Maldita sea mi suerte!

Me eché a correr más fuerte; tiré el cuerpo adelante e hice de cuenta que estaba en apuesta con Teófanés, y que debía ganarle, para que el Banku me abrazara. Pero en vano. Cuando llegué al canto del pueblo, ya no sentía los pasos del overo; se perdieron en la oscuridad.

Me paré frente al muro de espinas y le rogué al

Tayta Dios.

—¡Taytay, ojalá se hayan ido derecho a la pampa!

El viento frío que corría por la quebrada me golpeó en la cabeza. El cielo parecía lleno de un polvo más negro que el hollín; estaba como duro, me ajustaba por todas partes. Tuve miedo y regresé a carrera.

La puerta estaba abierta. Entré y le eché cerrojo.

Ya don Jesús se había ido después de guardar los aperos.

Cuando iba a entrar a la cocina me acordé de la Gringa.

—¿Por qué el patrón ha regresado de noche, como nunca? ¿Por qué ha traído dos animales no más?

Me acerqué a la puerta del corral y miré; enfrente, junto a la pared, estaba el animal blanco; abrí bien los ojos y miré mucho rato sin pestañear. Nada. Al poco rato oí bien claro el rumiarse de la vaca.

Sentí deseos de gritar muy fuerte y despertar a todos los ak'olas.

—¡Gringa de Teofacha está en el corral de don Ciprián! ¡Gringacha!

Corrí a la cocina.

—¡Juancha! —La doña se había despertado desde el principio.

—A la Gringa de Teofacha se la han traído de «daño».

—¿Le has mirado bien, mak'ta?

—Está muy oscuro. Pero es vaca, mamaya, grande, blanca, como la Gringa de Teofacha. Hoy no ha arreado a la Gringa, la ha dejado en su potrero porque el principal estaba en las punas. A propósito, seguro fue don Ciprián, por trampa, para robarle a la Gringa. ¡Mamaya, ahora se la va a llevar a «extrangero» o la va a secar de hambre en su corral! En corazón de principal no hay confianza, peor que de perro rabioso es.

—Capaz no es la Gringa, Juancha. Aunque sea principal, de chacra extraña, no saca animal de otro. Seguro no es la Gringa, seguro.

—Mamitay, ¿de verdad crees que don Ciprián respeta chacra de otro?

—Como patrón, a oscuras, no puede sacar a la Gringa del potrero de Teófanes. Don Ciprián es más rabioso. De día hubiera arreado a la Gringa. De noche, como ladrón, no.

—¿Y don Jesús?

—A solas, don Jesús hasta nuestros ojos se puede robar; pero con el patrón, no, Juancha.

—Verdad. Otra vez dijo: «Yo soy abusivo, pero no ladrón».

—¡Cuánto animal blanco habrá en punas,

mak'tillo!

—¡De cierto, mamaya!

Pero no había ya tranquilidad para mí desde esa hora. Creo que el olor de la Gringa sentí cuando el animal blanco entró al patio; creo que en su aliento la reconocí, porque no le hacía caso a doña Cayetana, ni lo que yo pensaba.

—¡Es la Gringa! ¡Gringacha!

Mi corazón lloraba. Mi corazón sabía reconocer, hasta en lo negro de la noche, a todos los que quería. Todos los mak'tillos somos iguales.

—¡Nadie ya puede, mamaya, nadie ya puede! Sobre el suelo duro se va a secar, poquito a poco, como las otras vaquitas. Sus huesos no más, ya, el Satanás le hará arrastrar hasta la puerta del Teofacha. ¡Pero le voy a matar mamaya, con wikullo de piedra, en el camino que va a la pampa!

Como otras veces, doña Cayetana me apretó contra su pecho para consolarme.

En el cielo de Ak'ola brillaban todavía algunas estrellitas; el cielo estaba casi rosado y las nubes extendidas sobre los cerros dormían tranquilas. Los zorzales y todos los pajaritos del pueblo gritoneaban sobre las casas, sobre los árboles; se perseguían aleteando, saltando en los tejados, en los romazales

de las calles.

Los ak'olas amanecían para sufrir. Don Ciprián, su dueño, desde la salida del sol, empezaría a echar ajos a todos los comuneros. Sólo los pichiuchas eran alegres, cuando el principal estaba en el pueblo.

Yo empecé ese día en Ak'ola, gritando frente a la puerta de la viuda.

—¡Teofacha, Teofacha! ¡La Gringa creo que está en el corral de don Ciprián!

Al poco rato apareció Teofacha asustado, temblando.

—No he visto bien.

Y me eché a correr, calle abajo; el Teofacha me siguió.

Llegamos junto a la pared del corral. En un extremo, la pared tenía varios huecos hasta la cumbre, nosotros los hicimos para mirar a los «daños».

—Primero tú, Juancha.

Saqué la cabeza por encima del muro. La Gringa estaba echadita sobre el barro podrido del corral. Puse mis brazos sobre el pequeño techo de la pared y la miré largo rato. El Teofacha gritaba desde abajo.

Salté al suelo.

El mak'tillo escaló la pared como un gato.

—¡Gringacha!

Cayó parado sobre el romazal.

Nos miramos frente a frente, al mismo tiempo. Los ojos del Teofacha se redondearon, en el centro apareció un puntito negro, filudo, ardiente, después se llenaron de lágrimas.

—¡Ak'ola que llora no sirve!

Me sentía valiente. Mi corazón estaba entero, porque había decidido apedrear a don Ciprián.

—Oye, Teofacha; ahora, temprano, el patrón va a ir a Tullupampa; nosotros le vamos a esperar en el barranco de Capitana; solo va a ir; don Jesús tiene que llevar peones a K'onek'pampa, al barbecho. Con wikullo de piedra se puede romper calavera de toro bravo también. ¿Qué dices?

Teofacha se tiró de pecho contra mí y me apretó entre sus brazos, como si yo le hubiera salvado del rayo. Después me soltó y se puso serio; sus ojos ardían.

—¿Te acuerdas, Juancha, de don Pascual Pumayauri? Regresó de la costa y quiso levantar a los ak'olas y a los lukanas contra don Ciprián. Don Pascual era comunero rabioso, comunero valiente, odiaba como a enemigo a los principales. Pero los ak'olas son maulas, son humildes como gallo cabestro. Le dejaron abalear en Jatunk'ocha a don Pascual. Él quería tapan la laguna para los comuneros, contra el principal; pero don Ciprián lo tumbó de espaldas sobre el barro de Jatunk'ocha, y

en el mismo pecho le metió su balita. Ahora Teófanés y Juancha, mak'tillos escolares, vamos a vengar a don Pascual y a Gringacha. ¡Buen mak'ta, inteligente eres, Juancha!

El Teofacha parecía hombre grande, hombre de cuarenta años, enrabiado, decidido a matar.

—¡Carago!

Con nuestra voz delgada de escolares hablamos el ajo indio. En nuestro adentro nos sentíamos de más valer que todos los ak'olas, que todos los lukanas, que los sondondinos, los andamarkas.

—¡A Satanás le vamos a tumbar!

Como fiesta grande había en nuestra alma. La rabia y el cariño se encontraban en nuestro corazón y calentaron nuestra sangre.

Como a los indios de Lukanas, don Ciprián recibió a la viuda; parado en el corredor de su casa, con gesto de fastidio y desprecio.

—Tu vaca ha comido en mi potrero, y por la lisura cobro veinte soles —gritó antes que hablara la viuda.

—¿En qué potrero, don Ciprián? La Gringa ha estado en mi chacra, y de ahí la has sacado, anoche, como ladrón de Talavera.

El Teofacha le tapó la boca.

—¡Déjale, mamitay!

Pero la viuda quiso subir las gradas y arañar al principal.

—¡Talacho^[*], ladrón!

El Teofacha ya había hablado con su alma, y se había juramentado. Su corazón estaba esperando y estaba frío como el agua negra de Torkok'ocha. Sin hablar nada, sin mirar a nadie, arrastró a su vieja hasta afuera y siguió con ella, calle arriba. Yo iba a seguirlos.

—¡Juancha!

Me acerqué hasta las gradas. El patrón no tenía ya la mirada firme y altanera con que asustaba a los lukanas; parecía miedoso ahora, acobardado, su cara se puso más blanca.

—Dile a la viuda que le voy a mandar ochenta soles por la Gringa. De verdad la Gringa no ha hecho daño en mi potrero, pero como principal quería que doña Gregoria me vendiera su vaca, porque para mí debe ser la mejor vaca del pueblo. Si no, de hombre arrearé a la Gringa hasta Puerto Lomas, junto con el ganado. ¡Vas a regresar ahí mismo!

Yo sabía que la viuda no vendería nunca a la Gringa, pero corrí para obedecer a don Ciprián y por hablar con el Teofacha.

La viuda y el escolero llegaban ya a la puerta de su casa, cuando los alcancé. Las calles estaban

vacías y sólo dos mujeres lloraban siguiendo a la viuda. El Teofacha temblaba, parecía terciamiento.

—Doña Gregoria: don Ciprián dice que te va a dar ochenta soles por tu vaca. Dice que de verdad no ha hecho daño y la ha sacado de tu potrero, porque es principal y quiere tener la mejor vaca del pueblo. Si no le vendes dice va a llevar a la Gringa hasta el extranjero.

—¡Que se lleve, el talacho!

—¡Talacho! —gritó el Teofacha.

Regresé otra vez a la carrera. El principal estaba en la puerta, esperándome.

—La viuda no quiere. Dice eres talacho, don Ciprián.

El patrón levantó su cabeza con rabia y se fue, apurado, a la puerta del corral; la abrió de una patada y entró. Yo le seguí.

Don Ciprián se acercó hasta la Gringa, sacó su revólver, le puso el cañón en la frente e hizo reventar dos tiros. La vaca se cayó de costado, y después pataleó con el lomo en el suelo.

—¡K'anra![*] —grité.

Don Ciprián me miró como a una cría de perro: metió el revólver en su funda y salió al patio.

—¡Mamacha, Gringacha!

Me eché al cuello blanco de la Gringa y lloré, como nunca en mi vida. Su cuerpo caliente, su olor a

leche fresca, se acababan poco a poco, junto con mi alegría. Me abracé fuerte a su cuello, puse mi cabeza sobre su orejita blanda, y esperé morirme a su lado, creyendo que el frío que le entraba al cuerpo iba a llegar hasta mis venas, hasta la luz de mis ojos.

Ese mismo día, don Ciprián nos hizo llevar a látigos hasta la cárcel. Los comuneros más viejos del pueblo no recordaban haber visto nunca a dos escoleros de doce años tumbados sobre la paja fría que ponen en la cárcel para la cama de los indios presos.

En un rincón oscuro, acurrucados, Juancha y Teofacha, los mejores escoleros de Ak'ola, los campeones en wikullo, lloramos hasta que nos venció el sueño.

Don Ciprián fue teó, escupió, hizo llorar y exprimió a los indios, hasta que de puro viejo ya no pudo ni ver la luz del día. Y cuando murió, lo llevaron en hombros, en una gran caja negra con medallas de plata. El tayta cura cantó en su tumba, y lloró, porque fue su hermano en la pillería y en las borracheras. Pero el odio sigue hirviendo con más fuerza en nuestros pechos y nuestra rabia se ha hecho más grande, más grande...

Warmá kuyay (Amor de niño)

Noche de luna en la quebrada de Viseca.

*Pobre palomita, por dónde has venido,
buscando la arena por Dios, por los cielos.*

—¡Justina! ¡Ay, Justinita!

*En un terso lago canta la gaviota,
memoria me deja de gratos recuerdos.*

—¡Justinay, te pareces a las torcazas de Sausiyok’!

—¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!

—¿Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!

—¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen laceador de vaquillas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rió, mirando al Kutu; sus ojos chispeaban como dos luceros.

—¡Ay, Justinacha!

—¡Sonso, niño, sonso! —habló Gregoria, la cocinera.

Celedonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron la risa; gritaron a carcajadas.

—¡Sonso, niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda, con la musiquita de Julio el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre.

Me fui hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía moverse, como las nubes que correteaban en las laderas del Chawala. Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso; sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del Chawala: el cerro medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches; los indios nunca lo miraban a esas horas y en las noches claras conversaban siempre dando las espaldas al cerro.

—¡Si te cayeras de pecho, tayta Chawala, nos moriríamos todos!

En medio del witron^[*], Justina empezó otro canto:

*Flor de mayo, flor de mayo,
flor de mayo primavera,
por qué no te liberaste
de esa tu falsa prisionera.*

Los cholos se habían parado en círculo y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tender cueros.

—Ese puntito negro que está al medio es Justina. Y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, me muerdo por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba voces alrededor del círculo, dando ánimos, gritando como potro enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la orilla del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del patio y lanzó pedradas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fue a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero don Froilán apareció en la puerta del witron.

—¡Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo en el patio.

—¡A ése le quiere!

Los indios de don Froilán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda, y don Froilán entró al patio tras de ellos.

—¡Niño Ernesto! —llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

—Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del witron; sobre el lavadero había un tubo inmenso de fierro y varias ruedas enmohecidas, que fueron de las minas del padre de don Froilán.

Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba.

La hacienda era de don Froilán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarbe de papas y dormían en la chacra, a dos leguas de la hacienda.

Subimos las gradas, sin mirarnos siquiera; entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado; estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

—¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

—¡Don Froilán la ha abusado, niño Ernesto!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

—¡Ayer no más la ha forzado; en la toma de agua,

cuando fue a bañarse con los niños!

—¡Mentira, Kutullay, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar. Como si hubiera estado solo, abandonado en esa gran quebrada oscura.

—¡Déjate, niño! Yo, pues, soy «endio», no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas «abugau», vas a fregar a don Froilán.

Me levantó como a un becerro tierno y me echó sobre mi catre.

—¡Duérmete, niño! Ahora le voy a hablar a Justina para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella, ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina tiene corazón para ti, pero eres muchacho todavía, tiene miedo porque eres niño.

Me arrodillé sobre la cama, miré al Chawala que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

—¡Kutu: cuando sea grande voy a matar a don Froilán!

—¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí! ¡Mak'tasu!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como el maullido del león que entra hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

—Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vamos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en

su cuarto. Que se entre la luna para ir.

Su alegría me dio rabia.

—¿Y por qué no matas a don Froilán? Mátale con tu honda, Kutu, desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

—¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas «abugau» ya estarán grandes.

—¡Mentira, Kutu, mentira! ¡Tienes miedo, como mujer!

—No sabes nada, niño. ¿Acaso no he visto? Tienes pena de los becerritos, pero a los hombres no los quieres.

—¡Don Froilán! ¡Es malo! Los que tienen hacienda son malos; hacen llorar a los indios como tú; se llevan las vaquitas de los otros, o las matan de hambre en su corral. ¡Kutu, don Froilán es peor que toro bravo! Mátale no más, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

—¡«Endio» no puede, niño! ¡«Endio» no puede!

¡Era cobarde! Tumbaba a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquitas de los otros cholos cuando entraban a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido!

Le miré de cerca: su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados, ennegrecidos por la coca. ¡A éste le quiere! Y ella era bonita: su cara

rosada estaba siempre limpia, sus ojos negros quemaban; no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas, su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban. Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froilán la había forzado.

—¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro, ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón se sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

—¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella, ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente: estaba húmeda de sudor.

—¡Verdad! Así quieren los mistis.

—¡Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella. ¡Déjala!

—¡Cómo no, niño, para ti voy a dejar, para ti solito! Mira, en Wayrala se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellitas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el

fondo de la quebrada, el río grande cantaba con su voz áspera.

Despreciaba al Kutu; sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

—¡Indio, muérete mejor, o lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la terciana, te enterrarán como a perro! — le decía.

Pero el novillero se agachaba no más, humilde, y se iba al witron, a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de don Froilán. Al principio yo lo acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escogíamos los becerros más finos, los más delicados; Kutu se escupía en las manos, empuñaba duro el zurriago, y les rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres..., cien zurriagazos; las crías se retorcían en el suelo, se tumbaban de espaldas, lloraban; y el indio seguía, encorvado, feroz. ¿Y yo? Me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

—¡De don Froilán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que encogía mis labios e inundaba mi corazón.

Pero ya en la cama, a solas, una pena negra,

invencible, se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande, se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta; despacio abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los árboles rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo. De dos saltos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos. Ahí estaba Zarinacha, la víctima de esa noche; echadita sobre la bosta seca, con el hocico en el suelo; parecía desmayada. Me abracé a su cuello; la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

—¡Niñacha, perdóname! ¡Perdóname, mamaya!

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

—¡Ese perdido ha sido, hermanita, yo no! ¡Ese Kutu canalla, indio perro!

La sal de las lágrimas siguió amargándose durante largo rato.

Zarinacha me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

—¡Yo te quiero, niñacha, yo te quiero!

Y una ternura sin igual, pura, dulce, como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfalfar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes, llenos de frescura. El Kutu ya se iba tempranito, a buscar «daños» en los potreros de mi tío, para ensañarse contra ellos.

—Kutu, vete de aquí —le dije—. En Viseca ya no sirves. ¡Los comuneros se ríen de ti, porque eres maula!

Sus ojos opacos me miraron con cierto miedo.

—¡Asesino también eres, Kutu! Un becerrito es como una criatura. ¡Ya en Viseca no sirves, indio!

—¿Yo no más, acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.

Resentido, penoso como nunca, se largó al galope en el bayo de mi tío.

Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fue. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido a su hijo.

Kutu tenía sangre de mujer: le temblaba a don Froilán, casi a todos los hombres les temía. Le quitaron su mujer y se fue a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondondo, Chacralla... ¡Era cobarde!

Yo, solo, me quedé junto a don Froilán, pero

cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Yo no fui desgraciado. A la orilla de ese río espumoso, oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fue mi nido. Contemplando sus ojos negros, oyendo su risa, mirándola desde lejitos, era casi feliz, porque mi amor por Justina fue un «warma kuyay» y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago, que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las cosechas, las siembras con música y jarawi, viví alegre en esa quebrada verde y llena del calor amoroso del sol. Hasta que un día me arrancaron de mi querencia, para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo.

El Kutu en un extremo y yo en otro. Él quizá habrá olvidado: está en su elemento; en un pueblecito tranquilo, aunque maula, será el mejor novillero, el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y

extraños.

Diamantes y pedernales (1954)

I

Iba a cumplir tres años de residencia en el pueblo. Todos sabían que era forastero; y quien deseaba humillarlo, lo proclamaba.

Sus ojos eran pequeños, su frente corta, sus pómulos relucientes; era bajo y recio. Se ajustaba el pantalón con un chumpi (cinturón) ornado de figuras de patos y toros.

Sólo él usaba esa clase de fajas. Desde su lejano pueblo, algún indio vendedor de fruta le traía, de tiempo en tiempo, un cinturón nuevo y llamativo que sus hermanas le enviaban como recuerdo. En el fondo rojo o azul del tejido, las figuras reciamente compuestas, de toros, patos o caballos, resaltaban, como si estuvieran vivos.

Los indios y los mestizos se detenían para ver la faja de Mariano; la examinaban minuciosamente; y las mujeres parecían encantadas con la belleza del tejido.

Los vecinos principales, los caballeros, se reían.

Mariano no demostraba ninguna emoción ante las

burlas o los elogios; permanecía callado y tranquilo, mientras contemplaban o examinaban la vistosa prenda.

Mariano era arpista y ayudante de sastre. Criaba un cernícalo al que llamaba «Inteligente Jovín».

La sastrería ocupaba la única tienda de una gran casa deshabitada de la cual Mariano era el guardián.

La casa pertenecía a una señora muy principal de un distrito próximo. Se decía que la señora era dueña de la mayor parte de las tierras y de los indios del distrito. Cuando iba a la capital de la provincia entraba a la pequeña ciudad acompañada de su único hijo y de tres o cuatro indios a quienes llamaba «lacayos». Mariano escuchaba el tropel de los caballos y los reconocía de inmediato, antes de que llegaran a la esquina. Corría al patio arrojando en cualquier sitio la «obra» que tenía en las manos y abría el zaguán de la casa. Durante los días que la señora permanecía en el pueblo, Mariano no aparecía en el taller.

El hijo de la señora era alto, cejijunto, de expresión candente e intranquila. Cuando venía con su madre excitaba al vecindario. Invitaba siempre champaña a sus amigos, hasta emborracharlos; y se reía de ellos en forma escandalosa. Sus risotadas se

escuchaban a gran distancia. El pueblo se divertía con este espectáculo. Y duraba algunos días la vergüenza de los «caballeros» bebedores de champaña. La gente exageraba los sucesos de las borracheras:

—Dicen que don Aparicio hizo caminar de cuatro patas a varios señores y que a algunos los montó todavía.

—Dicen que a don Esteban lo hizo subir al mostrador para que discursara...

—Dicen que don Aparicio se reía como un condenado y hasta en la plaza retumbaban sus carcajadas.

—¡Qué gracia! Mil indios trabajan para él.

Mariano esperaba en la calle a su patrón y lo acompañaba en las noches hasta la gran casona. Iba tras de él, y don Aparicio no le hablaba.

En algunas de aquellas noches, don Aparicio ordenaba a Mariano que llevara su arpa al salón de la casa. Se acomodaba en una mecedora y le decía al sastre:

—Toca «Palomita del campo».

Mariano se sentaba en la puerta, sobre un banquito, y tocaba los huaynos y tristes que su patrón iba nombrando.

—Ahora «El sauce ingrato»... «El chihuaco»... «El tuquito»... ¡Ahora canta el carnaval de mi

pueblo! ¡De Lambra!

Mariano tenía voz grave y baja, como la de un sapo cantor. Porque entre las yerbas de los campos húmedos y baldíos que había en ese pueblo, los sapos cantaban larga y dulcemente, estremeciendo el profundo cielo estrellado o las lóbregas noches de verano.

—Don Mariano, a ti no más te dejo tranquilo, por tu canto; por tu arpa también —le decía el corpulento señor de Lambra, paseándose lentamente en la sala, a la luz temblorosa de la única vela que prendía en el candelabro—. ¿Por qué será, don Mariano? Mis mujeres no me dan tranquilidad; el trago, ya sea cañazo o champán, es para peor. ¡Anda ya a dormir! Pero en medio del patio tócame por último cualquier huayno de tu pueblo.

Mariano era nativo de uno de los pueblos fruteros del «interior», de más adentro de la cordillera. Allí, en hondas quebradas, crecían manzanos, peros y duraznos que florecían como jardines y daban frutos limpios, brillantes, de colores que esplendían a distancia.

Mariano tocaba fuertemente los huaynos alegres de esas regiones. En las cuerdas de alambre, de las notas altas, se regocijaba repitiendo la melodía; con la otra mano arrancaba los bajos en lo alto del arpa.

—¡Don Mariano, tú, no más para mí, para mi

alma...! —iba diciendo el patrón desde la escalera, mientras subía paso a paso hacia su dormitorio.

El Upa no hablaba delante de don Aparicio, casi ni lo miraba. El joven hablaba solo y pedía los cantos.

—¿Por qué, por qué no lo maltrata? ¿Por qué pues no lo lleva a tocar en las jaranas que arma donde sus queridas? —se preguntaban en el pueblo.

Y esta consideración que don Aparicio tenía por el sastre intrigaba a la gente, y permitía defender sus costumbres al humilde, al Upa Mariano.

Los indios llaman «Upa» (el que no oye) a los idiotas o semiidiotas. El músico Mariano tenía algo de upa: iba a ver las fiestas de los barrios, y contemplaba los grandes bailes de indios y mestizos, los convites fastuosos, las danzas, desde lejos. Cierta vez, durante la celebración de un matrimonio, las mujeres le llevaron un plato de patachi^[*] y de algún otro potaje escogido, y no los aceptó; a pesar de que para convidarle tuvieron que caminar mucho hasta llegar donde él estaba; y fueron tan hermosamente vestidas, con sus largos rebozos de castilla cubriéndoles la espalda:

—Padrecito Mariano —le dijeron en quechua—, ahora comerás nuestra dulce comida; hasta aquí te

hemos traído, pasando vergüenza.

Tuvieron que cruzar media calle con los platos escondidos bajo el rebozo.

Mariano las contempló con sus ojos grises y pequeños, cargados de temor, de extrañeza. No podía hablar, sus labios temblaban un poco. Ya parecía que huiría. Pero casi arrodillándose, todo inclinado ante las mujeres, les dijo con su voz baja y suave:

—¡No, mamacitas! ¡Mamachakuna, no, patroncitas! ¡Almas, almas!

Las mujeres no se resistieron. La voz de Mariano las acarició con tristísima dulzura.

—¿Por qué, pues; por qué, pues?

Hablando, lamentándose, regresaron.

Mariano se quedó de pie, apoyándose en la pared caleada en que el sol tan ardientemente repercutía. Y vio cómo los indios bailaban en grandes círculos; y miró a los arpistas que tocaban en una esquina del pampón. ¡Era por ellos que había baile, que los hombres y las mujeres danzaban con tanta alegría! Al atardecer, Mariano se acercaba a los patios en donde la gente bailaba; y muy levemente llevaba el compás de la música con el cuerpo.

El Upa se iba pronto, al empezar la noche. Entraba por la pequeña puerta del zaguán, atravesaba el gran patio de la casona, y se dirigía a su cuarto. Era la monturera; habían allí algunos caballetes

vacíos, y poyos en los cuatro lados de la habitación. Don Mariano prendía el mechero, la callana de sebo con que solía alumbrarse, y templaba su arpa. No tocaba las danzas y cantos que acababa de oír, sino los de su pueblo. Se agachaba hasta apoyar la frente en el gran arco del instrumento; y la música de los pueblos fruteros del «interior» nacía en ese cuarto oscuro. Los pocos transeúntes que pasaban por la calle a esa hora se detenían, para oír al arpista. Y no le remecían la puerta, no le molestaban ni le gritaban desde fuera.

—¡Quizás San Gabriel, quizás cual ángel toca!
¡El Upa no será! ¡El Mariano es inocente! —
comentaban los indios, en quechua.

—Cantos de pueblo extraño —afirmaban los vecinos notables.

Si algún indio o mestizo borracho le oía, se acercaba hasta la puerta; se sentaba en la vereda, apoyando la cabeza sobre las rodillas, y escuchaba.

Mariano sentía a veces que a su puerta se detenían algunos transeúntes.

—Su espíritu no más está tocando —dijo cierta noche un mestizo de mala vida, guitarrista, y dedicado a corromper mujeres casadas—. ¡Su espíritu no más! A ver si me limpia mi alma; pura mujer no más quiero. ¡Mucho hey maldecido...!

Y se tendió junto a la puerta de Mariano, en la

oscuridad.

La música de los pueblos fruteros del «interior» era distinta que la de ese pueblo grande y frío, de horizonte abierto, donde las montañas altas se veían lejanas, en brumosa cadena. Mariano había crecido bajo la protección de un río pequeño, al pie de una tibia montaña, con árboles bajos, y yerbas que florecían desde enero y morían con el calor y la sequía de junio. Los árboles también daban flores pequeñas. Sólo el sanki (cactus gigante) y los bajos sok'onpuros amanecían, de repente, con una inmensa flor, blanca el sanki y roja el sok'o; ambas atraían la luz, y refulgían. Para tener una flor de sanki en las manos había que bajarla a hondazos o derribar el tallo espinoso, que lloraba. El sok'o, en cambio, se colgaba de los precipicios y su flor llameaba en el aire de las zanjas inalcanzables. «¡Ay sok'os, aypaykuykiman! (¡Si pudiera alcanzarte!)», clamaban los niños.

Mariano tocaba recordando su valle, su pueblo nativo, donde el sol se hundía, caldeando las piedras, mezclándose con el polvo, haciendo brillar las flores, las plumas de los pequeños patos del río, el vientre de los pejerreyes que cruzaban como agujas los remansos.

—¿Quién pues va a bailar con el arpa del Mariano? —decían sus oyentes—. El Upa toca

diferente.

Don Mariano no quiso tocar nunca fuera de la casa del señor de Lambra, ni siquiera en la iglesia.

—¡No, papacito! —gemía, cuando intentaban llevarlo a tocar en una fiesta, de indios o mestizos.

—Al primero que arrastre a don Mariano a tocar en cualquier casa ajena, lo mato a puntapiés —había dicho don Aparicio en muchos sitios y en forma rotunda—. ¡Lo mato a puntapiés! Aquí hay más de veinte arpistas; nadie necesita de don Mariano.

Era extraño que un joven tan poderoso, tan altivo, le llamara *don* al Upa. Ese tratamiento tuvo quizá más influencia que las propias amenazas que lanzó para proteger al arpista.

Nadie caminaba con más humildad y menos frecuencia en las calles principales del pueblo que Mariano. Pasaba como si en realidad no fuera nadie. Cuando su joven patrón bebía en las cantinas, Mariano permanecía quieto tras la sombra de algún poste. Cuando don Aparicio salía para dirigirse a otra tienda o a su casa, el Upa lo seguía, andando por en medio de la calle. Si el joven se iba a dormir donde alguna de sus queridas, don Aparicio se despedía de él luego de una o dos cuadras de compañía. «Hasta mañana, don Mariano», le decía en

quechua, y Mariano se iba a la casa del patrón. Y ningún mestizo o señor principal se atrevió jamás a abofetearlo o a insultarlo a gritos en la calle, como a los indios de los barrios.

II

¿Por qué había salido de su pueblo don Mariano; y cómo pudo llegar a la capital de la provincia? ¿Por qué prefería vivir en este pueblo grande y frío, de tantos barrios, donde permanecía como un forastero, como una piedra que jamás se disolvería? ¡Cuán diferente era la vida en los pequeños pueblos fruteros del «interior»! Allá había pobreza; las tierras de sembrar eran escasas; los melocotones, las manzanas y los peros se vendían a tres por medio, las tunas ordinarias a 20, las amarillas a 30; y no se conocía otro negocio. Pero las autoridades residían lejos y los comuneros seguían viviendo según sus costumbres antiguas. No habían allí verdaderos terratenientes voraces y crueles. Lenta, sin acontecimientos súbitos, la vida cursaba tranquila. Las pocas fiestas estaban previstas; y la gente se preparaba para ellas todo el año. Duraban dos o tres días; días grandes, de bailes, cantos y convites abundantes, con los mejores potajes. Los hombres y las mujeres estrenaban ropa nueva en esos días; las

mujeres se alhajaban y los niños contemplaban los bailes y danzas, jugaban en las huertas; algunos lloraban, perdidos en la oscuridad durante las danzas nocturnas.

Mariano era el quinto y último hijo de la familia. Aprendió a tocar arpa cuando tenía ocho años; su padre y su abuelo fueron arpistas. Los padres y hermanos comprendieron desde temprano que Mariano era medio upa. Carecía de destreza muscular, tenía apariencia de niño mudo, soñoliento. ¡Pero entendía y hablaba! No le confiaron nunca los trabajos que requerían agilidad, malicia o iniciativa. Lo dedicaron a espantador de pájaros en las huertas, a guiador de yuntas en las siembras y a acompañante de sus hermanas cuando tenían que ir a hacer compras a la capital del distrito. El hermano mayor, que era el primogénito, lo miraba con cierto desprecio y vergüenza. Era alto, de nariz aguileña, de labios delgados y de pómulos brillantes que resaltaban; se llamaba Antolín. Tocaba charango, y era «negociante arriero». Era él quien llevaba la legendaria fruta de la comunidad a los pueblos más lejanos, a aquellos en que los melocotones y manzanas alcanzaban altos precios. La mayor parte de los comuneros le encomendaba a él la venta de su fruta. Se la entregaban bien cargada, en buenos asnos que habían descansado medio año.

Cuando Antolín salía de viaje, toda la comunidad lo despedía, en un extremo del pueblo, junto a una piedra inmensa cargada de arbustos y de yerbas. Mariano veía irse a su hermano mayor como a un ser poderoso en cuyo cuerpo se hubiera concentrado la energía de los cielos y de la tierra. Las bellas pasñas, las solteras más codiciadas y hermosas, adornaban de flores a Antolín; le ponían el wallco, un cordón de frutas y flores que le ceñía como una banda presidencial. La gran piedra se cubría de niños. Abrazaban a Antolín todos, sin estrecharlo mucho, poniéndole después las manos sobre los hombros. Luego partía. Mariano permanecía a la sombra de la gran piedra y escuchaba el coro de la despedida, el kacharpariy; solo, porque siendo upa nadie se quedaba muy cerca de él. Las mujeres se cubrían medio rostro con las mantas, se reunían en un grupo cerrado, y así cantaban el harawi de la despedida. Los hombres y los niños, las viejas, todos permanecían en su sitio, callados.

Antolín se alejaba por la falda de la montaña y las mujeres lo seguían, lo alcanzaban, lo sacudían con su canto. El harawi lento, largo, coreado en la voz más aguda, dominaba al día, al sol menguante de esa hora; y Antolín tras de su piara caminaba a paso de cuesta. Mariano lo contemplaba; la imagen de su hermano bullía en su corazón; veía que el harawi

había hecho detenerse al mundo para que sólo el fuerte y alegre Antolín viviera, caminara, resaltara en la honda quebrada. Al anochecer, entre el canto de los pájaros, sin la presencia del sol que tanto se había infundido del silencio de la despedida, todo el ayllu regresaba a la aldea, a bailar en la plaza y más tarde en la choza de la familia de Antolín.

El Upa Mariano iba tras el ayllu, solo; porque era el único upa del pueblo.

—Yo también tocaré arpa —le pedía al padre, cuando la fiesta se trasladaba a su casa.

Le daban el arpa. Y agachaba la cabeza como un forastero avergonzado; pegaba su frente al arco del arpa, y tocaba.

—Porque pasa el día con los pájaros cantores será que así dulce toca —decían los viejos y las mujeres.

En la mente de Mariano brillaba la gran piedra del kacharpariy-pata^[*] con todas sus flores. Desde la cima de esa piedra él ahuyentaba a los pájaros con el tronar de su honda y con sus gritos. Los pájaros volaban exhibiendo sus plumas amarillas, negras, verdes y rojas. Y él se reía, bailaba y daba algunos saltos de regocijo.

—¡Ay tuya tuya, chaynataraq, manchayta, pawariykunti! (Y así ¡oh calandria! tan extremadamente vuelas) —exclamaba.

Con estos recuerdos se ocultaba más para tocar. Casi con la barba sobre el pecho arrancaba notas dulces y enérgicas al arpa. Las mujeres lo contemplaban con admiración y lástima. Los hombres bailaban sin acordarse que era el Upa quien tocaba.

Cuando el padre de la familia murió, Antolín resolvió despachar al Upa a la capital de la provincia. Las dos hermanas y los cuñados aceptaron la decisión del arriero. Antolín los atemorizó. Les recordó que los upas eran sensuales y taimados.

—Yo no puedo tomar mujer porque le tengo miedo —les dijo—. Ya es hombre. En la noche no va a poder sujetar al demonio.

Mariano se dedicaba entonces a su Jovín. El cernícalo lo miraba con inteligencia. El rostro del músico se reflejaba resplandeciente de felicidad en los ojos profundos del cernícalo. Mariano tocaba una danza guerrera de carnaval y luego bailaba a grandes saltos, sin dejar de mirar a la pequeña ave de nariz acerada.

—¡Son amigos! ¡Se entienden! ¡La misma alma tienen, seguro! —exclamaba Antolín, observando que en esos instantes de regocijo, Mariano y el cernícalo no dejaban de mirarse—. El corazón del Upa está palpitando como si fuera killincho (cernícalo); en su

adentro es vivo; quizá hay candela, infierno, en su alma. ¡Fuera! Desde la puna lo soltaré.

Antes del amanecer, en el tiempo de la sequía y de la helada, Antolín obligó a levantarse a su hermano para marchar hacia el grande y lejano pueblo desconocido donde residían «los todopoderosos».

—Allí los arpistas son rogados, mandan —le dijo Antolín—. Ganarás en una fiesta más que una cosecha entera de dos huertas. Los alcaldes van a suplicarte; los mayordomos te van a llorar; los poderosos también, el «Gobiernos», los patrones, te van a llamar bonito, como a amigo. ¡Grande va a ser tu vida, Mariano! A tu familia también vas a cuidar, desde lejos. ¡Con tu killincho te irás! Adivinando tu viaje, seguro, el finado compró para ti el killincho. ¡Como tú, es grande! A los cóndores los hace llorar en todos los aires...

Le halagó lentamente, lo deslumbró; hizo que se decidiera. Y lo despertó, cuando la estrella de la mañana se anunciaba con un resplandor helado y tenue que crecía tras las cumbres de la lóbrega cadena de montañas.

Al salir del patio, en el umbral de la puerta, Mariano dudó. Quería retractarse.

—¡Vivo, vivo! —le gritó Antolín, empujándolo.

El killincho aleteó sobre el arco del arpa;

Mariano cerró los ojos, apretándolos por un instante, y salió al camino.

Escalaron juntos la cordillera.

Por la región de las huertas y las faldas de las montañas que circundan la comunidad, caminaron de noche. Amaneció cuando la última abra estaba próxima.

Se sentaron a descansar en la cumbre. Antolín rezó en quechua y ofreció un poco de cañazo al abra y a la pampa temible que empezaba, cerca, al pie de los nevados.

Es la meseta más plana y alta del Perú, sembrada de lagos sin totorales, sin arbustos. Antolín pudo señalar desde la cumbre, como un mapa, todos los caminos que cruzan la estepa.

—¿Yo por allí? ¿Hasta dónde? —exclamó el Upa, contemplando la vibración del viento en el confín difuso de la pampa.

—¡Viento no más, como agua! Parece lejos. ¡Viento no más! ¡Es cerca! El killincho sabe —le dijo Antolín, con voz enérgica—. Yo te voy a ver de aquí. Si regresas te reventaré la cabeza con estas piedras del auki^[*]. ¡Ya! ¡Vivo!

Y el Upa comenzó a descender a la pampa.

Antolín lo vio caminar durante varias horas. En la superficie amarilla de la pampa, la sombra de las nubes dibujaba manchas informes que se deshacían y

vijaban. Con el cernícalo duramente agarrado del arpa, Mariano caminaba rápido. Llevaba el arpa a la espalda, pero un extremo del arco quedaba sobre su cabeza; allí iba prendido el cernícalo. Ambos escrutaban los confines sin pensar ya en nada. Los insondables ojos con una sola expresión: el anhelo de vencer la distancia; de cruzar ese mundo extraño, devorado por los silencios, por la resonancia del graznido de los patos. ¡Y cómo centelleaba la nieve y se reflejaba, tanto en los lagos como en el temeroso corazón del viajero!

Cuando perdió de vista a su hermano, Antolín, el arriero, derramó nuevamente unas gotas de aguardiente sobre la cumbre, y empezó a bajar la montaña, hacia su pueblo.

El arpista fue cobrando valor mientras cruzaba la meseta en la que, según las leyendas, vivían monstruos voraces, arrojadores de fuego. Si el silencio no lo había diluido, si su corazón seguía latiendo, si no habían saltado de los lagos tropas de toros y serpientes encrespadas para enloquecerlo con sus bramidos y arrastrarlo, él podía vencer ya a todos los demonios de la tierra. Y con paso enérgico apuró la marcha.

—¡Papacito! —le dijo a su cernícalo—. ¿Dónde está «encantos»^[*]? ¿Dónde tus enemigos, papacito? Tú eres patrón, yo también patrón, aquí en

K'allak'ata.

Con la misma decisión contempló desde una cumbre baja el gran pueblo, la ciudad de los seis barrios, con seis iglesias pequeñas, de indios, y un templo mayor, largo, de piedra blanca y techo de calamina. No le sorprendió ya la gran extensión de tierra que cubrían las casas, a diferencia de su pequeña aldea, en que las humildes construcciones estaban separadas por huertas y sembrados. Le impresionó la plaza de armas, un campo extenso y desnudo, cruzado por aceras embaldosadas; y las casas de los señores principales, mansiones de dos pisos con dos patios y corrales defendidos por altos cercados.

Pero una resolución firme aunque confusa inspiraba al Upa: «Ya no más su pueblo; allí abajo, en ese laberinto de casas que cubrían el lomo y las faldas de una roja colina él se hundiría, él viviría».

—¡Yo maestro arpista! ¡Yo patrón valiente! ¡Ja caraya!

Guapeándose en voz alta empezó a descender la última cuesta.

¿Pero a qué iba el Upa? ¿A qué iba, si en ese pueblo habían más de veinte arpistas famosos que tocaban en competencia durante las fiestas de la capital y de todos los pueblos circundantes? Ellos eran los creadores de las melodías que después se

difundían en quinientos pueblos, hacia todas las regiones. La noche del 23 de junio esos arpistas descendían por el cauce de los riachuelos que caen en torrentes al río profundo, al río principal que lleva su caudal a la costa. Allí, bajo las grandes cataratas que sobre roca negra forman los torrentes, los arpistas «oían». ¡Sólo esa noche el agua crea melodías nuevas al caer sobre la roca y rodando en su lustroso cauce! Cada maestro arpista tiene su pak'cha^[*] secreta. Se echa, de pecho, escondido bajo los penachos de las sacuaras; algunos se cuelgan de los troncos de molle, sobre el abismo en que el torrente se precipita y llora. Al día siguiente, y durante todas las fiestas del año, cada arpista toca melodías nunca oídas, directamente al corazón; el río les dicta música nueva.

¡Qué, pues, iba a hacer entre esos maestros el Upa Mariano!

Cuando llegó al pueblo era casi el mediodía. Entró por el barrio alto de Alk'amare. La única calle derecha del barrio empalma con el jirón Bolognesi, donde viven los señores, en el centro. Alk'amare estaba vacío a esa hora; sólo algunas indias vieron pasar al músico y lo siguieron con la mirada hasta que se perdió de vista en la calle. Distinguieron

claramente al pájaro que iba posado sobre el pico del arpa. Mariano tenía la apariencia de ciertos devotos indios que llegaban a la ciudad desde lejanísimas comarcas para rezar ante el Señor de Challwa, que era el barrio más antiguo.

Mariano ingresó al barrio de los señores y se detuvo en la sombra, frente a la casa de don Aparicio. El joven llegó seguido de dos «lacayos», de Lambra. Miró al músico y le sorprendió su aspecto. Mariano examinaba los balcones tallados.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz tonante.

El músico se volvió hacia el joven y sus ojos temblaron.

—Aquí estoy, patrón —contestó rápidamente—. ¡Yo, arpista!

El cernícalo aleteó.

—No bravo, patrón. ¡Mansito, bonito!

Hizo saltar al pájaro hasta su mano y lo mostró, sonriente. Se había calmado su alma. Don Aparicio dudaba, lo miraba.

—¡Entra! Necesito un guardián para mi casa.

Esperó que el indio forastero pasara. Ya en el gran corredor se acercó más al músico. Llevaba aún el pájaro prendido en el dedo índice.

«¿No será un brujo?», pensó el terrateniente.

Su cuerpo era raro; la espalda redonda, como la de los jorobados; las piernas delgadas; tenía casi

barbas...

—¡Toca! —le ordenó.

Entonces los ojos pequeños de Mariano se iluminaron; don Aparicio recibió esa mirada y sintió un clamor profundo en su alma, como la primera luz de un día de fiesta en la infancia.

El cernícalo fue a posarse sobre el arco alto del arpa y don Mariano tocó un wanka de la cosecha. Los «lacayos» se atrevieron a acercarse hasta donde estaba el patrón, y formaron con él un pequeño público que rodeó al arpista.

El Upa tocó la triunfal música con que los comuneros del «interior» cantan, mientras llevan las gavillas de trigo o de maíz, del campo a las eras. Un acompañamiento semejante al del huayno, acordes que tocaba en las cuerdas graves, daba al wanka un aire de baile y de imploración. Con esa melodía, entonada por voces de hombres, el comunero indio alcanza el profundo corazón de la tierra, la región de donde los seres vivos brotan. El Upa mezclaba en su arpa esta música y el ritmo de los cantos de amor.

Don Aparicio se separó del grupo, y lentamente se dirigió a la escalera. Iba preguntando y hablando mientras oía:

—¡Para mí no más vas a tocar, don! ¿Cómo te llamas?

—Mariano.

—Aquí vas a quedar. Llévenlo a la monturera. Allí va a ser su casa. Y la cocina también será para él. Le daremos buenos pellejos, frazadas. Le pagaremos veinte soles al mes. Le dejaremos maíz, papas, ollucos; le mandaremos coser ropa de indio, buena...

Don Aparicio continuó hablando desde la escalera. Don Mariano, de pie, con la cabeza descubierta, le oía y le seguía con los ojos. Los «lacayos» de Lambra habían comprendido ya, por la figura, por los ademanes del músico, que era medio upa, que era un *illa*^[*] tocado por algún rayo benéfico.

III

Una joven rubia, delgada y de pelo corto, llegó al pueblo tres años después que el Upa Mariano. Su madre la acompañaba. Se alojaron en el único «hotel» de la pequeña ciudad. El «hotel» ocupaba una de las más antiguas casas del pueblo. Tenía un patio extenso cubierto de yerbas y pastos donde cantaban sapos y millares de grillos. Muy pocos viajeros llegaban al «hotel»; algunos agentes de casas comerciales, empleados y maestros recién nombrados, militares en tránsito y raros viajeros que tomaban esa ruta para internarse hacia los ríos amazónicos; porque los Andes centrales ofrecen por esa región un paso menos helado y alto.

La llegada de la rubia y su permanencia conmovió a la juventud de la capital provinciana y a la de los distritos próximos. Era bella y elegante; y era de la costa, de una ciudad importante y aristocrática. Sin duda pertenecía a una familia modesta, pero vestía exactamente como las señoritas limeñas, a la última moda. Su melena era muy corta,

como no se atrevían a usarla las jóvenes del pueblo; y caminaba con esa gracia encantadora propia de las muchachas bonitas de las ciudades costeñas.

Don Aparicio compró una de las casas más nuevas del pueblo, el mismo día que vio a la joven rubia.

Casi todas las señoritas del pueblo estaban preocupadas y tristes. Las señoras hacían conjeturas obscenas y crueles acerca de la niña recién llegada.

Don Aparicio arregló la casa nueva con pocos muebles de dormitorio, comedor, sala y cocina; luego se encaminó resueltamente al hotel. Y ofreció su casa en alquiler, a la madre.

Los cuartos del hotel ocupaban sólo el primer piso de la vieja casa, porque el segundo estaba en ruinas. Las habitaciones eran oscuras; el empapelado humedecido, cruzado por vetas y manchas. El piso de ladrillos, gastado y polvoriento, tenía huecos y desniveles.

Don Aparicio no se mudó de ropa para la visita, no se acicaló especialmente. Fue de botas y de bufanda, con un sombrero muy fino de paja, y usando fueite. Miró a la joven profundamente, con sus ojos entre alocados y crueles, tan enérgicos y grises. Brotaba de ellos una gran ansiedad.

—Señora —dijo a la madre—, yo tengo una casa antigua en la que se han alojado todos mis

antepasados. Compré otra nueva creyendo que se avenía mejor a mí, que soy joven y educado en Lima, pero no puedo vivir en ella. Soy nada más que un buen vecino de Lambra, de un pueblecito de acá cerca. Sólo vengo de vez en cuando a la capital. Para mí sería un honor si ustedes aceptaran tomar mi casa nueva. Yo pago un guardián en la otra...

Se comportó muy cortés y hábilmente. Persuadió a la señora, y fueron a ver la casa. También consiguió que se decidieran a trasladarse sin demora.

De vuelta al hotel, don Aparicio caminó junto a Adelaida; iba pensando, y hablando para sí: «¡Padre Santo! ¡Qué rubia es, qué delgadita! ¡Padre Santo, no la quiero para esposa; en mi pueblo se derretiría como una saywa^[*] de hielo; se reiría a carcajadas viendo una wifala^[*] de carnavales! ¡No me importa que no sea ya pura o que sea enferma! ¿Para qué la quiero? ¡K'ella runa!^[*] Así como es no sé para qué la tendría. ¡Pero voy a echarle un cerco, como de perros ansiosos, que no tienen miedo a morir, y rodean igual a las vicuñas que a los pumas...! ¡Esto comienza!».

La joven lo sintió pensar, y no le habló. Ella tenía ojos azules, limpios y alegres. La señora miró al joven varias veces, examinándolo.

Al despedirse le agradecieron ambas.

—Somos pobres —le dijo la madre—. Soy viuda de un músico italiano que trabajaba en el Colegio Nacional y como profesor particular en muchas casas grandes... Sólo estaremos unos meses aquí...

Hablaba con esa franqueza rápida y espontánea, característica de las buenas mujeres costeñas de la clase media.

Adelaida deseaba irse. No miraba al joven.

—A mí, a mí lo que me gusta son las flores del campo —habló inesperadamente, interrumpiendo a su madre—. Durante el viaje, en las alturas de este pueblo, ¡vi tantas! ¡Azules y rojas, azules y rojas! Como un manto que se movía...

—¡No ha visto las blancas, las grandes flores! Ya tendrá ocasión, si me permite.

—Usted es un caballero... muy bueno.

La joven expresaba un entusiasmo real. Sus mejillas se encendieron con un timbre rosado, blando, de su sangre cálida.

«Padre Santo —continuaba hablando don Aparicio—. Padrecito: yo le traeré las flores de la gran cordillera. ¡Si ahora su mejilla está como la hoja del achank'aray rojo y alba! ¿Yo no dije? Si el achank'aray y el phalcha^[*] parecen como el rostro mismo de las criaturitas inocentes. ¡Hermosura para la eterna gloria! ¡Mi caballo, mi caballo, k'ellas (ociosos), y a saltos llegaré a los nevados!».

Aparicio movía los labios en forma perceptible. Se despidió un poco confundido.

—Perdone, señorita —dijo a Adelaida—. Usted me ha hecho pensar mucho hablándome de las flores de mi tierra. ¿Aceptaría usted que le enviara dos indias de mi hacienda, para su servicio? Es gente humilde y obediente. Yo tengo algunas que entienden las órdenes caseras en castellano.

Adelaida aceptó el ofrecimiento, sin esperar a que su madre interviniera.

—Con una es suficiente —dijo la madre.

—Nunca, señora. Una para la cocina y otra para los mandaditos.

El cerco estaba hecho, y no de perros rabiosos, sino uno más alto e invisible, tendido por la audacia: la casa, la servidumbre y las cargas de comestibles que él les enviaría «en venta al costo», constituirían el infranqueable cerco, el derecho adquirido que él sabría imponer a los de fuera.

Las señoras del pueblo respiraron tranquilamente; los jóvenes se resignaron; las muchachas ansiaban contemplar a la rubia, verla caminar y sufrir. Don Aparicio juró arruinar y golpear hasta dejar agonizante a quien hablara mal de la niña recién llegada. Podía hacerlo. Una noche,

trescientos indios llegarían a cualquier hacienda o chacra; derrumbarían los cercos, dirigidos por despiertos y fieles mayordomos mestizos; matarían los chanchos, los caballos y las vacas; los espantarían hacia los abismos... El señor de Lambra era un hombre de acción y no había aparecido aún otro joven poderoso e igualmente decidido que le hiciera sombra. Era, además, fuerte, gran jinete; y cuando le atacaba la ira, enrojecían sus ojos, se erizaban sus espesas cejas, infundía miedo. Y no lanzaba puñetazos; golpeaba con el filo de su mano derecha como si fuera un trozo de madera pesada. A ese golpe le llamaba «pescuezaso», y decía que un peleador limeño le había enseñado.

Pero la vida de la capital provinciana se alteró con la llegada de la rubia y de su madre. «¿Qué pasará? ¿En qué irá a parar? ¿Cuándo se irá? ¿Qué es ella de don Aparicio? ¿Ya es de él; o le ha sorbido de veras el seso, y la quiere como un colegialito?», se preguntaban en el barrio de los vecinos principales.

Los jóvenes casaderos y los muchachos, los adolescentes, pasaban por la calle donde ella vivía, cuando don Aparicio se iba a Lambra. En realidad, la imagen de Adelaida reinaba en el barrio de los señores. Sólo en los ayllus de los indios se hablaba poco de ella. Se contaba que una hermosa niña, de

cabellos rubios como los de las Vírgenes de las iglesias, había llegado al pueblo y que todas las señoras y sus hijas la odiaban; que muchas jóvenes lloraban en la noche, de ansias y de envidias.

La tarde en que la viuda y Adelaida se mudaron del hotel, don Aparicio entró al patio de su casa, turbado y conteniéndose. Apoyó el hombro y la cabeza en una de las columnas de piedra blanca que sostenían el corredor del segundo piso. Luego llamó a grandes voces al músico. Mariano salió corriendo de la monturera.

—Mariano, trae tu arpa —le dijo—. Trae también a tu killincho.

El cernícalo aleteaba sobre el arco del instrumento. El músico venía casi corriendo. Llegó al corredor y se sentó en el poyo, cerca de la columna.

—¿Qué toco, patrón?

—Huayno de altura, bien triste.

Mariano tocó el más triste de todos, aquel cuyas primeras palabras dicen: «Pato negro ¡por quién lloras! Yo también tengo luto eterno, pero no sólo en las plumas...».

Don Aparicio confundía el verdadero amor con la tristeza.

—Canta, don Mariano.

El Upa comenzó a entonar las primeras palabras. Su voz grave, tan tierna, como la de las aguas que se aquietan después de haberse precipitado en los ásperos abismos, y lloran en los floridos campos, sobre la amada tierra; su voz exaltaba ahora la confusa pasión de su amo. «¿Qué es esto, Upa Mariano? ¡Tu arpa me ahonda más!», se preguntó el señor de Lambra, y no pudo seguir oyendo el canto.

—Mariano, tráeme mi caballo —le ordenó.

El indio dejó el arpa recostada en la pared y se dirigió corriendo a la cuadra. El cernícalo contempló al joven con ese aparente detenimiento con que las aves de rapiña cautivas miran; sus ojos parecían un líquido profundo que se abría y cerraba. El dueño de casa lo ignoró.

Don Aparicio no pidió su poncho. Hizo que el músico le calzara las espuelas y montó de un salto. Partió al galope.

El Upa cerró el zaguán, y fue caminando a paso ligero hacia la salida del pueblo. Subió a una piedra cubierta de líquenes rojizos, a la orilla del riachuelo en que termina la ciudad; y desde allí vio a su patrón subir la cuesta a gran velocidad. Los ijares del caballo estarían sangrando.

IV

Al día siguiente, en la tarde, un grupo de diez indias guiadas por un varayok' (alcalde), canoso y de color cetrino, entraron al pueblo, por el lado del riachuelo, camino de Lambra. Cada mujer llevaba en las manos un ramo de achank'arayeres blancos y violáceos y sobre la cinta del sombrero, como anchos adornos, flores de phalcha azules y grises. El viejo alcalde indio empuñaba una vara gruesa de chonta, ajustada con anillos de plata: insignia de su autoridad. El extremo alto de la vara, el de mayor diámetro, estaba cubierto con una lámina de plata que tenía en su centro una cruz.

Sobre el madero negro de la vara lucían las franjas de metal. Cada anillo era un «pallay», una cinta labrada: pájaros, flores, venados y caballos, dibujados a cincel, y en los bordes una línea, a manera de marco.

Los indios del barrio de Challwa avanzaron hacia los campos y calles por donde debía pasar la comitiva. Hombres y mujeres saludaban al varayok'

quitándose el sombrero, pero no podían comprender el objeto de esa marcha de flores. Por el vestido de bayeta azul oscuro y la montera con franjas doradas, en forma de cruz sobre la copa, reconocieron que era gente de Lambra.

Pero llegaban en un día común. ¿Para quién eran las flores? Algunos pensaron que vendrían a cumplir una promesa hecha al milagroso Señor de Challwa. Sin embargo nadie preguntó. El varayok' cruzó los pampones y callejuelas del barrio, en silencio, sin mirar a nadie; las jóvenes indias lo seguían sin demostrar ninguna alegría, ningún sentimiento que pudiera ser reconocido por las mujeres del barrio indio. «¿Qué es pues esto? —se preguntaban ellas—. ¿Por qué no cantan? ¿A qué vienen con sus trajes de fiesta? ¡No es tampoco para un muerto!».

En el barrio central, las señoras y señoritas, los jóvenes y caballeros lo comprendieron todo.

—¡Qué escándalo! —dijo uno—. ¡El varayok' a las órdenes de don Aparicio para una alcahuetería!

—¡Está loco ese mozo! —pensó una señora, amiga de la madre de don Aparicio.

Todos murmuraron, sorprendidos. Algunas jóvenes reían al ver pasar a las indias con sus ramos de flores; a otras les atacó la amargura. «Hay que ir hasta el pie de los nevados para recoger estas flores; él mismo habrá subido anoche. Y en nuestra cara

hace desfilar a sus indios por las calles; como a una Virgen le envía ramos de las flores más raras. ¡Aquí, en mi pueblo!», pensaban.

Porque el achank'aray y el phalcha florecen sobre la tierra helada, bajo los pedregales en que comienza la nieve. Respiran lozanas en las silentes regiones adonde no llegan ni las gramíneas ni las aves pequeñas ni las vicuñas. El corazón humano se enciende al encontrarlas. Quien las descubre junto a los desiertos cegadores de nieve, vibra dulcemente y se arrodilla. Los jóvenes indios amantes la cortan en las noches de carnaval; y un líquido cristalino brota de su tallo roto.

El varayok' y las mujeres llegaron a la puerta de la casa en que vivían Adelaida y su madre, seguidos por grupos de curiosos. Se oían voces.

—¡Está loco! —exclamaban.

—¡Está tronado, y de rodillas!

El varayok' tocó la puerta del zaguán y Adelaida salió a abrirla. Se turbó y quedó absorta.

—¡Señoracha Adelaida! ¡Mi papá niño, don Aparicio, manda!

Las jóvenes se quitaron la montera, respetuosamente. Sus largas trenzas, cuidadosamente arregladas, sus monteras cubiertas de flores, los grandes ramos que ellas levantaron; y el viejo indio, de semblante tranquilo y severo, todo el conjunto se

mostraba como un homenaje a ella, un homenaje extraño.

—¡Pase, señor! ¡Pasen, jóvenes! —dijo la forastera. Y salió a la calle.

Dejó que la comitiva entrara. Y no vio a nadie más; no se fijó en el grupo de gente que la miraba con expresión de curiosidad, de burla y de escándalo. Cerró la puerta; y ya en el pequeño patio de la casa contempló detenidamente al varayok' y a las mujeres. Su madre salió en ese momento al corredor.

Las mujeres se acercaron a la joven, unas tras de otras, y le fueron entregando los ramos de flores. El sol hizo brillar su melena rubia. Los diez ramos formaron uno muy grande en sus brazos. Su rostro fino aparecía entre las flores, resplandeciente de alegría. Las indias, cuando la vieron así, volvieron juntas, nuevamente, hacia ella, le besaron las manos y retrocedieron.

—¡Mamá! ¡Qué lindas son! ¡Qué lindas son todas!

Se acercó, casi corriendo, hacia las jóvenes indias, y las fue abrazando estrechamente, con su brazo izquierdo. Ellas sintieron el roce del pecho pequeño de la joven, y se detuvieron a examinar sus ojos. Sólo algunas rocas lustrosas que orillan a los ríos profundos tenían ese color. Adelaida abrazó también al varayok'. El viejo le habló en quechua.

—¿Qué dices ahora, mamá? —preguntó ansiosamente, la joven.

—Todo esto es tan desconocido, hijita... Nos tendremos que ir pronto.

—Sólo su nombre es horrible; y sus cejas —dijo la forastera en voz baja—. Y su corpulencia... Pero... ¡qué alma, qué alma!

V

Entre la gente que vio pasar a las indias de Lambra una mujer lloraba sin poder contenerse. Era Irma, la ocobambina.

Don Aparicio la trajo desde su lejano pueblo, de vuelta de un largo viaje de negocios. Llevó a vender veinte caballos finos y cien mulas, y las cambió por reses.

La conquista y rapto de Irma fueron una aventura corriente. La conoció en un paseo y jarana que el comprador de mulas organizó para agasajar a don Aparicio.

Cerca del pueblo de Ocobamba hay una laguna rodeada de pasto, de maizales y de árboles de sauces. El maizal avanza hasta donde la tierra es buena; en el pantano crecen yerbas altas y grama; y rodeando la mayor parte de las orillas, sauces de ramas largas como cabelleras, que se mojan en el agua o tocan la sombra. La laguna de Ocobamba era motivo de orgullo para la gente del distrito. Ningún viajero del pueblo había visto en otras regiones lugar

más hermoso para el descanso y los juegos, de grandes y chicos. Porque a sus orillas rejuvenecía la gente, y hasta los caballeros más serios corrían bajo la sombra de los sauces y se colgaban de sus ramas. En el centro de la laguna había una huaca, un montículo con base de piedras. Era el «puputi», el ombligo de la laguna. Altas sacuaras agitaban sus penachos allí y servían de refugio a los pequeños patos de alas rojas que visitaban la laguna.

El paseo dedicado a don Aparicio fue muy concurrido y de los «grandes». La llegada de algún forastero importante era siempre la mejor oportunidad para realizar banquetes y fiestas que todos los vecinos principales del pueblo deseaban.

Irma no era hija de una familia muy principal. Su padre era propietario de un molino, de pocas tierras de maíz y de una huerta. Tenía un solo caballo, ya viejo, lerdo y adormilado, víctima de las amarguras de su dueño. Irma era la mayor de cinco hermanos mal vestidos, que constituían la desesperación del padre.

Irma tenía hermosa voz y sentía «locura» por los huaynos. No era la más bella de las jóvenes del pueblo, pero no se concebía una fiesta sin ella. Su rostro anguloso y de color perla llamaba la atención; sus rivales decían que era «amarillosa». Sus ojos grandes, negros y oblicuos, parecían estar buscando

siempre a alguien en las reuniones; giraban, examinando, de un extremo a otro, los patios y salones o el campo, tiernamente, en una especie de inconsciencia, de distraimiento.

Don Aparicio sintió por ella una ansiedad violenta. Bailaron algunas marineras y huaynos, y le habló enseguida.

—¡Irma! —le dijo—, yo volveré a mi pueblo tras un caballo en que usted irá como una reina. Tenemos que cruzar dos cordilleras. ¡Separaré mi yegua mora para usted! Ni mi madre ha montado en ella.

Irma se enardeció. Él era alto, de espesas y temibles cejas. Todas las jóvenes estaban pendientes de lo que hacía.

—¡Ay, usted me engaña! Pero no sucederá —contestó.

Don Aparicio sintió la respiración ardiente de la joven y, mientras le apretaba un hombro, le miró los pechos que el monillo ajustaba tan fuertemente.

—¡Oh! ¡Yo sé que es virgen! —exclamó, pronunciando claramente las palabras—. En la laguna de Ocobamba otro forastero más será ahogado por el amor.

Don Aparicio no ocultó su elección, al contrario, hizo gala de ella, sin ofender a la reunión ni al padre de Irma.

Ella cantó huaynos y todos bailaron. El forastero

agasajado cajeaba el arpa, palmeaba con sus fuertes manos, daba ánimos a quienes bailaban, con gritos y voceando, siempre al lado de su «pareja».

Al atardecer, los invitados regresaron a caballo, hasta la casa del oferente.

Don Aparicio había hecho traer para Irma la yegua mora, aperada con montura de lado. Y ambos jóvenes cabalgaron juntos, montando en las más finas bestias. El potro de don Aparicio y la yegua mora braceaban al trotar, hasta mostrar la herradura; y avanzaban suavemente.

El padre de ella, el molinero, estuvo inquieto durante la fiesta. No sabía qué hacer. Tomaba cerveza y pisco con uno y con otro; no se detenía a conversar con nadie; y en el camino de vuelta fue retrasándose, con su viejo caballo. Y no lo martirizó, no le hincó las espuelas en las viejas y supurantes heridas que la bestia tenía en los costados, allí donde rozaban las espuelas. Deseaba meditar todo el tiempo. Y el caballo lo llevó paso a paso hasta la puerta de su casa. Bajó; entró al patio, jalando al caballo de las riendas. Y su mujer no pudo convencerlo de que volviera a acompañar a su hija, a protegerla.

—¡Manan, mananpunim! (¡No, de ningún modo!)
—afirmaba en quechua.

Se dirigió al dormitorio y se acostó.

La señora tampoco pudo ir, porque no tenía un

vestido como para asistir a una fiesta de gentes principales. Se abrigó con un pañolón y permaneció sentada largo rato, en la puerta de su casa. Después se decidió a salir. «Me quedaré frente a la casa donde está la fiesta; en un rincón me taparé la cara con el pañolón; y esperaré. ¡Tiene que salir pronto!», se dijo.

En las calles oscuras, sucias, el olor a excremento de cerdo se esparcía; bajo las yerbas croaban los sapos; las ramas de los árboles crujían levemente tras los cercados de las huertas.

Por la esquina de la plaza desembocó una pareja. Venían tomados de las manos. La madre esperó. Eran ella y el joven ganadero.

—¡Cómo has tardado, hijita! —dijo la madre, y no pudo contener el llanto.

Don Aparicio le explicó que habían buscado al padre, que lo habían esperado, y que ahora venían por él. La acompañó respetuosamente; y se despidió en la puerta de la casa. La madre se había calmado.

—¡Mamacita! ¡Mamacita! —exclamó la niña, ya en el patio—. ¡Dame tu bendición, aquí mismo! ¡Quiero la voz del cielo!

Estrechó a su madre tan exaltadamente, que ella sintió miedo.

—No eres para ese señor —le dijo expresando su convicción serena. Luego le habló en quechua; le

dijo que su padre había llegado trastornado, que se había acostado pero que no dormía; que tenía los ojos abiertos, con ese brillo penetrante y triste que despiden los ojos de la gente desventurada, que en la muerte o en el sueño no pudieron cerrar los párpados —. ¡Es un mal, un mal grande! ¡El cielo advierte! ¡Que no te lleve la corriente!

Pero la corriente era dulce y poderosa: «Ya no, ya no. Estamos con dueño», pensaba ella.

Y atajó a su madre en el patio; hizo que la acompañara hasta que salió la luna, una media luna de luz amante, a la que la ardorosa Irma quiso esperar para contemplar sus figuras insondables. Creía que en ellas se veía a la Virgen y al Niño cabalgando. No se encomendó a ninguno. Era feliz y comprendió que no necesitaba ya de nadie. Las ramas del gran nogal que crecía en la huerta, junto a los muros del patio, empezaron a temblar sobre la tierra iluminada.

—Vámonos, mamacita. Ya estoy tranquila —dijo a la señora.

Ella, la madre, fue rezando en quechua, pero las palabras ahondaban más su temor; y la señora siguió humillándose ilimitadamente.

A las cuatro de la mañana se escapó de su casa.

Engañó a su madre con una resignación fingida. Y aquella madrugada montó en la briosa yegua que pateaba impaciente a la orilla del río. Él la esperaba con su mayordomo grande que tenía a la yegua por la brida. La abrazó, apretándola sobre su pecho, y la levantó como a una pluma sobre la montura. Y partieron a galope.

—¡Mi querida, la mejor de mis queridas! ¡Está virgen! ¡Su carnecita dura! —hablaba él, mientras el galopar de los veloces caballos excitaba su regocijo, su poderío.

Los bosques de retama perfumaban el campo. Se veían las flores como claras manchas a las orillas del río. La luna menguante no opacaba a las estrellas, iba acercándose al filo de los montes, en un extremo del cielo despejado; bajo su luz tranquila brillaban las estrellas, sin herir tanto. Nunca se funden las cosas del mundo como en esa luz. El resplandor de las estrellas llega hasta el fondo, a la materia de las cosas, a los montes y ríos, al color de los animales y flores, al corazón humano, cristalinamente; y todo está unido por ese resplandor silencioso. Desaparece la distancia. El hombre galopa pero los astros cantan en su alma, vibran en sus manos. No hay alto cielo.

Irma tenía esa transparencia. Y cuando fue clareando y el sol se mostró, vio en el fondo del valle, tan lejos, su pequeño pueblo, los huertos; el río

impetuoso, el río de su pueblo, el suyo, el dueño de su infancia.

—¡Mamita mía! —exclamó.

El mayordomo guiaba, y paró a su caballo.

—¡Sigue! —le gritó el patrón.

—¿Adónde me lleva? ¡Soy una pobrecita! —Se inclinó, abrazándose del caballo, de su oloroso cuello.

Don Aparicio golpeó con el rebenque las ancas de la yegua y le hizo dar un salto.

—¡Adelante! —ordenó—. Puedes llorar mientras la yegua va al paso. ¡No fuerte! ¡No me gusta!

Y desde entonces se convirtió en una de las queridas del patrón; quizás en la preferida, aunque igualmente sumisa, como él las criaba.

Alquiló para ella una casa en el barrio de Alk'amare, muy cerca del barrio de los señores, en la zona en que vivían los mestizos, los pequeños propietarios y artesanos.

Irma aprendió a tocar guitarra. Agrandaba sus penas cantando. Y no perdió la esperanza.

«Cuando él se case con otra, me mataré; mientras no se case seré la preferida. ¡Quién sabe, pues; quién sabe!», reflexionaba.

No quiso hacer amistades en el pueblo. Las

«otras» pretendieron mezclarla en peleas y escándalos. Gritaban en vano; la insultaban o la hacían insultar con mestizas y cholos borrachos. Ella los miraba con tranquilidad, sin decirles una palabra; sus grandes ojos rasgados eran tiernos y extraños. Y supo imponerse a los celos y la amargura de las «otras» y a la fingida insolencia de los borrachos.

—¿Qué será pues, ella? ¿Qué será, pues? —se preguntaban.

Y no sólo las «queridas» y sus mandaderos, sino también los hijos de los hacendados, los militares y los mismos terratenientes que la deseaban, algunos encarnizadamente.

—¡Qué chola fiel! ¡Chola amorosa! —comentaban.

Y sentían que la palabra «chola» no le correspondía exactamente, que la pronunciaban por rencor y codicia.

Otras queridas de don Aparicio se habían fugado con guardias civiles o pequeños ganaderos y agricultores de los pueblos vecinos; y no fue muy difícil para los principales del pueblo conseguir que algunas de ellas los recibieran, de noche, cuando el señor de Lambra regresaba a su distrito.

Irma no aparecía en las calles del centro. Muy entrada la noche, o al mediodía, cantaba. La memoria le ayudó a reconstruir los temples de guitarra

originales de su pueblo, de su lejana región nativa. Apurímac está cruzado por los ríos más profundos y musicales del Perú; ríos antiguos, poderosos, de corriente de acero, que han cortado los Andes en su parte más alta —pedernales y diamantes—, hasta formar abismos a cuyas orillas el hombre tiembla, ebrio de hondura, contemplando las corrientes plateadas que se van, entre bosques colgantes.

Irma no cantaba para su dueño. Lo acariciaba en el lecho, una alta cama de fierro, armada tras de una división de tocuyo.

Don Aparicio le pidió una sola vez que entonara los huaynos de Apurímac.

—Quizás alguna vez pueda. Ahora no —le contestó ella.

Don Aparicio no le exigió.

Se iba temprano. Nunca amanecía en las casas de sus queridas. Le atacaba la intranquilidad. Se vestía pronto. Algunas le rogaban. Y él se iba, mientras la amante lloraba. A muchas tuvo que golpearlas al principio; las aventaba contra la pared; y después, ya en la calle, sufría. «Soy un endemoniado. ¡Un maldito!», exclamaba.

La ocoyambina no le demostró nunca esa desesperación. Lo dejaba irse. No lloraba. Y a los pocos días él volvía. Irma lo abrazaba, a veces sonriendo.

Muchas noches don Aparicio le tocaba la puerta muy tarde; y la llamaba.

—¡He venido sólo por ti, ocoambina! —le decía.

Era cierto. El caballo sudoroso, echando espuma por la boca, esperaba en la puerta.

La llegada de la joven costeña trastornó también a Irma.

Una tarde don Aparicio fue a visitarla.

—Vas a cantar ahora, Irma —le dijo, sentándose en uno de los poyos de adobes del cuarto, afuera de la división de tocuyo.

Ella templó su guitarra y cantó aquel huayno que tiene como estribillo: «¡Oh, pavo real, águila de los ríos!».

—¡Otra vez canta, eso mismo! —le pidió don Aparicio.

Las cejas del joven parecían como revueltas; ocultaban por completo sus ojos.

—¡Otra vez, ocoambina, otra vez!

Escuchó, cerrando los ojos, tanto tiempo; se levantó, sin mirarla, abrió la puerta y salió.

A los tres días llegó al pueblo el varayok' de Lambra trayendo flores para Adelaida.

Entonces, esa noche, temprano, Irma visitó a don Mariano. Había concebido un plan audaz. El músico abrió la puerta pequeña del zaguán, para ver quién

tocaba. Irma entró resueltamente, y ella misma puso el cerrojo a la puerta.

—Vamos a hablar de tu patrón. A ver, ¿en qué cuarto vives?

Don Mariano la guió a la monturera. Sobre una estaca clavada en la pared blanca, el cernícalo estaba erguido, alegre. Irma había interrumpido un recreo de ambos. El Upa solía bailar graciosamente delante del Jovín, y él se erguía y agachaba, como suelen moverse ciertas aves hechas al hombre. El piso de la habitación cubierto de paja nueva, de la paja brava, dura y dorada que crece en las grandes alturas, reflejaba aún el crepúsculo.

—¡Niñacha, niñita! ¡Don Aparicio! ¡Patrón! ¿Qué hará?

Ella lo había sorprendido; y el músico nombraba a don Aparicio, y estiraba las manos hacia la joven, desconcertado e inerme.

—Nada. ¡Siéntate!

Y le habló en el dulce y patético quechua de Apurímac. Don Mariano la escuchó: el quechua que oía era semejante al que hablaban en los pequeños valles fruteros del «interior», en su pueblo. Allí nacen ya ríos amazónicos, se forman las extensas venas que ingresan tronando a los cauces labrados entre las cadenas de montañas. El quechua en que Irma le hablaba tenía el aire de esos ríos, de las aves

que sobre ellos juegan, gritando, llamando a los seres humanos.

Irma le hizo olvidar, lentamente, el tiempo y que él era upa. Sus húmedos ojos, su rostro juvenil, doliente; y la historia que oía, la esperanza, lo confundieron. Se arrodilló; apoyó un poco la cabeza, sin sentir temor, sobre las manos de la joven. Los tibios dedos acariciaron su vida anhelante. ¡La más dulce estrella, el Yutu^[*] de la insondable noche se diluía en sus ojos!

—¡Mamacita! ¡Señoracha! ¡Criaturita! — exclamó, levantándose—. ¡Aquí estamos! ¡Aquí, pues, sufriendo! ¡Lo que vas a mandar haré! ¡Con mi arpa! ¡Con mi alma también!

Irma lloró, por la primera vez delante de alguien, en ese pueblo.

El semblante del Upa estaba iluminado, como un lago cristalino a cuyas orillas se puede llorar sin descanso. Los patitos vendrán nadando agitadamente; soplará el viento, la imagen de las montañas y de los totorales se doblarán.

—¡Tocaré, mamita, en tu casa, para el patrón! ¡Tú llevarás mi arpa! —dijo el músico.

Y la acompañó, de vuelta, hasta el barrio de Alk'amare, hasta la puerta de su casa. No los vio nadie, porque en los pueblos fríos la gente rara vez anda de noche. El músico regresó caminando aprisa.

Ya en la monturera bailó a esa hora, para el Jovín. Se revolcó sobre la paja lustrosa.

—¡Mi patrona! ¡Será mi patrona! ¡Ajajay^[*], killincho! ¡Ajajay, killincho!

Y miraba de reojo al profundo cernícalo, que estaba tranquilo.

VI

Diez días permaneció don Aparicio en Lambra. Llegó a la capital de la provincia, en la mañana, seguido de dos mayordomos que montaban en buenos caballos. Don Aparicio vino en su potro negro, el Halcón, y con su apero de fiesta. No tomó la entrada de Lambra, por el barrio de Challwa; se desvió en la altura y bajó a Alk'amare; así tuvo que pasar por la calle central. Cuatrocientos anillos de plata brillaban en las piezas trenzadas del apero; los grandes estribos estaban cruzados por fajas de plata; calzaba sus roncadoras, hechas a fuego, de plata pura, y con una gran aspa de acero. El potro pulía su andar en la calle, el jinete lo gobernaba; sobre el empedrado, el potro negro braceaba majestuosamente; su cuello, ancho y poderoso en la parte naciente, se arqueaba con gallarda suavidad; y las pequeñas orejas se movían en tijera, vibraban con el latido de la sangre bullente del animal, que se contenía.

La gente se agolpaba en la calle para verlos pasar; salían a los balcones. El andar del potro y el

sonido de las roncadoras del señor de Lambra eran conocidos en el pueblo.

Don Aparicio tenía puesto su más fino poncho de vicuña. El poncho no flameaba con el viento ni el andar del potro, su peso era el justo; una punta levantada sobre el hombro del jinete dejaba ver el pellón azul sanpedrano de flecos atorzalados, y la montura de cajón ribeteada de plata.

Los mayordomos seguían de cerca al patrón.

—Este Aparicio, educado en Lima, nada ha aprendido.

—¡Le gusta que lo vean! ¡A las mujeres las engaña con ese aire de dueño!

—A las mujeres de bajo pelo. Las educadas en Lima no se impresionan con las antiguallas.

Conseguía que estuvieran pendientes de él. Algunas señoritas sentían desprecio por sus costumbres. «Es un bruto, como sus antepasados pueblerinos», decían. Sin embargo, casi todas miraban pasar al potro, y a su dueño, que saludaba inclinando la cabeza. Su expresión intranquila trascendía. Para tomar la calle en que estaba su casa debía doblar a la izquierda, en una esquina. Hincaba las espuelas y hacía levantarse al caballo sobre las patas traseras; el potro saltaba corto, varias veces; y entonces, el rostro del joven se animaba. Sus mayordomos también herían a sus caballos y

alborotaban; los herrajes de las bestias sacaban fuego del empedrado.

Esa mañana el tema de las conjeturas y habladorías fue no sólo don Aparicio, sino la joven costeña.

—¡Este bárbaro es capaz de pedirla hoy! Su madre se habrá negado a hacerlo y él se presentará solo.

—¿No habrá desmontado frente a la casa de la costeña?

—¿Por qué ha traído dos mayordomos en bestias de estimación, y trajeados de fiesta?

—No la pediré. Podría ser rechazado. Aunque sea un principal, ellas no lo conocen bien. Quizá no hay amores todavía.

—¿Y quién sabe lo que son ellas? ¿No será tísica la madre o la hija? Tísicos pobres que vienen a comer papas y a tomar leche. ¡Y el clima! Lo aceptarían de rodillas...

Don Aparicio sólo deseaba quedarse unos días. Se presentó en el pueblo con esplendor; y no lo haría de otro modo mientras Adelaida estuviera en la ciudad. Siempre entraría por la calle principal e iría aumentando el número de sus acompañantes, aunque tuviera que despacharlos a Lambra el mismo día.

Y esta vez no se dirigió a su casa, fue a paso de calle, hasta la puerta de la casa en que vivía

Adelaida.

Cuando los caballos se detuvieron en brusca parada, formando un tropel ruidoso, la joven Adelaida salió a ver la calle. Don Aparicio estaba frente a su puerta; el ancho pecho del potro cruzado de correajes anillados de plata. La saludó quitándose el sombrero; los mayordomos imitaron al patrón. Los tres caballos dieron unos pasos atrás.

—Aquí estamos sus servidores, señorita.

Las mejillas de la joven se encendieron; y él lo vio; sintió en el corazón, como un fuego, la causa que hizo ruborizarse a la niña. Hincó las espuelas e hizo dar un salto atrás al potro; luego, a paso corto, suavemente, sin mover casi las riendas, dio unas vueltas en la angosta calle. «¡Pórtate bien, mira quién te alaba!», le habló al potro, al darse cuenta que Adelaida los contemplaba.

—¿Lo montará usted? —le preguntó, descabalgando junto a la puerta.

Se acercó a ella y le dio la mano. La melena rubia y corta de la joven, sus manos tan delgadas, despertaban en la memoria de don Aparicio un antiguo sueño. «¿Qué es, qué es?», se preguntaba. Había dormido, de niño, en las chozas de paja de los indios que vivían en las interminables lomas heladas de la puna. Su padre lo sacaba a la luz, al rayar la aurora. Entre el canto triste de las poquísimas aves

de la estepa, el sol aparecía; sus rayos se tendían a ras del suelo, débilmente. Y la paja alta, brillante, amarilla, se rodeaba de un resplandor, cada tallo, en los campos sin árboles.

—Usted lo montará, Adelaida. Este potro es el criado más obediente, a pesar de su facha de rey —le dijo.

La llevó del brazo junto al potro.

—Si yo y todos nos fuéramos de aquí y nos olvidáramos de él, creo que se moriría de hambre antes que moverse del sitio. Lo compré joven; yo lo he amansado, yo lo he enfrenado. ¡Mira aquí, Halcón! ¡La llevarás como a una florecita!

Lo tomó de la rienda e hizo que agachara un poco la cabeza. El potro la miró, realmente, con sus ojos acuosos, grandes, que no demostraban su orgullo ni su fuerza, sino una hondura plácida; pero orejeaba vivamente.

—Puede ahora agarrarle las orejas, Adelaida. ¡Hágalo! Así se convencerá que la reconoce. Quizá no sabe usted que es la prueba más grande de obediencia para un animal de temple.

La joven le acarició una de las orejas al potro. Ninguna piel, ningún trozo de nada es más delicado en las manos del hombre. El gran potro pareció contenerse, y vibrar. Algo fluía bajo su pecho brillante. Se agachó más y volvió a alzarse. La crin

del cuello se estiraba a un lado, más oscura, con una especie de luz que brotaba de su propia negrísima esencia.

—Sí; lo montaré. Mañana. ¡Le diremos a mi mamá!

Y llamó a su madre. Salieron tras de la señora las dos indias de Lambra y casi se prosternaron delante del joven. Él hizo que se apartaran, sin hablarles. «¡Muy hermosa, muy hermosa, del corazón y del rostro!», iban diciendo en quechua y en alta voz, mientras se iban.

La señora aceptó la invitación a Adelaida. Cabalgarían hasta una laguna próxima, célebre porque la rodeaba una angosta playa de arena amarilla. El camino era plano y cruzaba entre alfalfares y campos de trigo.

Don Aparicio se despidió hasta más tarde, de la joven y de su madre. Los mayordomos habían permanecido de pie, junto a la pared de enfrente, quietos y observando respetuosamente. Todos montaron. Los mayordomos siguieron al patrón, en fila.

—¡Avanza, Félix! —ordenó el patrón.

El hombre que iba detrás, en primer término, alcanzó al patrón.

—Su brazo es delgadito —le dijo don Aparicio a su mayordomo grande—. Es una criatura de otro

mundo. ¡Quisiera verla en el atrio de nuestra iglesia!

—La llevará usted, patrón.

—Todavía debe gustarle jugar corriendo; para eso es buena nuestra plaza, con su sombra.

—La hará usted limpiar todos los días, señor.

—Pero... no es de nuestra casta. ¡No es, no es!

—Depende de usted.

Félix era barbudo; el mejor rodeador de ganado.

—¿Qué dices, Félix? ¿Mi padre se estará riendo de mí?

—El finado estará mirando con cuidado. Hay que conocer bien a la niña. Las indias lo estuvieron llamando a usted.

Mientras tanto, en el patio, Adelaida le decía a su madre:

—¡No le dije de las flores! No me acordé. No me dio tiempo. Cada vez parece otro, parece más alto.

Cerca del zaguán de la casa de don Aparicio, Félix preguntó a su patrón:

—¿Y la ocobambina, niño?

—¿Qué...? —Se volvió hacia el mayordomo con ademán de castigar. Sus cejas hervían.

—Sí, don Aparicio. ¿Qué va usted a hacer?

—Seguirá. ¡Siempre! Tendrá que seguir.

Félix lo miró detenidamente, sin quitar la cara. Había acompañado al antiguo patrón y a don Aparicio en todos los viajes y empresas. Había visto

aquella madrugada del rapto, entre los húmedos árboles de molle, trotar llorando a la virgen ocobambina. Y sus altivas costumbres, su rostro anguloso y enérgico, sus ojos, le habían conmovido. «¿Y si a mí me arrancaran de mi querencia, con engaños, así, de un repente, para llevarme a otro pueblo, y queriendo todavía que me haga perro? ¡Siendo inocente, siendo inocente! En fin, si mi alma fuera sucia, caliente, desde su nacer...».

Don Aparicio intuía las reflexiones de su mayordomo grande. Félix era para él como una parte de su cuerpo y de su alma.

—Anda donde ella, y salúdala. Que me espere esta noche —le ordenó.

Así lo complacía y lo humillaba. Sonrió. El músico abrió ya el zaguán. El potro entró paso a paso y se detuvo junto al pilar central del corredor. Félix partió a galope, calle abajo.

El joven no se detuvo a hablar con el arpista, subió la escalera, lentamente.

Don Mariano esperó sentado en el poyo. Una convicción feliz lo dominaba.

Cuando el mayordomo grande regresó a la casa, ya el patrón había salido. Mariano no estaba en el patio. Félix lo encontró en la cuadra contemplando a los

caballos.

—No vas a cocinar —le dijo—. Yo te voy a convidar a la picantería.

El músico no conversaba nunca con los mestizos mayordomos; sólo cuando la señora traía «lacayos» hablaba con ellos en quechua. Los indios «lacayos» lo buscaban en la monturera, elogiaban al cernícalo, ponderaban las hazañas de los cernícalos libres: «A los cóndores los hace llorar; del mismo patio de la gran casa de la señora se levantan a los pollos, hasta a los pollos crecidos de los pavos. Bajan como flechas. El aire los esconde; sólo la bulla de sus alas se oye». Y algunos «lacayos» dormían en la monturera. Al amanecer, don Mariano tocaba el arpa, muy bajito, casi al oído de los indios. Porque la Patrona grande desconfiaba de Mariano.

—A mi hijo lo quiere, por eso no más no lo hago llevar hasta su pueblo. Me parece brujo. Éste oye lo que nosotros no oímos.

Y una vez lo llamó al corredor del segundo piso, lo hizo arrodillarse sobre las tablas, y le preguntó en quechua casi a gritos:

—¿Qué oyes? ¿Qué oyes todo el día, bestia del Señor?

El músico no podía contestarle.

—Está inclinado para la tierra, como si fuera de plomo —exclamó la señora; se fue hasta su

dormitorio y lo dejó arrodillado.

El músico se levantó cuando ya tenía las piernas agarrotadas; y bajó grada por grada la escalera, descansando y temiendo que lo llamaran, que lo sintieran irse.

¿Cómo iba ahora a almorzar en una fonda con el mayordomo grande?

A las 12, don Félix lo sacó por la puerta falsa.

No le habló en la calle. Se sentaron en una mesita que había en el corredor interior de la picantería. Durante el almuerzo, Félix miraba al músico cariñosamente; don Mariano veía que el mayordomo ya le iba a hablar, a decirle algo; pero no se decidía. Tomaron chicha. El mayordomo bebió media jarra. Se sonrió y ya no sirvió la chicha en los vasos; levantó la jarra y bebió largamente. Se limpió la barba y gritó:

—¡Otra, mamita! ¡Ahora sí!

Invitó al músico; le puso en las manos la jarra llena.

—¡Como yo; seguido! —le dijo.

Don Mariano no pudo beber tanto.

—No hay costumbre, padrecito.

Ya habían terminado de almorzar.

Félix se acercó al músico. Rodeó la mesa y se sentó junto a don Mariano, en la misma banca.

—¡Don Mariano! ¡Don Mariano! ¡De mí también

mi patrona, niña Irma! ¡De ti también! —le dijo.

Luego lo levantó del brazo. Dejó unas monedas sobre la mesa, y salieron. Un trecho de la calle lo llevó, caminando despacio, con el brazo sobre los hombros del músico. Don Mariano era bajo y casi redondo y el mayordomo fornido y de un buen tamaño; parecía, por eso, que él lo conducía, lo guiaba, protegiéndolo. Los transeúntes los observaron; algunos se detuvieron extrañados. «¿Borracho el músico upa? ¿Y con el mayordomo grande de Lambra?».

Pero se separaron luego, y siguieron caminando, don Félix sobre la acera y el músico en la tierra de la calzada.

El Upa entró a la casa del patrón. Don Félix siguió de largo.

Don Mariano se sentó al sol en la puerta de la monturera. Las moscas jugaban en los sitios húmedos del piso; se perseguían algunas, zumbaban. Una arañita de cuerpo grande y patas cortas agitaba sus pequeños brazos delanteros, casi oculta tras una piedra polvorienta, acechando. Don Mariano escuchaba a los animalitos, los veía empañados por las lágrimas.

—¡De qué estoy llorando, mamita! ¡De qué estoy llorando! —se preguntó en quechua.

Y era que el mundo le hacía llorar, el mundo

entero, la esplendente morada, amante del hombre, de su criatura.

Don Aparicio no vino a ninguna hora.

Cuando se disipó el último resplandor en el cielo y se hizo la noche muy oscura, el mayordomo grande entró a la monturera, levantó el arpa y se la llevó.

—Vas a ir ya —le dijo al músico desde el patio—. Don Aparicio está donde las costañas. Seguro derecho se va a ir de allá.

El arpista salió al zaguán, vio cómo Félix cargaba el instrumento, sobre el pecho, ocultándolo por atrás con su cuerpo. Muy pronto desapareció en la oscuridad.

¡Las estrellas brillaban tan lejos! Había viento. Grupos de nubes se trasladaban de un extremo a otro del espacio e iban cubriendo y prendiendo a las estrellas. En este aparecer de las estrellas se escuchaba el canto de agua de los grandes sapos de ese pueblo. Se alocaban, quizá porque las nubes corrían y bajaban, a veces hasta el suelo; y entonces croaban musicalmente, acariciando, como la voz más baja, más empapada de hondura, de la tierra nocturna.

Don Mariano oía el canto de los sapos y se olvidaba. Estuvo mucho tiempo sentado en la puerta

pequeña del zaguán. Luego sacudió la cabeza, cerró la puerta y se echó a andar con dirección a Alk'amare.

Cuando se detuvo frente a la tienda, Irma salió. Don Félix estaba allí, apoyado contra la pared, agarrándose la barba. Lo vio intranquilo.

—Ya me voy —dijo—. Voy a seguir al patrón. Cuando venga para acá regresaré a la casa grande.

Una lámpara de kerosene con el tubo muy limpio alumbraba bien el cuarto. No era una casa la de Irma; era sólo «tienda». Las tiendas no tienen zaguán ni patio grande: la única puerta es la de la «tienda», y por allí no entran caballos. El jinete que visita una tienda deja al caballo parado en la calle, frente a la puerta.

Un solo cuarto, un pequeño patio y una cocina en uno de los extremos del angosto corredor interior, forman toda la casa-tienda. Irma tenía macetas de pensamientos y geranios en el corredor y en el patio; una mata de madreselvas luchaba contra el frío y empezaba a trepar enzarcillándose sobre unas cuerdas lucidas de cabuya que la joven había colgado desde el techo. Un arbolito de retama, cerca de la puerta de la cocina, lucía ya flores muy pequeñas. ¡Le recordaba los bosques que orillan a los ríos luminosos de Apurímac!

La división de tocuyo separaba el dormitorio de

la «sala». El poyo de adobes que servía de mueble en la «sala» había sido acolchonado por Irma con almohadas y pellejos de carnero. Una repisa alta servía de asiento a la lámpara. Todas las paredes estaban caleadas.

Irma llevó del brazo al músico hasta el dormitorio: ahí estaba el arpa.

—¡Ya va a venir, seguro! Ya es tarde.

Don Mariano revisó el templado del arpa. Estaba sereno. Irma oyó las notas y entró al dormitorio.

—Padrecito mío, toca despacito. Toca algo —le dijo.

Don Mariano tocó la melodía del huayno que tanto pedía su señor: «Por qué vistes de luto, gusano del río, por qué tan lento te arrastras...».

Oyeron pasos.

—¡Ahora mejor! —dijo ella.

Y salió a abrir la puerta.

Era don Aparicio, vestido de fiesta; de sobretodo negro y no de poncho; de corbata y con una bufanda angosta, y no con su ancha bufanda de vicuña de flecos bordados. Sin botas, con traje de ceremonia; los zapatos de charol, brillaban.

—Ocobambina, he venido a oírte cantar, solamente —le dijo.

Ya bajo la luz de la lámpara, perdió un poco de su fe.

—¡Qué buenamoza estás, Dios del cielo! ¿Por qué te has puesto ese geranio en la trenza? ¿Qué tienes, ocobambina? ¡La esperanza! ¡Tu cariño! ¿Hasta cuándo tus brazos serán duros, como de virgen? Y tus ojos también, ocobambina. ¡Tú no te pierdes! ¿Por qué hoy te has puesto esa flor en la trenza? Me recuerdas las palomas de las quebradas. Cada ojo tuyo, en tu cara trigueña, es como una torcacita cantando; pero cantando en tiempo de lluvia fuerte. El mundo le parte a uno, a veces, por el mismo centro del pecho... ¡A ver, canta!

Se sentaron juntos.

La joven sintió miedo de empezar.

—¡Ya lo he aprendido! —le dijo don Aparicio.

*Águila del río, te estoy esperando,
espuma del río, águila del monte...*

Con el siguiente verso debía repetirse la melodía, y ella levantó la voz. Don Mariano oyó ese verso; cerró los ojos, apoyó la frente sobre el arco: la luz del día inundaba su recuerdo; contempló las huertas y el río amado... «Niñacha, niñachallay», repitió para sí mismo. Y empezó a tocar, siguiendo el canto de los jóvenes. Don Aparicio tardó un poco en tomar conciencia de esa otra música que parecía que ellos mismos la emitían al cantar, quizá con el oído, quizá

con los ojos...

Se levantó y dio un paso. Percibió la voz del arpa. Entró al dormitorio y encontró al músico tocando aún, con el rostro agachado, auscultando. Salió. Irma lo contempló, sonriente, amorosa, más dueña de su casa que nunca. Don Aparicio hizo un movimiento falso. No tenía el fute.

—¡Afuera, indio! —gritó.

Irma quiso saltar, pero los ojos del hombre de Lambra echaban fuego, como si todo él ardiera.

Don Mariano salió cargando su arpa. Don Aparicio se la arrancó del cuerpo e hizo saltar las cuerdas y el arco. Con grandes pisotones destrozó el instrumento, lo aplanó. Abrió la puerta, y empujó al músico.

—¡K'anra! —le gritó en quechua.

Se volvió a la joven, y le dijo:

—¡Adiós, ocobambina! ¡Adiós, adiós!

Y salió.

Don Mariano pasó corriendo las calles como un oso que va huyendo.

La puerta del zaguán estaba sin cerrojo. Entró al patio, y dudó. No sabía adónde ir. Don Félix estaría durmiendo o esperando en uno de los cuartos del segundo patio. No deseaba entrar a la monturera y mirar a su killincho. Fue a la cuadra y volvió. Se sentó en el piso enladrillado del corredor, al pie de

la escalera. En su confusión oía el canto de los sapos. Se levantó nuevamente y empezó a subir las gradas, ascendiendo de rodillas. Se puso de pie al llegar al entablado, y caminó con gran cuidado hasta la puerta del dormitorio de don Aparicio; se sentó allí, apoyándose en sus piernas, junto a la pared.

El patrón no demoró mucho. Corrió el cerrojo de la puerta e hizo sonar los fierros. Félix salió rápido desde el segundo patio.

—¡No quiero nada! ¡A dormir! —le ordenó don Aparicio.

Estuvo paseándose un rato en el corredor de ladrillos del primer piso. Luego subió; miró al cielo nublado, apoyándose en la baranda, sólo un instante. Y avanzó resueltamente hacia su dormitorio. Cuando iba a meter la llave en la chapa, el músico lo abrazó, le estrechó las rodillas, gimiendo:

—¡Padrecito! ¡Papacha!

Don Aparicio lo rechazó empujándole la cabeza. Pero el músico siguió llamándolo, ceñido fuertemente a las rodillas del joven. Entonces él dio un paso violento arrastrando al Upa, y lo alzó después, agarrándolo del cuello y de las piernas, corrió hacia la baranda y lo lanzó, al aire.

No gritó al caer; ni un quejido oyó el patrón de Lambra, sólo el ruido del cuerpo al estrellarse sobre el empedrado del patio. Don Aparicio se lanzó de

costado contra la puerta del dormitorio, y no la pudo abrir. Volvió a arrojarse contra ella, y cayó al piso. Entonces usó de la llave y entró. Prendió las dos velas del candelabro de cobre y se sentó sobre la alfombra, con la espalda a la pared. La luz de las velas danzaban, llameaba en ondas.

Al amanecer entró Félix.

—No ha cerrado usted la puerta, patrón, no ha entrado a la cama. Las velas se han acabado. Y don Mariano está muerto sobre el empedrado. ¡Usted lo ha matado, patrón!

—¡Félix! ¡Llama al varayok' de Alk'amare! Que entre a mi dormitorio. Mariano ha caído de la baranda. Creo que quería matarme, él a mí. ¡Félix! ¡Llama al varayok'! ¡Que doblen las campanas de Alk'amare! Yo estoy solo, mi cuerpo en el suelo. ¡Que venga el varayok'!

Se puso de pie. En su rostro amarillo quemaban sus ojos, las cejas revueltas le daban sombra, le daban sombra.

Félix bajó a la carrera.

Doblaron las campanitas de Alk'amare. En la luz del amanecer anunciaron una muerte, tañendo a gotas. Los indios del barrio se santiguaron. La voz cristalina y triste de las campanas se difundía lejos;

los parásitos rojos, húmedos y endebles que crecían sobre las piedras altas del barrio se agachaban con el viento helado del amanecer, se empapaban de la delgada y lúgubre música. Sobre las torres blanqueadas cantaban ya los pájaros.

El varayok' alcalde de Alk'amare subió las gradas de la casa grande; llevaba su insignia y la iba apoyando en el piso al caminar.

Se quitó la montera y entró al dormitorio del señor de Lambra. Cortinajes blanquísimos pendían de la alta cúpula de la cuja de bronce. Don Aparicio estaba sentado en una silla de madera oscura, tapizada de tela roja.

—Alcalde —le habló en quechua don Aparicio —, mi guardián don Mariano ha muerto. A tu ayllu (comunidad) lo entrego para el entierro. Entierro grande. Aquí va a ser el tutay (velar). A tu casa convidarás en el Pichk'ay^[*]. Te doy dos mil soles para los gastos. En el patio de adentro hagan la velación. Yo no voy a salir. Don Mariano por tu barrio llegó, allí que quede. Allí está el panteón. ¡Que venga todo al ayllu, que se reúna! ¡Su hijo es! ¡Tocará arpa desde el cielo para la fiesta de Alk'amare! ¡Tocará arpa, siempre, en la eternidad; en mi pecho también!

El varayok' lo escuchó de pie e inmóvil. Don Aparicio le alcanzó un fajo de billetes amarillos.

—Papay —contestó el alcalde—. A tu criatura vamos a despedir como a comunero grande que ha pasado sus cargos. ¡Lindo tocará en el cielo para el Señor Dios, después que ha sufrido! Dicen le ha pateado el potro negro.

—En la noche ha muerto. ¡Que venga la gente!

El varayok' salió rezando: «¡Ave María Purísima!».

Félix se quedó en la puerta; la sombra que formaba su cuerpo caía sobre la alfombra, alcanzaba a don Aparicio; y él la veía. Un instante demoró en levantar el rostro; su mirada era firme, no se quebraría ni con el surunpi (la luz del sol reflejándose en los campos de nieve).

—¿El potro? ¿Por qué, «lacayo»? —preguntó.

—Don Mariano tiene sangre en la cabeza, le chorrea al cuello, a la cara. Una vez en la era de Tantar, el caballo Huaycho pateó al arreador de las bestias trilleras y le hizo una herida así. Lo mató de golpe.

—¡El potro negro es más que tú, Félix, «lacayo»! ¡Le envidias! ¡En Alk'amare dirán ya que el Halcón ha matado! Ya no podré entrar nunca más al pueblo, montado en el potro. Tú también ya no entrarás. Dos días, tres días, y en Lambra cada indio abrirá en su alma una sepultura para el Halcón. Creerán que su olor es el olor de la muerte; que de sus ojos mira la

muerte; que de su cola y de su crin del cuello se agarra la muerte. Su relincho que hacía temblar el aire de Lambra... ¿Qué dirán? Están doblando las campanas, «lacayo»... Pero el Halcón resucitará. ¡Está vivo! ¡Como yo! ¡Yo también estoy vivo! Dile al otro mayordomo que venga. Que esté parado junto a la puerta. Tú ya no vendrás. Despidete de los barrios y anda a Lambra. Que mi madre no venga. ¡Sí, «lacayo»! ¡De una vez!

Félix se fue caminando con pasos firmes.

Por el zaguán abierto de par en par, el ayllu de Alk'amare entró a la casa. Los tres varayok' encabezaban a la multitud. Estaban vestidos de negro. Una cruz de plata llevaba en el pecho el alcalde mayor; la cruz pendía de una cadena de plata antigua, renegrida. El Cristo del crucifijo tenía un rostro difuso, en que la nariz era maciza. El alcalde iba entre el regidor y el «campo»^[*]. La mayor parte de los hombres y de las mujeres vestían de negro, los que no llevaban luto iban de color azul oscuro.

Llenaron los dos patios de la casa. Ocuparon la cocina y todas las habitaciones del segundo patio. En el corredor del patio de adentro, sobre una mesa, tendieron bayetas negras. Allí estiraron el cadáver. A una señal del cantor, todo el ayllu rezó el «Yayayku»

(padrenuestro). Como una nube de moscardones corearon las solemnes palabras. Hasta el dormitorio del joven llegó el ondulante murmullo. El taksa (pequeño) mayordomo que estaba de pie, en la puerta del dormitorio, se quitó el sombrero; los cabellos apelmazados le ocultaban casi la frente; aguzó el oído, escuchó, y empezó a rezar en voz alta, en el tono exacto que el gran murmullo tenía. Don Aparicio se levantó, dio un paso hacia la puerta. La voz grave del mayordomo le perturbó, mucho más que el coro del ayllu. Eran palabras claras sobre el fondo de ese canto rodeante de moscardones. Se volvió a sentar, y le pareció que se había doblado porque su corazón pesaba más que todo su cuerpo.

Terminó el rezo y hubo un instante de silencio. ¡Don Aparicio ya lo sabía! Las mujeres cantarían el aya-harawi^[*]. Cerró los ojos. Un grupo de mujeres se cubrieron un lado del rostro con sus rebozos y comenzaron a cantar. No pronunciaban palabras, sólo sílabas, con la voz más aguda y penetrante de la creación. Los hombres mayores, junto al cadáver, masticaban lentamente hojas escogidas de coca; los otros hombres oían con el rostro firme, convertido en un dique. Las cantoras iban subiendo el tono y alargando las notas, arrastrándolas por el mundo. Las mujeres del ayllu comenzaron a llorar, iban contagiándose y lloraban cada vez más

desesperadamente. Se sentaron en el suelo. El taksa mayordomo se paseaba. Don Aparicio cerró sus oídos para el llanto de las mujeres, y prendió su corazón del harawi. El canto le oprimía, pero lo sangraba a torrentes; elevaba su vida, lo llevaba a tocar la región de la muerte. Los altísimos eucaliptos que crecían cerca de Lambra, como una mancha en la ladera, parecían venir hacia él, marchando, envueltos en tierno y lúgubre halo.

Se apagó el canto, y el joven sintió que mejor habría sido seguir viviendo en esa opresora onda.

Pero el coro volvía de hora en hora como un péndulo que batía desde el centro del cielo. ¡Qué sol ni sol! Toda la luz era como aquella temblorosa y amarillenta que baña la tierra al final de los eclipses. El hombre de altura camina lleno de presentimiento bajo esa luz.

En un féretro pesado, de madera de eucalipto, se llevaron el cadáver del músico. Don Aparicio vio a la comitiva escalar la colina en cuya cima está el panteón. La gente de los ayllus cubría el campo. El señor de Lambra permaneció en el balcón de la casa hasta que la multitud comenzó a ingresar en el panteón.

Se decidió, de repente, y ordenó al mayordomo:

—¡Ensilla el potro negro!

Estuvo paseándose en el corredor alto; con sus zapatos de charol, su traje negro, una corbata azul brillante, y ensombreado.

El mayordomo trajo el potro negro. Cuando alguien de a pie lo jalaba de la brida, el potro no corría, caminaba paso a paso, con el hocico en alto.

Don Aparicio bajó las gradas sin apresurarse. Tomó al potro de las riendas, iba a montar, pero se detuvo.

—¡Las roncadoras! —ordenó.

Se calzó él mismo las espuelas. Y montó. Ya el mayordomo había abierto el zaguán.

Las calles estaban vacías; toda la gente de los barrios seguía al féretro. El potro fue al trote. De algunas ventanas las señoras y señoritas muy principales vieron pasar al joven. «¿En el potro?», se preguntaron. «Y él está fúnebre», exclamaron algunas. Pero en ese instante no pudieron hacer comentarios malignos.

Unos cuantos comuneros muy borrachos caminaban tanteando en la cima pelada que servía de atrio al cementerio. «¡Don Mariano, papacito, ángel!», oyó decir don Aparicio, mientras desmontaba. Los rayos horizontales del sol, que iba ya a caer detrás de los montes, iluminaron la gran puerta azul del panteón; sobre la piedra central del

arco una calavera esculpida y blanqueada de cal se destacaba, con el rostro hacia el pueblo.

En el extenso campo del cementerio hablaban en voz baja los indios de todos los barrios.

Cuando vieron a don Aparicio abrieron calle para que avanzara. Un pasto alto, y verde aún, crecía en el suelo. Llegó al borde de la sepultura; el cadáver había sido ya bajado al fondo. Estaba vestido con un hábito de color café. Los pies desnudos y amarillos se veían. Un capucho le cubría la cabeza; sobre el rostro habían extendido algodones. De las manos enlazadas pendía una figurita de llama, hecha de trozos de madera y forrada con un tejido de alpaca. La llama lo acompañaría en silente viaje, hasta llegar a la gran torre que según los indios de Alk'amare construyeron los muertos, sin concluirla jamás, sobre la lejana cima del K'oropuna.

Cerrando los ojos, don Aparicio le habló al cadáver: «Mi alma también, padrecito Mariano, como perro blanco te va a acompañar, por todos los silencios que tienes que andar. Y aquí, en mi cuerpo, mi sangre está como los tiempos de la helada, en mayo, en junio; como la nevada en las altas cumbres, donde las almas condenadas lloran sin consuelo, flameando. ¡Adiós, adiós, adiós, adiós!».

El alcalde, de pie, con la cara hacia el poniente, presidía el último rito. No le dijo una palabra al

señor de Lambra. Había bebido toda la noche, su tez parecía enlucida; no podía estarse más derecho ni más severo; sus ojos miraban a todos y todo; tenía una especie de embotamiento que parecía necesario. Hizo un ademán con la cabeza; un cantor rezó el «Yayayku» y la multitud lo coreó. Don Aparicio permaneció frente al alcalde contemplando el cadáver y percibiendo la figura del varayok' indio en cuyo pecho la cruz de plata latía con opaca luz.

Terminó la oración y el varayok' miró al joven, como si el jefe del ayllu se dirigiera a él desde un mundo brumoso y distante.

—¡Tú, primero! —le ordenó en quechua.

Un indio le alcanzó una pala a don Aparicio.

Con la pala en las manos se hizo a un lado y pudo ver a su mayordomo grande. A unos pasos, vestida de negro y el rostro casi oculto por una mantilla, Irma, con los ojos llenos de lágrimas que brillaban. Don Aparicio sacudió la cabeza. ¿Qué sol inmenso se ahogaba en su interior? Estaba en el panteón. Se arrodilló, levantó muy poca tierra con la pala y la echó sobre el cadáver; no en el rostro, a los pies desnudos.

—¡Ya está! —Oyó la voz autoritaria del varayok' que allí, con su aspecto y sus ojos indeterminables, era el dueño, el señor.

Obedeció. El «campo» le alcanzó la pala al

alcalde; él se agachó y dio una gran palada sobre la tierra suelta, la lanzó a la sepultura, se irguió nuevamente y entregó el instrumento al regidor.

Desde la puerta del panteón un grupo de mujeres empezó a cantar el aya-taki. Don Aparicio inclinó la cabeza ante el alcalde y salió.

Montó el potro, y bajó casi al galope la colina. Al entrar a las calles empedradas sofrenó a la bestia y la hizo andar corto, como cuando llegaba de Lambra. Pasó de largo por la puerta de su casa y desmontó frente a la residencia de Adelaida. Tocó el zaguán varias veces. Salió una de las indias.

—Llama a la niña. Que venga sola.

Ella llegó a la puerta abierta, vestida de amarillo. El sol alcanzaba todavía a rozar su melena corta, la luz dorada la alumbraba por la espalda.

—¿Qué le pasa, Aparicio? Debe estar al morir —le dijo la joven, y le tomó ambas manos.

—Más decisión no he tenido nunca —le contestó—. Es que voy a salir de viaje, hasta Ocobamba. Tres cordilleras más adentro. He venido a despedirme, de usted solamente. Aquí no más.

Se agachó, le besó el borde de la falda; montó al potro, y partió al galope.

—¡Es un bárbaro! ¡Un serrano bárbaro! —gritó ella.

—¡Ay niñita, ay mamita linda, ay tortolita! —La

joven india de Lambra se echó a llorar. Había visto la despedida, el semblante helado de don Aparicio. Era acaso la misma muerte que había tomado la figura del señor de Lambra para visitar la casa. ¿Quién, quién más pues, iba a morir? ¿Él, el joven poderoso que partió al galope o la dulce, la hermosísima niña de cabellos dorados?

—¡Mamacita! ¡Ayalay![*] ¡Criaturita! —Y se postró gimiendo.

Corrió la madre de Adelaida, y entre ambas la llevaron.

Don Aparicio había decidido esperar la noche, entrar a la casa de Irma, flagelarla y llevarla después a Lambra.

—Me casaré con ella, temprano, al amanecer. Y la haré sufrir toda la vida. No saldrá ni a ver los árboles de pisonay de la plaza, la alfombra roja que sus flores tienden. El Félix estará pensando en consolarla. Querrá arrodillarse a sus pies, y quizá tendrá la esperanza de poner su cabeza sobre las faldas de la ocobambina. ¡Creerá que ha de hacerlo pasar a la tienda! Pero el corazón que yo he cerrado no tiene otra llave; el corazón que yo he cerrado está como en una sepultura. Así como yo, en mi memoria he borrado, desde esta hora sus ojos azules, sus ojos

azules. ¡Una falda corta, amarilla! ¡El sol que prendía en su cabello, que la alumbraba como si fuera hija del trigo! La hemos borrado, Halcón. Éste será el último pensamiento. ¡Ya estarán ondeando mis trigales en las lomas de Lambra Alto! ¡Estarán ondeando como una bandera donde el sol se despide! ¡Estarán alumbrando aún! Porque el bosque de eucaliptos ya estará de noche.

El potro estaba frente a él, esperando. Don Aparicio hablaba sentado en el poyo.

Escuchó unos pasos. Era el taksa mayordomo.

—Patrón, ¿y el killincho? Está de hambre, creo. Se pasea en la estaca, dando vueltas —le dijo.

—¿No hay carne?

—No hay, patrón.

—Espera, hijo.

Se puso de pie. Sacó una cuchilla de su bolsillo. Abrió la hoja más grande y la afiló en el pilar. Se acercó al potro.

—Tú, gran volador, le darás tu carne.

Le tomó un trozo del cuello, le agarró duro con la mano izquierda, y de un fuerte tajo, lo cortó. El mayordomo temblaba. El potro dio un salto atrás, y se cuadró enseguida.

Don Aparicio se dirigió a la monturera. El killincho lo miró ansiosamente. El joven partió un trozo de músculo y le alcanzó un bocado. El killincho

lo devoró. Y fue cebándolo a trozos. Hasta que no quedó en sus manos sino el cuero, y la sangre que había rezumado hasta mancharle los dedos.

—¡Ven acá, ahora! —le dijo al cernícalo.

Lo apresó con ambas manos, salió al patio, y puso al ave en su hombro. El killincho se prendió cómodamente de la tela del saco.

—¡Mejor me voy contigo! Y dejo a las vidas que vayan solas adonde quieran en este pueblo — exclamó con repentina alegría.

El potro tenía el pecho cubierto de sangre.

—¡Como yo, Halcón! ¡Como yo, no más! —le dijo, y montó.

El mayordomo abrió el zaguán. Estaba anocheciendo.

El varayok' alcalde, los dos regidores, los hombres de cabildo, los que habían pasado los «cargos», y algunas mujeres acompañaron a Irma hasta su casa. Félix iba detrás.

El alcalde, el regidor y el «campo» entraron a la tienda. Los comuneros de Alk'amare llenaban la calle.

Cuando Irma se levantó la mantilla, el varayok' la miró; los ojos del indio, no turbios sino detenidos, como por un hondo sueño, empezaron a clarear;

apoyado en el pomo ancho y plateado de su vara, se irguió más aún, y le dijo en quechua, pronunciando las palabras claramente:

—Niña. Hemos sabido que tú sola eres su «familia» del finado. Has llorado con nosotros, con tu ayllu, has velado también, sentada en el suelo. Don Mariano es hijo de Alk'amare ya; cruz de Alk'amare hemos clavado sobre su tumba. Vamos a levantar casa para ti en el barrio; con su corral, con su arbolito de molle; su patio también le haremos. Alk'amare es grande. En dos meses, todo será terminado. Harás costura, monillos, chalecos, para tu ayllu... Estarás llorando un tiempo.

Ordenó que entraran las mujeres. Y él y los regidores se retiraron.

Creyó ella que lloraría a torrentes, llamando a su madre, por primera vez; llamando a sus hermanos menores. Pero sus lágrimas caían de su rostro al pecho, y sentía la tibia corriente en silencio. Las mujeres de Alk'amare la contemplaban y no sabían aún cómo acercarse a la joven.

La agonía de Rasu-Ñiti
(1962)

Estaba tendido en el suelo, sobre una cama de pellejos. Un cuero de vaca colgaba de uno de los maderos del techo. Por la única ventana que tenía la habitación, cerca del mojinete, entraba la luz grande del sol; daba contra el cuero y su sombra caía a un lado de la cama del bailarín. La otra sombra, la del resto de la habitación, era uniforme. No podía afirmarse que fuera oscuridad; era posible distinguir las ollas, los sacos de papas, los copos de lana; los cuyes, cuando salían algo espantados de sus huecos y exploraban en el silencio. La habitación era ancha para ser vivienda de un indio.

Tenía una troje. Un altillo que ocupaba no todo el espacio de la pieza, sino un ángulo. Una escalera de palo de lambras servía para subir a la troje. La luz del sol alumbraba fuerte. Podía verse cómo varias hormigas negras subían sobre la corteza del lambras que aún exhalaba perfume.

—El corazón está listo. El mundo avisa. Estoy oyendo la cascada de Saño. ¡Estoy listo! —dijo el dansak' Rasu-Ñiti^[*].

Se levantó y pudo llegar hasta la petaca de cuero en que guardaba su traje de dansak' y sus tijeras de acero. Se puso el guante en la mano derecha y empezó a tocar las tijeras.

Los pájaros que se espulgaban tranquilos sobre el árbol de molle, en el pequeño corral de la casa, se

sobresaltaron.

La mujer del bailarín y sus dos hijas, que desgranaban maíz en el corredor, dudaron.

—Madre, ¿has oído? ¿Es mi padre, o sale ese canto de dentro de la montaña? —preguntó la mayor.

—¡Es tu padre! —dijo la mujer.

Porque las tijeras sonaron más vivamente, en golpes menudos.

Corrieron las tres mujeres a la puerta de la habitación.

Rasu-Ñiti se estaba vistiendo. Sí. Se estaba poniendo la chaqueta ornada de espejos.

—¡Esposo! ¿Te despides? —preguntó la mujer, respetuosamente, desde el umbral. Las dos hijas lo contemplaban temblorosas.

—El corazón avisa, mujer. ¡Llamen al Lurucha y a don Pascual! ¡Que vayan ellas!

Corrieron las dos muchachas.

La mujer se acercó al marido.

—Bueno. ¡Wamani^[*] está hablando! —dijo él—. Tú no puedes oír. Me habla directo al pecho. Agárrame el cuerpo. Voy a ponerme el pantalón. ¿Adónde está el sol? Ya habrá pasado mucho el centro del cielo.

—Ha pasado. Está entrando aquí. ¡Ahí está!

Sobre el fuego del sol en el piso de la habitación, caminaban unas moscas negras.

—Tardará aún la chiririnka^[*] que viene un poco antes de la muerte. Cuando llegue aquí no vamos a oírla aunque zumbe con toda su fuerza, porque voy a estar bailando.

Se puso el pantalón de terciopelo, apoyándose en la escalera y en los hombros de su mujer. Se calzó las zapatillas. Se puso el tapabala y la montera. El tapabala estaba adornado con hilos de oro. Sobre las inmensas faldas de la montera, entre cintas labradas, brillaban espejos en forma de estrella. Hacia atrás, sobre la espalda del bailarín, caía desde el sombrero una rama de cintas de varios colores.

La mujer se inclinó ante el dansak'. Le abrazó los pies. ¡Estaba ya vestido con todas sus insignias! Un pañuelo blanco le cubría parte de la frente. La seda azul de su chaqueta, los espejos, la tela del pantalón, ardían bajo el angosto rayo de sol que fulguraba en la sombra del tugurio que era la casa del indio Pedro Huancayre, el gran dansak' Rasu-Ñiti, cuya presencia se esperaba, casi se temía, y era luz en las fiestas de centenares de pueblos.

—¿Estás viendo al Wamani sobre mi cabeza? — preguntó el bailarín a su mujer.

Ella levantó la cabeza.

—Está —dijo—. Está tranquilo.

—¿De qué color es?

—Gris. La mancha blanca de su espalda está

ardiendo.

—Así es. Voy a despedirme. ¡Anda tú a bajar los tipis de maíz del corredor! ¡Anda!

La mujer obedeció. En el corredor, de los maderos del techo, colgaban racimos de maíz de colores. Ni la nieve, ni la tierra blanca de los caminos, ni la arena del río, ni el vuelo feliz de las parvadas de palomas en las cosechas, ni el corazón de un becerro que juega, tenían la apariencia, la lozanía, la gloria de esos racimos. La mujer los fue bajando, rápida pero ceremonialmente.

Se oía ya, no tan lejos, el tumulto de la gente que venía a la casa del bailarín.

Llegaron las dos muchachas. Una de ellas había tropezado en el campo y le salía sangre de un dedo del pie. Despejaron el corredor. Fueron a ver después al padre.

Ya tenía el pañuelo rojo en la mano izquierda. Su rostro enmarcado por el pañuelo blanco, casi salido del cuerpo, resaltaba, porque todo el traje de color y luces y la gran montera lo rodeaban, se diluían para alumbrarlo; su rostro cetrino, no pálido, cetrino duro, casi no tenía expresión. Sólo sus ojos aparecían hundidos como en un mundo, entre los colores del traje y la rigidez de los músculos.

—¿Ves al Wamani en la cabeza de tu padre? — preguntó la mujer a la mayor de sus hijas.

Las tres lo contemplaban, quietas.

—¿Lo ves?

—No —dijo la mayor.

—No tienes fuerza aún para verlo. Está tranquilo, oyendo todos los cielos; sentado sobre la cabeza de tu padre. La muerte le hace oír todo. Lo que tú has padecido; lo que has bailado; lo que más vas a sufrir.

—¿Oye el galope del caballo del patrón?

—Sí oye —contestó el bailarín, a pesar de que la muchacha había pronunciado las palabras en voz bajísima—. ¡Sí oye! También lo que las patas de ese caballo han matado. La porquería que ha salpicado sobre ti. Oye también el crecimiento de nuestro dios que va a tragar los ojos de ese caballo. Del patrón, no. ¡Sin el caballo él es sólo excremento de borrego!

Empezó a tocar las tijeras de acero. Bajo la sombra de la habitación la fina voz del acero era profunda.

—El Wamani me avisa. ¡Ya vienen! —dijo.

—¿Oyes, hija? Las tijeras no son manejadas por los dedos de tu padre. El Wamani las hace chocar. Tu padre sólo está obedeciendo.

Son hojas de acero sueltas. Las engarza el dansak' por los ojos, en sus dedos y las hace chocar. Cada bailarín puede producir en sus manos con ese instrumento una música leve, como de agua pequeña, hasta fuego; depende del ritmo, de la orquesta y del

«espíritu» que protege al dansak’.

Bailan solos o en competencia. Las proezas que realizan y el hervor de su sangre durante las figuras de la danza dependen de quién está asentado en su cabeza y su corazón, mientras él baila o levanta y lanza barretas con los dientes, se atraviesa las carnes con leznas o camina en el aire por una cuerda tendida desde la cima de un árbol a la torre del pueblo.

Yo vi al gran padre Untu, trajeado de negro y rojo, cubierto de espejos, danzar sobre una soga movediza en el cielo, tocando sus tijeras. El canto del acero se oía más fuerte que la voz del violín y el arpa que tocaban a mi lado, junto a mí. Fue en la madrugada. El padre Untu aparecía negro bajo la luz incierta y tierna; su figura se mecía contra la sombra de la gran montaña. La voz de sus tijeras nos rendía, iba del cielo al mundo, a los ojos y al latido de los millares de indios y mestizos que lo veíamos avanzar desde el inmenso eucalipto de la torre. Su viaje duró acaso un siglo. Llegó a la ventana de la torre cuando el sol encendía la cal y el sillar blanco con que estaban hechos los arcos. Danzó un instante junto a las campanas. Bajó luego. Dentro de la torre se oía el canto de sus tijeras; el bailarín iría buscando a tientas las gradas en el lóbrego túnel. Ya no volverá a cantar el mundo en esa forma, todo constreñido, fulgurando en dos hojas de acero. Las palomas y otros pájaros

que dormían en el gran eucalipto, recuerdo que cantaron mientras el padre Untu se balanceaba en el aire. Cantaron pequeñitos, jubilosamente, pero junto a la voz del acero y a la figura del dansak' sus gorjeos eran como una filigrana apenas perceptible, como cuando el hombre reina y el bello universo solamente, parece, lo orna, le da el jugo vivo a su señor.

El genio de un dansak' depende de quién vive en él: el «espíritu» de una montaña (Wamani); de un precipicio cuyo silencio es transparente; de una cueva de la que salen toros de oro y «condenados»^[*] en andas de fuego. O la cascada de un río que se precipita de todo lo alto de una cordillera; o quizá sólo un pájaro, o un insecto volador que conoce el sentido de abismos, árboles, hormigas y el secreto de lo nocturno; alguno de esos pájaros «malditos» o «extraños», el hakakllo, el chusek'^[*] o el San Jorge, negro insecto de alas rojas que devora tarántulas.

Rasu-Ñiti era hijo de un Wamani, grande, de una montaña con nieve eterna. Él, a esa hora, le había enviado ya su «espíritu»: un cóndor gris cuya espalda blanca estaba vibrando.

Llegó Lurucha, el arpista del dansak', tocando; le seguía don Pascual, el violinista. Pero el Lurucha comandaba siempre el dúo. Con su uña de acero hacía estallar las cuerdas de alambre y las de tripa, o

las hacía gemir sangre en los pasos tristes que tienen también las danzas.

Tras de los músicos marchaba un joven: Atok' sayku^[*], el discípulo de Rasu-Ñiti. También se había vestido. Pero no tocaba las tijeras; caminaba con la cabeza gacha. ¿Un dansak' que llora? Sí, pero lloraba para adentro. Todos lo notaban.

Rasu-Ñiti vivía en un caserío de no más de veinte familias. Los pueblos grandes estaban a pocas leguas. Tras de los músicos venía un pequeño grupo de gente.

—¿Ves, Lurucha, al Wamani? —preguntó el dansak' desde la habitación.

—Sí, lo veo. Es cierto. Es tu hora.

—¡Atok' sayku! ¿Lo ves?

El muchacho se paró en el umbral y contempló la cabeza del dansak'.

—Aletea no más. No lo veo bien, padre.

—¿Aletea?

—Sí, maestro.

—Está bien. Atok' sayku joven.

—Ya siento el cuchillo en el corazón. ¡Toca! —le dijo al arpista.

Lurucha tocó el *jaykuy* (entrada) y cambió enseguida al *sisi nina* (fuego hormiga), otro paso de la danza.

Rasu-Ñiti bailó tambaleándose un poco. El

pequeño público entró en la habitación. Los músicos y el discípulo se cuadraron contra el rayo de sol. Rasu-Ñiti ocupó el suelo donde la franja de sol era más baja. Le quemaban las piernas. Bailó sin hervor, casi tranquilo, el *jaykuy*; en el *sisi nina* sus pies se avivaron.

—¡El Wamani está aleteando grande; está aleteando! —dijo Atok' sayku, mirando la cabeza del bailarín.

Danzaba ya con brío. La sombra del cuarto empezó a henchirse como de una cargazón de viento; el dansak' renacía. Pero su cara, enmarcada por el pañuelo blanco, estaba más rígida, dura; sin embargo, con la mano izquierda agitaba el pañuelo rojo como si fuera un trozo de carne que luchara. Su montera se mecía con todos sus espejos; en nada se percibía mejor el ritmo de la danza. Lurucha había pegado el rostro al arco del arpa. ¿De dónde bajaba o brotaba esa música? No era sólo de las cuerdas y de la madera.

—¡Ya! ¡Estoy llegando! ¡Estoy por llegar! —dijo con voz fuerte el bailarín, pero la última sílaba salió como trapos, como de la boca de un loro.

Se le paralizó una pierna.

—¡Está el Wamani! ¡Tranquilo! —exclamó la mujer del dansak' porque sintió que su hija menor temblaba.

El arpista cambió la danza al tono de *Waqtay* (la lucha). Rasu-Ñiti hizo sonar más alto las tijeras. Las elevó en dirección del rayo de sol que se iba alzando. Quedó clavado en el sitio; pero con el rostro aún más rígido y los ojos más hundidos, pudo dar una vuelta sobre su pierna viva. Entonces sus ojos dejaron de ser indiferentes; porque antes miraban como en abstracto, sin precisar a nadie. Ahora se fijaron en su hija mayor, casi con júbilo.

—El dios está creciendo. ¡Matará al caballo! — dijo.

Le faltaba ya saliva. Su lengua se movía como revolcándose en polvo.

—¡Lurucha! ¡Patrón! ¡Hijo! El Wamani me dice que eres de maíz blanco. De mi pecho sale tu tonada. De mi cabeza.

Y cayó al suelo. Sentado. No dejó de tocar las tijeras. La otra pierna se le había paralizado.

Con la mano izquierda sacudía el pañuelo rojo, como un pendón de chichería en los meses de viento.

Lurucha, que no parecía mirar al bailarín, empezó el *yawar mayu* (río de sangre), paso final que en todas las danzas de indios existe.

El pequeño público permaneció quieto. No se oían ruidos en el corral ni en los campos más lejanos. ¿Las gallinas y los cuyes sabían lo que pasaba, lo que significaba esa despedida?

La hija mayor del bailarín salió al corredor, despacio. Trajo en sus brazos uno de los grandes racimos de mazorcas de maíz de colores. Lo depositó en el suelo. Un cuye se atrevió también a salir de su hueco. Era macho, de pelo encrespado; con sus ojos rojísimos revisó un instante a los hombres y saltó a otro hueco. Silbó antes de entrar.

Rasu-Ñiti vio a la pequeña bestia. ¿Por qué tomó más impulso para seguir el ritmo lento, como el arrastrarse de un gran río turbio, del *yawar mayu* este que tocaban Lurucha y don Pascual? Lurucha aquietó el endiablado ritmo de este paso de la danza. Era el *yawar mayu* pero lento, hondísimo; sí, con la figura de esos ríos inmensos cargados con las primeras lluvias; ríos de las proximidades de la selva que marchan también lentos, bajo el sol pesado en que resaltan todos los polvos y lodos, los animales muertos y árboles que arrastran, indeteniblemente. Y estos ríos van entre montañas bajas, oscuras de árboles. No como los ríos de la sierra que se lanzan a saltos, entre la gran luz; ningún bosque los mancha y las rocas de los abismos les dan silencio.

Rasu-Ñiti seguía con la cabeza y las tijeras este ritmo denso. Pero el brazo con que batía el pañuelo empezó a doblarse; murió. Cayó sin control, hasta tocar la tierra.

Entonces Rasu-Ñiti se echó de espaldas.

—¡El Wamani aletea sobre su frente! —dijo Atok' sayku.

—Ya nadie más que él lo mira —dijo entre sí la esposa—. Yo ya no lo veo.

Lurucha avivó el ritmo del *yawar mayu*. Parecía que tocaban campanas graves. El arpista no se esmeraba en recorrer con su uña de metal las cuerdas de alambre; tocaba las más extensas y gruesas. Las cuerdas de tripa. Pudo oírse entonces el canto del violín más claramente.

A la hija menor le atacó el ansia de cantar algo. Estaba agitada, pero como los demás, en actitud solemne. Quiso cantar porque vio que los dedos de su padre que aún tocaban las tijeras iban agotándose, que iban también a helarse. Y el rayo de sol se había retirado casi hasta el techo. El padre tocaba las tijeras revoleándolas un poco en la sombra fuerte que había en el suelo.

Atok' sayku se separó un pequeñísimo espacio de los músicos. La esposa del bailarín se adelantó un medio paso en la fila que formaba con sus hijas. Los otros indios estaban mudos; permanecieron más rígidos. ¿Qué iba a suceder luego? No les habían ordenado que salieran afuera.

—¡El Wamani está ya sobre el corazón! — exclamó Atok' sayku, mirando.

Rasu-Ñiti dejó caer las tijeras. Pero siguió

moviendo la cabeza y los ojos.

El arpista cambió de ritmo, tocó el *illapa vivon* (el borde del rayo). Todo en las cuerdas de alambre, a ritmo de cascada. El violín no lo pudo seguir. Don Pascual adoptó la misma actitud rígida del pequeño público, con el arco y el violín colgándole de las manos.

Rasu-Ñiti movió los ojos; la córnea, la parte blanca, parecía ser la más viva, la más lúcida. No causaba espanto. La hija menor seguía atacada por el ansia de cantar, como solía hacerlo junto al río grande, entre el olor de flores de retama que crecen a ambas orillas. Pero ahora el ansia que sentía por cantar, aunque igual en violencia, era de otro sentido. ¡Pero igual en violencia!

Duró largo, mucho tiempo, el *illapa vivon*. Lurucha cambiaba la melodía a cada instante, pero no el ritmo. Y ahora sí miraba al maestro. La danzante llama, que brotaba de las cuerdas de alambre de su arpa, seguía como sombra el movimiento cada vez más extraviado de los ojos del dansak'; pero lo seguía. Es que Lurucha estaba hecho de maíz blanco, según el mensaje del Wamani. El ojo del bailarín moribundo, el arpa y las manos del músico funcionaban juntos; esa música hizo detenerse a las hormigas negras que ahora marchaban de perfil al sol, en la ventana. El mundo a veces guarda un

silencio cuyo sentido sólo alguien percibe. Esta vez era por el arpa del maestro que había acompañado al gran dansak' toda la vida, en cien pueblos, bajo miles de piedras y toldos.

Rasu-Ñiti cerró los ojos. Grande se veía su cuerpo. La montera le alumbraba con sus espejos.

Atok' sayku saltó junto al cadáver. Se elevó ahí mismo, danzando; tocó las tijeras que brillaban. Sus pies volaban. Todos lo estaban mirando. Lurucha tocó el *lucero kanchi* (alumbrar de la estrella), del *wallpa wak'ay* (canto del gallo) con que empezaban las competencias de los dansak', a la medianoche.

—¡El Wamani aquí! ¡En mi cabeza! ¡En mi pecho, aleteando! —dijo el nuevo dansak'.

Nadie se movió.

Era él, el padre Rasu-Ñiti, renacido, con tendones de bestia tierna y el fuego del Wamani, su corriente de siglos aleteando.

Lurucha inventó los ritmos más intrincados, los más solemnes y vivos. Atok' sayku los seguía, se elevaban sus piernas, sus brazos, su pañuelo, sus espejos, su montera, todo en su sitio. Y nadie volaba como ese joven dansak'; dansak' nacido.

—¡Está bien! —dijo Lurucha—. ¡Está bien! Wamani contento. Ahistá en tu cabeza el blanco de su espalda como el sol del mediodía en el nevado, brillando.

—¡No lo veo! —dijo la esposa del bailarín.

—Enterraremos mañana al oscurecer al padre Rasu-Ñiti.

—No muerto. ¡Ajajayllas! —exclamó la hija menor—. No muerto. ¡Él mismo! ¡Bailando!

Lurucha miró profundamente a la muchacha. Se le acercó, casi tambaleándose, como si hubiera tomado una gran cantidad de cañazo.

—¡Cóndor necesita paloma! ¡Paloma, pues, necesita cóndor! ¡Dansak' no muere! —le dijo.

—Por dansak' el ojo de nadie llora. Wamani es Wamani.

El sueño del pongo (1965)

*A la memoria de don Santos Ccoyocossi
Ccataccamara, Comisario Escolar de la
comunidad de Umutu, provincia de
Quispicanchis, Cuzco. Don Santos vino a
Lima seis veces; consiguió que lo recibieran
los Ministros de Educación y dos
Presidentes. Era monolingüe quechua.
Cuando hizo su primer viaje a Lima tenía
más de sesenta años de edad; llegaba a su
pueblo cargando a la espalda parte del
material escolar y las donaciones que
conseguía. Murió hace dos años. Su
majestuosa y tierna figura seguirá
protegiendo desde la otra vida a su
comunidad y acompañando a quienes
tuvimos la suerte de ganar su afecto y
recibir el ejemplo de su tenacidad y
sabiduría.*

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de pongo, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas, viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludó en el

corredor de la residencia.

—¿Eres gente u otra cosa? —le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

Humillándose, el pongo no contestó. Atemorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

—¡A ver! —dijo el patrón—, por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas manos que parece que no son nada. ¡Llévate esta inmundicia! —ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño, sus fuerzas eran sin embargo como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. «Huérfano de huérfanos; hijo del viento de la luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza», había dicho la mestiza cocinera, viéndolo.

El hombrecito no hablaba con nadie; trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto le ordenaban, cumplía. «Sí, papacito; sí, mamacita», era cuanto solía decir.

Quizás a causa de tener una cierta expresión de espanto, por su ropa tan haraposa y acaso, también,

porque no quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el hombrecito. Al anoecer, cuando los siervos se reunían para rezar el avemaría, en el corredor de la casa-hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara y, así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

—Creo que eres perro. ¡Ladra! —le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

—Ponte en cuatro patas —le ordenaba entonces.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.

—Trotta de costado, como perro —seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana; la risa le sacudía el cuerpo.

—¡Regresa! —le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.

El pongo volvía, de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el avemaría, despacio, como viento interior en el corazón.

—¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha

eres! —mandaba el señor al cansado hombrecito—. Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Como si en el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas.

Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillo del corredor.

—Recemos el padrenuestro —decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

—¡Vete, pancita! —solía ordenar, después, el patrón al pongo.

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la mofa de sus iguales, los colonos^[*].

Pero..., una tarde, a la hora del avemaría, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la

hacienda, cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ése, ese hombrecito, habló muy claramente. Su rostro seguía como un poco espantado.

—Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte —dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

—¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro? —preguntó.

—Tu licencia, padrecito, para hablarte. Es a ti a quien quiero hablarte —repitió el pongo.

—Habla... si puedes —contestó el hacendado.

—Padre mío, señor mío, corazón mío —empezó a hablar el hombrecito—. Soñé anoche que habíamos muerto los dos juntos; juntos habíamos muerto.

—¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio —le dijo el gran patrón.

—Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos, los dos juntos; desnudos ante nuestro gran Padre San Francisco.

—¿Y después? ¡Habla! —ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

—Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. A ti y a mí nos examinaba, pesando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y lo que somos. Como

hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

—¿Y tú?

—No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saber lo que valgo.

—Bueno. Sigue contando.

—Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: «De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de miel de chancaca más transparente».

—¿Y entonces? —preguntó el patrón.

Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta pero temerosos.

—Dueño mío: apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de luz suave como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

—¿Y entonces? —repitió el patrón.

—«Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre», diciendo, ordenó nuestro gran Padre. Y así

el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

—Así tenía que ser —dijo el patrón, y luego preguntó—: ¿Y a ti?

—Cuando tú brillabas en el cielo, nuestro gran Padre San Francisco volvió a ordenar: «Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano».

—¿Y entonces?

—Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. «Oye, viejo —ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel—, embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!».

Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecí avergonzado, en la luz del cielo, apestando...

—Así mismo tenía que ser —afirmó el patrón—. ¡Continúa! ¿O todo concluye allí?

—No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro gran Padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego dijo: «Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡lámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo». El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora; sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

Amor mundo
(1967)

El horno viejo

Dormía bien en la batea grande que había pertenecido al horno viejo. A su lado, sobre pellejos, dormía la sirvienta Facunda. Cerca del fogón, en una tarima hecha de adobes que en el día era utilizada como apoyo para los peones, dormía la cocinera, doña Cayetana.

—Apesta a indio y cebolla —dijo el caballero, en la puerta de la cocina.

Prendió un fósforo y llegó hasta la batea. Vio las ollas de barro y leña en el suelo, y agua sucia. No había obstáculo alguno para llegar a la batea:

—¡Ah, candelas! Al diablo este le ponen buenos pellejos sobre la batea. El condenado siempre es condenado; como éste es blanquito, aunque esté de sirviente, aquí le sirven.

Despertó al muchacho punzándolo con el bastón en la garganta. El bastón tenía punta de metal. Alumbraba aún el fósforo.

—Levántate; acompáñame.

El muchacho se levantó. Estaba vestido. Siguió al

caballero.

En el patio preguntó:

—¿Adónde?

—Adonde has de ser hombre esta noche.

¿Cuántos años tienes?

—El 17 de febrero cumplí nueve.

—Temprano hay que ser hombre. Duermes bien.

—Duermo bonito.

—Yo también voy a dormir bonito. Ya verás.

Atravesaron el patio grande de la casa. Las blanquísimas lajas del piso flotaban en la noche; se veían sus irregulares formas. La oscuridad sólo llegaba hasta cierta altura de las piedras, y el muchacho caminó en el patio como sobre barro de niebla. Pero en la plaza, inmensa, el silencio cubría el vacío; toda la tierra. Sopló un viento y los dos eucaliptos gigantes del cementerio cantaron.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el muchacho.

—Adonde has de aprender lo que es ser lo que sea. ¡Sígueme!

Lo siguió por varias calles. Sobre los techos de las casas abandonadas y en los muros de las huertas lograban destacarse los troncos de algunos espinos feroces.

Subieron a un muro. El caballero dejó caer una piedra sobre la rodilla del chico:

—¿Te dolió? —dijo.

—No. Cayó debajo.

—¡Sígueme!

El muchacho comprobó que habían cortado los espinos a lo largo de la cima de un muro; luego saltaron a un corral. Allí vivía un chanco muy gordo; pero había también una pequeña mancha, seguramente de romaza verde. Cantaban los grillos en ese sitio: oyó el chico, con toda claridad, el contraste del ronquido del cerdo y la voz de los grillos. «Uno de esos grilitos está llorando —pensó—. Quizá no ha muerto. Aquí, el Jonás atraviesa grillos con una espina, por parejas, y les amarra un yugo de trigo, para que aren. No habrá muerto, pues, gracias a Dios».

—¡Si es la casa de doña Gabriela, tu tía! —dijo el muchacho, al saltar de otro muro hacia un patio donde florecía un pequeño árbol de cedrón.

—¡Sígueme! —dijo el hombre.

Abrió con bastante cuidado la puerta que daba al interior de la casa. Hizo que el muchacho entrara. Estaba todo muy a oscuras.

—Agárrate de mi poncho —le dijo.

El caballero se dirigió, claramente y sin vacilaciones, hacia el dormitorio de doña Gabriela. No separaba el dormitorio de la llamada sala, por

donde los dos caminaban a oscuras, sino una división de madera.

—No vienes solo. ¡No vienes solo! ¿A quién has traído? —preguntó doña Gabriela.

—A Santiago; para que aprenda lo más grande de Dios. ¡Háblale, muchacho; que vea que ya eres hombre!

—Yo soy —dijo él, en voz muy baja; el grillo herido y el eucalipto estaban en su voz.

—¡Anticristo! ¿Crees que te voy a dejar? ¿Crees? —habló la señora.

Santiago sintió un ruido en la cabeza.

—Me desvisto —dijo el hombre.

Prendió un fósforo.

—Mira, Santiago —dijo.

Sólo un calzoncillo largo le cubría las piernas.

—Ahora me acuesto. Ahora oyes. Si quieres ver, ves. Aquí tienes el fósforo.

Y empezó el forcejeo. Sobre la cama de madera, bien ancha, el hombre y la mujer peleaban. El esposo de doña Gabriela había ido de viaje a una ciudad muy lejana de la costa. Ella tenía ojos pequeños y quemantes en el rostro enflaquecido pero lleno de anhelos. Sus dos hijos dormían en otra «división», al extremo opuesto de la sala. Eran amigos de Santiago.

—¿No es tu tío carnal, don Pablo, el que ha ido de viaje? —habló, sin darse cuenta el chico.

—Calla, cacanuza; esta mujer se resiste como una vaca de esas que saben que las van a degollar, cuando otras veces era paloma caliente. ¡Calla, perro!

Santiago empezó a tragar la oscuridad como si fuera candela. Se tocó las rodillas que estaban temblando. No estaban calientes.

—Si no te quitas esa sábana, voy a gritar para que tus hijos vean que estoy en tu cama. ¡Que vean! A la de seis grito. El hombre no se embarra con estas cosas, al contrario. Yo más todavía. Cuento..., una..., dos..., tres..., cuatro...

Hablaba despacio; también tragaba fuego.

Al cantar el cinco, todo se detuvo, nunca recordará el muchacho por cuánto tiempo.

El hombre empezó a babear, a gloglotear palabras sucias, mientras ella lloraba mucho y rezaba. Entonces el chico sintió que se le empapaba el rostro. Casi al mismo tiempo, su mano derecha resbaló hacia su propio vientre helado. No pudo seguir de pie; empezó a rezar desde el suelo, el cuerpo helado sobre la tierra: «Perdón, Mamacita, Virgen del cielo, Virgencita linda, perdón...».

—Tu voz es de que estás gozando, oye, aunque estás rezando; oye... —habló el hombre.

El llanto de la mujer se hizo más claro, como el de esos escondidos hilos de agua que a veces bajan

millares de metros de altura entre precipicios negros, de roca sin yerbas. De repente, se acrecentó, como un repunte. Asustó al chico: «¡Me voy, me voy!», decía, cantaba; pero no podía irse.

No oyó la voz del eucalipto tan grande del cementerio, en el camino de regreso. Tenía las manos metidas en los bolsillos; seguía a cierta distancia al caballero. El hombre ya no fue al zaguán que estaba a la vuelta de la esquina. «Mañana o pasado será mejor. En el horno viejo», le dijo, al tiempo de cerrar la puerta.

En la esquina estuvo. Las montañas de la gran quebrada hervían, porque la luna alumbró aún antes de aparecer. Alumbró de ese modo con que lo hace. El chico se fue al zaguán. «Lloraba más grande que estos cerros, doña Gabriela. Así dicen que la lágrima se puede llevar los cerros. Se pueden llevar, es cierto; a mí también». Fue hablando el muchacho.

Encontró la batea, fácil. Se recostó de espaldas. Sintió que la luz le calentaba muy fuerte.

—¡Facunda! —dijo—. Dame agüita.

El Jerónimo soltó al hechor en el corral cuando la joven hija del hacendado estaba en el corredor. La acompañaba Santiago. La joven cantaba mejor que la calandria; plateaba al fangoso y encabritado río

grande, acercaba las cumbres filudas que los ojos apenas alcanzaban pero que el corazón sentía, los acercaba con el canto hasta que tocaran con sus dientes las flores de la alfalfa de esa hacienda que, según contaban los viejos, un español bruto había cercado donde ni los incas pudieron llegar. El español bruto hizo que los «antiguos» construyeran acueductos con túneles y regó una falda del cerro, a orillas del río más bruto aún, y tuvo que hacer otros túneles para que la gente pudiera llegar a la tierra regada. Ahora daba alfalfa, la mejor de toda la provincia. El garañón se lanzó a la carrera, rebuznando con un júbilo que dejó rígido el rostro de la joven. Porque el burro enorme iba con su miembro viril aún más enorme a embestir a una yegua que estaba al otro lado del muro del corral, a pocos metros de la señorita, que apenas tenía diecisiete años. La yegua sintió la carrera del burro y empezó a retroceder, abriendo la boca, mostrando los dientes, echando a un lado el rabo. El garañón le hundió el miembro; mordió en el lomo a la yegua.

Los dos animales se movían, y el río fangoso se convirtió en sangre pura y terrible que empezó a subir desde los pies hasta la frente de la jovencita. Santiago miraba; tenía diez años. Se había escapado de la casa de su guardador, el más caballero del pueblo, el más decente, que a él, al chico, lo había

convertido en sirviente muy maltratado. El dueño de esa hacienda profunda lo cobijó por un tiempcito; lo recibió como a un hijo de señor que era. Sí, ella, la hija del hacendado, cantaba mejor que las calandrias, pero en ese instante, viendo el asalto y los movimientos del garañón, su rostro enrojeció desde dentro, como lirio blanco que se transformara, de repente, por quemazón, en un trozo de crepúsculo que es la luz roja de uno mismo más que del sol y del cielo. «Así es, así es, así es, perdón, Diosito», dijo la niña, sin darse cuenta. Y volvió la cara para observar a Santiago. Él había preferido mirar a ella que al burro, apenas se encendieron sus mejillas, apenas el río se trasladó a las venas de su cuello para apretar allí toda su fuerza; el chico sintió lo que pasaba en la cara de la señorita y se volvió hacia ella. «Y tú me miras, bestia —le dijo—. ¿Por qué me miras, botado, muerto de hambre...? ¡Estoy asquerosienta! Tú eres...».

—No, pues, señorita linda. Adiós.

Santiago se fue corriendo hacia el puente amarillo que cruzaba ese río que sólo el español bruto y los «antiguos» pudieron alcanzar. Al otro lado del puente empezaba la cuesta, famosa en cientos de pueblos, por lo empinada y por sus túneles (cuatro); uno de ellos requería vela para pasar. En los zig-zag que escalaban el abismo, también

amarillo, el movimiento del garañón empezó a perturbar la imagen del encendido rostro de la niña en la memoria de Santiago. Felizmente se asustó. Si no se apuraba, no le alcanzaría el día para subir la cuesta y llegar a la puna. De allí se iría, asustado, pero por camino seguro donde su señor. Nadie sabe qué hizo más sombra en su alma, si el miembro espantoso del garañón o el color rojo, que nunca creyó fuera sucio, del rostro de aquella niña que era blanca, linda, demasiado vigilada. La jovencita vio correr a Santiago, cuesta abajo, por el callejón empedrado de la hacienda. Ya el chico, entonces, estaba descalzo.

—¡Hermanito, ven! —creyó gritar—. Tú eres ángel; yo soy peor que yegua.

Y como el muchacho se perdió a los pocos minutos en el recodo del callejón, cerca del río, ella también corrió, pero hacia la capilla de la hacienda. Subió al coro. Abrió una alacena donde guardaban los látigos para los «martirios» del Viernes Santo. Se alzó el traje y, llorando, empezó a flagelarse con furia.

El altar dorado, las pinturas de los muros y del techo ardían como entre humaredas. Pero al décimo o duodécimo latigazo empezó a ceder el llanto; pudo ver bien el rostro de la Virgen en el altar mayor. «Estás perdonada —oyó que le decían—, Santiago

pasa los túneles; lo que le pusiste de pecado está limpio. Descansa, hijita». Se recostó en un escaño antiguo y sintió frío. «La madre superiora... el burrito —habló—, ya no más».

Al día siguiente galopaba en un caballo feliz por el camino tendido, muy corto, el único que había al borde de los alfalfares. Pisaba firmemente en el estribo de plata. Bandadas de loros gritaban en el aire angosto de la quebrada, a gran altura. Los alcanzó y acalló cantando un harahui aprendido a escondidas en una comunidad donde cosechaban maíz. Al término del camino derecho, empezaba una especie de abismo donde su caballo bajaba con mucho cuidado. Allí, en el abismo, entre arbustos, vivían unos zorzales raros que entonaban largas melodías. «Santiaguito, Santiago... ¿adónde estarás? —dijo la muchacha al oír cantar a un zorzal—. Te asustaste de mí para siempre». El caballo orejeaba. «Cuida más de mi vida que la suya». Se santiguó y procurando mantenerse serena, se puso a escuchar los cantos de los pájaros que en ese abismo se entusiasmaban. «Así dicen las novelas, los cuentos también que en quechua cuentan... Los animales saben».

Se aburrió de la bajada, hizo volver al caballo y lo espoleó para que alcanzara los alfalfares a paso más ligero, por la difícil cuesta. El olor del caballo

es el olor del mundo.

El horno viejo mantenía aún su techo y estaba cerrado con un viejo candado.

—¡Levántate! Vamos al horno viejo; acompáñame.

Era la misma orden. Lo despertó con la misma punta de metal del bastón.

—¿Tú sabías que la doña Gudelia le tiene asco a su marido? —le preguntó el señor, en la esquina—. ¿Sabías que tiene baticola floja?

Las hojas del eucalipto reverberaban; todo el árbol estaba como solo en la noche, como si la luna no hubiera aparecido sino para él; sin embargo, muchas de sus hojas reverberaban, cada una por su cuenta.

—¿Te dije? —volvió a preguntar el caballero.

—No he oído. ¿Por qué reverbera?

—Te he dicho que doña Gudelia es un poco de mala vida. Y ahora te aumento que Faustino, ese que espanta a los gatos diciendo: «¡misée!», es alcahuete y putaño. Ha traído desde Santa Cruz a una chola bonita, para que caliente a doña Gudelia.

—Nada he sabido.

Vio que la sombra de la torre cubría la sombra del otro eucalipto; que por eso el árbol no tenía

sombra. Un gorrión cantó con gran aliento desde un bajo sauce del cementerio.

—Ese gorrioncito sabe. Ha hecho mover la torre con su canto.

—Ha malogrado mi... Cuando ese animal canta de noche, puede suceder que un chico de tu edad..., ocho o diez años..., se muera. Eso sabrás seguro.

—Yo he conocido a la muerte. Es de otra forma, pues. El gorrión, dicen, nace del agua, de los manantiales; por eso cuando canta en falso así, en la noche, su voz tiene fuerza...

—«Yo he conocido ya a la muerte...». Así se sabe que necesitas aprender de mí. Ahora aprenderás aún mejor. He visto que doña Gudelia te alegra los ojos, también las piernas.

Al salir de la plaza, y entrar a una calle muy angosta el mundo se dividió en suelo y cielo. Así, por el suelo, en toda la sombra, caminaron hasta el horno viejo.

—A que no se quita usted el monillo, señora Gudelia. ¡A que no lo hace! ¡A que no lo hace!

El señor le gritaba de cerca mientras la mujer del ganadero bailaba con Faustino, algo retorciéndose. Una lámpara de gasolina alumbraba desde la boca del horno.

—¡A que no lo hace!

Ella lo hizo. Se detuvo, mientras Faustino seguía zapateando con sus botas muy largas en que el metal amarillo de los broches chispeaba. Se quitó el monillo; se lo sacó por encima de la cabeza; lo tiró sobre el arpa. Sus senos quedaron al aire. Eran blanquísimos, más que la luna, más que la loza en que almorzaba el caballero; también porque se le deshizo el moño y las trenzas de pelo negro cayeron en medio de los dos pechos.

—¡Yo hago lo mismo! ¡Hago el honor! —gritó el caballero.

Se bajó los pantalones, mientras Faustino seguía bailando sin mirar, tranquilo, con los ojos hacia la tierra. Quedó desnudo desde la cintura para abajo, el señor. «¡Haga el honor, Santiaguito!». Se acercó a doña Gudelia.

Le levantó el traje.

—¡Eso no! ¡Soy casada y sacramentada! ¡Sacramentada!

—Yo no. Yo chuchumeca no más, don Faustino. No me emborracho con nada —dijo la chola, que estaba recostada en el poyo carcomido del horno viejo.

—Tumbar y abrirle las piernas —ordenó el caballero; les ordenó a Faustino y a un hombre que permaneció sentado en el mismo poyo, bebiendo

aguardiente. «Señorita», dijo en voz baja Santiago y se echó a andar hacia la puerta. «Señorita», siguió diciendo. La puerta estaba con llave.

Pero el horno viejo era enorme. Sirvió, cuando allí se hacía pan, a doce pueblos, años de años. Apoyado en la puerta humienta, el chico vio que tumbaron a la señora blanca. «Mejor si se queja, Faustino. Más gusto al gusto», oyó decir al señor, ya echado sobre la esposa del pequeño ganadero. El arpa seguía tocando sonoramente. Era ciego el arpista; era famoso. Su cabeza aparecía inclinada hacia la caja del instrumento. Doña Gudelia empezó a llorar fuerte. Y la otra, la que decía ser «chuchumeca», también. Entonces, desde el suelo, el señor dijo: «Pon a Santiago encima de la santanina. Le he ofrecido. Oye, Faustino».

A Faustino lo alcanzó la santanina cuando había pasado el sitio en que el techo, negro de humo, del horno viejo, hacía bastante sombra en el suelo. Lo atacó con una *kurpa*, que es un trozo de adobe como fosilizado. «Me rompiste la frente. Cómete mi sangre», dijo Faustino, alzando los puños.

—¡Por qué no, pues! ¡Siendo de ti que eso obedeces! Que el Anticristo mande, mandará. ¡La criaturita! No lo había visto. ¡La criaturita! Trompéame en la vista, Faustino. Tú me has traído de lejos, de lo que estaba tranquila.

Faustino llegó a la puerta, mientras la mujer se sentaba en el suelo y empezaba a rezar levantando los brazos. El hombre tenía en la cara un chorro de sangre que apareció ancha a la luz de la luna, cuando abrió la puerta del horno viejo.

—Ándate, mejor. Yo le voy a hacer comer mi sangre a esa «chuchu».

Lo empujó, porque el muchacho se resistió a salir. «Mentira, mentira. Yo también me voy a ir —le dijo en voz baja—. Iba a pisar a la chola, pero será por tu causa que ella me ha pisado en la frente, con fuerza. Ya estoy fregado, merecidamente, eso sí. Anda, vete, hijito».

Pero no se fue. Se quedó afuera. Oyó que la santanina gritaba, insultaba, decía palabras inmundas, rezaba en quechua. Sentado en la puerta, Santiago estuvo mirando la luz. El arpista seguía tocando, pero ya mezclaba las tonadas. En la puerta del horno viejo había una grada de piedras; allí llegaba, sobre la laja, toda la luz. Sin embargo, no alcanzaba para nada. Los montes, los ríos... ¿qué no estaba tranquilo con esa luna llena viniendo del centro del cielo? Menos él, el chico, pues. «No es nadie ése», decía el señor. Lo hicieron caer al abrir la puerta del horno viejo.

La huerta

—La mujer sufre. Con lo que le hace el hombre, pues, sufre.

—¿Con qué dices, de lo que el hombre le hace?

—De noche, en la cama. O en cualquier parte sucia.

—Eres criatura. Ella goza más que el hombre. Más goza, por eso acepta también quedarse con el hijo sin que el hombre le ayude en nada. Con eso sí sufre, buscando comida para el hijo. Porque siempre la mujer pobre acepta no más que le hagan hijo, porque goza.

—¡No goza! —gritó Santiago al oído de Ambrosio, el guitarrista—. ¡No goza! Y siendo más que el corazón, teniendo esos ojitos que son mejor que la estrella, mejor que la paloma, mejor que todo. ¿Has conocido a la hija del hacendado de Quebrada Honda?

—Sí. Es la más linda de estos pueblos. Su padre la tiene como encerrada en esa cárcel de indios que es la hacienda. Los indios pueden irse, escapando o

de puro valientes, si son valientes. Ella, la pobre Hercilia, espera no más. Es linda. Pero ¿por qué dices que la mujer es más que el corazón y que es mejor que estrella? A veces son como patada de burro de feas y mejor que Lucifer de malas.

—¡No son malas, entiende! Si no fuera por ellas, ¿tú tocarías la guitarra? ¿Harías llorar a los cerros con lo triste de tu guitarra? La mujer es, pues, triste.

—¡Zorro! Hercilia hace años que espera que alguien le «haga el favor». Yo se lo hice una vez. ¡Sí se lo hice! Y no era ángel, era una yegua retorciéndose de felicidad. Casi me destronca. Corrí peligro de muerte para conseguirla. Me vine de noche por los túneles del camino. Me puse a cantar a la salida del último socavón. Me duraba todavía en la boca la mordedura de los dientes de la hembra. Ese dolorcito es rico...

Santiago escapó. Ambrosio vio que el rostro del muchacho cambiaba como cuando el cielo se enfurece de repente en los Andes. Se levantan nubes entre rojas y oscuras; aparecen no se sabe dónde, siempre por la espalda de las montañas más altas, y empieza a llover el mundo o, simplemente, las nubes se quedan en el cielo, moviéndose, inquietando a la gente y a los animales.

«Es loquito, de razón. Criado por ese hombre. Vio a Hercilia hace... tres años... Y no es cierto que

yo le hice nada a ella. Le hizo el otro guitarrista, el de San Pedro. Está preñada ahora, y se va a escapar con el guitarrista de San Pedro. Y va a heredar o lo van a matar...».

Vio a Santiago correr calle abajo, hacia el cementerio nuevo, es decir, al cementerio de los tiempos actuales, porque el de la época que dicen de los españoles era un campo cercado que rodeaba a la iglesia. Y allí estaban esos dos eucaliptos.

El muchacho escaló el muro de una huerta de hortalizas y de capulíes que pertenecía a un viejo hacendado borracho. Los niños habían clavado estacas para escalar el muro y robar capulíes en el tiempo de la fruta. El viejo hacendado permitía que robaran la fruta de noche pero no de día. Las estacas no fueron rotas ni desclavadas; un guardián vigilaba la huerta durante el día. Vigilaba a los niños y espantaba a gritos y cantos a los pájaros. Rodeaban la huerta árboles de sauce frondosos; zumbaban con el viento o servían de reposo a los pájaros del pueblo. Un sauce, uno solo había que tenía las ramas hacia el suelo. Le llamaban «llorón» y parecía una mujer rendida, con la cabellera como chorros de lágrimas.

Santiago se echó bajo el sauce. El suelo estaba cubierto de pequeñas hojas amarillas y rojizas.

«Ambrosio animal, Ambrosio chancho que

persigue chanchas, que hace chorrear suciedad a las chanchas, montándolas. Ambrosio Anticristo. ¿Cómo te sale música triste de tu dedo si eres bestia?».

Contuvo el ansia de seguir insultando. Su pecho le caldeaba la respiración. «La mujer es más que el cielo; llora como el cielo, como el cielo alumbrá... No sirve la tierra para ella. Sufre».

Había rondado la casa de doña Gudelia todo el día siguiente en que la señora se quitó el monillo en el horno viejo. La había llegado a seguir un rato cuando ella subió por el camino cascajiento que conducía al manantial de donde el pueblo sacaba el agua para beber. Le extrañó que no cojeara, que no gimiera mientras andaba. Pero sus ojos, hundidos cada día entre negrura, se volvieron hacia él. Como siempre, parecían alcanzar distancias que nadie conoce, pero no tenían el filo de antes. «¿Tú también vas por agüita?», le dijo la señora, a pesar de que Santiago no llevaba ningún cántaro. No era del pueblo ella; su marido, vecino pobre y algo enfermizo, la había traído de Parinacochas, una provincia lejana. Su fama de buenamoza se extendió por los distritos próximos. Hablaban de sus ojeras que, en lugar de disimular la negrura de los ojos de la señora, la hacían más candente. Miraba, como algunas aves carnívoras prisioneras, lejos, pero con intención y no en forma neutra como las aves. Esa

intención, seguramente, tocó el alma sucia de don Guadalupe, dueño del horno viejo, amo putativo de Santiago. «No voy por agua, señora», contestó el muchacho en el camino del manantial, entonces doña Gudelia le preguntó: «Hijito: ¿mi cara está pálida?». «Sí, señora. Está flaca también». «¡Adiós, criatura! Si no vas por agua, regrésate. Estoy flaca... ¡maldecida!».

«¡Maldecida, no; abusada, pateada, emborrachada. Sólo el hombre asqueroso pateo el cielo, también lo emborracha, alcanza con su mano embarrada al ángel... a la niña... a la señora... a la flor...!».

Bajo las ramas del sauce hablaba en voz alta el muchacho, recordando la última queja de doña Gudelia.

Sintió pasos. Era la gorda Marcelina, lavandera del viejo hacendado; ella se acercaba al árbol, porque había visto a Santiago. No se sabe desde qué hora estaría en la huerta o desde qué tiempo. Avanzó hasta meterse en la sombra del sauce llorón; se levantó la pollera, se puso en cuclillas.

—Voy a orinar para ti, pues —dijo mirando al muchacho. En su boca verdosa, teñida por el zumo de la coca, apareció algo como una mezcla de sonrisa y de ímpetu—. ¡Ven, ven pues! —volvió a decir, mostrando su parte vergonzosa al chico, que ya se había levantado.

Él fue, apartando con la mano una rama fresca que le estaba cayendo de la cabeza hacia la espalda; avanzó rápido. Era el mediodía, manchas de jilgueros llegaban a la huerta para reposar y cantar en los sauces.

La gorda Marcelina lo apretó duro, un buen rato. Luego lo echó con violencia.

—Corrompido muchacho. Ya sabes —dijo.

Su cuerpo deforme, su cara rojiza, se hizo enorme ante los ojos de Santiago. Y sintió que todo hedía. La sombra de los sauces, las hojas tristes del árbol que parecía llorar por todas sus ramas. El alto cielo tenía color de hediondez. No quiso mirar al Arayá, la montaña que presidía todo ese universo de cumbres y precipicios, de ríos cristalinos. Escaló el muro, tranquilo. Fue corriendo hacia el arroyo que circundaba al pueblo.

No pudo lavarse. Se restregaba la mano y la cara con la brillante arena del remanso; alzaba las piedras más transparentes desde el fondo del pequeño remanso y se frotaba con ellas. Esas piedras recibían el viento, el ojo de los pájaros, la nieve más alta del Arayá, el río grande, la flor de k'antu que sangra de alegría en la época de más calor. Pero el muchacho seguía recordando feo la parte vergonzosa de la mujer gorda; el mal olor continuaba cubriendo el mundo.

Entonces decidió marchar al Arayá.

Del Arayá nacía el amanecer; en el Arayá se detenía la luz, siempre, durante el crepúsculo, así estuviera nublado el cielo. Ese resplandor que ya salía de la nieve misma y de las puntas negras de roca, ese resplandor, pues, llegaba a lo profundo. No quemaba como el sol mismo la superficie de las cosas, no transmitía, seguro, mucha fuerza, mucha ardencia, pero llegaba a lo interno mismo del color de todo lo que hay; a la flor su pensamiento, al hombre su tranquilidad de saber que puede traspasar los cerros, hasta el mismo Arayá; al muchacho, a él, a Santiaguito, saber que la mujer sufre, que ese pensamiento hace que la mujer sea más que la estrella y como la flor amarilla, suave, del sunchu que se desmaya si el dedo pellejudo del hombre sucio la toca. Al Arayá, únicamente los hacendados que habían hecho flagelar a la gente no lo entendían. Así era. Y el muchacho necesitaba tres horas de andar para acercarse hasta las nieves del poderoso: en ese momento el sol ya no estaría en el cielo.

Veía desde el camino las puntas de las rocas que saltaban del hielo del Arayá como agujas; las miraba cada vez más cerca y se estaba tranquilizando. La boca verde de la lavandera, borracha como su patrón, empezaba a difuminarse en esa oscuridad maciza que volaba en las agujas de la roca del Arayá...

—Hijito..., estarás cansado. Te hago regresar en el anca de mi caballo —le dijo el cura. Se encontraron en un recodo de la gran cuesta.

—Quiero confesarme, padre —le dijo el muchacho.

—Sí, claro. Aquí no se puede, tiene que ser en la iglesia. Llegaremos de nochecita. Te haré entrar, pues, a la sacristía.

—Quiero confesarme delante del Arayá, padre.

—¿Delante del Arayá? ¿Eres hijo de brujo? ¿Estás maldecido?

—Capaz estoy maldecido. ¡Me han malogrado, creo!

—¡El Arayá te habrá maldecido! —dijo el cura con impaciencia.

—El horno viejo, padre. La gorda Marcelina. Lo que han rezado dos señoras, delante de mí, a la Virgen, a Nuestro Señor Jesucristo.

El cura desmontó del caballo.

—Confíesate —le dijo—. ¡Este cerro que tiene culebras grandes en su interior, que dicen que tiene toros que echan fuego por su boca...! ¿Qué tienen que hacer las santas oraciones con tu maldición? ¡Confíesate de rodillas! ¿Has fornicado con la Marcelina?

No se arrodilló. Estuvo mirando al sacerdote. Unos vellos rojizos, como los que había visto que

temblaban en el rostro de la gorda Marcelina, aparecieron clarísimos en la frente del cura, debajo mismo del borde del sombrero. Pero estos vellos jugaban, no estaban separados uno a uno, feos como en la cara de la borracha.

—¿Qué cosa es fornicar, padre?

El cura miró detenidamente al muchacho.

—No te arrodilles, hijo... ¿Te ha...?

—Sí, padre, así mismo ha sido. Estoy apestado; estoy sucio...

—Más de lo que crees, de cuerpo y alma. Esa chola está enferma. ¿Oyes? Está enferma. Yo te lo digo. Por eso nadie quiere con ella. Esos gendarmes que vinieron a buscar indios cuatreros, la agarraron a ella.

—¡El Arayá me va a limpiar, seguro! Me voy, me voy. Deme su bendición, padrecito —rogó el chico.

—Sí, cómo no; contra las serpientes del cerro, no contra tu cuerpo sucio: «En nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo...».

Tarde se dio cuenta el sacerdote de que le había dado la bendición en quechua: «Dios Yaya, Dios Churi, Dios Espíritu Santo...».

Santiago continuó subiendo el cerro.

—Tú también sufres. ¿De qué estarás enferma, pobrecita, triste Marcelina? —se preguntó, mientras la luz del sol se enfriaba en la quebrada.

Pudo ver la nieve cuando su color rojizo se debilitaba. Porque la cima del Arayá cambiaba tanto como la gran zona del cielo en que el sol desaparecía. Allí la luz jugaba hondo; los hombres no podían reconocer bien los colores que ardían unos como consolando, otros como abriendo precipicios en el corazón mismo tanto de las criaturas cual de los viejos. ¿Cuántos y qué colores? Del negro al amarillo cegador, hasta hundirse en lo que llamamos tiniebla. Así también la nieve del Arayá.

Santiago quedó tranquilo hablándole a la nieve: «Tú no más eres como yo quiero que todo sea en el alma mía, así como estás, padre Arayá, en este rato. Del color del ayrampo purito. ¡Ahora sí me regreso!».

Habló en castellano muy correcto. Y bajó a la carrera la cuesta. Ya tenía zapatos. Su nuevo protector le había comprado zapatos de mestizo, fuertes y bien duros. Levantaba polvo con ellos en el camino, seco en ese mes de agosto. Llegó de noche, silbando, al pueblo. Con él cantaban los gallos. Era la medianoche, seguramente. No sentía hambre ni sed. La voz de los gallos repercutía fuerte en todo su cuerpo.

Pero a los pocos días regresó a la huerta, a la

misma hora. Se echó bajo el mismo sauce, entre la cortina de las ramas que parecían cabelleras de lágrimas. La borracha Marcelina también vino, se alzó la pollera, orinó, llamó al muchacho. Santiago fue hacia ella, casi corriendo. Y se dejó apretar más fuerte y más largamente que la primera vez, se revolcó e, igual que entonces, fue ella quien lo arrojó, y se marchó luego de mirarlo como se mira a los huesos botados. Los vellos esparcidos no se movían con el aire en el rostro de la Marcelina. Parecían estacas. Y de allí brotaba la suciedad sin remedio, más que de otros sitios. De esa parte del cuerpo de la chola gorda.

El muchacho estuvo mirando al sauce llorón largo rato. «Tú no eres como la Marcelina, tú eres como las otras o...». Se levantó aturdido; escaló el muro y saltó después hacia la calle. Con el vientre todavía sacudido corrió hacia el pequeño río. La arena de las orillas reverberaba con la luz del sol; bajo la corriente muy lenta del agua, en el remanso, las piedras mostraban sus colores y el de las yerbas que se colgaban jugando sobre ellas. ¡Ahí estaba, pues, la hermosura limpia, la que la gente no podía conseguir para ella! Sin embargo el muchacho ya no se lavó. Le rendía el hedor que todo su cuerpo exhalaba. Al borde de un pequeño barranco, junto al río, descubrió un cúmulo de remilla y otras yerbas de olor fuerte, el

chikchinpa, el k'opayso... Santiago arrancó las puntas de las ramas; bajó a la orilla del remanso y se frotó la cara con las yerbas ya mezcladas.

—Ahora agüita —dijo.

Pero no se lavó, como quiso, al agacharse a la corriente. Bebió del río. Y luego, ya más calmado, tomó el camino del Arayá.

¿Cuántas semanas, cuántos meses, cuántos años estuvo yendo de la huerta al Arayá? No se acordaba. En el camino maldecía, lloraba, prometía y juraba firmemente no revolcarse más sobre el cuerpo grasiento de la Marcelina. Pero la huerta se hacía, en ciertos instantes, más grande que todos los cielos, que los rayos y la lluvia juntos, que el padre Arayá; esa huerta con su sauce llorón, con ese hedor, con los orines de la borracha, más poderosa. Y cada vez le atacaba el anhelo de ir donde el padre Arayá, cuando los pelos de la Marcelina se erizaban y de allí brotaba algo como el asco del mundo. «Será que me sucede esto porque no soy indio verdadero; porque soy un hijo extraviado de la Iglesia, como el cura me dice, rabiando...». Esas palabras, más o menos, repetía en el camino de ida.

Y siempre encontraba luz rojiza, algo moribunda en la nieve de la montaña. Regresaba aliviado; creía reconocer mejor las cosas en la oscuridad; durante la marcha al Arayá, en toda la cuesta, las cosas se le

confundían: las flores y las grandes piedras, las mariposas y los saltamontes que cruzaban el aire; el mal recuerdo, como brea, cubría feo, no para bien, las diferencias que felizmente existen sobre la tierra. A la vuelta, en la noche, cuando llegaba al pueblo, el canto de los gallos repercutía bajo su pecho, iluminaba la quebrada, ese abismo donde también el sol se enfurecía y enfriaba, en el mismo día.

El ayla

Los aukis, sacerdotes de la comunidad, cantaban en quechua a la orilla del estanque. Con el sombrero en una mano y una cruz pequeña cubierta de flores rojas de k'antu en la otra, entonaban un himno muy antiguo:

*Aylillay, aylillay
uh huayli
aylillay, aylillay
uh huayli.*

*Señores Cabildo
señores comunes
hermosa palabra
hermosa atención
perdonadme
hacedme entender
hablad, padre mío
rechazad la rabia
rechazad la pereza
aylillay, aylillay
uh huayli...*

Con los rostros vueltos hacia la gran montaña sobre cuya nieve nadie pudo clavar una cruz, cantaron largo rato. Era la última ceremonia de la

pascua antigua con que celebraban la conclusión de la faena de la limpieza de los acueductos. El auki mayor había degollado un carnero y una llama junto al ojo del manantial, en las faldas del Arayá; había lanzado sobre el agua, que hacía brotar del fondo de la tierra arena de colores, el corazón aún vivo del carnero y de la llama; luego, había hablado con el picaflor que vivía en una pequeña capilla hecha de piedras montaraces, muy cerca del manantial. El picaflor brillaba en la oscuridad de la capilla. El auki mayor le transmitió las quejas y los encargos de los comuneros y salió feliz, agachándose mucho en la puerta del pequeño templo. Después bajaron la montaña todos, entonando himnos en lugares señalados desde unos mil años antes. Fueron recibidos por comuneros a la entrada del estanque; comieron ceremonialmente todos, luego de haber adorado la cruz del auki mayor, y ahora iban a bajar al pueblo, a los barrios o ayllus de la capital del distrito.

El sol del crepúsculo comulga con el hombre, no sólo embellece al mundo. Mientras el auki cantaba, la luz se extendía, bajaba de las cumbres sin quemar los ojos. Se podía hablar con el resplandor o, mejor, ese resplandor vibraba en cada cuerpo de la piedra, del grillo que empezaba ya a inquietarse para cantar y en el ánimo de la gente.

Cuando el coro repitió la última estrofa, los jóvenes solteros que escucharon el himno, de pie, junto a un muro que se perdía de vista en la quebrada y en las cumbres, se agarraron de la mano y formaron una cadena. Las mujeres atrás, los hombres adelante. Todos estaban vestidos con sus trajes de fiesta. Al callarse el coro, el campo quedó en silencio. Y las muchachas empezaron a cantar el ritmo difícil, decían los forasteros que «endiablado», del ayla. Y la cadena se puso en marcha, cuesta abajo. Los hombres danzaban. Los aukis y los mayores cabildos, padres de familia, habían bebido durante dos días. Tenían los ojos densos, pero en ellos el ayla se retrataba. El auki contempló la fila de los solteros que descendía hacia el pueblo, como si él fuera la montaña. Estaba tranquilo, sin rabia, sin movimiento, alcanzando con sus ojos pesados en que la luz se concentraba, todos los confines de las pertenencias de la comunidad: montes, quebradas, abismos, cumbres, bosques de espino, campos de paja, tierras de colores. Los alfalfares eran de los señores hacendados.

Santiago siguió a la cadena que danzaba el ayla. Estaba fuera de ella, pero en su interior repetía la música y el ritmo de los pasos. La luz siempre le había acompañado a entender.

Mestizos y señores vieron pasar por las calles, mientras anochecía, la fila del ayla, y hablaron entre

ellos:

—Van a hacer sus asquerosidades en el cerro estos indios.

—La bacanal de cada año.

—Y el cura nada dice.

—Es hijo de indio desconocido. Lo recogió el obispo.

—El cura también aprovecha después.

—Pero en el campo, como animal, es distinto. El cura no entra en eso.

—Ya no es indio indio.

—En el campo, como animales, así como chanchos.

—¡Qué saben de amor, éstos!

—Todo en tropa, y eso que muchos de ellos ya saben leer...

—No, éstos ya no van, dicen. Se avergüenzan de esta cochinada.

—Algunos, algunos van.

La gran cadena del ayala se dividió en cuatro, por barrios, y tomaron direcciones diferentes. Santiago se encaminó hacia la plaza de Carmenk'a, que era el barrio más grande y próspero. No siguió a los bailarines. Llegó a la plaza antes que el ayala.

Los casados bailaron en círculo junto a cuatro arpas.

Los solteros, siempre en cadena, dieron varias vueltas a la plaza, en línea ondulante, como una serpiente muy larga. Los mecheros que alumbraban a los arpistas y a los vendedores de aguardiente y chicha alcanzaban a dar cierto aliento de luz a la plaza oscura. Santiago subió a la torre para observar. El ayla se movía como un solo cuerpo. Luego de la última vuelta formaron una especie de mandíbula en un extremo de la plaza; avanzaron, cantando todos, no sólo las mujeres, hacia el sitio en que tocaban las arpas y bailaban los casados. Santiago bajó de la torre.

Algunos grillos extraviados podían hacerse oír en la misma plaza, donde apenas crecía un pasto sucio y reseco. El coro de los jóvenes no apagaba el canto de los grillos. La cadena cerró como una barrera curva los cuatro círculos de casados y, luego, ondulando nuevamente, se dirigió hacia la esquina por donde se salía al camino que escalaba la montaña. Santiago siguió al ayla.

Salió la luna cuando el ayla cruzaba el riachuelo. A la orilla del agua, Santiago encontró a un mozo comunero que estaba apoyado sobre una gran piedra cuya sombra caía sobre la corriente.

—¿Tú no vas? —le preguntó en quechua al mozo.

—Tú, Santiago, huérfano, bueno. Yo no voy, mi pareja está de trabajadora en la costa. No ha podido

llegar. Estoy esperando. Quizá llegue todavía, ahora mismo.

—Dicen que en el ayla hacen cochinadas, cosas feas con las mujeres. ¿Cierto?

El mozo se echó a reír.

—Dicen. ¿Quién? Los señores vecinos, pues. Ellos no entran al ayla. No han visto. Por mando del corazón y por mando del gran padre Arayá jugamos; sembramos de noche. Bonito. A ti te conocemos. Te ha pateado, dicen, don Guadalupe, cuando eras criatura.

—No me ha pateado. Me ha llevado... a la candela del cementerio.

—La candela del cementerio del pueblo de don Guadalupe quema feo, por siempre. Así dicen. Tú no puedes ver al ayla.

—¿Adónde van a ir?

—A la falda del cerro, cerca. Allí vamos a jugar. Yo quizá no voy a ir. No ha llegado mi pareja. De la costa a veces nunca regresa la gente. No ha llegado todavía. No voy a sembrar, ella no va a sembrar...

Santiago iba a decir «candela del cementerio», al oír la voz del mozo.

—¡Al año entrante sembraré; haré cimientol Mejor será, quizá, si no viene —siguió hablando el mozo—. Algunos vienen de la costa, donde hay fábricas, más de Lima, donde crecen, dicen, gusanos

feos en el tuétano y en el corazón también; éstos dicen que el padre Arayá no es padre de nadie, que es tierra muerta. Los que han estado en la escuela también dicen eso. Pero bailan como los otros; algunos, no más, desprecian... Se quedan en su casa como gallo forastero. Así es. Ellos dicen que ayla es juego de animal. ¡Espera, Santiaguito! ¡Espera!

El comunero no le dijo niño Santiago, le habló como a igual. Y se quedó mirando inmóvil el camino de la cuesta. La luna alumbraba como si el mundo, de veras, se hubiera vuelto algo transparente. El coro de los mozos iluminaba más que la propia luz de la luna y de las estrellas.

—Ahí está Felisa, mi pareja. Ha venido desde la costa. Se habrá bajado, del camión en el cerro. Aquí esperamos los que tenemos que esperar.

Llegó cansada.

—¡Santiago! —dijo la moza. Luego siguió hablando en castellano, dirigiéndose al comunero—: Santiago no es señorito, no es mestizo. Su corazón estará callado, su boca también estará callada. El padre Arayá sirve para jugar. No es padre. Es tierrita grande. ¡Chao, adiós, Santiaguito...!

Lanzó un agudo grito, la primera nota de un canto de ayla. Tomó de la mano al mozo, lo arrastró, y dejaron a Santiago a la orilla del pequeño río. Escalaron la cuesta danzando a la carrera. La luna los

marcaba sobre la montaña y en el pecho del jovenzuelo.

Santiago se decidió a subir el cerro; se apartó del agreste camino de a pie y empezó a subir la montaña casi en línea recta. Se metía entre los arbustos; arañando el cascajo salvaba los pequeños barrancos.

Llegó a un andén limpio de yerbas y pedregales. Estaban danzando allí los mozos. Santiago se quedó quieto, oculto detrás de un delgado cerco de piedras. Un ramoso árbol de espino crecía junto al muro, al lado del andén. Sus escasas flores rojas se destacaban en la luz. «Estoy agitado, intranquilo, pues; no estoy cansado, flor de ankukichka», le habló al árbol.

Las muchachas del ayla empezaron a chillar en ese instante y se dispersaron moviendo los brazos. Dos venían hacia el espino; parecía que volaban bajo. Luego, los hombres gritaron con voz gruesa, como la de un gavián que toma altura precipitadamente. Y se echaron a correr en línea ondulante. Dos mozos persiguieron, cerca del espino, a las muchachas. Ellas reían y chillaban, ellos bufaban, silbaban. Finalmente, los hombres lanzaron una especie de zumbido por la boca y las muchachas se quedaron quietas, una a poca distancia de la otra.

Cuando los hombres cayeron sobre ellas, se echaron a reír fuerte y a insultar: «Gavilán torcido, gavilán vencido, gavilán tuerto, gavilán ciego, gavilán sin pecho...». Los hombres también gritaban: «Paloma tuerta, paloma sin ojos, paloma sin nada, yo... yo te voy a hacer empollar, en nombre del Padre, de la Madre...». Y Santiago vio que el mozo que estaba cerca de él le alzaba el traje a la muchacha, mientras ella hacía como que se defendía, luego se quedó quieta, completamente inmóvil, mientras el joven se revolvía sobre ella. Hasta el sitio ese, donde estaba oculto Santiago, llegaban silbidos, gritos, vocería, no como de gente, sino como de aves que pretendieran hablar como gente. Santiago observó a la pareja que estaba cerca de él, pero los gritos no le permitieron sentir frío ni olor alguno. De repente la pareja se puso de pie; empezaron a bailar gritando. Dieron vueltas un instante, solos, luego se juntaron con la otra pareja. Y los cuatro avanzaron danzando el ayla al centro del andén. De todas las direcciones aparecieron otros grupos y formaron nuevamente la gran cadena. Pasaron junto al muchacho, todos. Nunca sintió así la luz de la luna, la iluminación del mundo, como un río en que los patos aletearan echando candela por las alas y el pico. Saltó de su escondite, gritando:

—¡Soy Santiago, Santiaguito!

—¡Animal raro, desconocido, alegre! —exclamó en quechua el mozo que guiaba el ayla—. ¡Chau, adiós! —pronunció en castellano las últimas palabras. Y reinició la danza.

—Pendejo, carajo —dijo, muy claramente, otro de los jóvenes que iba encabezando la fila.

Dejaron solo al muchacho, como una piedra caída del cielo. Las jóvenes empezaron a cantar y la cadena se dirigió a otro campo. El muchacho oyó un vocerío como de pumas y ovejas que hablaban, lejos, mezclando el tono, enredándolo, haciendo mover el suelo. Sintió calor en esa gran altura, a solas. «Me estoy helando con ese hablar que me llega», dijo, confundándose.

—No te mataron —le dijo el cura en el confesionario—. No te despedazaron porque creyeron que eras un animal del maldito cerro Arayá...

—¡Eso sí que no, padre! Me reconocieron. Yo... pues, animal desconocido, alegre, seguro. ¡Chao, adiós, señor...!

Ya en la plaza donde el sol quemaba a las débiles flores, no supo qué dirección tomar.

«Se me ha ido el mal olor, creo, peso menos, creo...».

Pero como una cascada, el llanto de doña

Gudelia y el de la chuchumeca, en el horno viejo, empezaron a sonar bajo su pecho. Los vellos de la borracha se encendían.

«Padre Arayá, en nombre del Hijo, del Espíritu Santo... Me voy a la costa... Que me coman el corazón los gusanos o yo me los comeré a ellos...».

Se despidió de la montaña en la plaza.

Don Antonio

Por la noche, cuando cruzaba la calle principal del pueblo para ir donde don Antonio, el camionero que lo llevaría a la costa, vio que dos jóvenes señores cantaban a dúo al pie de un balcón.

*Si duermo, contigo sueño,
si despierto, pienso en ti.
Fina estrella del cielo inclemente,
paloma que cruza por el cielo inerte,
si duermo, contigo sueño...*

Santiago siguió andando y escuchando. Cuando el camión pasó por esa misma calle, otra voz cantaba en tono alto. El chofer tuvo que frenar y pasar muy despacio por la estrecha vía.

*Traigo del cementerio una flor
victoriosa de la muerte,
te traigo una flor ardiente,
todo el hielo y la negrura es sólo mía...*

—¡Los sapos! —dijo el camionero—. Esos

pendejos cantan letra antigua para engañar. ¡Pior que el ayla!

—No es cierto, don Antonio. Todo es verdad.

—La muchacha debe estar riéndose de esas mariconadas: «Traigo una flor del cementerio...». Ahora en ese cementerio no hay sino excremento de lechuza.

El motor apagó todos los ruidos externos. Era un camión inmenso en que don Antonio, el chofer, cargaba doce novillos.

—Pa que se los coman en Ica. Ciudad grande... «cevilizada»; como es debido en la época que dicen vivimos.

Cuando apareció la delgada mancha del gran valle de Nazca a dos mil metros más abajo de la cumbre de Toro Muerto, entre arena candente y sin límites, Santiago vio la costa.

—El Arayá no come novillos; él los cría. Come serpientes y viento, oiga, don Antonio —dijo.

—Sí, pues, cría novillos pa' que los coman los que viven en ese valle; viento pa' que hayga lluvia y serpientes pa' asustar a los indios que nu'han bajado allá, a ese valle donde lo que hay que hacer lo hace casi todito la máquina.

—¿Usted no se asusta con la serpiente de agua que vive en las lagunas de altura? Amaru le llaman. Usted sabe.

—Quizá, si se me presenta; pero dicen que a los choferes esos animales les tienen asco o miedo.

—¿No será este valle de Nazca una serpiente Amaru que ha vomitado el Arayá?

—Es decir... Así es —contestó el chofer—. Sin el agua que hace el viento ese de la montaña Arayá, este valle no habría. De Cerro Blanco al mar no habría sino lo más muerto del desierto, qui'así le llaman a esa arena donde todo corazón, dicen, se seca. Nu'hay animales allí. Pero en el valle el agua hace reventar la semilla como balazo. Así es.

*Yo soy chofer por vida,
el Chiaralla es mi valle,
mi «Comanche» es por vida...*

Empezó a cantar un huayno mientras el camión, que llevaba sobre la caseta el nombre de «Comanche» en letras negras, entraba a la bajada más polvorienta y calurosa de la ruta. Los novillos empezaron a acezar y a ser golpeados contra las bandadas del camión. Estos desiertos montañosos de la cabezada de la costa del Perú son más crueles para cualquier animal que llevan a matar que las candentes llanuras de arena.

Encajonado por los abismos secos, respirando polvo, Santiago le hizo una pregunta al chofer cuando terminó de cantar:

—En estos valles, también, donde tan difícil se llega y es diferente todo lo que se ve, ¿la mujer, también...?

—La mujer, en donde quiera, está hecha para que el hombre goce, pues —le contestó don Antonio, con tono convencido.

—Y ella sufre, llora.

—Así es. Con voluntad, sin su voluntad, por el mandato de Dios, la mujer es para el goce del macho. En cambio el hombre tiene que alimentar a la familia, a los hijos que ha hecho parir a la mujer. Y eso, también, parir también, es sufrimiento fuerte. Así digo yo: ¡pobrecita la mujer! Yo creo, muchacho, que la puta a veces goza más que la mujer d'iuno. Todavía recibe su plata. En Nazca, en Ica hay putas cariñositas. La mujer d'iuno ¿cuándo va a acariñar al marido? Eso se ve mal, hijo. La esposa tiene que echarse quietecita y tú también con respeto...

—¿Con respeto...?

—Claro. Si uno nu'está borracho, lo más un abrazo. Porque estando borracho no hay, pues, control. Se agarra a la mujer con fuerza. Y ella, pobrecita, llora, rabia...

—Reza.

—Eso no. ¿Quién mujer va rezar teniendo un hombre encima?

—Yo he oído, don Antonio, cuando era chico.

—Tendría la culpa la mujer, hijo. Porque, como sea, la esposa tiene que aguantar.

Se quedó pensativo. La montaña de arena, por un costado del camino y las rocas feas, no lucidas sino cubiertas de polvo, del otro lado de la quebrada, ardían sordamente, como bebiendo el sol para lanzarlo después sobre el cuerpo de los animales y de la gente, en forma de sed, de quemazón por dentro, no como el sol de la altura.

—Mira, muchacho... Yo me acuerdo... Por las queridas uno hace cualquier hazaña, sea dicha. Pasar de noche un río caudaloso; sí, pues, a caballo, nadando como demonio sobre la corriente que tiene crestas; escalar paredes grandes, bien difíciles. Y la querida está entre la puta y la esposa bendecida... Y uno también, está entre el infierno y el cielo, gozando. Uno, pues, puede hacer esas cosas que dicen que están contra la Iglesia. Porque ella, la querida, no es casada o tú no eres casado; porque si los dos son casados, ya eso es el infierno purito. Digo... por las queridas uno hace hazañas lindas, por la santa esposa es obligación tranquila. Sólo cuando hay borrachera. Yo... hijito, le pego a mi mujer cuando estoy borracho, duro le doy y después, me echo sobre ella como cerdo mismo. Y ella llora y

¡Jesús me perdone!, pero me abraza llorando y todo. ¡Las cosas que hay! En eso de juntarse con la mujer, el hombre no es hijo de Dios, más hijo de Dios son los animalitos. Hay confusión cuando uno quiere meterse con una mujer...

—¿Y el enamoramiento, don Antonio?

—Sí, pues, sólo cuando estás muchacho, como tú, o menos quizás. Pero desde el momento en que tú ves cómo es la cosa de la mujer, la ilusión se acaba.

—Sí, don Antonio.

—Los ojos de la mujer, hasta sus manos, su pelo también, es obra de nuestro Dios, pero su cosa... ¡ahí está el asunto enredado! Porque el cura dice que es el pecado más mortal, según el caso. Y el hombre quiere ver la cosa de la mujer, quiere mucho y... en cuanto la ve, ansias como de purgatorio, quizás de infierno, te atacan. Te quitan la ilusión, hijo, la sangre se te envenena de vicio. ¿Qué es vicio? Dicen. Vicio es gozar más de lo debido y como es debido. Pero ahí está el goce grande, hijo, el goce que te quema el hueso ¡y uno se vuelca en lo más dulce como en ceniza del demonio! Así estamos en la sierra. En la costa dicen que es pior. Yo digo que no. Porque con una puta tú haces todo, todo. Pagas tu platita. Y la conciencia limpia. Pa' eso es la puta. ¡Sea Dios Bendito!

—¿Por la plata? La mujer también, don Antonio,

¿por la plata?

—La verdad, muchacho. Ahí es claro todo. Ni más ni menos que entrar a una fonda y pedir un hígado a la parrilla bien aderezado. La boca goza, está gozando fuerte tu lengua, tu cuerpo se alegra ¿y?, pagas con billetes; el dueño de la fonda también goza con tu dinero. Es negocio limpio.

—La mujer que es puta me han dicho que es triste, como el condenado que anda en las nieves de las cordilleras, aullando.

—Te habrán dicho. Yo no sé más que eso, que ella dice palabras como dulce en tu oreja. Y se cinturea, ¡caray!, bonito. Quizás, quién sabe, en la semilla de su corazón sea triste. Yo eso no puedo ver. ¿Quién puede ver? Algún corrompido que no paga, que abusa, algún culebra de ojos como veneno. De todo hay en la vida. Dicen que ven el alma. Será, pues. Yo voy de buen corazón, de ánimo limpio a los burdeles.

—Don Antonio: ¿y por qué tanto bendicen a la madre, al padre... al hijo? ¿Si usted dice...?

—Ahí, ahí está. Con la puta, con la querida, entras sólo por... el gusto de la maldita cosa que se te despierta y te hace cerrazón en el alma que decimos. Con la esposa bendita es por el hijo, aunque seas un borracho lleno de cacana del diablo. Ahí está la bendición del matrimonio. Una cosa es en la cama

bendecida por el cura y por los padres de uno. Ahí con respeto, con delicadeza... Sí, el pior asco del hombre que es el sexo hace nacer al hijo... que uno quiere más que a los cielos y a las estrellas...

Detuvo el camión. Habían llegado al valle. La rama de un árbol se extendía sobre el camión. Y se oía un canto feliz, como si el fuego de las arenas y las rocas, de tanto haberse arrebatado, de haber quemado al viajero, se hubiera arrepentido y le diera al cansado animal y a la gente agua pura, voz de inocencia llameante, nueva, limpia de tristeza y de solemnidad, para el viajero que llega de las sierras tan bravas y con tanto nubarrón en el recuerdo...

—Es el chaucato, hijo. Ese pajarito es como el valle de la costa, pura alegría, pura calor de ánimo. Tú, no sé cómo, no sé por qué, me has hecho hablar. Las queridas no deben parir el hijo d'iuno que es casado. ¿Sabes? Este pajarito que canta, volando de árbol en árbol, mostrando la pluma blanca que tiene en el rabo como una banderita del Dios verdadero, ve a la víbora. Es enemigo de la víbora. Así también el alma y la cosa de la mujer; así también el hombre y su pene que dicen son contra. Por eso, entre el hombre y la mujer salen varios enriedos. Algunas queridas se encaprichan por tener hijo y ese hijo sale de sangre caliente, como la víbora. Así soy, yo... chofer. Mi padre es el viejo Aquiles...

—¿El patrón de la lavandera borracha que a mí me ha ensuciado de por vida?

—Así es. Te habrá desvirgado... Oigamos el cantito del chaucato. Primera vez..., primera vez que se me sale decir. ¡Yo no soy López, yo soy hijo de la porquería que hierve cuando cuerpo de hombre y de mujer no bendecidos se machucan por fuerza del infierno! Echan baba, como cuando se montan chanco y chancha. Pero yo... así como soy tengo un hijo... Se llama Marianito. Es mismo como el canto del chaucato y él mata todas las víboras que andan por mi cuerpo... A ver..., ¡los novillos!

Uno de los toros estaba semicolgado de la alta baranda del camión. Tenía los ojos abiertos, blancos, atracados de polvo, y las moscas zumbaban ya, rodeando su cabeza.

—¡Maricón! ¡Hijo de burra...!

El chofer arrancó una rama del árbol y empezó a punzarle en los ojos al novillo muerto.

—¡Te matara, carajo!

Dio una vuelta al camión y trató de meter la rama bajo el rabo de la bestia.

—Así, como dicen que ese viejo le hizo a mi madre...

Oyó una especie de quejido detrás. Encontró a Santiago que lo miraba. Alzó el palo y con el brazo en alto gritó a los ojos del muchacho.

—¿Inocente? Pareces. Todos estamos maldecidos, menos mi hijito. ¡Anda al río! Tray agua para los otros maricones. Tú me hiciste olvidar con tu conversación. Mi madre ha andado por caminos de sangre purita ¡por mí que tengo víbora que ella me sembró!

Y deshizo el palo en la baranda del camión, lo convirtió en pedazos de un solo golpe. Los otros novillos dormitaban.

—¡Vamos por agua, Santiaguito, vamos apurando!

Atravesaron un campo de algodón y un extenso arenal, llorando. El chofer de rostro erizado, de barba semicrecida, empezó a llorar primero, antes que el muchacho, pero sin detenerse.

—Con qué ansias tomas agua para morir mañana —le dijo el gran chofer a uno de los toros, mientras los chaucatos cantaban, incendiando la vida de música, de claridad.

—Esta noche te hey de llevar al burdel. Ya eres mi amigo, mi más amigo. ¡Tan muchacho, tan sufrido, tan pendejo! —dijo don Antonio, mientras hundía el pie en el embrague del camión.

—Felizmente está el chaucato, señor; por él conocemos en nuestro llorar que hay la esperanza.

—Esperanza de abrazarse a una puta después que uno ha llorado como maricón, pior que el novillo muerto. Ahora cierra el pico.

Lo obligó a ir al burdel.

—Yo conozco la casa de la comadre de tu papá. Te llevo después. Si no quieres, no quieres. Pero me vas a ver bailar a mí el baile de los afrocubanos, con mujeres que están libres, como quien dice, que hacen lo que quieren, porque están en el reino del demonio, no pues de la Iglesia.

Santiago se quedó sentado en una silla bajo la luz roja de una lámpara.

Todas las mujeres se parecían en algo a la borracha, sólo a ella. Eran muy distintas de la chuchumeca de Santa Ana que lloró en el horno viejo, porque chuchumeca también quiere decir puta. Toda la pieza olía a ruda; pero por debajo de la ruda otro olor sentía el muchacho, como a sudor e incienso. Don Antonio bailaba con una mujer alta; él la besaba en el cuello, parecía que la mordía como culebra, y la mujer reía.

—¡Quítate de ahí, palomilla! —le dijo a Santiago un hombre gordo que llevaba del brazo a una negra.

—¡Bailemos mejor, gordito rico...!

La negra le tapó la boca al gordo. Otra mujer fue hacia el jovenzuelo. Era delgada, joven, olía a perfume fuerte.

—Anda, vete de aquí o acuéstate conmigo. No te

cobro; por amor no se cobra.

Lo tomó de las manos y lo sacó de la pieza, lo llevó hacia un pasadizo angosto.

—Mira —le dijo—. Aquí, el que quiere lo hace con la puerta abierta.

El pasadizo olía a incienso y ruda mezclados. Santiago salió corriendo. Había visto un inmenso cuerpo de mujer, blanco, desnudo, con las piernas abiertas, tendido sobre una cama.

No pudo ir lejos. Se quedó sentado al final de la acera de cemento, donde la ciudad concluía. Metió la cabeza entre las rodillas y pudo recordar la alfalfa florecida de la hacienda, de esa finca escondida entre montañas de roca límpida donde gotea el agua, donde repercute la voz del río. Y el rostro de Hercilia, como espejo de oro en que está brillando la nieve del Arayá que purifica, que cría arañas transparentes.

El chofer lo encontró inmóvil, acurrucado. Sin decir una palabra, lo guió hasta la casa de la señora Rosa. Tarde de la noche tocaron la puerta con una piedra.

—Sí —dijo una voz de mujer—. Ha llegado un telegrama. Ya está el cuarto para el joven Santiago.

El chofer se persignó. «He estado con putas, Dios», dijo, y el joven oyó claramente la frase.

—Su mano está sucia, ¿no? —le preguntó.

—Otra cosa está sucia. Usted... Mejor, oiga.

Santiaguito, métase pronto, no respondo...

Un pequeño árbol de naranjo exhalaba perfume en la humedad del estrechísimo patio de la casa.

Santiago se quitó el sombrero y saludó al gran chofer.

—Adiós, adiós, don Antonio.

Don Antonio también se quitó el sombrero delante del muchacho.

El forastero (1972)

El barranco

En el barranco de K'ello-k'ello se encontraron, la tropa de caballos de don Garayar y los becerros de la señora Grimalda. Nicacha y Pablucha gritaron desde la entrada del barranco:

—¡Sujetaychis! ¡Sujetaychis! (¡Sujetad!).

Pero la piara atropelló. En el camino que cruza el barranco, se revolvieron los becerros, llorando.

—¡Sujetaychis! —Los mak'tillos Nicacha y Pablucha subieron, camino arriba, arañando la tierra.

Las mulas se animaron en el camino, sacudiendo sus cabezas; resoplando las narices, entraron a carrera en la quebrada; las madrineras atropellaron por delante. Atorándose con el polvo, los becerritos se arrimaron al cerro; algunos pudieron volverse y corrieron entre la piara. ¡La mula nazqueña de don Garayar levantó sus dos patas y clavó sus cascos en la frente del Pringo! El Pringo cayó al barranco, rebotó varias veces entre los peñascos y llegó hasta el fondo del abismo. Boqueando sangre murió a la orilla del riachuelo.

La piara siguió, quebrada adentro, levantando polvo.

—¡Antes, uno no más ha muerto! ¡Hubiera gritado, pues, más fuerte! —Hablando, el mulero de don Garayar se agachó en el canto del camino para mirar el barranco—. ¡Ay, señorcito! ¡La señora nos latiguará; seguro nos colgará en el trojal!

—¡Pringulchallaya! ¡Pringucha!

Mirando el barranco, los mak'tillos llamaron a gritos al becerrito muerto.

La Ene, madre del Pringo, era la vaca más lechera de la señora Grimalda. Un balde lleno le ordeñaban todos los días. La llamaban Ene, porque en el lomo negro tenía dibujada una letra N, en piel blanca. La Ene era alta y robusta; ya había dado a la patrona varios novillos grandes y varias lecheras. La patrona la miraba todos los días, contenta:

—¡Es mi vaca! ¡Mi mamacha! (¡Mi madrecita!).

Le hacía cariño, palmeándola en el cuello.

Esta vez, su cría era el Pringo. La vaquera lo bautizó con ese nombre desde el primer día. El Pringo, porque era blanco entero. El mayordomo quería llamarlo Misti, porque era el más fino y el más grande de todas las crías de su edad.

—Parece extranjero —decía.

Pero todos los concertados de la señora, los becerreros y la gente del pueblo lo llamaron Pringo. Es un nombre más cariñoso, más de indios, por eso quedó.

Los becerreros entraron llorando a la casa de la señora. Doña Grimalda salió al corredor para saber. Entonces los becerreros subieron las gradas, atropellándose; se arrodillaron en el suelo del corredor; y, sin decir nada todavía, besaron el traje de la patrona; se taparon la cara con la falda de su dueña, y gimieron, atorándose con su saliva y con sus lágrimas.

—¡Mamitay!

—¡No pues! ¡Mamitay!

Doña Grimalda gritó, empujando con los pies a los muchachos.

—¡Caray! ¿Qué pasa?

—Pringo pues, mamitay. En K'ello-k'ello, empujando mulas de don Garayar.

—¡Pringo pues! ¡Muriendo ya, mamitay!

Ganándose, ganándose, los dos becerreros abrazaron los pies de doña Grimalda, uno más que otro; querían besar los pies de la patrona.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi becerrito! ¡Santusa, Federico, Antonio...!

Bajó las gradas y llamó a sus concertados^[*] desde el patio.

—¡Corran a K'ello-k'ello! ¡Se ha desbarrancado el Pringo! ¿Qué hacen éstos, amontonados allí? ¡Vayan por delante!

Los becerreros saltaron las gradas y pasaron al zaguán, arrastrando sus ponchos. Toda la gente de la señora salió tras de ellos.

Trajeron cargado al Pringo. Lo tendieron sobre un poncho, en el corredor. Doña Grimalda lloró largó rato, de cuclillas junto al becerrito muerto. Pero la vaquera y los mak'tillos, lloraron todo el día, hasta que entró el sol.

—¡Mi papacito! ¡Pringuchallaya!

—¡Ay, niño, súmak'wawacha! (¡Criatura hermosa!).

—¡Súmak'wawacha!

Mientras el mayordomo le abría el cuerpo con su cuchillo grande; mientras le sacaba el cuerito; mientras hundía sus puños en la carne, para separar el cuero, la vaquera y los mak'tillos seguían llamando:

—¡Niñucha! ¡Por qué, pues!

—¡Por qué, pues, súmak'wawacha!

Al día siguiente, temprano, la Ene bajaría el cerro

bramando en el camino. Guiando a las lecheras vendría como siempre. Llamaría primero desde el zaguán. A esa hora, ya goteaba leche de sus pezones hinchados.

Pero el mayordomo le dio un consejo a la señora.

—Así he hecho yo también, mamita, en mi chacra de las punas —le dijo.

Y la señora aceptó.

Rayando la aurora, don Fermín clavó dos estacas en el patio de ordeñar, y sobre las estacas un palo de lambras. Después trajo al patio el cuero del Pringo, lo tendió sobre el palo, estirándolo y ajustando las puntas con clavos, sobre la tierra.

A la salida del sol, las vacas lecheras estaban ya en el callejón llamando a sus crías. La Ene se paraba frente al zaguán; y desde allí bramaba sin descanso, hasta que le abrían la puerta. Gritando todavía pasaba el patio y entraba al corral de ordeñar.

Esa mañana, la Ene llegó apurada; rozando su hocico en el zaguán, llamó a su Pringo. El mismo don Fermín le abrió la puerta. La vaca pasó corriendo el patio. La señora se había levantado ya, y estaba sentada en las gradas del corredor.

La Ene entró al corral. Estirando el cuello, bramando despacito, se acercó donde su Pringo; empezó a lamerle, como todas las mañanas. Grande le lamía, su lengua áspera señalaba el cuero del

becerrito. La vaquera le maniató bien; ordeñándole un poquito humedeció los pezones, para empezar. La leche hacía ruido sobre el balde.

—¡Mamaya! ¡Y'astá, mamaya! —llamando a gritos pasó del corral al patio, el Pablucha.

La señora entró al corral, y vio a su vaca. Estaba lamiendo el cuerito del Pringo, mirándolo tranquila, con sus ojos dulces.

Así fue, todas las mañanas; hasta que la vaquera y el mayordomo se cansaron de clavar y desclavar el cuero del Pringo. Cuando la leche de la Ene empezó a secarse, tiraban no más el cuerito sobre un montón de piedras que había en el corral, al pie del muro. La vaca corría hasta el extremo del corral, buscando a su hijo; se paraba junto al cerco, mirando el cuero del becerrito. Todas las mañanas lavaba con su lengua el cuero del Pringo. Y la vaquera la ordeñaba, hasta la última gota.

Como todas las vacas, la Ene también, acabado el ordeño, empezaba a rumiar, después se echaba en el suelo, junto al cuerito seco del Pringo, y seguía, con los ojos medio cerrados. Mientras, el sol alto despejaba las nubes, alumbraba fuerte y caldeaba la gran quebrada.

Orovilca

El chaucato ve a la víbora y la denuncia; su lírica voz se descompone. Cuando descubre a la serpiente venenosa lanza un silbido, más de alarma que de espanto, y otros chaucatos vuelan agitadamente hacia el sitio del descubrimiento; se posan cerca, miran el suelo con simulado espanto y llaman, saltando, alborotando. Los campesinos acuden con urgencia, buscan el reptil y lo parten a machetazos. Los chaucatos contemplan la degollación de la víbora y se dispersan luego hacia sus querencias, a sus árboles y campos favoritos. Si la víbora no es alcanzada por los campesinos, los chaucatos se resignan, cambian la voz lentamente, del tono de horror a su cristalina música; y vuelan abriendo y cerrando las alas, como cayendo y levantándose en línea quebrada, a la manera de sus primos, el chihuillo y el guardacaballo costeños, y el zorzal andino.

El chaucato es campesino; no va a los árboles de las ciudades; es pardo jaspeado, de pico fino y largo. La víbora se arrastra sobre el suelo polvoriento del valle; traza líneas visibles en la tierra.

Cierta tarde, sobre uno de los grandes ficus que dan sombra al claustro del Colegio, cantó un chaucato. Su voz transmitía el olor, la imagen del ingente valle. Los internos jugaban o charlaban. Salcedo se acercó, sorprendido, junto a una columna. Gorjeó nuevamente el pájaro; el cielo dorado recibió la música y se hizo transparente, bañado por el débil canto. Varios alumnos corrieron en el patio, persiguiéndose a gritos, y el chaucato se fue.

Salcedo vino adonde yo estaba.

—He observado que escuchaba usted como yo — me dijo.

—Sí; se parece al zorzal. Nunca lo había oído cantar en la ciudad.

Salcedo me causaba turbación, más que a los otros compañeros del Colegio.

—Es muy extraño que haya venido a cantar aquí —dijo—. Quisiera hablarle de este pájaro; pero es usted muy callado, y es con quien deseo charlar siempre.

—Nadie le escucha como yo, Salcedo; aunque me

faltan palabras para contestarle bien.

Yo era alumno del primer año, un recién llegado de los Andes, y trataba de no llamar la atención hacia mí; porque entonces, en Ica, como en todas las ciudades de la costa, se menospreciaba a la gente de la sierra aindiada y mucho más a los que venían desde pequeños pueblos.

—El chaucato es un espécimen real; me refiero a la realeza, no a las cosas —Salcedo hablaba inspiradamente, sin mirar casi a su interlocutor—. El chaucato es un príncipe como de los cuentos. Debe ser algún genio antiguo, iqueño. Es quizás el agua que se esconde en el subsuelo de este valle y hace posible que la tierra produzca tres años, a veces más años, sin ser regada. En el fondo de la tierra, en los núcleos adonde quizá sólo llega la raíz de los ficus muy viejos, hay agua cristalina y fecunda, cargada de la esencia de millones de minerales y de los cuerpos carbónicos por los que se filtró a la manera de un líquido brujo. La voz del chaucato es el único indicio que bajo el sol tenemos de esa honda corriente. Yo vi que usted fue tocado por el mensaje. El mensajero es digno de su origen, de su autor. ¿Por qué el chaucato descubre en el polvo a la víbora, que es del color del polvo y hecha de fuego maligno? ¡La oposición absoluta! La víbora brota de una parte especial, negada, del polvo, que a su vez aprehende los rayos

del sol, de la parte maligna del sol. ¡El agua la niega; apaga el ardor! Porque en la oscura entraña, bajo la tierra, el agua fresca, por la temperatura, la soledad y el largo proceso de empurecimiento, adquiere el poder extremo, la belleza extrema. ¡El canto que hemos oído!

Yo presentía que al ver hablar tan largamente a Salcedo, y más, conmigo, vendría Wilster a escucharlo, a buscar algún motivo para provocarlo.

Vino. Lo acompañaba Muñante. Se detuvieron detrás de mí, frente a Salcedo. Pero él, como siempre, los ignoró. Aparecieron, los dos, retratados en los grandes ojos de Salcedo; yo los veía y me sentí intranquilo. Salcedo siguió hablando con la sapiencia e inspiración que eran en él tan naturales.

—No conozco al zorzal. Sé que es pardo muy oscuro y de pico amarillo. Debe tener la misma naturaleza especial que el chaucato. Me gustaría oírlo cantar en los valles profundos donde vive. ¿Ha escuchado usted al chaucato al borde del valle de Nazca o Palpa, allí donde montañas rocosas y no sólo el arenal circundan los campos sembrados? El color del chaucato es semejante al de las rocas de la cordillera seca de los Andes gastados que se acercan al mar. En esos valles angostos, un chaucato canta posado en lo alto de un sauce, cerca de un monte de rocas cubiertas de polvo. Y vibra el fondo en que su

pequeño cuerpo se distingue apenas por su jaspeado. El color del desierto, de los arenales sueltos que beben el sol y se recrean ardiendo, está muy cerca, a dos pasos. El chaucato nunca ha cruzado el desierto que separa un valle de otro. No sería una buena experiencia llevarlo en una jaula. A mí, en la niñez, me llevaron por las pampas de Huayuri, a caballo. Los rodantes arenales, el silencio y el calor, tantos, no debiera sentirlos el hombre en tan tierna edad...

—¡Basta ya! —gritó Wilster a mi espalda—. ¡Charlatán, lora de Nazca!

Y se acercó hasta topar casi su cabeza con la de Salcedo. Corrieron todos los internos hacia el sitio donde estábamos.

Wilster tenía ojos un poco saltados; era alto y fornido, el más corpulento de los alumnos del quinto año.

Salcedo lo empujó un poco y pudo paralizarlo inmediatamente. ¿Qué influencia ejercía este joven, tan súbita, sobre profesores y estudiantes?

—Mire, Wilster, creo que debo pelear con usted, formalmente —le dijo—. Ha acumulado un furor clamoroso, ¿no es cierto? A la noche hay luna. Usted y yo, solos, nos quedaremos detrás de los silos. El único lugar tranquilo para estos sucesos. Yo aseguraré la puerta, y nadie entrará. Pero lucharemos con un *mínimum* de decencia. Medio cuerpo desnudo.

Nada de cabezazos, de patadas en el suelo. Usted puede cebarse en mí, quizá le dé la oportunidad, o quizá le rompa la nariz o le reviente más los ojos.

—¡Lo que buscaba! —exclamó Wilster—. Y tras los silos. ¡Quizá yo te meta dentro! Y desde abajo recitarás tus sabidurías, con la boca llena de «esencia». Gran entierro para un futuro Presidente de la República. ¡Muñante; vámonos! —le dijo a su amigo—; después de tantos días de trabajo he conseguido que este...

No pudo pronunciar las otras palabras, porque todos los internos lo mirábamos. Alzó la cabeza con ademán despectivo, hizo una señal con la mano a Muñante para que lo acompañara, y se fue caminando lentamente. Atravesó el patio; se apoyó en uno de los maderos de la barra, bajo las ramas inmensas del ficus que se elevaba en esa esquina; saltó a la barra e hizo varias flexiones rapidísimas. Al bajar no miró al grupo. Muñante estaba pendiente de él. Volvió a tomarlo del brazo y se lo llevó al corral de los silos. Desaparecieron.

Salcedo sonreía, todos los internos lo miraban con preocupación. Cuando Wilster y Muñante entraron al corral, Gómez, el cetrino, le dijo a Salcedo:

—Yo seré el juez.

Los colegiales no encontrábamos cómo decirle

algo a Salcedo. Tenía una frente alta; sus cabellos muy ondulados se levantaban como pequeñas olas. Su nariz recta, semejante a la de las máscaras de Herodes que usaban en mi aldea para la representación del día de los Reyes, era armoniosa, como la amplitud y la forma de su frente. La sombra de las altas ramas del ficus llegaba a su rostro. Era el único alumno a quien todos los colegiales le hablaban de usted.

—Yo creo que usted deberá ser el juez; Wilster lo respetará —contestó Salcedo.

Gómez era el campeón de atletismo en Ica. Su nariz rara, con un caballete increíble, que parecía tener filo; sus ojos hundidos, sus pómulos huesudos y los carrillos descarnados, daban a su rostro un aire de ave de rapiña; pero sus negrísimos ojos eran tiernos e infantiles. Gómez hablaba poco. Era cetrino amarillento; sus brazos y piernas eran largos y delgados. Saltaba y corría con agilidad regocijadora. Los niños lo engreían. Su frente tan estrecha tenía algo que hacer con el brillo infantil de sus ojos. Se elevaba en los saltos recogándose como una araña. En las carreras dejaba atrás a sus competidores, desde los primeros tramos. Sus pasos parecían saltos; los niños los marcaban con rayas y se enorgullecían cuando alcanzaba la distancia, en saltos con impulso.

Cuando él propuso: «Yo seré el juez», disipó la intranquilidad que nos aislaba a todos.

Como una grúa de acero fino, Gómez levantaría a Wilster del cuello, si pretendía emplear en la lucha alguna maña traidora. ¡Ellos tres! La mayor parte de los colegiales celebraron la respuesta de Salcedo con un grito.

Pero Gómez no iba a pelear, iba a ser sólo el juez. Nadie empleó la palabra árbitro o *referee*. Y la intervención de Gómez hacía segura la realización del encuentro. ¿En qué favorecía a Salcedo? ¿En qué lo favorecía, si Wilster era más fuerte que él, era valiente y estaba envenenado por la ira?

—Hasta luego, jóvenes —dijo Salcedo. Y empezó a pasearse a lo largo de uno de los corredores del claustro.

«Le va a destrozar la cara —pensaba yo—. Tratará de sacarle sangre de la nariz, de partirle los labios, de cortarle las cejas; de desfigurarlo».

Salcedo acostumbraba caminar en el claustro, solo, durante horas. Los días domingo y de fiesta él se quedaba en el Colegio, y leía, mientras paseaba; se detenía a instantes y meditaba. No, no era una simulación; veíamos que meditaba, y luego reiniciaba su paseo. Los profesores le permitían hablar en las clases, a él únicamente. Demostraba teoremas y resolvía problemas de Física, explicando el proceso

con fría modestia. A veces ocupaba las horas íntegras de las clases de Historia y Filosofía. Ni los alumnos, ni los maestros se sintieron afectados en nada por las intervenciones de Salcedo. El profesor de Historia era un gran hacendado, doctor en Letras y taurófilo; le llamaban Camión, porque era alto e inmenso; su voz era un trueno acuoso y regocijante. «¡A ver, el ilustre Salcedo! Usted tiene ideas propias y muy profundas: considera usted a Bolívar y a Hércules como demonios del orgullo; me lo dijo por escrito. Discutamos para satisfacción nuestra y de los “pequeños” alumnos. Yo pienso que Bolívar...». Y discutían. Cuando tocaban la campana, cerraban la puerta del salón y la discusión continuaba.

Los domingos, de seis a ocho de la noche, la banda municipal ofrecía una retreta en la plaza de armas. Salcedo iba de vez en cuando al parque a oír la música. Unos carteles gigantes colgaban a esa hora en la fachada del cine. Los altos y frondosos ficus enlazan sus ramas en el aire y cubren de infinita sombra, la más clemente, el parque de esa ciudad que flota sobre fuego.

Salcedo caminaba en el parque, lentamente, a orillas de los grupos de jóvenes que llenaban las aceras. Lo conocían todos. Había logrado interesar aun a las grandes familias de la ciudad.

—¡Qué frente tiene!

—¡Qué frente tan ancha!

—¡Ésa sí es frente de sabio! —exclamaban, mirándolo con curiosidad no disimulada.

Los alumnos del quinto año usaban entonces bastón, guantes y sombrero ribeteado, de fieltro. La moda para el traje era exagerada; un pantalón, llamado Oxford, muy ancho y largo, que cubría casi los zapatos; en cambio el saco era ceñido y corto. Los jóvenes del quinto año, hijos de gente adinerada, hacían brillar este conjunto con el cual se pavoneaban, especialmente los días domingos. En el internado, el prepararse para salir a la calle duraba una o dos horas. Salcedo no acató esa moda; vestía al modo corriente, y siempre de dril. No usaba sombrero; quizá por eso era tan observada su brava cabeza, su cabellera levantada y su frente.

Luego de dar una o dos vueltas en el parque principal, iba a los barrios, y se quedaba a pasear en algunas de las otras dos plazas de la ciudad, que eran más pequeñas, sombreadas de ficus menos añosos y de ramas menos espesas.

Estas plazas de los barrios no estaban bien alumbradas ni limpias; las semillas de los árboles se amontonaban en el suelo o en las aceras de losetas; crujían bajo los pies de los transeúntes. Casas de un solo piso, bajas, de paredes ondulantes, pintadas cada una de color diferente: rosado, azul, verde o

naranja, parecían formar un marco risueño a las filas cuadrangulares de los grandes árboles. Durante el día, con el sol, en las bajas fachadas resplandecen los colores y los ficus mecen lentamente sus ramas pesadas. De noche, en el centro de la plaza, lucía la luz de la luna o de las estrellas, porque las ramas de los ficus no se entrelazan, como en la plaza mayor.

Casi todos los domingos, a la hora de la retreta, veía a Salcedo caminar solo en la acera principal de algunos de estos parques silenciosos. No se sentaba en los bancos de madera; prefería, a veces, reclinar su cuerpo por unos instantes en el tronco de un ficus, y continuaba, después, caminando. La sombra extensa de los ficus cubría la fachada de las pequeñas casas, aumentaba la oscuridad.

En el valle de Ica, donde se cultiva la tierra desde hace cinco o diez mil años, y cerca de la ciudad, hay varias lagunas encantadas. La Victoria es la más pequeña; la rodean palmeras de altísimos penachos, y el agua es verde, espesa: natas casi fétidas flotan de un extremo a otro de la laguna. Es honda y está entre algodonales. Aparece singularmente, como un misterio de la tierra; porque la costa peruana es un astral desierto donde los valles son apenas delgados hilos que comunican el mar con los Andes. Y la tierra

de estos oasis produce más que ninguna otra de América. Esto es polvo que el agua de los Andes ha renovado durante milenios cada verano.

En los límites del desierto y el valle están las otras lagunas: Huacachina, Saraja, La Hueva, Orovilca.

Altas dunas circundan a Huacachina. Lago habitado en la tierra muerta, desde sus orillas no se ve en el horizonte sino montes filudos de arena. Es extensa y la rodean residencias y hoteles en cuyos patios han cultivado flores y árboles. Ficus gigantes refrescan el aire y dan sombra. Contra la superficie de arena, la fronda murmurante de estos árboles profundos se dibuja. Y quien está bajo su protección, siente en el rostro, sobre los ojos, su paternal, su fría lengua; porque las dunas tienen su cimiento en esta orilla arbórea, y el ardor de las arenas estalla en derredor, como un anillo. La gente nada o chapotea en el agua de la laguna, también espesa y de olor penetrante; chapotean y juegan como animales regocijados por estos contrastes, que en lugar de abrumarlos, los calman, los acarician, les dan una gran alegría. Algunos tullidos, los viejos, los llagados, y otros enfermos de las vísceras se sienten resucitar al estímulo de tanto fuego, de tan extraño mundo. Y vuelven por años desde lejanas ciudades.

Orovilca significa en quechua «gusano sagrado».

Es la laguna más lejana de la ciudad; está en el desierto, tras una barrera de dunas. Salcedo iba a bañarse a Orovilca los días domingos por la tarde, en la primavera. Yo lo acompañé algunas veces. Íbamos por los caminos de chacra, porque entre la ciudad y Orovilca no había carretera.

—Caminar en el polvo, entre caballos y peatones, diez horas, veinte horas, no importa —decía—. Los largos caminos pavimentados, empedrados, me abruman. Y no me agrada Huacachina. La ostentación humana me irrita. El pequeño camino, entre sembrados y arbustos, no entre árboles alineados por el hombre, es liberador. En cambio, andar en el desierto, sobre la arena suelta, es una vía segura para buscar la muerte.

Llevábamos una sandía al hombro, cada uno. Salcedo no perdía su compostura a pesar de ir cargando la sandía a la manera de los campesinos. Conversaba con la naturalidad y animación de siempre.

Escalábamos las dunas silenciosas, como dos pequeños insectos de andar lento. Tramontando las limpias cimas bajábamos a la hondonada de arena en que está el pequeño lago; volcán de agua la llaman, porque es un estanque fresco entre lenguas de arena, quemantes o heladas, de inmortal blancura.

Llegábamos a la orilla de la laguna y Salcedo

partía inmediatamente la sandía. Cortaba grandes trozos de la pulpa roja, y la bebía con un apresuramiento que me parecía locura.

—La sed que tengo —me explicó una vez— no debe venir únicamente de mis entrañas, sino de alguna otra necesidad antigua. En Nazca, a estas horas, mi padre se expone al fuego del valle; trota catorce horas diarias recorriendo la hacienda de su patrón. Él cree ser dichoso. Yo he caminado por el cauce del río millares de días, para ir a la escuela. El fuego debiera atraerme, pero no en forma de sed. A veces sospecho que un can mítico vive en mí. El espíritu del río cuyo cauce arde diez meses y brama dos en esa agua terrosa. ¡Pero estos patos de Orovilca, que tienen la cresta roja y nadan con tanta armonía, felizmente existen!

Orovilca no tiene aguas densas, puede brillar; la superficie de las otras es opaca. No hay ficus, ni laureles, ni flores; la orillan árboles y yerbas nativas. Huarangos de retorcidos tallos, ramas horizontales y hojas menudas que se tienden como sombrillas; arbustos grises o verdes oscuros que reptan en la base de las dunas, y totorales altos, espesos, de honda entraña, desde donde cantan los patos.

Los huarangos dejan pasar el sol, pero quitándole el fuego. Árbol nativo del campo, el hombre se siente allí, bajo sus troncos y rodeado del mundo seco y

brillante, como si acabara de brotar de Orovilca, del agua densa, entre el griterío triunfal de los patos.

Salcedo se tendía de espaldas en la laguna y flotaba durante largo rato. Una arenilla dorada forma ondas difusas en la playa. Es un oro húmedo, opaco; sobre esta superficie metálica encontraba gusanos de caparzones azuladas, pequeños escarabajos y lombrices; luego me echaba a nadar, braceando, y un halo de agua verde me rodeaba.

Volvíamos cuando el sol tocaba la cima de las montañas de arena. Cruzábamos el trozo de desierto que separa el valle de la laguna, sin hablar.

Salíamos de la hondonada, y el valle aparecía como un rumoroso mundo, recién descubierto, un oasis donde los pájaros hablaran. Porque la luz del crepúsculo embellece a los seres en la costa, les transmite su armonía, su plácida hondura; no los rasga y exalta como los torrentes de lobreguez y metales llameantes de los crepúsculos serranos.

Salcedo hundía su mirada en el gran campo negruzco y en los confines donde aparecían los Andes; se detenía junto a los grupos de palmeras que crecen sin dueño a la orilla del valle, en la arena, y en los caminos. Arrojando piedras bajábamos algunos dátiles de los elevados racimos.

—¡Qué cabellera tienen las palmeras de Ica! — exclamó Salcedo la última vez que fuimos a Orovilca

— Éste es el único valle de América donde caminaron durante unos años los dromedarios y camellos de África. Las arenas de la costa peruana se hunden mucho con las pisadas. Las bestias de África se cansaron y extinguieron.

—A esta hora, junto a las palmeras, debieron verse animales nativos —le dije.

—Sí, los dromedarios, especialmente, porque tienen la apariencia de animales deformados por el hombre. Usted no sabe cuánto ocurre bajo esta luz que nos ilumina como si fuéramos ángeles. Aquí aprietan con tenazas de aire. El espacio andino, en cambio, el helado espacio, todo lo exhibe; se muestran las cosas como sobre un témpano en cuya superficie la más pequeña cosa camina como una araña; aquí, el polvo, el sol, amodorran y encubren... Llega el agua en enero a Nazca, viene despacio y el cauce del río se hincha lentamente, se va levantando, hasta formar trombas que arrastran raíces arrancadas de lo profundo, y piedras que giran y chocan dentro de la corriente. La gente se arrodilla ante el paso del agua; tocan las campanas, revientan cohetes y dinamitazos. Arrojan ofrendas al río, bailan y cantan; recorren las orillas mientras el agua sigue lamiendo la tierra, destruyendo arbustos, llevándose las hojas secas, la basura, los animales muertos. Después comienza el trabajo y la guerra. En las grandes

haciendas se empoza el agua, cargada de esencias, como la sangre; y hay campesinos que no alcanzan a regar y siembran en la tierra seca, con una esperanza como la mía, que no es sino una sed inclemente. Yo los he visto llorar en las noches de feraz verano y aun bajo la luz del sol que repercute en el inmenso Cerro Blanco.

—¿Usted conoce la sierra? —le pregunté.

—Sí. El patrón de mi padre me llevó a cazar vicuñas en la altura, a 4200 metros, donde se ven ya chozas de indios pastores. Hay allí un silencio que exalta las cosas. El llanto, en tal altura, o un incendio ¡un gran incendio!, perturbarían el mundo.

Lo dejé hablar. Yo no me atrevía a contestarle. Le temía y me inquietaba; sentía por él un respeto en algo semejante al que me inspiraban los brujos de mi aldea; pero me calmaba la expresión siempre tranquila de su rostro, de sus ojos, en que podía seguir el curso de su afán por encontrar la palabra justa y bella con la que se recreaba. Porque su oratoria lo envolvía y aislaba. En cualquier momento él podía abandonar a la persona o el grupo con quien hablaba, e irse, a paso lento. Su cabeza tenía expresión, entonces; la llevaba en alto como un símbolo, a la sombra de los claustros o de los grandes ficus o en el patio en que el sol denso hacía resaltar su figura, toda ella pensativa.

Wilster comenzó a atacarlo, súbitamente.

Wilster había sido durante cuatro años uno de los internos más festejados. Bajo los ficus del patio, cantaba con voz agradable las melodías que estaban de moda: tangos, paso-dobles, jazz «incaicos», vales. Marcaba alborozadamente el ritmo de las danzas, y movía a compás las piernas y la cabeza. Se improvisaban bailes entre los alumnos. Wilster era tenor. Sus canciones predilectas no las habrán olvidado quienes las oyeron en esa sombra baja del claustro: «Y todo a media luz», «Medias finas de seda», «Melenita de oro», «Cuando el indio llora», «Bailando el charleston».

Un guitarrista limeño, que no conocía la sierra, compuso el jazz pentafónico «Cuando el indio llora». De melodía triste y de compás muy norteamericano, aunque lento, esta canción la oíamos en todas partes. Wilster la entonaba melancólicamente. Le escuchábamos, y nadie bailaba. Pero inmediatamente después cantaba un charleston, y los jóvenes internos atravesaban el patio o recorrían los claustros danzando a toda máquina. Hasta que tocaban la campana que señalaba la hora de entrar al dormitorio.

—Sólo Hortensia Mazzoni baila «Cuando el indio llora» como si fuera una ninfa —dijo cierta vez Wilster.

—Es que no has visto a otras. Ella baila sola, en el salón de su casa. Por los balcones que dan a la plaza de armas podemos verla.

—¿Quién baila sola un jazz? Únicamente ella. Gira como una estrella de cine. ¿Qué hace? —preguntó Wilster.

—Hay que bailar con ella —dijo Gómez.

—Podría usted hacerlo —le dijo Salcedo a Wilster—. Es la muchacha más bella de Ica. Y ella no ve que la miran. Su salón está siempre muy iluminado; la calle o la esquina de la plaza quedan en la oscuridad.

—Una rama del ficus de la esquina se extiende justo frente a los dos balcones, y por lo alto.

—Es el privilegio de los árboles. Crezca usted como él, Wilster. —Salcedo rió, y Wilster también.

Unos días después, Wilster odiaba a Salcedo y lo acosaba. Y no hubo desde entonces otra preocupación en el internado que esa lucha. Del sereno, del sabio, armonioso y raro joven de Nazca, vestido siempre de dril; y de su persecutor, el elegante Wilster, cantor y deportista, el que usaba el más llamativo y mejor llevado bastón de Ica.

Wilster andaba perdiendo. No se atrevía, no se atrevía. Descompuso su vida, la revolvió; mientras Salcedo continuaba... Wilster era el sapo, cada vez más el sapo. Empezaban ya a odiarlo.

Hasta que Salcedo quiso dar fin a la lucha. Parecía que su actitud había sido bien meditada y no era el fruto de su estallido. Pero yo temía que sus cálculos fallaran esta vez. Confiaba mucho en el pensamiento. En cinco años, su inteligencia le había dado en el Colegio una autoridad sin límites; pero la armonía entre él y los internos se había quebrado hacía unos instantes con el desafío.

Lo seguí cuando, tras largo paseo en el claustro, se encaminó al pequeño jardín del internado. Se sentó al borde del pozo que daba agua al Colegio. La polea pendía de un madero rojo de huarango, a poca altura del borde musgoso de la cisterna.

—¿Va usted a trompearse con Wilster? —le pregunté.

—Claro. Yo lo he citado. Tengo ya el candado con que aseguraré la puerta. He estudiado el terreno. Cuatro hojas de calamina cubren la puerta de los cuatro silos. La lucha será detrás de esas casetas.

—Pero usted no se ha trompeado nunca.

—Sin embargo, todos saben que he cultivado con sistema mis músculos. En las pruebas de barra, sólo Gómez me supera. Lo derribaré, seguramente. Yo no pienso en que me derribe él. Ninguna esfera puede girar limpiamente... creo. A usted que es callado y

tiene otro modo de ser que el nuestro, me refiero a los hombres de estos valles y desiertos, le contaré un secreto... ¿Sabía usted que una corvina de oro viaja entre el mar y Orovilca, nadando sobre las dunas?

—No, Salcedo. Nunca he oído esa historia.

—Sale después de la medianoche. Tiene una cola ramosa y aletas ágiles que la impulsan sobre la arena con la misma libertad que en el agua.

—¿Usted cree en eso?

—Debe ser diez veces más grande que una corvina de mar, pues se la distingue claramente desde el bosque de huarangos hasta que traspone la cima de la gran luna. El brillo de su cuerpo permite ver su figura. Y ¿sabe usted?, en la primavera lleva a Hortensia Mazzoni sentada sobre su lomo, tras una aleta encrespada que tiene en la línea más alta de su esfera.

—¿A Hortensia Mazzoni? Usted delira.

—Usted conoce la montaña de arena más grande del Pacífico, Cerro Blanco, de Nazca. Al pasar por sus bajíos, ¿no lo ha oído usted cantar al mediodía?

—No. Pero los arrieros que me traen de la sierra a Nazca han oído ese canto. Yo creo que es el viento que forma remolinos de arena en el cerro. He visto esos remolinos; el soplo de sus costados llegaba hasta el camino que pasa a dos leguas de la cumbre.

—Hay en el mundo hombres rígidos que no

tocarán las mejillas de ninguna mujer muy bella — exclamó Salcedo, de repente, y se puso de pie—. Somos como la superficie de la corvina de oro, amigo. ¡Qué proa para cortar el aire, la arena, el agua densa! ¡Nada más! ¡Nada más!

Decía la verdad. En el jardín, lirios morados y un árbol de tilo temblaban con el viento; el cielo, casi oscuro ya, nos bañaba, con ese tibio resplandor que calma al hombre, como ningún cielo ni hora en los Andes. Pero Salcedo ¿por qué estaba ausente? Sus ojos tenían una expresión acerada, una especie de decisión para cortar, como un diamante, las flores, y los astros que empezaban a aparecer.

«Lo matará. ¡Matará a Wilster!», pensé.

Me levanté.

—Salcedo —le dije—, los indios cuentan historias como ésa. Pero usted no es indio. Es todo lo contrario.

—¡Soy heredero de los griegos! La armonía puede matar, puede cercenar un cuerpo, disiparlo, sin mover una sombra, ¡ni una sombra!

Y se encaminó al comedor. Cuando entraba, tocaron la campana.

Los internos no fueron al dormitorio a sacar sus latas de dulce o mantequilla. Ingresaron directamente al comedor. Éramos veintiocho. El inspector-jefe, un viejo calvo, enérgico, veterano de los «montoneros»

de Piérola, imponía orden en la mesa.

En menos tiempo que de costumbre, terminamos de comer. El viejo nos miró a todos con extrañeza. Fue una comida apresurada y en silencio.

Salimos.

Gómez y Salcedo alcanzaron a Wilster.

—Gómez desea ser testigo. A mí no me importa. Usted decida —dijo Salcedo, casi en voz alta.

—Que sea; pero que no se meta a separarnos. Y que nadie más entre —contestó Wilster.

Los tres fueron por delante.

Llegamos al claustro formando un solo grupo.

Vimos enseguida que el inspector nos observaba. Él también entró al claustro. No era su costumbre. A esa hora nos dejaba libres.

Se paró en la esquina, y permaneció allí hasta que vio cómo nos dispersábamos en el patio. Entonces se dirigió hacia el corredor que comunicaba el jardín del internado con el claustro. Pero aún se detuvo allí un rato bajo la luz del foco que alumbraba el corredor.

Quedaba ya muy poco tiempo para la lucha. Los tres guardaban la entrada al corral de los silos. Salcedo entregó las llaves de un pequeño candado a Gómez.

Cuando el inspector desapareció en el corredor, entraron los tres al corral; cerraron la puerta por

dentro y le pusieron candado. El portero del Colegio echaba otro candado a esa verja, cuando los internos nos recogíamos al dormitorio.

Los alumnos se agolparon junto a la puerta. En la pared blanqueada de los silos había un pequeño foco que alumbraba de frente; pero detrás de las celdas, el corral quedaba a oscuras. No veíamos nada. Los alumnos menores no pudieron acercarse a la puerta; yo logré conservar el sitio en el extremo inferior, junto al suelo. Alcanzaba a ver el campo por entre los barrotes de madera.

Gómez apareció y se recostó en la pared. Detrás de los silos empezó la lucha. Oímos las pisadas fuertes en el suelo, y el choque de los cuerpos.

Gómez corrió hacia la sombra.

—Esto no —dijo con voz fuerte.

Debió separarlos, porque volvió a su sitio.

—¡Déjalo que se levante! —gritó de nuevo Gómez. Y estiró el brazo hacia nosotros pidiendo calma.

Oímos que corrían, que se atropellaban, que giraban tras los silos.

A esa hora, la fetidez del corral empezaba a elevarse e invadir el patio; en los barrios de la ciudad, las mujeres echaban el agua sucia a la calzada. Ica era envuelta en un vaho de humedad semipútrida. De centenares de silos brotaba un hedor

veloz que se expandía en las calles.

—¡Salcedo, amigo mío, caballero, no te hagas golpear! —rogaba yo—. ¡No te dejes!

—¡Salcedo pierde! ¡Echemos abajo la puerta! —dijo un alumno de quinto año, porque vimos a Gómez correr de nuevo, a saltos.

—¡Recita ahora, oye Demóstenes! ¡Canta, ruiñeñor, canta! —Escuchamos la voz de Wilster. Y lo vimos aparecer después, arrastrado por Gómez. Lo traía del cuello. Sus piernas flojas araban el polvo.

—¡Viene muerto!

—¡Desmayado! Gómez le aprieta la garganta.

Y tocaron la campana del Colegio, fuerte. La agitaron, llamando, con urgencia.

Corrieron los más pequeños.

Gómez dejó en el suelo a Wilster; abrió el candado, y arrojó el cuerpo sobre las baldosas del claustro. Volvió después al corral. Wilster se levantó; se agarró la garganta y empezó a caminar detrás de los que se iban.

Muñante veía el corral. No siguió a Wilster.

—¡La respiración! ¡Me tapó la respiración! —exclamó Wilster a pocos pasos de la puerta.

Entonces se acercaron hacia él, Muñante y dos o tres jóvenes más.

En ese instante volvieron a tocar la campana.

—¡Viene el inspector! —dijo alguien.

Corrieron los internos. Sólo quedamos en la puerta, tres. Y continuaron tocando la campana.

—¡Caballero! Te espero —exclamé yo, despacio—. Te esperaré. ¡Juntos iremos a Orovilca, esta noche! ¡Me mostrarás la corvina de oro! La seguiremos convertidos en cernícalos de fuego, como los que salen de la cumbre del Salk'antay, en las noches de helada. Pondrás tu mejilla sobre el rostro de esa niña; o la cazarás desde lo alto, con una honda sagrada. La arrebatrás viva o muerta...

Gómez salió, mientras yo hablaba.

—Ya viene —dijo—. Dejémosle un rato. Se está arreglando. No conviene que el inspector lo sorprenda.

Me tomó del brazo. Nos siguieron los demás. Los dedos de Gómez me apretaban. Eran largos y como de acero. Acababan de cortar la respiración de Wilster, hasta convertir su fornido cuerpo en una masa inerme.

—¿Qué tiene Salcedo? ¿Le ha roto la nariz, Wilster? —preguntó un alumno.

—Nada, nada fuerte. Un poco de sangre.

El inspector venía.

—¿Por qué demoran? —gritó desde el corredor.

Esperó; nos dejó pasar, y luego de un instante volvió. No se dio cuenta que Salcedo faltaba. La mano de Gómez seguía prendida de mi hombro; sus

dedos se movían como una araña inquieta; vibraban.

—¡Gómez, Gomecitos! ¿Tú has dejado en el suelo a Salcedo? —le pregunté en voz muy baja.

—Sentado —me dijo—. Restañándose la sangre con su camisa.

¡Eso era la muerte! ¡La misma muerte! Sentado en la tierra maloliente, con un inmenso trapo sobre su rostro, en que la sangre no corría, sino que era detenida por sus manos, daba vueltas sobre sus mejillas. ¿Qué podía ser eso, en él, sino la muerte?

El viejo inspector dormía con nosotros. Su catre estaba bajo la imagen de un crucifijo, en un extremo del angosto y largo dormitorio, junto a la puerta. Al pie de la cruz, un foco rojizo daba muy poca luz al dormitorio. La calva del viejo relucía ahora, porque estaba cerca del foco.

—¿Todos? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Gómez.

El catre de Salcedo ocupaba el extremo opuesto, pero en la fila. Algunas noches, para enfurecer al inspector, los internos imitaban el aullido de un perro o el canto de los gallos de pelea. Y el viejo bramaba. Insultaba a los alumnos con las palabras más inmundas; se levantaba, envuelto en una larga bata. Caminaba entre los catres; podíamos oír el roncar de su vientre. Salcedo pedía calma; conseguía aplacar a los alumnos y al viejo. El inspector permanecía,

después, largas horas, recostado, con los gruesos brazos cruzados, y un gorro tejido que le cubría la coronilla.

No podía imaginarse él que Salcedo faltara nunca al internado.

Cuando el portero fue a cerrar el corral, encontró a Salcedo de pie, recostado en el ficus que crece a ese lado del claustro. Le mostró la sangre de su camisa y le pidió que le dejara salir. Tenía la cara cubierta por otro trapo blanco. Salcedo le explicó que iría solo a la botica, y que volvería enseguida. El portero obedeció, sin decir una palabra. Salcedo caminó con pasos apresurados detrás del portero. Éste abrió el postigo del zaguán, y el joven salió, con el saco puesto.

El portero lo esperó hasta la medianoche. Luego fue a buscarlo en las calles. El frío de los desiertos rodeaba ya a Ica, la estaba helando. El portero recorrió la ciudad, todos los barrios. No se atrevía a preguntar. Era un negro joven. Al amanecer se echó a llorar, y entró así al dormitorio.

Estábamos despiertos. Yo había vigilado hasta el amanecer. Gómez se sentaba sobre la cama, caminaba unos pasos y volvía a acostarse. Yo no quise ir donde él. Vigilaba la puerta.

Algunos niños presentimos cuando alguien muere; cuando alguien a quien dejamos en grave riesgo no

vuelve. Lo esperamos con el corazón oprimido, mientras un insondable palpito nos hunde en un páramo resonante donde la respuesta mortal, al unísono, canta, sustenta el presagio, lo comunica a nuestra fría materia.

Wilster se levantó cuando vio al portero.

—¡Señor inspector! —dijo—. ¡Señor inspector!
¡Despierte!

No lo encontramos. Yo le dije al inspector que lo buscáramos en el camino de Orovilca al mar. Detrás de los bosques de huarango, entre las malezas que rodean la laguna, huellas ondulantes de víboras hay marcadas en la arena. Las huellas suben algo por la pendiente del desierto. ¡Por allí ha andado él; por ese punto debió iniciar su viaje al mar! Me escucharon como a un niño delirante, como a un muchacho adicto a las apariciones e invenciones, como todos los que viven entre los ríos profundos y las montañas inmensas de los Andes.

¿La corvina de oro? ¿La estela que deja en el desierto? Me tomaron desconfianza. ¿Cómo iba a hablar, entonces, de la hermosa iqueña que viaja entre las dunas agarrándose de unas frías aunque transparentes aletas?

Pero Salcedo, con el rostro ya revuelto, la piel

crujiendo bajo la costra de sangre, su cabeza cubierta por una larga camisa rasgada, su nariz y los ojos negros, no iba a volver. Cortaría como un diamante el mar de arenas, las dunas, las piedras que orillan el océano. El mar, por el lado de Orovilca, es desierto, inútil; nadie quería buscar allí, donde sólo los cóndores bajan a devorar piezas grandes. Los cóndores de la costa, vigilantes, casi familiares, despreciables.

La muerte de los Arango

Contaron que habían visto al tifus, vadeando el río, sobre un caballo negro, desde la otra banda donde aniquiló al pueblo de Sayla, a esta banda en que vivíamos nosotros.

A los pocos días empezó a morir la gente. Tras del caballo negro del tifus pasaron a esta banda manadas de cabras por los pequeños puentes. Soldados enviados por la subprefectura incendiaron el pueblo de Sayla, vacío ya, y con algunos cadáveres descomponiéndose en las casas abandonadas. Sayla fue un pueblo de cabreros y sus tierras secas sólo producían calabazas y arbustos de flores y hojas amargas.

Entonces yo era un párvulo y aprendía a leer en la escuela. Los pequeños deletreábamos a gritos en el corredor soleado y alegre que daba a la plaza.

Cuando los cortejos fúnebres que pasaban cerca del corredor se hicieron muy frecuentes, la maestra nos obligó a permanecer todo el día en el salón oscuro y frío de la escuela.

Los indios cargaban a los muertos en unos féretros toscos; y muchas veces los brazos del cadáver sobresalían por los bordes. Nosotros los contemplábamos hasta que el cortejo se perdía en la esquina. Las mujeres iban llorando a gritos; cantaban en falsete el aya-taki, el canto de los muertos; sus voces agudas repercutían en las paredes de la escuela, cubrían el cielo, parecían apretarnos sobre el pecho.

La plaza era inmensa, crecía sobre ella una yerba muy verde y pequeña, la romesa. En el centro del campo se elevaba un gran eucalipto solitario. A diferencia de los otros eucaliptos del pueblo, de ramas escalonadas y largas, éste tenía un tronco ancho, poderoso, lleno de ojos, y altísimo; pero la cima del árbol terminaba en una especie de cabellera redonda, ramosa y tupida. «Es hembra», decía la maestra. La copa de ese árbol se confundía con el cielo. Cuando lo mirábamos desde la escuela, sus altas ramas se mecían sobre el fondo nublado o sobre las abras de las montañas. En los días de la peste, los indios que cargaban los féretros, los que venían de la parte alta del pueblo y tenían que cruzar la plaza, se detenían unos instantes bajo el eucalipto. Las indias lloraban a torrentes, los hombres se paraban casi en círculo con los sombreros en la mano; y el eucalipto recibía a lo largo de todo su tronco, en sus ramas

elevadas, el canto funerario. Después, cuando el cortejo se alejaba y desaparecía tras la esquina, nos parecía que de la cima del árbol caían lágrimas, y brotaba un viento triste que ascendía al centro del cielo. Por eso la presencia del eucalipto nos cautivaba; su sombra, que al atardecer tocaba al corredor de la escuela, tenía algo de la imagen del helado viento que envolvía a esos grupos desesperados de indios que bajaban hasta el panteón. La maestra presintió el nuevo significado que el árbol tenía para nosotros en esos días y nos obligó a salir de la escuela por un portillo del corral, al lado opuesto de la plaza.

El pueblo fue aniquilado. Llegaron a cargar hasta tres cadáveres en un féretro. Adornaban a los muertos con flores de retama; pero en los días postreros las propias mujeres ya no podían llorar ni cantar bien; estaban roncas e inermes. Tenían que lavar las ropas de los muertos para lograr la salvación, la limpieza final de todos los pecados.

Sólo una acequia había en el pueblo; era el más seco, el más miserable de la región, por la escasez de agua; y en esa acequia, de tan poco caudal, las mujeres lavaban en fila los ponchos, los pantalones haraposos, las faldas y las camisas mugrientas de los difuntos. Al principio lavaban con cuidado y observando el ritual estricto del pichk'ay; pero

cuando la peste cundió y empezaron a morir diariamente en el pueblo, las mujeres que quedaban, aun las viejas y las niñas, iban a la acequia y apenas tenían tiempo y fuerzas para remojar un poco las ropas, estrujarlas en la orilla y llevárselas, rezumando todavía agua por los extremos.

El panteón era un cerco cuadrado y amplio. Antes de la peste estaba cubierto de bosque de retama. Cantaban jilgueros en ese bosque, y al mediodía, cuando el cielo despejaba quemando al sol, las flores de retama exhalaban perfume. Pero en aquellos días del tifus, desarraigaron los arbustos y los quemaron para sahumar el cementerio. El panteón quedó rojo, horadado; poblado de montículos alargados con dos o tres cruces encima. La tierra era ligosa, de arcilla roja oscura.

En el camino al cementerio había cuatro catafalcos pequeños, de barro, con techo de paja. Sobre estos catafalcos se hacía descansar los cadáveres, para que el cura dijera los responsos. En los días de la peste los cargadores seguían de frente; el cura despedía a los muertos a la salida del camino.

Muchos vecinos principales del pueblo murieron. Los hermanos Arango eran ganaderos y dueños de los mejores campos de trigo. El año anterior, don Juan, el menor, había pasado la mayordomía del santo patrón del pueblo. Fue un año deslumbrante. Don

Juan gastó en las fiestas sus ganancias de tres años. Durante dos horas se quemaron castillos de fuego en la plaza. La guía de pólvora caminaba de un extremo a otro de la inmensa plaza, e iba incendiando los castillos. Volaban coronas fulgurantes, cohetes azules y verdes, palomas rojas desde la cima y de las aristas de los castillos; luego las armazones de madera y carrizo permanecieron durante largo rato cruzadas de fuegos de colores. En la sombra, bajo el cielo estrellado de agosto, esos altos surtidores de luces nos parecieron un trozo del firmamento caído a la plaza de nuestro pueblo y unido a él por las coronas de fuego que se perdían más lejos y más alto que la cima de las montañas. Muchas noches los niños del pueblo vimos en sueños el gran eucalipto de la plaza flotando en llamaradas.

Después de los fuegos, la gente se trasladó a la casa del mayordomo. Don Juan mandó poner enormes vasijas de chicha en la calle y en el patio de la casa, para que tomaran los indios; y sirvieron aguardiente fino de una docena de odres, para los caballeros. Los mejores danzantes de la provincia amanecieron bailando en competencia, por las calles y plazas. Los niños que vieron a aquellos danzantes, el Pachakchaki, el Rumisonk'ó, los imitaron. Recordaban las pruebas que hicieron, el paso de sus danzas, sus trajes de espejos ornados de plumas; y

los tomaron de modelos, «¡Yo soy Pachakchaki!», «¡Yo soy Rumisonk'ó!», exclamaban; y bailaron en las escuelas, en sus casas, y en las eras de trigo y maíz, los días de la cosecha.

Desde aquella gran fiesta, don Juan Arango se hizo más famoso y respetado.

Don Juan hacía siempre de Rey Negro, en el drama de la Degollación que se representaba el 6 de enero. Es que era moreno, alto y fornido: sus ojos brillaban en su oscuro rostro. Y cuando bajaba a caballo desde el cerro, vestido de rey, y tronaban los cohetones, los niños lo admirábamos. Su capa roja de seda era levantada por el viento; empuñaba en alto su cetro reluciente de papel dorado; y se apeaba de un salto frente al «palacio» de Herodes; «Orreboar», saludaba con su voz de trueno al rey judío. Y las barbas de Herodes temblaban.

El hermano mayor, don Eloy, era blanco y delgado. Se había educado en Lima; tenía modales caballerescos; leía revistas y estaba suscrito a los diarios de la capital. Hacía de Rey Blanco; su hermano le prestaba un caballo tordillo para que montara el 6 de enero. Era un caballo hermoso, de crin suelta; los otros galopaban y él trotaba con pasos largos, braceando.

Don Juan murió primero. Tenía treinta y dos años y era la esperanza del pueblo. Había prometido

comprar un motor para instalar un molino eléctrico y dar luz al pueblo, hacer de la capital del distrito una villa moderna, mejor que la capital de la provincia. Resistió doce días de fiebre. A su entierro asistieron indios y principales. Lloraron las indias en la puerta del panteón. Eran centenares y cantaron en coro. Pero esa voz no arrebatava, no hacía estremecer, como cuando cantaban solas, tres o cuatro, en los entierros de sus muertos. Hasta lloraron y gimieron junto a las paredes, pero pude resistir y miré el entierro. Cuando iban a bajar el cajón a la sepultura, don Eloy hizo una promesa: «¡Hermano —dijo mirando el cajón, ya depositado en la fosa—, un mes, un mes nada más, y estaremos juntos en la otra vida!»». Entonces la mujer de don Eloy y sus hijos lloraron a gritos. Los acompañantes no pudieron contenerse. Los hombres gimieron; las mujeres se desahogaron cantando como las indias. Los caballeros se abrazaron, tropezaban con la tierra de las sepulturas. Comenzó el crepúsculo; las nubes se incendiaban y lanzaban al campo su luz amarilla. Regresamos tanteando el camino; el cielo pesaba. Las indias fueron primero, corriendo. Los amigos de don Eloy demoraron toda la tarde en subir al pueblo; llegaron ya de noche.

Antes de los quince días murió don Eloy. Pero en ese tiempo habían caído ya muchos niños de la escuela, decenas de indios, señoras y otros

principales. Sólo algunas beatas viejas acompañadas de sus sirvientas iban a implorar en el atrio de la iglesia. Sobre las baldosas blancas se arrodillaban y lloraban, cada una por su cuenta, llamando al santo que preferían, en quechua y en castellano. Y por eso nadie se acordó después cómo fue el entierro de don Eloy.

Las campanas de la aldea, pequeñas pero con alta ley de oro, doblaban día y noche en aquellos días de mortandad. Cuando doblaban las campanas y al mismo tiempo se oía el canto agudo de las mujeres que iban siguiendo a los féretros, me parecía que estábamos sumergidos en un mar cristalino en cuya hondura repercutía el canto mortal y la vibración de las campanas; y los vivos estábamos sumergidos allí, separados por distancias que no podían cubrirse, tan solitarios y aislados como los que morían cada día.

Hasta que una mañana, don Jáuregui, el sacristán y cantor, entró a la plaza tirando de la brida al caballo tordillo del finado don Eloy. La crin era blanca y negra, los colores mezclados en las cerdas lustrosas. Lo habían aperado como para un día de fiesta. Doscientos anillos de plata relucían en el trenzado; el

pellón azul de hilos también reflejaba la luz; la montura de cajón, vacía, mostraba los refuerzos de plata. Los estribos cuadrados, de madera negra, danzaban.

Repicaron las campanas, por primera vez en todo ese tiempo. Repicaron vivamente sobre el pueblo diezmado. Corrían los chanchitos mostrencos en los campos baldíos y en la plaza. Las pequeñas flores blancas de la salvia y las otras flores aún más pequeñas y olorosas que crecían en el cerro de Santa Brígida se iluminaron.

Don Jáuregui hizo dar vueltas al tordillo en el centro de la plaza, junto a la sombra del eucalipto; hasta le dio de latigazos y le hizo pararse en las patas traseras, manoteando en el aire. Luego gritó, con su voz delgada, tan conocida en el pueblo:

—¡Aquí está el tifus, montado en el caballo tordillo de don Eloy! ¡Canten la despedida! ¡Ya se va, ya se va! ¡Aúúú! ¡A ú ú ú!

Habló en quechua, y concluyó el pregón con el aullido final de los jarahuis; tan largo, eterno siempre:

—¡Ah... ííí! ¡Yaúúú... yaúúú! ¡El tifus se está yendo; ya se está yendo!

Y pudo correr. Detrás de él, espantaban al tordillo algunas mujeres y hombres emponchados, enclenques. Miraban la montura vacía,

detenidamente. Y espantaban al caballo.

Llegaron al borde del precipicio de Santa Brígida, junto al trono de la Virgen. El trono era una especie de nido formado en las ramas de un arbusto ancho y espinoso, de flores moradas. El sacristán conservaba el nido por algún secreto procedimiento; en las ramas retorcidas que formaban el asiento del trono no crecían nunca hojas, ni flores ni espinos. Los niños adorábamos y temíamos ese nido y lo perfumábamos con flores silvestres. Llevaban a la Virgen hasta el precipicio, el día de su fiesta. La sentaban en el nido como sobre un casco, con el rostro hacia el río, un río poderoso y hondo, de gran correntada, cuyo sonido lejano repercutía dentro del pecho de quienes lo miraban desde la altura.

Don Jáuregui cantó en latín una especie de responso junto al «trono» de la Virgen, luego se empinó y bajó el tapaojos, de la frente del tordillo, para cegarlo.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Adiós calavera! ¡Peste!

Le dio un latigazo, y el tordillo saltó al precipicio. Su cuerpo chocó y rebotó muchas veces en las rocas, donde goteaba agua y brotaban líquenes amarillos. Llegó al río; no lo detuvieron los andenes filudos del abismo.

Vimos la sangre del caballo, cerca del trono de la Virgen, en el sitio en que se dio el primer golpe.

—¡Don Eloy, don Eloy! ¡Ahí está tu caballo! ¡Ha matado a la peste! En su propia calavera. ¡Santos, santos, santos! ¡El alma del tordillo recibid! ¡Nuestra alma es, salvada! ¡Adiós millahuay, despedillahuay...! (¡Decidme adiós! ¡Despedidme...!).

Con las manos juntas estuvo orando un rato, el cantor, en latín, en quechua y en castellano.

Hijo Solo

Llegaban por bandadas las torcazas a la hacienda y el ruido de sus alas azotaba el techo de calamina. En cambio, las calandrias llegaban solas, exhibiendo sus alas; se posaban lentamente sobre los lúcumos, en las más altas ramas, y cantaban.

A esa hora descansaba un rato, Singu, el pequeño sirviente de la hacienda. Subía a la piedra amarilla que había frente a la puerta falsa de la casa; y miraba la quebrada, el espectáculo del río al anochecer. Veía pasar las aves que venían del sur hacia la huerta de árboles frutales.

La velocidad de las palomas le oprimía el corazón; en cambio, el vuelo de las calandrias se retrataba en su alma, vivamente, lo regocijaba. Los otros pájaros comunes no le atraían. Las calandrias cantaban cerca en los árboles próximos. A ratos, desde el fondo del bosque, llegaba la voz tibia de las palomas. Creía Singu que de ese canto invisible brotaba la noche; porque el canto de la calandria ilumina como la luz, vibra como ella, como el rayo

de un espejo. Singu se sentaba sobre la piedra. Le extrañaba que precisamente al anochecer se destacara tanto la flor de los duraznos. Le parecía que el sonido del río movía los árboles y mostraba las pequeñas flores blancas y rosadas, aun los resplandores internos, de tonos oscuros, de las flores rosadas.

Estaba mirando el camino de la huerta, cuando vio entrar, en el callejón empedrado del caserío, un perro escuálido, de color amarillo. Andaba husmeando con el rabo metido entre las patas. Tenía «anteojos»; unas manchas redondas de color claro, arriba de los ojos.

Se detuvo frente a la puerta falsa. Empezó a lamer el suelo donde la cocinera había echado el agua con que lavó las ollas. Inclino el cuerpo hacia atrás; alcanzaba el agua sucia estirando el cuello. Se agazapó un poco. Estaba atento, para saltar y echarse a correr si alguien abría la puerta. Se hundieron aún más los costados de su vientre; resaltaban los huesos de las patas; sus orejas se recogieron hacia atrás; eran oscuras, por las puntas.

Singu buscaba un nombre. Recordaba febrilmente nombres de perros.

—¡«Hijo Solo»! —le dijo cariñosamente—. ¡Hijo Solo! ¡Papacito! ¡Amarillo! ¡Niñito! ¡Niñito!

Como no huyó, sino que lo miró sorprendido,

alzando la cabeza, dudando, Singuncha siguió hablándole en quechua con tono cada vez más familiar.

—¿Has venido por fin a tu dueño? ¿Dónde has estado, en qué pueblo, con quién?

Se bajó de la piedra, sonriendo. El perro no se espantó, siguió mirándolo. Sus ojos también eran de color amarillo, el iris negro se contraía sin decidirse.

—Yo, pues, soy Singuncha. Tu dueño de la otra vida. Juntos hemos estado. Tú me has lamido, yo te daba queso fresco, leche también; harto. ¿Por qué te fuiste?

Abrió la puerta. De la leche que había para los señores echó apresuradamente, bastante, en un plato hondo; y corrió. Estaba aún ahí el perro, sorprendido, dudando. Puso el plato en el suelo. Hijo Solo se acercó casi temblando. Y bebió la leche. Mientras lamía haciendo ruido con las fauces, sus orejitas se recogieron nuevamente hacia arriba; cerró un poco los ojos. Su hocico, como las puntas de las orejas, era negro. Singuncha puso los dedos de sus dos manos sobre la cabeza del perro, conteniendo la respiración, tratando de no parecer ni siquiera un ser vivo. No huyó el perro, cesó por un instante de lamer el plato. También él paralizó su aliento; pero se decidió a seguir. Entonces Singuncha pudo acariciarle las orejas.

Jamás había visto un animal más desvalido; casi sin vientre y sin músculos. «¿No habrá vuelto de acompañar a su dueño, desde la otra vida?», pensó. Pero viéndole la barriga y la forma de las patas, comprendió que era aún muy joven. Sólo los perros maduros pueden guiar a sus dueños, cuando mueren en pecado y necesitan los ojos del perro para caminar en la oscuridad de la otra vida.

Se abrazó al cuello de Hijo Solo. Todavía pasaban bandadas de palomas por el aire; y algunas calandrias, brillando.

Hacía tiempo que Singu no sentía el tierno olor de un perro, la suavidad del cuello y de su hocico. Si el señor no lo admitía en la casa, él se iría, fugaría a cualquier pueblo o estancia de la altura, donde podían necesitar pastores. No lo iban a separar del compañero que Dios le había mandado hasta esa profunda quebrada escondida. Debía ser cierto que Hijo Solo fue su perro en el mundo incierto de donde vienen los niños. Le había dicho eso al perro, sólo para engañarlo; pero si él había oído, si le había entendido, era porque así tenía que suceder; porque debían encontrarse allí, en Lucas Huayk'o, la hacienda temida y odiada en cien pueblos. ¿Cómo, por qué mandato Hijo Solo había llegado hasta ese infierno odioso? ¿Por qué no se había ido, de frente, por el puente, y había escapado de Lucas Huayk'o?

—¡Gringo! ¡Aquí sufriremos! Pero no será de hambre —le dijo—. Comida hay, harto. Los patrones pelean, matan sus animales; por eso dicen que Lucas Huayk'o es infierno. Pero tú eres de Singuncha, «endio» sirviente. ¡Jajay! ¡Todo tranquilo para mí! ¡Vuela, torcacita! ¡Canta, tuyay; tuyacha! ¡Todo tranquilo!

Abrazó al perro, más estrechamente; lo levantó un poco en peso. Hizo que la cabeza triste de Hijo Solo se apoyara en su pecho. Luego lo miró a los ojos. Estaba aún desconcertado. Sonriendo, Singuncha alzó con una mano el hocico del perro, para mirarlo más detenidamente e infundirle confianza.

Vio que el iris de los ojos del perro clareaba. Él conocía cómo era eso. El agua de los remansos renace así, cuando la tierra de los aluviones va asentándose. Aparecen los colores de las piedras del fondo y de los costados, las yerbas acuáticas ondean sus ramas en la luz del agua que va clareando; los peces cruzan sus rayos. Hijo Solo movió el rabo, despacio, casi como un gato; abrió la boca, no mucho; chasqueó la lengua, también despacio. Y sus ojos se hicieron transparentes. No deseaba ver más el Singuncha; no esperaba más del mundo.

Le siguió el perro. Quedó tranquilo, echado sobre los pellejos en que el cholito dormía, junto a la despensa, en una habitación fría y húmeda, debajo

del muro de la huerta. Cuando llovía o regaban, rezumaba agua por ese muro.

Quizá los perros conocen mejor al hombre que nosotros a ellos. Hijo Solo comprendió cuál era la condición de sus dueños. No salió durante días y semanas del cuarto. ¿Sabía también que los dueños de la hacienda, los que vivían en esta y en la otra banda se odiaban a muerte? ¿Había oído las historias y rumores que corrían en los pueblos sobre los señores de Lucas Huayk'o?

—¿Viven aún los dos? —se preguntaban en las aldeas—. ¿Qué han derrumbado esta semana? ¿Los cercos, las tomas de agua, los andenes?

—Dicen que don Adalberto ha desbarrancado en la noche doce vacas lecheras de su hermano. Con veinte peones las robó y las espantó al abismo. Ni la carne han aprovechado. Cayeron hasta el río. Los pumas y los cóndores están despedazando a los animales finos.

—¡Anticristos!

—¡Y su padre vive!

—¡Se emborracha! ¡Predica como diablo contra sus hijos! Se aloca.

—¿De dónde, de quién vendrá la maldición?

No criaban ya animales caseros ninguno de los

dos señores. No criaban perros. Podían ser objetos de venganza, fáciles.

—Lucas Huayk'o arde. Dicen que el sol es allí peor. ¡Se enciende! ¿Cómo vivirá la gente? Los viajeros pasan corriendo el puente.

Sin embargo, Hijo Solo conquistó su derecho a vivir en la hacienda. Él y su dueño procedieron con sabiduría. Un perro allí era necesario más que en otros sitios y hogares. Pero los habían matado a balazos, con veneno o ahorcándolos en los árboles, a todos los que ambos señores criaron, en esta y en la otra banda.

Los primeros ladridos de Hijo Solo fueron escuchados en toda la quebrada. Desde lo alto del corredor, Hijo Solo ladró al descubrir una piara de mulas que se acercaban al puente. Se alarmó el patrón. Salió a verlo. Singu corrió a defenderlo.

—¿Es tuyo? ¿Desde cuándo?

—Desde la otra vida, señor —contestó apresuradamente el sirviente.

—¿Qué?

—Juntos, pues, habremos nacido, señor. Aquí nos hemos encontrado. Ha venido solito. En el callejón se ha quedado, oliendo. Nos hemos conocido. Don Adalberto no le va a hacer caso. De «endio» es, no es de werak'ocha^[*]. Tranquilo va a cuidar la hacienda.

—¿Contra quién? ¿Contra el criminal de mi hermano? ¿No sabes que don Adalberto come sangre?

—Perro de mí es, pues, señor. Tranquilo va ladrar. No contra don Adalberto.

Hijo Solo los escuchaba inquieto. Miraba al dueño de la hacienda, con esa cristalina luz que tenía en los ojos, desde la tarde en que fue alimentado y saciado por Singuncha, junto a la puerta falsa de la casa grande.

—Es simpático; chusco. Lo matarán sin duda —dijo don Ángel—. Se desprecia a los perros. Se les mata fácil. No hay condena por eso. Que se quede, pues, Singuncha. No te separes de él. Que ladre poco. Te cuidará cuando riegues de noche la alfalfa. Enséñale que no ladre fuerte. Le beberá la sangre, siempre, ese Caín. ¿Cómo se llama? Su ladrar ha traído recuerdos a la quebrada.

—Hijo Solo, patrón.

Movió el rabo. Miró al dueño, con alegría. Sus ojos amarillos tenían la placidez de la luz, no del crepúsculo sino del sol declinante que se posaba sobre las cumbres ya sin ardor, dulcemente, mientras las calandrias cantaban desde los grandes árboles de la huerta.

«Más fácil es ver aquí un perro muerto. Ya no tengo costumbre de verlos vivos. Allá él. Quizá mi

hermano los despache a los dos juntos. Volverán al otro mundo, rápido».

El dueño de la hacienda bajó al patio, hablando en voz baja.

No se dieron cuenta durante mucho tiempo. El perro exploró toda la hacienda por la banda izquierda que pertenecía a don Ángel. No escandalizaba. Jugaba en el campo con el pequeño sirviente. Se perdía en la alfalfa floreada; corría a saltos, levantaba la cabeza, para mirar a su dueño. Su cuerpo amarillo, lustroso ya, por el buen trato, resaltaba entre el verde feliz de la alfalfa y las flores moradas. Singuncha reía.

—¡Hijos de Dios en medio de la maldición! — decía de ellos la cocinera.

El perro pretendía atrapar a los chihuillos que vivían en los bosques de retama de los pequeños abismos. El chihuillo tiene vuelo lento y bajo; da la impresión de que va a caer, que está cansado. El perro se lanzaba, anhelante, tras de los chihuillos, cuando cruzaban los campos de alfalfa buscando los árboles que orillaban las acequias. El Singuncha reía a carcajadas. La misma absurda pretensión hacía saltar al perro, a la orilla del río, cuando veía pasar a los patos, que eran raros en Lucas Huayk'o.

Singu era becerrero, ayudante de cocina, guía de las yuntas de aradores, vigilante de los riegos,

espantador de pájaros, mandadero. Todo lo hacía con entusiasmo. Y desde que encontró a su perro Hijo Solo, fue aún más diligente. Había trabajado siempre. Huérfano recogido, recibió órdenes desde que pudo caminar.

Lo alimentaron bien, con suero, leche, desperdicios de la comida, huesos, papas y cuajada. El patrón lo dejó al cuidado de las cocineras. Le tuvieron lástima. Era sanguíneo, de ojos vivos. No era tonto. Entendía bien las órdenes. No lloraba. Cuando lo enviaban al campo, le llenaban una bolsa con mote^[*] y queso. Regresaba cantando y silbando. Los señores peleaban, procuraban quitarse peones. Los trataban bien por eso. El otro, don Adalberto, tenía los molinos, los campos de cebada y trigo, las aldeas de la hacienda, y las minas. Don Ángel, los alfalfares, la huerta, el ganado, el trapiche.

Singu no tomaba parte aún en la guerra. La matanza de animales, los incendios de los campos de trigo, las peleas, se producían de repente. Corrían; el patrón daba órdenes; traían los caballos. Se armaban de látigos y lanzas. El patrón se ponía un cinturón con dos fundas de pistolas. Partían al galope. La quebrada pesaba, el aire parecía caliente. La cocinera lloraba. Los árboles se mecían con el viento; se inclinaban mucho, como si estuvieran condenados a derrumbarse; las sombras vibraban

sobre el agua. Singuncha bajaba hasta el puente. El tropel de los caballos, los insultos en quechua de los jinetes, su huida por el camino angosto; todo le confirmaba que en Lucas Huayk'o, de veras, el demonio salía a desplegar sus alas negras y a batir el viento, desde las cumbres.

Hubo un periodo de calma en la quebrada; coincidió con la llegada de Hijo Solo.

—Este perro puede ser más de lo que parece — comentó don Ángel semanas después.

Pero sorprendieron a Hijo Solo, en medio del puente, al mediodía.

Singuncha gritó, pidió auxilio. Lo envolvieron con un poncho, le dieron de puntapiés.

Oyó que el perro caía al río. El sonido fue hondo, no como el de un pequeño animal que golpeará con su desigual cuerpo la superficie del remanso. A él lo dejaron con un costal sucio amarrado al cuello.

Mientras se arrancaba el costal de la cabeza, huyeron los emisarios de don Adalberto. Los pudo ver aún en el recodo del camino, sobre la tierra roja del barranco.

Nadie había oído los gritos del becerrero. El remanso brillaba; tenía espumas en el centro, donde se percibía la corriente.

Singu miró el agua. Era transparente, pero honda. Cantaba con voz profunda; no sólo ella, sino también los árboles y el abismo de rocas de la orilla, y los loros altísimos que viajaban por el espacio. Singu no alcanzaría jamás a Hijo Solo. Iba a lanzarse al agua. Dudó y corrió después, sacudiendo su pantalón remendado, su ponchito de ovejas. Pasó a la otra banda, a la del demonio don Adalberto; bajó al remanso. Era profundo pero corto. Saltando sobre las piedras como un pájaro, más ligero que las cabras, siguió por la orilla, mirando el agua, sin llorar. Su rostro brillaba, parecía sorber el río.

¡Era cierto! Hijo Solo luchaba, a media agua. El Singuncha se lanzó a la corriente, en la zona del vado. Pudo sumergirse. Siempre llevaba, a manera de cuchillo, un trozo de fleje que él había afilado en las piedras. Pero el perro estaba ya aturdido, boqueando. El río los llevó lejos, golpeándolos en las cascadas. Cerca del recodo, tras el que aparecían los molinos de don Adalberto, Singuncha pudo agarrarse de las ramas de un sauce que caían a la corriente. Luchó fuerte, y salió a la orilla, arrastrando al perro.

Se tendieron en la arena. Hijo Solo boqueaba, vomitaba agua como un odre.

Singuncha empezó a temblar, a rechinar los dientes. Tartamudeando maldecía a don Adalberto, en quechua: «Excremento del infierno, posma del

demonio. Que el sol te derrita como a las velas que los condenados llevan a los nevados. ¡Te clavarán con cadenas en la cima de Aukimana; Hijo Solo comerá tus ojos, tu lengua, y vomitará tu pestilencia, como ahora! ¡Vamos a vivir, pues!».

Se calentó en la arena el perro; puso su cabeza sobre el cuerpo del Singuncha; moviendo sus «anteojos», lo miraba. Entonces lloró Singu.

—¡Papacito! ¡Flor! ¡Amarillito! ¡Jilguero!

Le tocaba las manchas redondas que tenía en la frente, sus «anteojos».

—¡Vamos a matar a don Adalberto! ¡Dice Dios quiere! —le dijo.

Sabía que en los bosques de retama y lambras de los molinos cantaban las torcazas más hermosas del mundo. Desde centenares de pueblos venían los forasteros a hacer moler su trigo a Lucas Huayk'o, porque se afirmaba que esas palomas eran la voz del Señor, sus criaturas. Hacían turnos que duraban meses, y don Adalberto tenía peones de sobra. Se reía de su hermano.

—¡Para mí cantan, por orden del cielo, estas palomas! —decía—. Me traen gente de cinco provincias.

Escondido, Singuncha rezó toda la tarde. Oyó,

llorando, el canto de las torcazas que se posaban en el bosque, a tomar sombra.

Al anoecer se encaminó hacia los molinos. Pasó frente al recodo del río; iba escondiéndose tras los arbustos y las piedras. Llegó frente al caserío donde residía don Adalberto; pudo ver los techos de calamina del primer molino, del más alto.

Cortó un retazo de su camisa y lo deshizo, hilo tras hilo; escarmenándolas con las uñas, formó una mota con las hilachas, las convirtió en una mecha suave.

Había escogido las piedras, las había probado. Hicieron buenas chispas; prendieron fuerte aun a plena luz del sol.

Más tarde vendrían «concertados» a la orilla del río, a vigilar, armados de escopetas. Anohecía. Los patitos volaban a poca altura del agua. Singu los vio de cerca; pudo gozar contemplando las manchas rojas de sus alas y las ondas azules, brillantes, que adornaban sus ojos y la cabeza.

—¡Adiós, niñitas! —les dijo en voz alta.

Sabía que el sonido del río apagaría su voz. Pero agarró del hocico al Hijo Solo para que no ladrase. El ladrido de los perros corta todos los sonidos que brotan de la tierra.

Tupidas matas de retama seca escalaban la ladera, desde el río. No las quemaban ni las

tumbaban, porque vivían allí las torcazas.

Llegaron palomas en grandes bandadas, y empezaron a cantar.

Singuncha escogió hojas secas de yerbas y las cubrió con ramas viejas de k'opayso y retama. No oía el canto. Su corazón ardía. Hizo chocar los pedernales junto a la mecha. Varios trozos de fuego cayeron sobre el trapo deshilachado y lo prendieron. Se agachó; de rodillas, mientras con un brazo tenía al perro por el cuello, sopló la llama que se formaba. Después, a pocos, sopló. Y casi de pronto se alzó el fuego. Se retorcieron las ramas. Una llamarada pura empezó a lamer el bosque, a devorarlo.

—¡Señorcito Dios! ¡Levanta fuego! ¡Levanta fuego! ¡Dale la vuelta! ¡Cuida! —gritó alejándose, y volvió a arrodillarse sobre la arena.

Se quedó un buen rato en el río. Oyó gritos, y tiros de carabina y dinamita.

Volvió hacia el remanso. Más allá del recodo, cerca del vado, se lanzó al río. Hijo Solo aulló un poco y lo siguió. Llegaban las palomas a esta banda, a la de don Ángel, volando descarriadas, cayendo a los alfalfares, tonteando por los aires.

Pero Singu se iba ya; no prestaba oído ni atención verdaderos a la quebrada; subía hacia los pueblos de altura. Con su perro, lo tomarían de pastor en cualquier estancia; o el Señor Dios lo haría llamar

con algún mensajero, el Jakakllu o el Patrón Santiago. Entonces seguiría de frente, hasta las cumbres; y por algún arco iris escalaría al cielo, cantando a dúo con el Hijo Solo.

—¡Amarillito! ¡Jilguero! —iba diciéndole en voz alta, mientras cruzaban los campos de alfalfa, a la luz de las llamas que devoraban la otra banda de la hacienda.

En la quebrada se avivó más ferozmente la guerra de los hermanos Caínes. Porque don Adalberto no murió en el incendio.

El forastero

El forastero iba repitiendo mentalmente la letra de un canto de su pueblo:

*Solitario cóndor de los abismos,
helado cóndor negro;
me dijeron que yo nací en tu nido
triste
sobre la aguja de roca que nace
de la gran nieve, triste,*

*Aun así, aun así,
cóndor de la nieve que llora.
No explicaría mi nacimiento
este dolor; este llanto,
esta sombra que grita
en mis entrañas,
helado cóndor...*

Y como no conocía la ciudad, llegó sin darse cuenta al barrio de la sucia estación del ferrocarril. En el corredor dormían ya pasajeros sin dinero y vagabundos.

Siguió cantando y, a pesar de la turbación de su memoria, percibió la gran semejanza de esos

hombres recostados en el suelo, con los pies desnudos, y la musical estación de su pueblo lejanísimo donde muchos dormían en iguales posturas, mientras tocaban quenás y charangos.

*Aun así, aun así
cóndor de la nieve que llora.*

—También ellos —dijo.

—¿Quiénes? —Oyó que le preguntaban.

—Ésos —contestó—. Tienen una sombra en las entrañas. Por eso duermen así. Y no podrán levantarse.

—¡Estás «bolo»^[*], papacito! ¡Más que yo!

Era una muchacha de rostro cetrino; tenía un extremo de la boca algo fruncido, como la de ciertas locas de pueblo, y vio a la luz de la lámpara que, exactamente, esa parte de sus labios estaba húmeda de saliva; sus cabellos lacios, espesos, no habían sido peinados; su nariz era ancha...

—Tienes los ojos buenos —le dijo él.

—¿Buenos?

—Y negros. ¿Qué eres?

—¿No sabes? No pareces mexicano, ni panameño, ni de Nicaragua... A éstos los conozco enseguida. ¿De dónde?

—Soy del Perú.

—¿A cuántas horas de avión está?

—Diez.

—No importa. Acompáñame. Quiero ver a mi hijo; después bailamos; después te acompaño, adonde quieras.

—Vamos, María.

—¿Cómo sabes que es mi nombre?

—Claro, pues; aquí, con lo que eres y lo que yo soy...

—Así hablan los... ¿De dónde dijiste que eres?

—No importa. Vamos.

Su hijo estaba sobre las rodillas de un negro viejo. El cuarto de madera del hotelucho olía a sábanas sucias, como todos los otros cuartos por cuyas puertas habían pasado. «Huele a engrudo de hombre y de hembra —había dicho ella—. Pero yo... Ahora...». Se quejaban o aullaban, despacio, en los cuartos.

Hasta los oídos del niño llegaban, lentamente, el acezar o el llamado entre angustioso y triunfal de los «mierdas», como ella dijo, refiriéndose a los hombres.

—¿No sabes un canto, oye, forastero? —preguntó.

—Sí. Pero es triste.

—Claro, pues. Este negro es peor.

E hizo bailar al niño sobre las rodillas del

anciano.

A la luz de la vela, María detuvo el baile.

—¿Has oído, negro? —preguntó.

—No. No es canto. Otra cosa ha de ser.

—Ha bailado el chico. No ha querido llorar.

El negro parecía ciego, la sombra delgada de una varilla del catre le caía en la frente.

María levantó al niño en sus brazos y dirigió sus ojos a los del forastero, detenidamente.

—Eres bella —le dijo él.

—Pero sucia.

—Del rostro, un poco de tus cabellos. Así son ellas, las indias de mi pueblo.

—¿Qué es eso, y qué es el cóndor?

—India es una hembra que sufre, las que me criaron; cóndor es un animal negro, de alas grandes, que sufre más.

—¿Por qué?

—A causa de mí.

—¡Anda «bolo»! Será por mí. Ya viste al negro. ¿Tienes un quetzal o un *dollar*?

—Cinco.

—No. Es mucho. Dame dos. El negro es bueno. Abuelo del chico. Dos quetzales vale su buena voluntad. No sale nunca del hotel.

—¿Oye toda la noche?

—No, señor. Duermo sentado. Esa cama tiene

suciedad. Quema más que un carbón encendido. Ésta me trajo de Puerto Barrios. Llega borracha a esta hora, más o menos. Entra sola. ¿Por qué lo ha traído a usted?

—Es cóndor. ¿No has oído? Dice que sufre.

—Pobre perra. Crees todavía saber quién es inocente. Voy a recibir el billete de cinco.

—Muy bien, amigo. De todas partes viene la oscuridad hasta este cuarto. Pero ella tiene hermosa luz en sus ojos, María.

No dijo nada ella. Permitted que el forastero le entregara al negro el billete.

—¡Es de diez! Pobre perra. Anda a bailar.

María tomó de la mano al forastero.

—El negro y el niño no salen. Convidame cerveza.

Al cuarto vaso el forastero se decidió a bailar. Había hecho repetir diez veces el mismo disco en el enorme y erizado tragamonedas:

*Que te quiero pollo
que te quiero asado.*

Apretó el cuerpo de la muchacha. Ella reclinó su cabeza sobre el hombro del forastero; luego se

separó y volvió a mirarlo detenidamente.

—¿Por qué me has dicho que soy bella? Me salen babas.

—Es saliva. Pero todo, todo queda iluminado por tus ojos. La noche esta parece de luz; el cóndor triste dentro de mi pecho.

—No eres mexicano, no eres cubano, menos gringo que no habla. Creo no eres nadie.

—Al revés. Ahora estoy bailando. Soy alguien. Todos los cóndores son helados y grandes. Aquí se ahogarían. Si vieran al negro volarían, heridos, como después de las corridas de toros, en mi pueblo.

—¿Al cóndor lo torear?

—No. Lo clavan sobre el toro, para que aletee y le pique en el lomo. Después, con las piernas medio despedazadas, lo sueltan a la orilla del pueblo, entre cantos, como a mí me soltaron. Pero, eres delgada, suciecita y algo así como india; he bebido...

Un hombre se acercó a la mesa, cuando se habían sentado. Ella acariciaba la pierna del forastero. Estaban en una cantina maloliente; sólo en otras dos mesas había parejas. El hombre vino desde una mesa rodeada de borrachos. Las dos parejas y los individuos que bebían en las diez o quince pequeñas mesas redondas lo vieron dirigirse hacia el forastero.

—Párate —le dijo ella—. Yo tengo una botella en la mano.

El forastero no se levantó.

«Ojalá me mate».

El hombre abrió la hoja grande de un cortaplumas. Apuntó al forastero de cerca, con el cuchillo, y ordenó:

—¡María! ¡Bailas conmigo! ¡Babienta! ¡Boca torcida!

El forastero se echó a reír.

—¡Baila! Sal de allí —insistió el otro.

El forastero se puso de pie, rodeó la mesa para acercarse al hombre.

—No hay música —dijo—. Toquen eso del «Pollo».

Lanzó varias monedas hacia el grupo de compañeros del hombre y al mostrador.

—María no baila; está sola —dijo—. Tú de hembra, yo de caballero. ¡A bailar, carajo! Guarda esa porquería de matar piojos.

Empezó el ritmo de la gran guaracha. El hombre iba a lanzarse sobre el forastero pero el grupo de sus compañeros aplaudió riéndose; entonces el hombre apretó la cuchilla. El forastero lo esperó sonriendo.

—Este... este... No sirve para el cuchillo —dijo—. Para... ¡Nada! Ni para un trago, siquiera.

El borracho se fue; volvió enseguida.

—María —dijo—. ¡Babienta!

—Sí. Pero hermosa, delgada. Eso no lo ves,

compañero, porque estás de cuchillo.

—Es un güevón. No tiene cuerpo ni para un escape. ¡Quédate, mierda!

Los hombres se echaron a reír. Y cuando el provocador estuvo a punto de sentarse, lo empujaron entre varios hasta la puerta.

—¡Gallina! ¡A dormir el «bolo» en la estación! No mereces.

Le dieron de patadas.

—Tenemos que bailar —dijo María.

Y ciñó su cuerpo al del forastero.

—Será boca-torcida, pero éste se la llevó de legítimo. Cada quien, sabe —habló uno de los hombres con desgano.

En ese momento, ella puso sus dedos sobre la boca del forastero, en sus labios fríos. Lo acarició. Y sobre él cayeron hojas, un viento.

—Vamos —dijo—. Me pesa la sangre. Se ha puesto a hervir sin motivo.

Ella siguió acariciándolo con los dedos. La parte torcida de su boca se hizo más intensa.

—¡No conocía a la mujer! ¡No la conocía! —exclamó él—. ¡Nunca!

Pagó la cuenta. Salieron, sin que los parroquianos borrachos los observasen. Únicamente, la negra visiblemente embarazada, hermosa, que acompañaba a una especie de gringo, sonrió y se quedó pesada, en

el asiento.

—Es un hotel verdadero —afirmó María.

Una toalla, un lavatorio con agua, una pieza de techo altísimo, pero de paredes enlucidas. Sin embargo, él pudo oír el leve crujido de un catre vecino.

«Habría sido mejor ese cortaplumas del cobarde. En un nido helado, peor que éste, fui concebido; era el de un cóndor negro, de lento, de solemne, de triste vuelo. Yo soy peor que...».

Ella ya estaba con el torso desnudo, su pequeño y delgado hombro; sonriéndole, lo abrazó.

—Hay luz eléctrica —dijo.

No podía ser más morena, ni más frágiles sus brazos.

—Siempre tengo fiebre a esta hora.

Sus ojos negríssimos estaban rodeados de ojeras ardientes, tiernas, hondas como las paredes inalcanzables de los ríos oriundos del forastero. En esos abismos crecen flores muy pequeñas y cruzan en su aire picaflores de fuego.

—Tú no eres...

—No soy, pues.

Y se acostó desnudo junto a ella, que parecía verdaderamente afiebrada.

—Hiciste bailar a mi hijito. ¿De dónde eres? ¿De qué eres? Ni de México, ni de Nicaragua, ni menos de gringo.

Él percibió, por primera vez, que la parte irregular de su boca no le permitía pronunciar las palabras con toda claridad.

«Felizmente no concluye, no perfecciona la voz humana».

Y mientras lo acariciaba con sus también delgadas piernas, y le rozaba los labios con sus dedos no muy suaves, y toda la pieza se llenaba de calor desconocido, absorto, iluminado, perdida la lucidez que era tormento, al forastero, hablaba:

—No lo sabía, no las conocía; andaba. Sólo ella, ella sola porque es así.

Reconoció la estación del ferrocarril. Los mismos hombres con los pies desnudos dormían. Él se puso a cantar improvisando en su lengua materna:

*Los peces cruzan su dorado cuerpo
en el río;
la golondrina es muda, no tiene lengua,
en mi pecho tiembla;
el sol se mueve triste, quemando,
yo con él;
dorado cuerpo de los peces;
él saldrá mañana, hará de nuevo la tiniebla,*

*yo estaré dando fuego
a todo nido de cóndor helado,
en que nací.*

Lo había seguido, seguramente.

A la puerta del hotel lujoso, la encontró temblando. Sus ojeras se habían ahondado más pero no evocaban ya picaflores candentes ni flores que brillan en los abismos del Perú.

—Usted, amigo... Mi hijito ya está en una guardería. El negro habrá muerto. Llévame al hospital de San Patricio.

La dejó en una sala larguísima, de madera, a causa de los techos bajos, todo el hospital quemaba por dentro.

—Aquí sanaré en diez meses. No me dejes dinero. Sólo un quetzal.

El forastero tuvo que despedirse de ella. El inmenso hospital era peor que todo nido helado de cóndor donde si alguien nace marchará triste sin remedio hasta la muerte. En ese hospital de Guatemala nadie puede ser concebido ni nacer. El forastero salió de allí, improvisando otro canto con la melodía de una danza solemne de su pueblo:

*El fuego había sido más que la nieve
el helado llanto cesa al amanecer,
el sol maligno se pega a los ojos,
María, se pega a la ceniza*

*los cóndores buscan con tiempo
su helado nido.*

*El fuego de la ceniza quemó sus ojos
y en el gran cielo se revuelcan;
dame para morir la nieve.*

Pero a los diez meses, ella salía del hospital. No tomó el tren para el puerto. Buscó el hotel. Esperaba encontrar algún día al forastero.

Sólo recordaba un nombre, como indicio: la extraña palabra cóndor.

Cuentos olvidados (no recogidos en libro)

Los comuneros de Ak'ola

—Hoy día —se dijo don Ciprián, principal de Ak'ola y Lukanas.

Sentado sobre el poyo del corredor de su casa miraba salir uno tras otro a sus cuatro concertados: José Delgado, Juan Kiske, Antonio Wallpa, Francisco Rondón.

—Son unos bestias, indios... —y dijo un calificativo sucio.

Era jueves, víspera del yaku punchau (día del agua). Todos los comuneros de Ak'ola se reunían el jueves a las cinco de la tarde en el puente de madera que atraviesa el riachuelo de Wallpamayu a la salida del pueblo. Una vez completos, ochenta más o menos, con el varayok' y el tayta^[*] a la cabeza se iban a tapar Jatunk'ocha. Llegaban casi al anochecer a la laguna y cerraban la compuerta en nombre del tachtacha San José, patrón de Ak'ola; emparedaban el boquete con tres o cuatro piedras y taconeaban las rendijas con champa barrosa. A la mañana siguiente empujaban las piedras con un fierro largo y

puntiagudo y botaban las champas; el agua derrumbaba entonces las piedras y saltaba a la cequia bulliciosa y negrusca. Los comuneros veían eso y reían con gran alegría.

—¡Mamay yaku! ¡Mamay k'ocha![*]

Y sus ojos amarillosos, tranquilos, brillaban de repente con una luz amorosa y regocijante.

A media legua de Jatunk'ocha, la cequia de Ak'ola se divide en dos; más lejos cada cequia sigue ramificándose en infinidad de acueductos que llegan hasta los maizales, trigales, alfalfares y todas las chacras que se extienden más abajo de Ak'ola. El pueblito está a la cabecera de todos los sembríos.

El domingo los comuneros se repartían en la plaza el único día de agua a que tenían derecho en la semana; el yaku punchau viernes. Pocas veces peleaban en los repartos; respetaban la palabra del semanero: un comunero elegido entre los viejos quienes conocían muy bien las propiedades de todos los ak'olas. Pero en el último año, por culpa de don Raura, tayta de Lukanas, los ak'olas pelearon muchas veces por el agua con los lukaninos.

El jueves era el yaku punchau de los lukanas, el miércoles pertenecía al cura y todos los demás a don Ciprián, principal de los dos pueblos.

A pesar de que el principal vivía en Ak'ola protegía más a los lukanas.

—Lukaninos son gente, más que ak'olas —decía don Ciprián cada vez que podía hacerse oír con diez o quince comuneros ak'olas.

La verdad es que los comuneros lukanas eran más sumisos para el principal, más obedientes y humildes. Don Raura, tayta de lukaninos, era muy amigüero de don Ciprián, se hizo engañar con un poco de cañazo y un par de yuntas y desde esa vez les hablaba a los comuneros para que fueran como perros ante el principal y los lukaninos le hacían caso. Don Raura era un viejo hablador de cara seria y mirada clara; se hacía respetar con los lukanas; pero era un k'anra (sucio), vendido al principal, según el hablar de los ak'olas.

En cambio el tayta de ak'olas, don Pascual, era indio liso y no se pegaba nunca al principal. Había estado varios años en Nazca, Ica; hasta Cañete había llegado y en todos esos pueblos grandes había aprendido mucho. Don Pascual no era viejo, tendría como cuarentiocho años, era pálido, terciamiento; se vestía de diablofuerte y no de cordellate como los otros ak'olas; desde que llegó de la costa tenía esa costumbre. Su voz era delgada, flemosa, pero fuerte y casi mandona; sus ojos negros estaban rodeados de manchas amarillas y carnosas como las de todos los comuneros que han vivido largo tiempo en la costa comiendo sólo cancha, queso salado y otras cosas sin

sustancia; pero miraba de frente a la cara, con insolencia, no como el resto de ak'olas que eran cobardones y maulas.

Don Pascual hablaba siempre en todos los repartos de agua y se quejaba en voz alta de la poca agua que había para los comuneros que eran tantos como hormigas y de la ganga que tenía el principal siendo solo. Por eso don Ciprián le odiaba.

—Es un cholo redomado; lo voy a fregar bien pronto —hablaba lleno de rabia.

Pero don Pascual no tenía animales; vivía de dos chacritas donde sembraba papas, maíz y trigo y del dinero que recibía por tocar quena en las fiestas; los mayordomos de las fiestas le hacían llamar de los pueblitos cercanos y le pagaban bien. Así se libraba de las garras del principal porque éste no tenía nada que arrancharle. Don Pascual era muy conocido en el distrito; los comuneros de todas las punas, de todas las quebradas hablaban bien de él, aunque con cierto temor; hasta los lukanas le respetaban.

En el cielo limpio y claro el sol brillaba ardoroso; hasta muy entrada la tarde el Inti^[*] quemaba todavía las tierras de todas partes. Los sembríos estaban llenos del olor de la hierba caliente.

—Ya no alcanza el agua, ak'olakuna —dijo don

Pascual en el puente—. Vamos a perder el año. Nuestros trigalitos amarillean junto a las chacras de don Ciprián donde el maíz verde y gordo se ríe de nuestra desgracia.

Los ak'olas se entristecieron y bajaron la cabeza humildemente.

—El tayta Inti está en nuestra contra. A los comuneros nos hace llorar, quema por puro gusto nuestros plantitas, pero al principal le quiere. Debemos enrabiarnos, ak'olakuna.

Los comuneros levantaron la cabeza para mirarle a su tayta; pero en sus ojos sólo brillaba una luz resignada, pobre; no comprendían.

—¡Enrabiaremos contra el principal y le quitaremos el agua y la tierra!

Los ak'olas sacudieron sus cuerpos como si de repente hubiera pestañeado el sol.

—Principal ya no necesita agua; sus chacras están fangosas y nuestras tierras se ponen duras como el alma del principal.

Los comuneros de Ak'ola entendieron, pero tenían miedo y se quedaron callados.

—¿Qué dicen, ak'olakuna? —preguntó don Pascual con voz fuerte e impaciente.

—Ak'olas te obedeceremos, don Pascual —habló por fin don Kokchi.

—Tú eres tayta de ak'olas y sabes —dijo otro.

—¡Don Pascual, está bien! ¡Nosotros comuneros necesitamos agua de Jatunk'ocha más que principal; vamos a tapar todos los días la laguna para nosotros!
—Fue el mak'ta Tomascha el que habló así.

—¡Vamos! —mandó el tayta.

Los comuneros ak'olas se pararon al borde de la laguna seca ya a esa hora; sobre la compuerta se cuadró don Pascual.

—Esta agua es de nosotros, ak'olakuna. En nombre del taytacha San José, tápenlo.

Cinco comuneros saltaron al fondo de la laguna.

Jatunk'ocha es grande; tiene media cuadra de largo y es casi redonda; al centro se levanta un montículo cilíndrico hecho de piedra y cal; es el puputi (ombligo) que jamás falta en los pozos artificiales de la sierra.

Cuando los comuneros empezaron a tapar la compuerta se oyó a poca distancia un cohetazo fuerte que resonó en las quebradas próximas. Los ak'olas voltearon la cara asustados y los que estaban en la compuerta saltaron al muro.

Por el camino a Lukanas, en la falda del cerro, apareció una tropa de indios lukaninos.

—¡Mueran, ak'olas! —gritaron los que llegaban.

—Seguro están borrachos con el trago de don

Ciprián —dijo don Pascual mirando serio a los lukanas.

—¡Les rajaremos la cabeza a esos vendidos! —habló Tomascha.

En los ojos de todos los ak'olas prendió la rabia con gran rapidez, sus ojos ardían.

—¡Malhaya! —se dijo tristemente el tayta de Ak'ola—. ¡Si esa rabia fuera contra el principal...!

Y miró de un modo extraño al Osk'onta, al Chitulla, a todos los grandes cerros y a los falderíos. Seguro en su corazón había algo, en su cabeza también había algo preciso, fuerte. Miró con pena a sus comuneros que se lanzaban a carrera, piedra en mano, contra sus hermanos lukanas. Y gritó fuerte, hasta engrosar su voz y se hizo oír bien en todo el campo.

—¡Comunkuna, wauk'eykuna^[*]: único enemigo de nosotros es Cipriancha; vamos a matarle a él más bien entre nosotros, ak'olakuna, lukanaskuna!

Los comuneros se pararon en seco durante un rato y le miraron como asustados al tayta. Pero en ese instante se oyó otra voz gruesa, medio hueca y encolerizada:

—¡Perros ak'olas!

Era el vendido Raura.

—¡Don Pascual, a ese sucio no más! —contestó temblando de ira el mak'ta Tomascha y siguió

corriendo al encuentro de los lukanas; todos los ak'olas le siguieron.

Y principió la pelea. Los lukanas por defender a don Raura apedrearon a los ak'olas y la pelea se hizo general. Los comuneros se rajaban la cara a puñetazos, se apaleaban, se arañaban y mordían bramando.

Don Pascual, parado sobre la compuerta de Jatunk'ocha, siguió gritando. Pero se volvió ronco y nadie ya le hizo caso. Entonces de sus ojos amarillosos y brillantes brotaron lágrimas saladas que chorrearon por su cara flaca, pálida. Don Pascual no lloraba así no más.

—¡Supay!^[*] Pero algún día comuneros verán a su enemigo y pelearán con más rabia que ahora. ¡Seguro, seguro!

En este momento, cuando la pelea era más encarnizada, llegó a galope don Ciprián con su mayordomo y tres mestizos. Al pasar junto a la laguna dispararon todos y el cuerpo del tayta cayó de espaldas sobre el fango de la laguna. El principal siguió de frente contra los indios; su overo saltaba como tigre, los otros tres montados le seguían, pisotearon a los comuneros de los dos pueblos y reventaron tiros al aire. Despavoridos los ak'olas y lukanas huyeron al cerro y se treparon a las peñas.

Al poco rato el sol se ocultó tras el lomo del

tayta Chitulla y todo se perdió entre las sombras.

La pelea sirvió de pretexto y ya no hubo más yaku punchau jueves ni viernes. Toda la semana fue desde entonces para el principal don Ciprián Palomino.

*(Publicado en: La Calle, Lima, 13 de abril
de 1934, año 1, n.º 5)*

Los comuneros de Utej-pampa

En la cumbre del cerro Santa Bárbara el cura de San Juan mandó hacer un trono de tantarkichka para la Virgen Candelaria, patrona del pueblo. Don Inocencio, sacristán de la iglesia, dirigió el trabajo. El tantar es un arbusto espinoso con hojas pequeñas y verdes. Don Inocencio aplastó con una piedra plana las ramas centrales de un tantar robusto y frondoso; todas las semanas acomodaba la piedra y las ramas del tantar. Después de muchos meses, en una ceremonia dirigida por el cura y los mistis notables de San Juan, sacaron la piedra. Las ramas del tantar se habían retorcido bajo la piedra, se habían apretado unas a otras hasta formar una superficie plana. Los sanjuanés recortaron las ramas que miraban hacia la gran pampa de Utej y las que estaban en dirección del camino a San Juan. El tantar, así, tomó la forma de un cilindro hueco con dos puertas.

Cuando los campos estaban verdes y alegres; en un día hermoso en que las tuyas y las torcazas

cantaban sobre los maizales de la pampa madre, los comuneros de San Juan cargaron a la Virgen Candelaria hasta la cumbre del cerro Santa Bárbara. Con gran respeto y ante el silencio de toda la gente, don Inocencio, don Victo Pusa y don Demetrio Páucar, bajaron a la Virgen desde su trono de cenefas, la llevaron hasta su nuevo trono vivo de tantarkichka. Todos los sanjuanés se arrodillaron sobre el pasto fresco.

En el espacio, sobre el aire azulejo de la quebrada, un killincho^[*] hacía piruetas burlándose del anka^[*] que volaba pesadamente frente al trono. Muy abajo cerca ya del río grande, se veía Utej, el pueblito bullicioso de los maizales y duraznos. En la plaza estaba reunida toda la gente de Utej; en cuanto vieron a la Mamacha Candelaria hicieron reventar seis camaretazos, el humo de la pólvora se elevó hasta muy alto desde Ajtojrumi que está al centro de la plaza.

De regreso las mujeres fueron regando flores de k'antu y retama en el camino. Tras del anda iban los mistis de San Juan con su ropa nueva de kaki; el principal del pueblo, don Pablo Ledesma, llevaba un terno azul de casimir y caminaba al medio de los mistis. Después seguían los comuneros; en primera fila don Pedro Raura de San Juan y don Victo Pusa de Utej.

Al llegar a la plaza, las «señoras» cantaron alternándose con el sacristán.

Desde cada esquina hicieron reventar un dinamitazo.

Avanzaron todos lentamente hasta llegar a la iglesia.

A la salida del templo, el sol ardía sobre el blanqueo de las paredes y el cielo estaba claro y limpio como el agua de Torkok'ocha en tiempo de helada.

Los mistis le siguieron en tropa a don Pablo; iban por su atrás, como perros de estancia, a buscar el trago en la casa del principal.

Los comuneros se reunieron en la esquina de la plaza que da al camino de Utej.

—Para llegar a Utej todo se anda de bajada — dijo don Victo, mirando en los ojos a todos los sanjuanés.

—Y de regreso la tierra es pesada —contestó don Raura.

—Pero en casa de Victo Pusa hay alegría; hay flauta, arpa y violín; chicha como para doscientos.

—Sanjuanés y utej son hermanos.

—Son buenos comuneros. ¡Andando!

Don Victo tomó la delantera. Los comuneros llenaron todo el ancho de la calle.

En el campo se sentía el olor de las flores maduras. El camino estaba oculto entre los montes de retama, k'antu, tantar... El pecho de los mak'tas respiraba allí fuerte y sano; sus ojos miraban con la misma alegría al cielo y a la tierra. No era la fiesta de Mamacha Candelaria. ¡Mentira! Era la fiesta de los sembríos en flor, de los falderíos cubiertos de pasto jugoso, del corazón «endio» regocijado sobre la tierra madre.

Los comuneros bajaron en tropel por el camino, iban casi corriendo; hablaban y reían con voz gruesa y dura.

Desde la cumbre de Santa Bárbara se ve toda la pampa de Utej. Comienza al pie del cerro y termina en el barranco que baja al río Viseca. La pampa de Utej es plana, tiene como dos leguas de largo y una de ancho, al centro se eleva un cerrito puntiagudo en cuya cabeza los utej han hecho una era para festejar allí las cosechas con bailes y cantos. El maíz crece en la pampa casi hasta el tamaño de dos hombres y cada planta da tres y cuatro mazorcas. En un extremo de la pampa se ve al pueblito rodeado de huertas y eucaliptos; en la plaza, frente a la iglesia, se destaca el tejado de una casa más grande que las otras, sobre el tejado varias fajas de cal formando cuadriláteros;

ésa es la casa de don Victo Pusa, tayta principal de Utej, pueblo de «endios» comuneros.

Los utej no son indios humildes y cobardes, son comuneros propietarios. Entre todos, y en faena, labran la pampa, y cuando las eras están ya llenas, tumban los cercos que tapan las puertas de las chacras y arrean sus animales para que coman la chala dulce. Utej es entonces de todos, por igual; el ganado corretea en la pampa como si fuera de un solo dueño. Por eso los utej son unidos y altivos. Ningún misti abusa así no más con los utej.

—¡Indio perro! —le dijo un día don Pablo a don Victo.

—¡Misti maldecido! —le gritó con voz rabiosa el comunero.

Los dos se miraron con ojos ardientes, pero de igual a igual. Don Pablo latigueó a su caballo y se fue a galope por el camino de la pampa.

—Con este indio no hay que meterse, tiene cara de asesino.

—¡Asesino! Comunero más bien, comunero propietario, dueño de la tierra, dueño de su alma.

Por eso don Pablo y los mistis de San Juan hacen sus correrías por la puna, por los pueblos del interior: Sondondo, Mayu, Aucará. De ahí se traen ganado; unas veces robando, otras comprando con revólver en la mano, por la mitad de su precio. ¡Pero

a Utej nunca! Los utej tienen buenas escopetas, don Vícto una carabina legítima, y ninguno le tiene miedo a las balas y a los cachacos.

—¡Que vengan gendarmes. Les romperemos la calavera en el camino, a galga y bala! —decía don Vícto.

Los sanjuanés en cambio son muy pobres, la mayor parte son sirvientes de los mistis: vaqueros, concertados, arrieros... Pero todos quieren a los utej y en las cosechas se van a la pampa y regresan con una o dos carguitas de maíz, alverjas y habas. Los que pueden se casan con utejinas y se quedan en la pampa.

Utej crece todos los años; las casitas nuevas se extienden más y más hacia la pampa; mientras el tejado de las casas de San Juan se va volviendo color tierra y las calles se llenan de hierbas y suciedad.

Los comuneros de Utej y San Juan bailaban en el patio de la casa de don Vícto. En un extremo del patio, bajo la sombra de un manzano, tocaban animosos los tres músicos del pueblo: don K'espe, arpista; don Wallpa, violinista y el Chipru, flautero. El patio estaba lleno, toda la gente de Utej se reunió ese día en la casa de don Vícto. Al pie de las paredes, sobre troncos de molle y eucalipto,

sentados, conversaban los comuneros; otros bailaban junto al arpa y el resto se emborrachaba con chicha en el corredor. Las pasñas con traje nuevo y rebosante de colores fuertes y alegres, reilonas, rosaditas, provocaban a los waynas^[*] de San Juan.

Don Victo se daba de abrazos con don Raura y varios comuneros sanjuanés en el corredor.

Don Victo era alto; en todo el distrito ningún hombre era de su tamaño, tenía espaldas anchas y un pecho redondo y carnoso; su cara estaba picada por la viruela y era llena y grande; su nariz era medio ganchuda, nariz de killincho, y, bajo su frente angosta, ardían sus dos ojos pequeñitos y brillantes. Don Victo había llegado hasta sargento en el ejército, sabía leer y escribir y dice, una vez, le pateó a un oficial porque quiso abusar de un soldado utejino; le flagelaron, primero, le metieron a la cárcel, y después lo botaron.

—¡Los oficialitos y coroneles son como perros rabiosos para el soldado; ajean y mandan tirar látigo, como si la tropa fuera ganado! —decía don Victo.

Los ojos de don Victo miraban con fuerza y a veces se alegraban hasta redondearse y crecer, como si de repente hubiera ganado una pelea, pero casi siempre parecían retener algo en su fondo.

Don Victo era verdadero principal en Utej, toda la gente de la pampa le respetaba y quería; porque no

abusaba de nadie, porque nunca negaba sus yuntas para las faenas, porque su casa estaba abierta para todo «endio» necesitado.

Ahora tomaba sus tragos con los sanjuanes; bebía la chicha del maíz grande de Utej, del maíz dulce de la pampa madre y estaba hablador como nunca.

—¿Por qué sanjuanes son pobres y los utej, acomodados? Porque utej tenemos tierras y ustedes son sirvientes no más de don Pablo Ledesma. La tierra es principal, sanjuankuna; comuneros sin tierras, tienen que recibir en el lomo el zurriago y la saliva de los mistis maldecidos. Comuneros propietarios, como utej, se ríen de los principalitos, de los cachacos. A Utej no entran a robar los mistis de otros pueblos, porque utej tienen ojos grandes para ver sus intereses, porque utej no es «innorante» y ciego como sondondo. Utej ya somos comuneros con alma, con escopeta, con corazón para ajearle al mismo don Pablo Ledesma. En San Juan hay tierras de don Raura y en barranco no hay necesidad de piedra grande para romperle la cabeza a don Pablo Ledesma. Los pastos de Santa Bárbara son dulces para las vaquitas. ¿Qué dicen, sanjuankuna?

Don Victo miraba ahora sin disimulo, sin desconfianza, miraba de lleno. Y en el corazón de los sanjuanes empezó a hervir la esperanza.

—¡Don Victo contra don Pablo Ledesma!

¡Taytakuna: obedeceremos a don Vico!

Los sanjuanés rodearon a don Vico y a don Raura; estaban animados y decididos.

Sobre la pampa madre ardía la luz blanca del sol. En los maizales, sobre los cercos, cantaban las tuyas y las torcazas. El viento, al pasar por las huertas, se llevaba lejos la flor de los duraznos y de los manzanos.

(Publicado en: La Calle, Lima, 26 de mayo de 1934, año 1, n.º 11)

K'ellk'atay-pampa

—Recién es el amanecer, pero Yanamayu está resonando ya a la pampa con su gritar rabioso.

—¿Sabes, Nicacha? A este río le pusieron ese nombre porque es malo. Yanamayu, alma negra, asesino. Nadie le quiere en la Pampa de Yanamayu, ni las ovejitas, ni las vacas, ni los caballos cerriles; con odio le oyen roncar todo el año. Los viajeros le tiemblan, es enemigo de los viajeros. En diciembre se llevó al chiquito de don Apa; se salió, dicen, y como con un brazo le arrastró de la cintura y lo envolvió entre su barro negro; Yanamayu nos busca a nosotros los mak'tillos. ¡Yanamayu odioso!

Sobre la pampa eriaza silbaba el viento helado, el ischu se agachaba humilde a su paso y besaba la tierra. La tropita de ovejas caminaba con pasos menudos, recogiendo las patas difícilmente y balando en coro con voz triste y alargada. Sobre los cerros lejanos, semioscuros, dormitaban nubes blancas. El agua de las lagunas estaba tranquila; wikus^[*] negros, aplastados por el frío, esperaban al sol acurrucados

en sus nidos a la orilla de las pequeñas islas. Sólo el pájaro preferido, el rey de las lagunas del alto, hecho de sangre y de nube, vigilaba de pie las lagunas de la pampa.

—¡Pariona! —gritaron alegres los ovejeritos.

Erguidos sobre una pata, con la cabeza oculta entre las alas, parecían grandes flores acuáticas, de corola blanquísima con manchas de sangre purpurina.

—¡Parionachakuna!^[*]

Las voces de los pastores sonaron llenas de cariño y de respeto.

Los mak'tillos arrearon su tropa de ovejas hacia la laguna donde vieron las parionas. El yayanmachu iba por delante; sus cuernos retorcidos, escamosos y pesados le obligaban a llevar la cabeza gacha; su hocico curvo, fuerte y largo, sus ojos serios, pardo-oscuros y su cuero de lana tupida, gruesa y sucia, le daban aire de padre, de jefe; era, pues el yayan, el padrillo, el guía de la estancia. Nicacha y Tachucha le respetaban, no le resondraban nunca y por las mañanas le ayudaban a levantarse, porque sus piernas entumecidas por la helada y débiles por su vejez no le obedecían ya como antes.

—Machu-tayta^[*], ya es hora —le decían—, tu familia tiene hambre.

Abrazaban su cuello corto y grueso y pegaban sus caritas sobre el rostro serio del carnero-padre.

—El yayan está viejo, Tachucha; en la cuesta se cansa mucho —dijo Nicacha viendo el andar calmado del jefe de la tropa.

—Pero ya tiene su reemplazo, el Pringo va a ser su reemplazo.

Tras del yayan caminaba un carnero grande, de cuernos poderosos, de lana muy blanca; era el yayan próximo.

Cuando la tropa y los mak'tillos estuvieron cerca de la laguna, las parionas dieron unos pasos hacia el fondo del agua y levantaron el vuelo; extendieron en toda su anchura sus grandes alas y se elevaron muy alto. La mancha purpúrea de sus alas y de sus pechos, desde el cielo limpio, semejaba muchas banderitas rojas.

—¡Kuyay patuchakuna![*]

En los ojos de los mak'tillos brilló una alegría pura y tierna.

Las dos parionas volaron en dirección de las nieves del K'arwaraso y se perdieron rápidamente en el horizonte.

¿Dónde nacen las parionas? Ningún comunero puede decir que ha visto uno solo de sus nidos. Las parionas son orgullosas y solitarias, no se ven jamás más de dos o cuatro en una laguna, y siempre vuelan muy alto, entre las nubes u ocultas por el azul del cielo. Son hurañas, vuelan apenas sienten que alguien

se aproxima a sus lagunas; no se mezclan con los patos ordinarios que pueblan las islas y las orillas de las lagunas, son silenciosas, nadie las ha oído gritar, son como el alma de las pampas frías y calladas de la puna.

Cuando en los meses de junio y julio iba a K'ellk'ata don Rufino, principal del distrito, siempre andaba rondando las lagunas en busca de parionas. Pero todo había caído bajo el plomo de su carabina; él mataba carneros, llamas, caballos cerriles, vacas y vicuñas; sólo el pájaro amado por los comuneros de la puna escapaba siempre. Don Rufino rabiaba, zapateaba furioso tras de sus escondites, porque las parionas levantaban el vuelo antes que él disparara su carabina.

Cuando el patrón se acercaba agazapado a las lagunas, los mak'tillos y los comuneros se rogaban en voz alta:

—¡Taytay: que el plomo se derrita en medio camino; que a los oídos de todas las parionas de K'ellk'ata lleguen siempre desde lejos las pisadas del patrón; que nunca tenga entre sus manos las plumas blancas de nuestras parionas!

Y se cumplía el deseo de los «endios» k'ellk'atas. Don Rufino regresaba cansado después de haber probado en todas las lagunas y desfogaba su rabia atravesando a balazos las vicuñitas de las

laderas, los animales extraños que encontraba en sus pastales y pateando enojado a los comuneros que se alegraban al verlo llegar con las manos vacías.

La pampa se llenó de tropas de ovejas; de todas las estancias, de todas las quebraditas, salían manadas de carneros que balaban, balaban incansablemente, alegrando la pampa fría, acallando el silbido cansado del viento.

Las pocas aves de la puna comenzaron a revolotear en el aire, y el día empezó sobre la cordillera, semisilencioso, semialegre, porque en el horizonte inmenso, lleno del gris monótono del ischu, se perdía el griterío de las ovejas, de los perros y de los pastores.

Nicacha y Tachucha llegaron a la orilla de Yanamayu.

El río corre por una quebrada poco profunda; las piedras del fondo son negras y oscurecen el agua. No es torrentoso Yanamayu, al contrario, se arrastra callado sobre la pampa, formando pequeños saltos de trecho en trecho; pero es hondo y de orillas cortadas; por eso los animales que caen allí ya no salen; lentamente los lleva el agua, sin que puedan encaramarse a ninguna de las orillas.

Esa mañana Yanamayu estaba turbio: había

llovido mucho y cargaba el fango arrastrado por el aguacero.

Los dos mak'tillos se arrodillaron en la orilla y tocaron la corriente fría con las manos.

—¡Tayta Yanamayu: no le hagas nada a mis ovejitas, ni a las ovejitas de los otros; no te enojas por gusto; no seas perro con los viajeros que cruzan K'ellk'atay-pampa. No hagas llorar a la gente porque la sal de sus ojos te llega y ennegrece tu agua!

En ese momento, sobre el filo de la cordillera, apareció el sol y extendió su luz alegre sobre K'ellk'ata; abrazó amoroso a toda la pampa, a todos los animales, a todos los mak'tillos y comuneros de las estancias.

El corazón de los ovejeritos se hinchó de regocijo; los carneros se animaron y empezaron a retozar entre el ischu alto y duro; el yayan se sacudió contento y estiró su hocico al cielo. Nicacha y Tachucha se levantaron. Nicacha cantó:

*K'ellk'atay-pampa
tu viento es frío
tu ischu es llorón y humilde
K'ellk'atay-pampa.*

Tachucha empezó a bailar el ayarachi delante de Yanamayu. El sol ardía sobre su carne visible por las roturas de su chamarra.

K'ellk'atay-pampa
yo te quiero
y en los pueblos extraños he llorado por ti
K'ellk'atay-pampa.

La voz tierna y sonora del mak'tillo fue llevada por el viento a todos los rincones de K'ellk'atay-pampa y en las otras tropitas de ovejas los otros mak'tillos iban repitiendo el canto humilde y puro de los proletarios de la puna.

(Publicado en: Suplemento dominical de La Prensa, Lima, 30 de septiembre de 1934)

El vengativo

Para Héctor Araujo Álvarez, mi amigo

Voy a faltar a mi palabra, voy a romper la promesa más solemne que he hecho en mi vida; me siento demasiado humano, no puedo guardar por más tiempo esa tremenda historia. Durante tres años he envejecido por respetar un juramento que ha caducado ahora. ¡Tres años! Reprimiendo el deseo impetuoso que sentía por declarar, resonando con todas mis fuerzas al impulso, que en mil circunstancias propicias, me obligaba a salvarme de un sufrimiento injusto.

Tres años ha sido mi conciencia un escenario de lucha: por una parte la voz autoritaria y desgarrada de él, su ruego, acompañado siempre de la imagen que me hacía de su rostro en aquel supremo momento; y por otra, la súplica de ella, aquel grito desesperado con que pidió justicia, grito que él mismo se sintió débil para omitirlo en su carta. Estoy seguro que él

me escribió obedeciendo como un abúlico a ese horrible grito; fue tan intenso, tan grande, que a través de las disculpas del criminal, a pesar de todos sus esfuerzos por atenuarlo, aún lo he sentido en toda su desgracia, con todo su insoportable dolor. Pero entre la justicia y él, no he dudado; preferí a Silvestre y me callé porque en su tragedia hay un salvajismo que atropella e impone silencio. No sólo, pues, fue mi promesa solemne; tras del juramento que hice, estuvo siempre la autoridad de él, la influencia impositiva de su salvajismo.

Pero hoy quiero declarar y salvarme. Voy a descubrirlos la carta de Silvestre, es preferible que ustedes oigan esa historia tal cual la recibí; la rapidez y pasión con que está escrita, no podría yo reemplazarlas con ninguna otra cualidad literaria, que borrándole su demasiado tono sanguinario y su franqueza la hiciera igualmente interesante.

Hermano:

Fue a eso de las once y media de la noche. Había llovido y hacía frío. La calle estaba sembrada de charcos y tenía que caminar saltando los pozos de agua. Como siempre, a esa hora el pueblo estaba en silencio. A pesar de la neblina había un poco de claridad y podían distinguirse las puertas de las

casas. Es que era luna llena.

Iba a llegar al final de la cuadra, pero me detuve: oí que en la esquina alguien pronunciaba mi nombre.

Eran dos comuneros los que hablaban; yo no los distinguía, pero comprendí que conversaban sentados en el corredor de la cárcel, mirando hacia la plaza. Estaba a pocos metros de ellos y oía muy bien sus voces:

—¿Don Silvestre? ¡Ah, caraya!^[*] Es sonso como los novillos.

Era Tomascha el que me insultaba, el amansador de mis potros.

—No digas, Tomascha. Don Silvestre es buen patrón.

—Yo no digo; pero don Silvestre cree que ha sido él solito.

—¿Acaso?

—¡Mentira! Él, como los animales, la ha conocido en los retamales de Sullkaray y ahora también se ven en los corrales no más, o en la cueva de Santa Bárbara.

—¡Claro, pues! Los mistis con las blancas hacen eso.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y yo? ¡Buen mak'ta! Yo entré en su mediagua. Como gente, en el blanco de su cama, bajo el azul de su cortinita. Yo, Tomascha, pobre amansador de potrancas y padrillos, indio de la

pampa de Koñani. ¡Ja, ja, ja! Primero he sido yo, antes que el patrón don Silvestre, principal de San Juan. ¿Qué dices, Camilo?

Yo no grité, ni siquiera salté a la plaza y le impuse silencio al cholo. Una felicidad venenosa recorría todo mi cuerpo; era el grandioso placer de la rabia.

—¡Tú no sabes, Camilo! Ahora ya me puedo morir. Después de estar con esa niña, ¿qué más hay para mí en la vida?

—¡Tomascha!

El miedo le impidió moverse al indio.

—¡Tomascha! Por delante, a mi casa. Tú, Camilo, vete. No has oído nada de la niña. ¿Entiendes?

Los indios me obedecen siempre como esclavos. El amansador saltó del corredor a la plaza; Camilo, a la calle por donde había venido yo.

—¡Camilo!

El cholo sacó la cabeza por el ángulo de la pared.

—No has oído nada de la niña. Callado como la tierra hasta tu muerte. ¿Entiendes?

—Sí, papay^[*].

—¡Vete!

—Nosotros, a mi tienda, Tomascha.

La fachada de la iglesia se distinguía a través de la neblina; la ventana grande del coro se veía negra. El eucalipto del centro de la plaza estaba como

dormido, parecía un indio emponchado defendiéndose del frío. Los romazales tendidos en la pampa también eran negros, como el corazón de ella.

Marchábamos despacio. Yo iba pisando la sombra de Tomascha. Poco a poco, a cada paso, sentía que me transformaba, que me convertía en hiena o en tigre, que me hacía feroz. Tú no sabes lo dichosa que debe ser la fiera si tiene conciencia de su alma sanguinaria; yo lo aprendí aquella noche, mientras caminaba tras de Tomascha. Sólo sentía cierto temor al ir comprendiendo que tan dichoso puede ser el hombre por el amor como por la rabia. ¡Qué valiente es mi corazón, hermano! Temblaba de felicidad cuando ella me ofrecía su vida, su cuerpo, y esa noche se estremeció de satisfacción cuando pensé en su castigo, y en su sangre.

Llegamos a la puerta de mi tienda; tú recuerdas que se abre a la calle. El indio parecía sereno, ya no había miedo en su rostro.

Abrí la puerta. El amansador, sin esperar que le ordenase, entró tranquilamente a la tienda; yo lo seguí. Mi catre está tras de los andamios. Prendí mi lámpara de kerosene y nos vimos otra vez la cara: la mirada del indio seguía impassible.

—Toma asiento, mak'ta. En la silla, como gente.

—Yo hombre, tú hombre, Tomascha. Esa mujer ha sido de los dos. La verdad no más para tu patrón.

Yo me puse frente a él, sentado en la cama. La lámpara nos alumbraba un lado de la cara.

Con las manos sobre la rodilla, serio y casi triste, el cholo me contó la primera rendición de ella:

—Don Silvestre, ya sabes: La suerte, pues ha querido; Dios mismo seguro ha querido; fue en la cosecha de maíz, patrón: ese día don Constantino y doña Eloísa durmieron en la era de Utek'pampa. Al atardecer, cuando el Inti amarilleaba en la cabeza del tayta Chitulla, yo aparejé mis burros para cargar el maíz al pueblo; sesenta sacos fue la cosecha. Ayudado del mak'tillo Vicente terminé de cargar al empezar la noche. Salimos de la era cuando los chiwacos acababan sus rezos sobre los retamales. Arreando y gritoneando a los burros subimos la cuesta de Sullu-puquio. Como ahora, llovió en la noche y el agua me entró hasta la carne. Apurando, apurando, llegamos al pueblo bien entrada ya la noche. Los concertados se habían ido a sus casas y Donatacha no más nos abrió el zaguán. Largo rato tardamos para descargar a los burros. Los costales de maíz los amontonamos unos sobre otros en el corredor. Después mandé a Vicenticha con los burros. Nadie había en la casa; la cocinera y Donatacha estaban roncando en la cocina, la pasña se metió en la cama mientras descargábamos a los burros. En la mediagua, la niña tenía su luz prendida.

Cuando estaba descansando tirado sobre una jerga, la niña me llamó; miedoso empujé la puerta de su cuarto y entré. La niña estaba sentada sobre su cama, con un librito en las manos.

—Sube ese baúl sobre la silla —me dijo.

Callado no más obedecí.

De regreso, al pasar por el lado de la patrona, mi brazo le tocó en la cadera. Su cuarto es, pues, chiquito; entre su catre y la pared un solo hombre puede pasar y la niña estaba parada junto a su cama.

—¡Tomascha! —me dijo—. ¡Tomascha! ¡Pareces ak'chi^[*]!

De verdad, patrón, en el ojo de la niña estaba el cariño para mí, su carita blanca como la flor de sanky, se reía; clarito oí el cansancio de su corazón. De otro modo me miró; entonces como el de ella, la sangre se alborotó en mi cuerpo. Soy, pues, hombre, como tú, don Silvestre.

—¡Niñacha! ¡Por ti voy a morir! ¡Como al Inti, como a Chulla-pampa te quiero!

Eso le dije, patrón... y me quedé en su mediagua.

A pesar de la pasión con que hablaba, el semblante del indio no se modificó; siguió siendo tranquilo, casi indiferente. Pero al final me miró de frente, con expresión atrevida, algo torpe.

—¿Acaso, don Silvestre? ¡Ni yo, ni la niña, Satanás tiene la culpa!

Se paró; su cabeza se puso a la altura de la lámpara y la luz aclaró su rostro. Hasta esa noche no lo había notado: Tomascha era casi hermoso, su cara de gavilán era enérgica; tenía un cerquillo en la frente, como los potros cerriles de las pampas. Sus ojos hundidos eran casi iguales a los de los gavilanes andinos, tenían esa expresión; parecían estar mirando siempre muy lejos y eran claros y profundos. Además, Tomascha era musculoso, tenía las espaldas anchas, como todos los indios de K' oñani.

—Sí, Tomascha, Satanás es ella. Yo hombre, tú hombre; callado como la tierra hasta tu muerte ¿juras?

—Sí, patrón.

—No soy ahora don Silvestre, hombre como tú soy, habla de tu voluntad.

—Juro, don Silvestre.

—¿Desde tu adentro me respetas, Tomascha?

—De verdad te quiero, don Silvestre, porque eres buen principal y haces respetar a los indios contra los mistis abusivos de Puquio.

—Hasta mañana, Tomascha.

—Hasta mañana, patrón. Nos apretamos las manos, de igual a igual.

El indio se fue, con su andar lento y pesado, hacia el centro de la plaza. Daba pasos largos y se mecía al caminar.

La neblina había subido al cielo; extendida en el espacio era más tenue y dejaba pasar fácilmente a los rayos de la luna. El blanqueo de las paredes se distinguía muy bien en los corredores de la plaza. Tomascha se hacía más pequeño a cada paso, se perdió un momento en la sombra del eucalipto y volvió a aparecer más lejos, como un punto negro; y le seguía con la mirada. Cuando desapareció en la esquina sentí como si algo me faltase, se desprendió de mi cuerpo una especie de alegría, de felicidad pesada e intensa. Me había acostumbrado a verlo; entre él y yo se había establecido una corriente extraña que mantuvo la tensión de mi conciencia; al perderse él en la esquina opuesta, sentí como si se rompiera mi equilibrio. Estuve largo rato parado en la esquina de mi tienda, sentía placer en la inmovilidad; pero el frío me obligó a retirarme.

Cuando me examiné con calma encontré en mi interior una sola realidad, una sola pasión grande y fuerte: la rabia.

Eran las tres de la mañana; los gallos del pueblo se contestaban de lejos a lejos, con voz sonora; parecían innumerables; cada uno cantaba varias veces, con ese grito largo de los gallos serranos. Yo les oía con atención abstraída. Al poco rato me sentí pendiente de esos cantos nocturnos; desaparecieron lentamente todas mis ideas, todo el bullir de mi rabia;

y ya no había en mi interior sino el repercutir del grito placentero de los gallos. Pero también ellos empezaron a guardar silencio; unos tras otros, volvieron a quedarse dormidos. Y en el silencio absoluto, otra vez sentí como si se rompiera mi equilibrio, la tensión que suprimió la voz de mi conciencia. Inmóvil sobre mi cama, durante dos horas fui víctima de la expresión odiosa de dos rostros: ella y Tomascha. Los ojos de ambos vertieron sobre mi alma un chorro continuo de sangre.

Al amanecer, cuando los chiwacos y las tuyas cantaron sobre los saúcos del cementerio, sentí como un peso en el pecho; mi corazón estaba inmenso de rabia.

El día empezó con un cielo claro. En las faldas de los cerros se veían nubes blancas en reposo. En Santa Bárbara, sobre los tayales y las ortigas verdes, los pájaros silbaban alegres. Los chanchos mostrencos hociqueaban en los romazales de la plaza. El pueblo, silencioso y humilde, me pareció, más que nunca, un disparate.

—¡Ramoncha!

El cholillo corrió desde el zaguán.

—Ensilla mi caballo.

Yo estaba en la esquina de mi casa.

—¡Esta mañana! El día está bueno —exclamé, cuando Ramoncha se dirigió al patio para obedecerme.

De la tierra húmeda se elevaba un vapor blanco.

La quebrada del Credo. ¿Recuerdas? El camino se ve de lejos como una línea angular sobre el barranco amarillo. El arroyo corre por el fondo de la quebrada, blanquisco y gritón; de salto en salto se precipita hasta llegar al río grande que avanza, entre los cerros, y se pierde, encajonándose muy lejos, en el corazón de la cordillera. Yo escogí el barranco del Credo para el castigo de ella.

Eran las doce del día y ya debía estar cerca. El viejo Constantino estaba enfermo y ella fue a ver sus maizales de Chulla-pampa en reemplazo de su padre. Yo y el tordillo cerrábamos el camino por donde era más angosto. Las flores de los sankys enanos del barranco parecían más sanguinolentos a esa hora, en que el sol quemaba el campo e imponía silencio sobre los sembríos. El tordillo dormitaba, vencido por el calor; sólo yo vigilaba el camino, con la cara vuelta hacia el bosque del frente, donde empieza la quebrada. No tenía inquietud, ni sentía miedo, esperaba casi tranquilo.

Mi rabia había llegado a nivelarse con mi resolución de matarla; si crecía, era colmado inmediatamente con la proximidad cada vez más

inminente de la «hora». Era por eso que en cada minuto me sentía pasionalmente más grande, más alto, más feroz, sin perder mi equilibrio.

Por encima de los molles que dan sombra al camino en la entrada del Credo, vi avanzar la cabeza de ella; el potro negro que le regalé yo, mi gran potro negro, domado por Tomascha, estiró el cuello y relinchó, reconociendo al tordillo, su hermano de tropa.

Me estremecí. Era ella que entraba a la quebrada, a su tumba. El corazón me sacudió, como antes, cuando la vi llegar a los retamales de Sullkaray, donde la esperé para gozar de su vida. ¡Qué misterio es el corazón, hermano! Empecé a temblar a pesar de mi valentía. Ví amarillo, todo amarillo, como la tierra del barranco. La tempestad, azuzada durante diez horas, engrandecida en su escondite, apretada en la oscuridad del corazón, me sacudió a la vista de ella, hasta tumbarme. Se oscurecieron mis ojos; una película negra, danzante, cubrió la claridad del cielo, y caí de espaldas sobre el camino.

Al despertar me encontré en las faldas de ella; mi cabeza reposaba sobre sus muslos y mis ojos se encontraron muy cerca de sus senos que se movían, golpeados por el corazón. El tordillo y el negro nos miraban; parados al filo del barranco, parecían defenderla de la muerte.

—¡Silve! ¡Qué pálido estás! —me dijo.

Sus ojos pardos, como hojas de k'eru, me alumbraban con luz clara y dulce; pero su mirada no llegó hasta el fondo de mi conciencia, porque no pude perdonarla.

—Habla, Silve. ¿Por qué desmayaste?

—¡Tomascha! ¡Tiene ojos de ak'chi y frente de potro cerril! ¿No es cierto? ¡Parece que siempre estuvieran hundiéndose en la lejanía sus ojos de ak'chi! ¡Tomascha! ¡Indio!

Salté hasta espantar a los caballos. Ella se quedó ahí, aplastada en el suelo. Yo temblé otra vez; la furia de la rabia me vencía, a pesar de que ya estaba en mis manos, de que iba a morir. La «hora» y mi ferocidad habían crecido tanto, que perdía el dominio y parecía que iba a lanzarlo sobre mí, porque el abismo estaba en mi delante, llamándome con su lengua amarilla.

—¡Perdón, Silve! ¡Soy inocente!

Me reí, grité a carcajadas. Los caballos huyeron al oír mi risa.

—¡Inocente! ¡Inocente!

Arranqué el puñal de mi cinturón y me acerqué a ella con pasos lentos y firmes. Ella se arrastró de espaldas sobre la roca, hacia atrás. Sus ojos parecían dominados por el filo de mi cuchillo, no me miraban ya, seguían el puñal como imantados. Di un paso

largo y pisé un extremo de su falda. Cuando sintió que ya no podía moverse, que iba a morir, se arrodilló otra vez y me dijo, con esa voz absurda de los condenados:

—¡No, Silve! ¡Soy mujer! ¡Perdón!

Pero en vez de conmoverme, su voz me enardeció más. Sentí en mi brazo el verdadero impulso de la muerte, me curvé con violencia y clavé mi cuchillo en su pecho, sobre el corazón. Al mismo tiempo gritó ella:

—¡Asesino! ¡Justicia!

Su sangre saltó en un chorro grueso sobre el barranco. Ella se tambaleó unos segundos en el filo del camino, y rodó después al fondo de la quebrada.

Cuando desapareció ella y me encontré sólo, con un puñal enrojecido en la mano, temblé por tercera vez; pero entonces sentí espanto. No oí ninguna voz en mi interior, ninguna idea que me dirigiese, que me salvase: un vacío atroz en el corazón y en el cerebro. La nada, frente a ese barranco que me llamaba; la nada, como resultado de una caída horrible desde lo alto de un torbellino de rabia. Y después ya no fui más que la encarnación de un solo sentimiento invencible: el espanto.

Miré con pavor a un lado y otro del camino. Nadie. El sol grandioso del mediodía seguía imponiendo silencio en el campo. Las flores del

sanky enano reían sangre, sangre humana, roja y vengativa.

Me eché a correr, huyendo de la quebrada, con dirección a los maizales.

Algo, algo, se rompía en el interior de mi conciencia. De repente, sentí lágrimas sobre mi cara: lloraba.

El tordillo y el potro miraban un alfalfar, estirando el cuello por encima del muro. Salté sobre el caballo y lo hice galopar sobre la pampa del Utek': las flores de los retamales pasaban por delante de mis ojos como un mar amarillo; los sauces que bordean la cequia grande, corrían hacia atrás, como un releje verde y alto.

Tenía miedo, un miedo furioso e indomable.

El potro negro me seguía, galopaba a mi derecha; le crucé a látigos la cabeza, le grité; no, no obedecía, galopaba con furia; su cerquillo era batido por el viento y la crin del cuello se sacudía como una bandera negra.

—¡Eh, potro, potro! ¡Maldito!

Era imposible, me hubiera seguido hasta los infiernos. En el callejón de Rollo, atropelló a un indio. La presencia brusca de un hombre me devolvió el sentido. Del espanto volví a la realidad. Tiré de las riendas con fuerza; vencido por la carrera, el tordillo dio varios saltos antes de pararse.

—¡Camilo!

—Casi me has matado, don Silvestre.

Su voz humilde, obediente, me hizo recordar la autoridad de don Silvestre, principal del pueblo.

—¡Camilo! ¡Sácala! ¡El potro la ha tumbado en el Credo!

—¿El potro, taytay?

—¡El potro! ¡Indio!

—¡Jesús! ¡Don Silvestre! ¡Ha muerto, entonces!

—Anda, Camilo; sácala. Si tiene herida en el pecho, dirás que un palo de molle le había entrado hasta el corazón. ¿Entiendes?

—¿Herida, patrón?

—Sí, en el pecho. Monta en el potro. Tú solo, Camilo. La traerás hasta el pueblo. Dirás que has visto corcovear al potro en el peligro. Te daré una chacra y dos novillos. Camilo, vas a hacer favor a tu patrón, nunca dirás a nadie que me viste corriéndome del Credo, perseguido por el potro negro. No contestes. ¡Anda!

La última palabra salió ronca de mi cuello; grité con tono de mando.

El indio obedeció, saltó al potro, y se lanzó a galope por el callejón. Cuando lo vi, ya lejos, comprendí que me había salvado.

¿Dios o Satanás me mandó a Camilo?

Subí paso a paso la cuesta de Sullu-puquio.

De los nevados del frente —Chitulla, Ventanilla — se levantaban nubes negras de aguacero; el trueno y el relámpago amenazaban. El cielo oscureció rápidamente, y los campos lejanos se entoldaron de un azul sombrío. Ya no tenía miedo, ni me sacudía ninguna pasión fuerte. Parecía un enfermo, atontado y tembloroso.

—¡Tomascha! —le dije, cuando lo encontré parado en la esquina de la plaza.

El indio tembló.

—Sígueme, Tomascha. Por delante, a mi cuarto.

Estábamos como aquella noche: mirándonos frente a frente en el interior de mi tienda, tras de los andamios; él sentado en la silla, y yo sobre mi catre. Sus ojos de gavilán no decían nada.

—¡Vete de aquí, Tomascha! El tordillo está ensillado en el patio; mi apero, mi pellón, llévatelos. En este sobre hay doscientos soles, para que negocies. A Huamanga, Cuzco, Arequipa o Tarma. Pero no regreses. Vete para siempre, ak'chi. ¡Ahora mismo! Aquí te puedo matar, Tomascha.

El indio se puso de pie; parecía triste.

—Boyno, patrón. Morir no importa. Yo no tengo padre, mujer, ni hermana; a ti no más te obedezco. Pero tu plata no quiero. ¡Adiós, don Silvestre! Una libra está bien.

Puso el sobre en la mesa y me tendió la mano.

—¡Nada, nada! ¡Lárgate! Y no voltees la cabeza hasta diez leguas.

El amansador tiró la puerta con fuerza y el andamio tembló.

Al poco rato sentí el golpe de los herrajes de mi tordillo sobre el empedrado.

Se llevó mi mujer y mi caballo.

Hermano: todo ha pasado. En el pueblo lloraron por ella. Las mujeres regaron flores de k'antu, de dalia y retama en el camino del panteón. Yo mismo fui por delante del ataúd; casi sereno atravesé los trigales de don Eustaquio guiando a las cholas que gemían y a los indios pálidos de tristeza, porque ella fue buena con la gente del pueblo. Recuerdo que entonces creí ser hombre perdido para el más allá. Pero soy hombre de sierra y tengo alma de mestizo. Hijo de gamonales que tuvieron corazón de piedra, después de haber aprobado todos mis actos, he vuelto con indiferencia mis espaldas al pasado y he dicho:

—Está bien.

Ahora, hermano, ponte de pie y jura callar como la tierra.

Silvestre

Y yo le prometí solemnemente.

*(Publicado en: Suplemento dominical de La
Prensa, Lima, 9 de diciembre de 1934)*

El cargador

Me han cambiado de ayudante: el nuevo se llama Severino, es hijo de un árabe y de una criolla. Severino es moreno, de ojos pequeños y muy negros, usa bigotes, su cara está bien afeitada, es bajo. Sus cejas espesas y algo erizadas, la córnea amarilla y turbia, y su costumbre de mirar con las pupilas siempre al centro de los ojos, le dan cierto aire de locura, de duda, de extravío en la expresión.

—Yo, hijito, soy bueno con los buenos y canalla con los de mal corazón. Tú eres bueno, jefe. En la cara se ve si la gente es buena o mala. Hermanito, yo soy trabajador, yo he sido cargador de azúcar en las haciendas de Huacho, he sudado allí como nadie. Yo soy hombre, jefe; hombre de a de veras; no como éstos, que trabajando bajo techo, desde las nueve de la mañana como caballeros, todavía se quejan como perrillos. ¿Verdad, hijito?

Severino se dio una vuelta completa sobre sí mismo y después me miró con desdén, con bastante menosprecio; enseguida miró al resto, a todos los

empleados ayudantes de la sección. Se irguió con un ademán militar y habló:

—Éstos se morirían en las haciendas de Huacho. Son maulas, yo soy el único hombre aquí.

Estiró su labio inferior; hizo más sombra sobre sus ojos con las cejas erizadas y permaneció unos instantes silencioso, en una actitud de gran desprecio.

Al poco rato mi ayudante se rió, muy llanamente, con una risa pura, sincera, con una tierna risa de niño.

—¡Jefecito!

Ahora sus ojos estaban llenos de cariño, de franqueza, de una sencillez placentera. Y tuve la convicción de que Severino era bueno y sincero.

—Choquemos, jefe. Tú para mí, yo para ti.

Y nos dimos la mano, nos apretamos los dedos muy amistosamente. Habíamos congeniado; nos estimábamos yo y él.

El ayudante es un subordinado del empleado; está a las órdenes de éste; reglamentariamente le debe guardar respeto. Pero entre Severino y yo no hay más que un simple acuerdo para trabajar lo mejor posible. A pesar de su carácter desigual, de la superioridad de sus sufrimientos en que funda su orgullo, hemos logrado vincularnos afectuosamente. Él me dice

«Jefecito», «Hijito», siempre en diminutivo, como a una cosa pequeña. Yo le llamo: «Mi estimado y buen Severino». Cuando nos miramos de frente, él sonríe con su cara híbrida de árabe criollo: yo también sonrío procurando expresarle toda la amistad que siento por él. Y estamos muy bien, mucho mejor que si hubiera entre nosotros ese respeto officioso y pesado que señala el reglamento; no hay desconfianza entre nosotros; no existe ese ambiente difícil, opresor, bajo cuya influencia he vivido a veces aturdido y enfermo.

Mi ayudante no es nuevo en el servicio; es un cartero antiguo que ha vuelto después de cuatro años, durante los que hizo una vida tormentosa y desordenada, que lo ha llevado hasta la semilocura. Esta mañana sus antiguos camaradas, los carteros, a la hora de salir para hacer el primer recorrido, se han burlado descarada y cruelmente de Severino.

—¡Eh! ¡Millonario Severino! Has enterrado la plata y vienes ahora a trabajar con los pobres como un bellaco —le ha gritado uno mirándole despectivamente.

Casi todos los carteros, al pasar, le han hecho demostraciones de sorna; sólo algunos le han mirado compasivamente y otros con mucha seriedad, como se mira a los ricos.

Severino ha permanecido callado y sereno; pero

he notado que ajustó fuertemente sus mandíbulas y miró desfilas a los carteros con una expresión de gran amargura en los ojos. Después quiso reírse fuerte, a carcajadas; vino abriendo mucho la boca hacia mi carpeta y siguió mostrando los dientes durante unos minutos; pero eso no era más que una estridencia de su desequilibrio, de su despecho, de su abrumadora desgracia.

—¡No te rías, Severino!; puede verte el jefe y molestarse.

—¡Siete mil soles, jefecito, hermanito! ¡Siete mil soles ha guardado este bolsillo de cartero! Pero los boté, como un perro loco, los tiré, y me quedé limpio, pelado. Hombres y mujeres se agarraron de mis bolsillos como garrapatas. Después, mis hijos lloraron de hambre y tuve que largarme a Huacho, a sudar, desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde por un sol miserable que aquí me dan para almorzar un día de «Panamá»^[*]. Pero —y se acercó hasta ponerme sus labios en mis oídos— estos carteros sonsos creen que he enterrado el dinero; son malos, me hacen perjuicio con eso, la Superioridad creerá y no me dará el empleo en propiedad. ¡Por Dios, por mi madre, no tengo un medio!

Volteó sus bolsillos violentamente, casi hasta romperlos.

—¿Ves? No hay nada, ni restos de tabaco. Porque

ya no fumo, ya no chupo. He sido un borracho; cuando tenía miles, chupé champán como los caballeros. Y me volví borracho. Ahora soy sano, honrado y bueno.

Agachó la cabeza, sus cejas se arquearon, noté que pensaba muy seriamente. Levantó del suelo una encomienda pesada y me enseñó el número del registro, sin decir nada, muy callado. Anoté la encomienda y le indiqué que la echara al saco. Después tomó otra pieza. Y nos pusimos a trabajar.

Cuando terminamos de envalijar la última encomienda, mi ayudante se secó el sudor de la frente con el revés de la mano. Estaba ahora muy alegre; sus pupilas se contrajeron en el centro mismo de sus ojos; brillaban radiantes de regocijo.

—Pero Dios, que me dio desde el alto esos siete mil soles para mi mal, tiene que mandarme otra suerte para remediarlo todo.

Con gran dificultad extrajo de la secreta de su pantalón un «huachito»^[*] apachurrado y sucio.

—¡Éste es el que vale, jefe!

Se llevó a los labios el quinto, le dio un beso fuerte, lo miró un instante muy apasionadamente y lo guardó de nuevo.

Bajé de mi banco, me acerqué junto a él y le pregunté con gran interés:

—Oye, mi buen Severino, ¿qué sentiste en el

momento de saber que te habías sacado la suerte?

Mi ayudante no contestó rápidamente, como creí; estuvo unos segundos aturdido, desorientado por mi pregunta.

—No me acuerdo, jefe. De verdad, no me acuerdo. Al día siguiente llevé a mi casa toda la plata. Me dieron un alto de billetes nuevecitos, lindos, como nunca había visto. Mi mujer no es de experiencia, es cabeza volada como yo. ¡Cualquiera otra me amarra, si es posible me pega y después guarda el dinero! Sí, me hubiera roto aunque sea la cabeza, ¡me hubiera apaleado! Pero no; llamó a sus compadres y comadres, amigos y vecinos, a todo el mundo y nos jaraneamos como locos. Al atardecer me escapé, calladito, a escondidas, como ladrón; tenía un bolsillo lleno de billetes. ¡Mil soles, hermanito! Reuní a dos o tres amigos y nos fuimos a chupar pisco donde un chino. Pero la gente huele el dinero desde lejos. A las once éramos como veinte. Todos me vivaban, me trataban como a patrón, como a caballero. Y yo ¡animal! me pavoneaba en medio de ellos como un general; estaba hinchado, mi cabeza parecía piedra. A medianoche me llevaron a «La Perricholi»; «esas» mujeres se pegaron a mi mesa, se quitaban el sitio para sentarse a mi lado; gritaban. «Lindo, amorcito, queridito», me decían. Me enamoraban las bandidas. Una rubia, que me gustó

más que todas, se sentó sobre mis rodillas; era de ojos azules, blanca; yo la abracé. «¿Quieres besarme? Dame propina». Le di una, dos, tres libras. Verdad que la besé, ¿pero eso qué vale? Me «tapé»^[*] esa noche hasta quedarme como muerto. Amanecí tirado en la vereda, con la boca en el suelo. Recordé de mi plata y me tanteé el bolsillo. ¡Ni siquiera un billetito de cinco soles! Sentí un arrepentimiento y me eché a correr por las calles, como loco. En la casa mi mujer me estaba esperando. Me preguntó, como si nada, dónde había estado. Yo me fui a un rincón y estuve sentado como una hora sin hablar, mirando enojado a mi mujer.

Viendo que yo le escuchaba con mucho interés, Severino siguió hablando.

—Como un mes estuve yendo todos los días donde esa gringa. ¿Sabes, hermanito? La bandida me cobraba dos libras por pasearse conmigo. No creas, por pasearse no más. A los cinco o seis días ya se quedó conmigo haciéndose pagar cien soles. Yo estaba atontado. La plata, hijito, cuando viene de repente, cae como maldición sobre uno, lo vuelve sonso, le hace perder el recuerdo de la familia, de todo. Yo vivía como en otro mundo, parecía afiebrado, con pesadilla; ni en comer ya pensaba; andaba de aquí para allá, vivo, sin parar, como algunos animalitos enjaulados. ¡Qué perdido era!

Pero ya no es lo mismo, ahora estoy avisado; esto que tengo en el bolsillo va a salir mañana; entonces ya sabré manejarme. Después de un mes me entró la serenidad un poco; compré unos terrenos, casitas en las afueras; gasté en eso tres mil soles. Estaba alegre, ya era propietario, dueño; eso estaba en mis manos. ¡Era de mí! Pero los compadres seguían viniendo; los amigos cada día eran más. Presté mucha plata, me ofrecían ciento cuarenta por cien soles; y yo confiado en su buen corazón, les daba. ¡Qué iba a desconfiar! Juraban pagarme por Dios, por sus madres; se fueron con la plata y no volvieron. Ahora me encuentro todavía con uno que otro de éstos en la calle, pero se pasan muy prosistas, mirándome de arriba abajo, porque me ven pobre, casi roto, y yo les tengo miedo de cobrar; no les digo nada. Algunos no más, para qué es decir, han sido caballeros, cuando me vino la mala.

Severino puso su brazo derecho sobre mi hombro y, con un gesto de reproche, de profundo resentimiento, dijo en voz alta:

—¡Nada, nada! ¿Sabes lo que me hicieron al último? Me quitaron los terrenitos, las casitas, me botaron a la calle. ¡Eso no era de mí! ¡Qué sé yo de pleitos, de papeles! Me dijeron que me habían vendido cosa ajena, arrendada, hipotecada... Verdad que sólo me dieron un papel escrito, de esos de

oficio, a cambio de la plata. ¿Por qué algunos hombres serán tan perros, hermanito? ¿Será porque necesitan, porque no tienen que comer, o es sólo porque tienen alma y corazón de animales? De esa vez le tuve miedo a Lima; mi sangre se cuajó en el miedo; parecía que a mí también, así feo y tonto como soy, me iban a robar. Entonces me corrí hasta Huacho, a trabajar como buen peón, como hombre.

—¿Y allí, Severino?

Mi ayudante se puso serio. Apareció en su rostro ese su orgullo de que ya he hablado, una altanería algo cómica, casi ridícula.

—Allí trabajé desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde por un sol de jornal.

—¿No era desde las cinco?

—A las cinco pasaban lista y se empezaba a las seis. ¡Cuántos sacos de azúcar habrán cargado estos brazos y esta espalda! Quisiera saber, jefecito. Iba, levantaba un saco, lo llevaba hasta el camión, y volvía a regresar por otro saco, y volvía, y volvía, y volvía; así, de seis a seis, durante dos años, por un sol de jornal. En las noches me temblaban las piernas y me daban mareos. Pero yo soy hombre de a verdad y aguantaba todo eso como si nada.

Después de oírlo, pienso:

«¿Y cómo ha dicho que es malo con los canallas? Habla casi tranquilo de sus desgracias, sin rencor,

con una ligera amargura y con mucho arrepentimiento de sus propios actos; su corazón es sencillo y noble».

—¿Y ahora, Severino?

—Soy gente de mal genio, jefe. No sé dónde iré a dar. Por ejemplo: voy donde un hombre a pedirle cincuenta centavos, sé que en su bolsillo tiene bastante plata, que puede darme los cincuenta centavos, sin que le hagan mucha falta; pero como es egoísta, me niega. «No tengo», me dice colérico. Claro, yo me humillo, me voy avergonzado. Pero no paro ahí; apenas he dado unos pasos y me lleno de rabia. «Tiene y no quiere darme, digo, es un perro». Y regreso, despacito, con cara de hambriento, de desgraciado. Le digo otra vez: «Usted tiene, papacito». Si el hombre se niega de nuevo y con más furia, yo seguro lo apuñaleo, y después me trago su sangre a sorbos. Y eso no lo haría libremente; no, hermanito; esa idea desde el alto, desde Dios. (Hizo el movimiento del tornillo en su sien derecha). Aquí, en la cabeza, está ya señalado el camino; como esas hormiguitas que corren sobre un cabello, sin sobrarse, sin caerse, así ando yo por la señal que Dios ha puesto en mi delante. ¡Pero odio a los malos, a los egoístas! Por eso, hermano, no quisiera ser guardia, porque entonces tendría un buen revólver en la cintura; y al que no siguiera la ley de mi corazón, al primero que viera haciendo una maldad, lo

atravesaría a balazos; y después me reiría bien fuerte, hasta hacerme oír con el mismo Presidente de la República. Así soy, jefecito.

Y con una risita suave y satisfecha en los labios, se dio otra vuelta completa sobre sí mismo y puso sobre mí sus ojos pequeños, negríssimos, con las pupilas contraídas al centro; en un esfuerzo desesperado de atención.

(Publicado en: Suplemento dominical de La Prensa, Lima, 17 de mayo de 1935)

El Pelón

Pelón vivía en una tienda de esquina, en la tercera calle. El jirón «comercial» corría entre los dos malecones; era un callejón angosto con piso de tierra y dos cintas de aceras empedradas; detrás del gran malecón de arriba estaba la mejor calle, ancha, pavimentada hasta la mitad, hasta el crucero con la calle de la tienda de Migata; luego continuaba hasta el cerro, igualmente amplia, pero terrosa.

En los malecones vivieron las familias principales, algunas con resonancia nacional; muchas de esas casas permanecían cerradas y derrumbándose al cuidado de «serranos» que habían convertido los patios en gallineros.

La calle empedrada y ancha tenía dos sectores; la parte pavimentada pertenecía a la clase de empleados importantes, de gente que aún ejercía oficios que les permitían mantener una cierta facha de «señores». Ahí estaba la botica y, especialmente el boticario cuya señora esposa e hijas se bañaban vestidas de traje y no de ropa «moderna».

Las tres eran gordas, respetables y mantenían una tertulia nocturna nutrida, pero muy discriminada. Podían acudir a ella gentes de toda clase, pero el señor boticario y su honorable familia permanecían protegidos por el mostrador ancho que no era franqueado por nadie.

—Mismo qui'un brujo —decía de ellos don Moisés—. ¿Qué comen? ¿Su pulmón necesitará aire? Naidies ha visto comu'es, por dentro, su vivienda. Yo desconfío, compadre. Cuando hay mucha gripe el Don se frota sus manos. Algo de otras cosas comen; mucha barriga tienen las niñas sin estar empuñadas y por esa barriga, tampoco habrá quien les arrime...

La parte polvorienta de la calle pertenecía a estibadores, artesanos, pequeños propietarios de tierras del valle y a ciertas personas algo desconocidas, como un negro vendedor ambulante que se trajeaba a lo señor pero cuya mujer andaba siempre sucia y permitía que sobre el rostro de sus hijitos jugaran y se ensuciaran libremente las moscas.

—No sabe usted, compadre, que el negro ese tiene la calavera de su otra señora difuntita, ahí mimo, en la cabecera 'e su cama, sobre repisa, entre do vela 'e sebo. Dicen que por el susto no má, la serranita que es su hembra de ahura, «atiende» tamién al panadero. Sucederá lo que Dió y la calavera 'e la difunta manden, señó.

En la última cuadra de esa calle, donde precisamente el terreno era algo cascajoso y empinado, un hombre de numerosa familia había logrado hacer florecer un pequeño jardín en ese lugar, donde el desierto parecía más seguro. Cargaban baldes de agua, a la madrugada, para regar las plantas, y unas varas largas, no muy recias, de malva lucían sus flores rosadas en círculos escalonados. Y los pajarillos venían allí, atravesando el trozo de desierto que separaba el valle de ese caprichoso y anhelante jardín del puerto. Claro que más cerca del malecón, por donde cruzaba la cañería principal del agua, uno que otro vecino mantenía árboles martirizados de cítricos, y en la parte baja de la misma calle se había logrado sembrar, en los últimos veinte años de decadencia del puerto, pequeños huertos en los que el maíz, los camotes y hasta el tomate crecían fecundamente. Pero el jardín de malvas estaba en el cascajo, en el desierto duro y ya lejano, sobre la propia calle y cerrándola.

Paralela a esta calle todavía había otra, bien trazada, pero maloliente, con un solo caño de agua y las casas ya no tan nutridas. En la esquina principal tenía su tienda Pelón. Detrás de esa última calle las casas se habían construido sin orden ninguno, y a medida que avanzaban hacia el cementerio arqueológico eran más pobres. La última pertenecía a

Ogata.

Pelón solía detenerse para contemplar el jardín de malvas, cuando, a fechas fijas, iba al mar a sacar agua para fabricar sal. Aquella madrugada el puerto estaba cubierto por una neblina muy baja y densa, perfumada hasta el exceso con el olor del océano. El pecho bastante hundido del chino respiraba la neblina; en el silencio y la soledad, Pelón dirigió los ojos hacia el lugar del jardín. Lo alcanzó con el intenso brillo de sus ojos. Cuanto más envejecía y se secaba, sus ojos parecían hacerse más resplandecientes y felices, aunque él no sonreía. Y no causaba extrañeza que no supiera reír, porque Pelón era un chino inmigrante y había armado una tienda para la clientela más pobre del puerto. En los andamios figuraban muy pocas cosas, pero nadie recordaba haberse ido de esa tienda a la de Migata, más surtida, por no haber encontrado lo que pedía. Y años más tarde, cuando veraneantes «limeños» inundaron el puerto en «la temporada», encontraban donde Pelón lo que Migata no tenía.

Aquella madrugada, Pelón llegó al muelle cruzando el puerto, derechamente; la calle de la tienda de Migata lo conducía hasta el mar desde la puerta de su «encomendería». Dos grandes latas de kerosene las llenó de agua, lanzándolas al mar desde el muelle. Colgó ambas latas en los extremos de un

palo y el peso del agua no rindió su cuerpo un centímetro más de su encorvadura ya conocida. Sólo sus pasos se hicieron más cortos pero más rápidos; así, ingresó al corredor, que unía el malecón de la ribera con la tienda de Molleda; desde esa esquina el camino se empinaba, pero el chino no redujo la velocidad de sus pasos. Iba feliz, solo, aislado por la olorosísima niebla. Se cruzó con dos personas que no lo vieron, porque pasaron por la acera opuesta. A la puerta de su tienda, puso en el suelo las latas de agua y, en ese instante, por el fondo, la niebla se animó; y él, Pelón, se sintió iluminado, tierna y sutilmente. El sol amanecía.

—Roncito, poquito. —Oyó que le hablaba, desde cierta distancia, el Zambito Julio—. Roncito, poquito —repitió.

Era el único cliente ante el cual Pelón no permanecía inexpresivo. Su alma, su interior, sonreían tristemente.

El chino abrió la puerta de la encomendería, cargó las latas; depositó el agua en un recipiente de madera que no parecía peruano; no estaba ajustado con flejes; no parecía tonel ni lavadero. Cuando volvió al mostrador, el Zambito Julio continuaba a unos pasos de la puerta.

—Roncito —volvió a pedir.

Pelón lo autorizó a que entrara a la tienda. El

Zambito le alcanzó un pomo que traía guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Pelón movió negativamente la cabeza. Buscó el embudo, y de una gran lata echó por el embudo aguardiente a una media botella hasta llenarla. Alcanzó la botella al Zambito Julio y un paquetito envuelto en papel de periódico.

Julio sonrió. Su barba cana, especialmente sus largos bigotes, dieron a su rostro un aire de idiota resucitado por la alegría; se echó a reír. Agradeció al chino levantando ambos brazos, echó mano a la botella y al paquete, y salió a paso lento. El sol empezaba a disipar la niebla convirtiéndola en luz. El Zambito echó a correr por el medio de la calle terrosa, al final bajó hacia la ancha y empedrada, la cruzó, llegó al extremo del malecón, subió hacia el cerro; allí, detrás de la caseta de la Empresa Eléctrica, estaba su casa: una habitación que parecía haber sido mutilada del resto de una residencia más amplia, porque estaba rodeada de escombros. Un gato negro lo esperaba tras la puerta. Le hizo oler primero el cañazo, luego, abrió el paquete cuidadosamente, mientras el gato subía al hombro del viejo, y esperaba, conteniéndose, acariciando a su dueño con las garras que abría y cerraba amorosamente sobre la piel del viejo.

El paquete contenía un buen trozo de carne de bonito. El gato lo fue devorando con cuidado,

cambiando de posturas su cabeza. «¡Jááá! ¡Jáájáá...!», exclamaba bailando el Zambito Julio. Él comía muy poco; su prima Antonia, mujer del Huaquero, principal guardián de la Grace, había cobrado el íntegro de la indemnización del Zambito cuando se retiró de su plaza de estibador «terrestre»; a cambio, Antonia se comprometió a darle pensión de alimentos «de por vida». Pero le servía únicamente las sobras de los otros tres pensionistas «pagantes» que tenía. El Zambito era, además, criado y niño de Antonia. «¡Jááá...!», exclamando el Zambito dio algunas vueltas en su cuarto, mientras el gato comía. Luego el gato saltó sobre el hombro del viejo. Entonces, llorando, el Zambito empezó a beber el fuerte aguardiente. El gato ronroneaba y jugaba con las garras sobre el hombro del viejo; le acariciaba el hombro con la cabeza, pasando su dulce piel sobre el cuello del hombre.

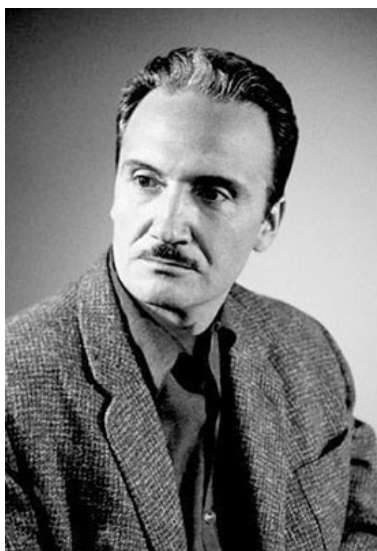
Zambito Julio se secó las lágrimas, corrió hacia la puerta; el gato saltó a tierra. El viejo alcanzó a tiempo a su amigo Cañón.

Cargando dos latas de desperdicios al «estilo» de Pelón cruzaba el «desierto», un pequeño trozo de arena que separaba las últimas casas del puerto, del chiquero donde la mujer del Pibe engordaba chanchos. El viejo siguió a su amigo; esperó que llenara los recipientes de piedra con el fétido

contenido de las latas; luego, ambos se echaron en el suelo.

Zambito le pasó la botella a Cañón, y el hombre empezó a sorber a tragos, como si se tratara de miel suave, el venenoso alcohol Cartavio. El sol fue haciéndose más puro, más ardiente y verdadero sobre el rostro de los dos «camaradas». Un orgullo tan intenso como esa creciente luz animaba la expresión del viejo.

(Concebido originalmente como un capítulo de la novela El zorro de arriba y el zorro de abajo. Publicado en: Cuadernos Semestrales del Cuento, Lima, julio de 1969, año 3, n.º 5, bajo el título «Tres del puerto»)



JOSÉ MARÍA ARGUEDAS ALTAMIRANO (Andahuaylas, 1911 - Lima, 1969). Narrador, poeta, traductor, profesor, antropólogo y etnólogo peruano, considerado uno de los mayores renovadores de la literatura indigenista de América. En sus obras plantea el problema de un Perú dividido en dos culturas (la andina, de origen quechua, y la occidental, traída por los españoles), que deben integrarse en una relación armónica de carácter mestizo. Los grandes dilemas, angustias y esperanzas que ese proyecto plantea son el núcleo de su obra.

Aparte de sus recopilaciones de cuentos y poemas, publicó las novelas *Yawar Fiesta* (1941), *Los ríos*

profundos (1958), *El Sexto* (1961), *Todas las sangres* (1964), y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971), así como los estudios *Mitos, leyendas y cuentos peruanos* (1947, en colaboración con Francisco Izquierdo Ríos), *Canciones y cuentos del pueblo quechua* (1949), *Poesía quechua* (1966) y la traducción al español de *Dioses y Hombres de Huarochirí*, recopilación de mitos hecha por el sacerdote cuzqueño Francisco de Ávila a fines del siglo XVI.

Por su destacada labor cultural, fue nombrado jefe del Instituto de Estudios Etnológicos del Museo de la Cultura Peruana (1953), director de la Casa de la Cultura del Perú (1963-1964) y director del Museo Nacional de Historia (1964-1966). También fue catedrático del Departamento de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1958-68) y profesor en la Universidad Nacional Agraria de la Molina (1964-69). Fue galardonado con el Premio Fomento a la Cultura en las áreas de Ciencias Sociales (1958) y Literatura (1959, 1962) y con el Premio Inca Garcilaso de la Vega (1968).

A fines de noviembre de 1969, víctima de una severa depresión, se encerró en un baño de la Universidad Agraria y se disparó un tiro en la cabeza. Pasó cinco días de agonía y falleció el 2 de diciembre. Tal como

había pedido en su Diario, su entierro fue acompañado por una banda de música andina, encabezada por su amigo el violinista Máximo Damián. Finalmente, en junio de 2004, su cuerpo fue exhumado y trasladado a su natal Andahuaylas.

Glosario

- *Achank'aray*: planta herbácea, propia de las punas. Sus flores, colgadas en ramos en las puertas de las casas, anuncian un nacimiento.
- *Ajajay*: interjección de desafío.
- *Ak'chi*: gavián.
- *Anka*: ave de rapiña de menor tamaño que el cóndor.
- *Atok'sayku*: que cansa al zorro.
- *Auki*: montaña sagrada.
- *Aya-harawi*: canto ceremonial que, como el *ayataki*, se canta en los entierros.
- *Ayalay*: interjección que denota dolor, compasión.
- *Ayarachi*: de *aya*, cadáver; canto fúnebre o muy triste. Se ejecuta en *wankar*, especie de bombo, y *sikus*, flautas de pan de diferentes tamaños.
- *Ayllu*, *ayllo*: comunidad indígena; unidad básica

de parentesco de la estructura social andina, la cual, generalmente, puede trazar su descendencia de un ancestro común y tiene derechos colectivos a tierras.

- Bolo: ebrio, en el lenguaje popular de Guatemala.
- Campo: función concejil y, por extensión, quien la desempeña.
- *Caraya*: exclamación más suave que caracho o carajo.
- Cementerio: huerta grande que, en muchas aldeas de la sierra, rodea a la iglesia. Antiguamente se enterraba allí a los principales del pueblo.
- *Chascha*: perro pequeño.
- *Chiririnka*: mosca azul.
- *Chiwaco, chihuaco*: tordo, zorzal.
- *Chusek'*: lechuza.
- Colono: indígena que pertenece a la hacienda.
- *Comunkun wauk'eykuna*: *kuna*, partícula para formar el plural quechua; *comunkuna*: comuneros; *wauk'ey*, hermano.
- Concertados: peones a sueldo anual; campesinos sin tierra, prácticamente siervos que, a cambio

de su trabajo, recibían una parcela de tamaño variable para su usufructo. Se encargaban del cultivo de la tierra, de cuidar el ganado y de atender al patrón.

— *Dansak'*: bailarín.

— «Encantos»: lugares como lagunas, caídas de agua, manantiales, grutas, que tienen algo de benéfico y maléfico a la vez. Actúan como fuerza misteriosa en la salud corporal o psíquica de las personas. Toros, serpientes, sirenas o gnomos, como el Muqui, son elementos integrantes del «encanto», siéndolo ellos mismos.

— Escoleros: escolares.

— *Hakakllo*: pitorro, chocha, chochaperdiz, ave de carne estimada.

— Huahua, guagua (del quechua *wawa*): bebé, niño pequeño.

— *Illa*: ser con virtudes mágicas.

— *Inti*: el sol.

— Ischu, ichu: (*Stipa ichu*) paja dura de las regiones altas. Gramínea que crece en toda la puna.

— *Jajayllas*: interjección de burla, de orgullo.

- *K'anra*: sucio, asqueroso. Es un terrible insulto en quechua.
- *K'antu*: cantuta (*Cantua buxifolia*), flor nacional de Perú, campanulada de color rojo en diversas tonalidades. Por hibridación hay blanco-amarillas o moradas.
- *K'ella runa*: gente ociosa.
- *K'eru*: árbol añoso de hojas pardas.
- *K'ocha*: estanque, laguna.
- *Kacharpariy-pata*: andén de las despedidas.
- *Killincho*: cernícalo.
- *Kuyay*: amar; *patuchakuna*: patitos. ¡Patitos queridos!
- *Machu-tayta*: viejo señor.
- *Mak'ta*: hombre joven.
- *Mak'tillo*: muchacho, diminutivo de *mak'ta*.
- *Mamay yaku*, *mamay k'ocha*: traducido literalmente «madre mía agua, madre mía laguna».
- *Misti*: nombra a las personas de las clases dominantes, cualquiera que sea su raza.

- Mote: maíz cocido en agua.
- *Ork'ó*: montaña.
- *Pak'cha*: salto de agua.
- *Papay*: «Padre mío»; de la palabra papá y el posesivo quechua, primera persona, y.
- *Parionachakuna*: traducción literal, parionitas o parihuanitas (*Phoenicopterus andinus*).
- *Pasña*: mujer joven.
- *Patachi*: plato especial hecho de trigo pelado, con variedad de carnes y salsa propia.
- *Phalcha*: planta con flores grises o azules, de virtudes mágicas.
- *Pichiucha*: gorrión.
- *Pichk'ay*: ritos del quinto día.
- *Rasu-Ñiti*: que aplasta nieve.
- Rollo: pared circular que rodeaba y defendía el eucalipto de la plaza.
- *Sanki, sanky*: cactus gigante; se usa también para referirse a su fruto (pitahaya).
- *Saywa*: montículo de piedra que los viajeros levantan en las abras.

- Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo.
- Talacho: de Talavera (Apurímac), sus habitantes tenían fama de abigeos.
- Tayta, taita: padre, palabra respetuosa que equivale a señor; sirve también para señalar al más influyente de los comuneros.
- *Taytacha*: Dios, Jesucristo; literalmente significa «Padrecito».
- Tuya: calandria.
- *Varayok'*: de *vara* y el posesivo *yok'*. Alcalde indígena, lleva una vara como insignia de autoridad.
- *Wak'tay*: lucha a zurriago entre solteros, en carnavales.
- *Wamani*: Dios montaña que se presenta en figura de cóndor.
- *Wayna*: hombre joven.
- *Werak'ocha* (Viracocha): antiguo Dios supremo de los Incas; nombra ahora a los individuos de la clase señorial.

- *Wifala*: baile popular en que se enlazan hombres y mujeres para ejecutarlo.
- *Wikullo*: arma arrojadiza.
- *Wikus*: *yanawikus*, «patos negros»; especie altoandina de ibis, negro con brillo metálico verde y purpureo, de cabeza y cuello ferruginosos.
- *Witron*: patio grande.
- *Yaku punchau*: día del agua.
- *Yaque*: interjección de entusiasmo.
- *Yutu*: nombre quechua de Sirio.

Notas

[1] «Narradores de hoy. José María Arguedas», en *El Comercio*, Suplemento Dominical, Lima, domingo, 4 de septiembre de 1955. <<

[2] «Canciones quechuas», en *Américas*, Washington, 1957, vol. 9, n.º 9. <<

[3] *Primer Encuentro de Narradores Peruanos (Arequipa, 1965)*, Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969, pp. 40-41. <<

[4] En el artículo «Canciones quechuas» ya citado: «... pretendí escribir relatos en los que intenté describir ese mundo tal como vivía en mi memoria y en mi naturaleza. *Pero en los relatos podían intervenir elementos muy individuales y perturbadores*». (El subrayado es mío). <<

[5] La compilación mejor hecha hasta ahora es la de Jorge Lafforgue, *Relatos completos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1975. A ella hay que añadir los primeros cuentos, que exhumó José Luis Rouillón, *Cuentos olvidados*, Lima, Ediciones Imágenes y letras, 1973, y los relatos «Doña Caytana» (Suplemento Dominical de *La Prensa*, Lima, 29 de septiembre de 1935); «Runa Yupay», Lima, Comisión Central del Censo, 1939; «El forastero» (*Marcha*, Montevideo, 31 de diciembre de 1964) y «El puente de hierro» (*Runa*, Revista del Instituto Nacional de Cultura, Lima, mayo 1977). <<

[6] En «La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú», *Mar del Sur*, vol. III, enero-febrero 1950, Lima/Perú, p. 70. <<

[7] «José María Arguedas, Testimonio sobre preguntas de Sara Castro Klarén», en *Hispanamérica*, Revista de Literatura, año IV, n.º 10, Md. EE. UU., 1975, p. 48. <<

[8] *Ibíd.*, p. 47. <<

[9] «Aquel personaje poderoso e inmensamente malvado que presento en el cuento “Agua” fue sacado de la vida real. Era un hermanastro mío», le dijo Arguedas a Tomás Gustavo Escajadillo (en «Entrevista a José María Arguedas», *Cultura y Pueblo*, Publicación de la Casa de la Cultura del Perú, julio-diciembre de 1965, Lima, núms. 7-8, p. 22). Esto es cierto, pero sólo parte de la verdad. Porque casi todos los demás mistis principales de sus cuentos tienen la misma matriz. <<

[10] En la entrevista citada anteriormente, Arguedas le hizo a Sara Castro Klarén esta confidencia, muy instructiva: «Cuando fui a Lima la primera vez, sufría por el maltrato a los animales. No había camiones, pero sí carros de carrera [taxis]. Había coches y costaba igual tomar un coche que un automóvil de carrera. Pero todo el transporte de carga se hacía en carretas. Había algunos carreteros sumamente crueles porque tenían frecuentemente mulas muy cansadas y les hacían una herida donde les hincaban con el palo y me acuerdo que una vez en la esquina de la calle Amazonas uno de estos carreteros le pinchó tanto que por el dolor el animal se arrodilló. Entonces el sujeto fue y lo agarró a patadas. Pretendió levantarlo y no se pudo levantar y de lejos le empezó a pinchar con el palo y yo fui a mi casa y me puse a llorar sin consuelo» (ibíd., p. 49). La escena está traspuesta en «Don Antonio» y la crueldad con los animales es omnipresente en la realidad ficticia. <<

[¹¹] *Ibíd*, p. 22. <<

[12] En las cartas-testamento que escribió antes de suicidarse, Arguedas estipuló el programa que quería para su entierro: quién debía pronunciar los discursos, quién cantar y qué instrumento debía tocarse. Ese amor a la *ceremonia*, en su caso, no tenía nada que ver con la vanidad: se trataba de algo más intenso e impersonal. En el Último Diario de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, escribió: «Me gustan, hermanos, las ceremonias honradas, no las fantochadas del carajo». <<

[13] Carta citada por Emilio Adolfo Westphalen, «José María Arguedas (1911-1969)», en *Amaru*, Revista de artes y ciencias, n.º 11, Lima, diciembre de 1969, p. 2. <<

[*] Ayllu, aylo: comunidad indígena; unidad básica de parentesco de la estructura social andina, la cual, generalmente, puede trazar su descendencia de un ancestro común y tiene derechos colectivos a tierras.

<<

[*] *Varayok'*: de *vara* y el posesivo *yok'*. Alcalde indígena, lleva una vara como insignia de autoridad.

<<

[*] *Mak'ta*: hombre joven. *Mak'tillo*: muchacho, diminutivo de *mak'ta*. *Pasña*: mujer joven. <<

[*] *K'eru*: árbol añoso de hojas pardas. *K'antu*: cantuta (*Cantua buxifolia*), flor nacional de Perú, campanulada de color rojo en diversas tonalidades. Por hibridación hay blanco-amarillas o moradas. <<

[*] *Yaque*: interjección de entusiasmo. <<

[*] Tayta, taita: padre, palabra respetuosa que equivale a señor; mama: madre, señora; *kuna*: forma el plural; *cha*: el diminutivo. <<

[*] *Misti*: nombra a las personas de las clases dominantes, cualquiera que sea su raza. <<

[*] *Taytacha*: Dios, Jesucristo; literalmente significa «Padrecito». <<

[*] *Jajayllas*: interjección de burla, de orgullo. <<

[*] Ischu, ichu: (*Stipa ichu*) paja dura de las regiones altas. Gramínea que crece en toda la puna. <<

[*] *Wak'tay*: lucha a zurriago entre solteros, en
carnavales. <<

[*] *K'ocha*: estanque, laguna. <<

[*] Cementerio: huerta grande que, en muchas aldeas de la sierra, rodea a la iglesia. Antiguamente se enterraba allí a los principales del pueblo. <<

[*] *Ayarachi*: de *aya*, cadáver; canto fúnebre o muy triste. Se ejecuta en *wankar*, especie de bombo, y *sikus*, flautas de pan de diferentes tamaños. <<

[*] *Wikullo*: arma arrojadiza. <<

[*] Tuya: calandria. <<

[*] Escoleros: escolares. <<

[*] *Chiwaco, chihuaco*: tordo, zorzal. <<

[*] Huahua, guagua (del quechua *wawa*): bebé, niño pequeño. <<

[*] *Chascha*: perro pequeño. <<

[*] *Pichiucha*: gorrión. <<

[*] *Sanki, sanky*: cactus gigante; usado aquí para referirse a su fruto (pitahaya). <<

[*] *Ork'o*: montaña. <<

[*] *Yaku punchau*: día del agua. <<

[*] Rollo: pared circular que rodeaba y defendía el eucalipto de la plaza. <<

[*] Talacho: de Talavera (Apu_rímac), sus habitantes tenían fama de abigeos. <<

[*] *K'anra*: sucio, asqueroso. Es un terrible insulto en quechua. <<

[*] *Witron*: patio grande. <<

[*] *Patachi*: plato especial hecho de trigo pelado, con variedad de carnes y salsa propia. <<

[*] *Kacharpariy-pata*: andén de las despedidas. <<

[*] *Auki*: montaña sagrada. <<

[*] «Encantos»: lugares como lagunas, caídas de agua, manantiales, grutas, que tienen algo de benéfico y maléfico a la vez. Actúan como fuerza misteriosa en la salud corporal o psíquica de las personas. Toros, serpientes, sirenas o gnomos, como el Muqui, son elementos integrantes del «encanto», siéndolo ellos mismos. <<

[*] *Pak'cha*: salto de agua. <<

[*] *Illā*: ser con virtudes mágicas. <<

[*] *Saywa*: montículo de piedra que los viajeros levantan en las abras. <<

[*] *Wifala*: baile popular en que se enlazan hombres y mujeres para ejecutarlo. <<

[*] *K'ella runa*: gente ociosa. <<

[*] *Achank'aray*: planta herbácea, propia de las punas. Sus flores, colgadas en ramos en las puertas de las casas, anuncian un nacimiento. *Phalcha*: planta con flores grises o azules, de virtudes mágicas. <<

[*] *Yutu*: nombre quechua de Sirio. <<

[*] *Ajajay*: interjección de desafío. <<

[*] *Pichk'ay*: ritos del quinto día. <<

[*] Campo: función concejal y, por extensión, quien la desempeña. <<

[*] *Aya-harawi*: canto ceremonial que, como el *ayataki*, se canta en los entierros. <<

[*] *Ayalay*: interjección que denota dolor, compasión.

<<

[*] *Dansak'*: bailarín; *Rasu-Ñiti*: que aplasta nieve.

<<

[*] *Wamani*: Dios montaña que se presenta en figura de cóndor. <<

[*] *Chiririnka*: mosca azul. <<

[*] Condenados: la condenación consiste en una supervivencia terrena monstruosa después de la muerte. El condenado se convierte en antropófago que devora a sus hijos, a su madre y a cuanto ser humano se pone a su alcance. (J. M. Arguedas, «¿Qué es el folkore?», *Cultura y Pueblo*, Lima, n.º 6). <<

[*] *Hakakllo*: pitorro, chocha, chochaperdiz, ave de carne estimada. *Chusek'*: lechuza. <<

[*] *Atok'sayku*: que cansa al zorro. <<

[*] Colono: indígena que pertenece a la hacienda. <<

[*] Concertados: peones a sueldo anual; campesinos sin tierra, prácticamente siervos que, a cambio de su trabajo, recibían una parcela de tamaño variable para su usufructo. Se encargaban del cultivo de la tierra, de cuidar el ganado y de atender al patrón. <<

[*] *Werak'ocha* (Viracocha): antiguo Dios supremo de los Incas; nombra ahora a los individuos de la clase señorial. <<

[*] Mote: maíz cocido en agua. <<

[*] Bolo: ebrio, en el lenguaje popular de Guatemala.

<<

[*] Tayta: usado aquí para señalar al más influyente de los comuneros. <<

[*] *Mamay yaku, mamay k'ocha*: traducido literalmente «madre mía agua, madre mía laguna». <<

[*] *Inti*: el sol. <<

[*] *Comunkun wauk'eykuna*: *kuna*, partícula para formar el plural quechua; *comunkuna*: comuneros; *wauk'ey*, hermano. <<

[*] Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo. <<

[*] *Killincho*: cernícalo. <<

[*] *Anka*: ave de rapiña de menor tamaño que el cóndor. <<

[*] *Wayna*: hombre joven. <<

[*] *Wikus*: *yanawikus*, «patos negros»; especie altoandina de ibis, negro con brillo metálico verde y purpureo, de cabeza y cuello ferruginosos. <<

[*] *Parionachakuna*: traducción literal, parionitas o parihuanitas (*Phoenicopterus andinus*). <<

[*] *Machu-tayta*: viejo señor. <<

[*] *Kuyay*: amar; *patuchakuna*: patitos. ¡Patitos queridos! <<

[*] *Caraya*: exclamación más suave que caracho o carajo. <<

[*] *Papay*: «Padre mío»; de la palabra papá y el posesivo quechua, primera persona, *y*. <<

[*] *Ak'chi*: gavlán. <<

[*] «Panamá»: los días que llega correo de Panamá, trayendo correspondencia de tránsito de todo el mundo, los dependientes reciben un sol para almorzar y se quedan en la oficina. <<

[*] «Huachito»: de la palabra quechua *wakcha*: solo, huérfano. En este caso se utiliza para denominar una de las partes en que se divide un boleto de lotería. <<

[*] «Me tapé»: me emborraché. <<